



CUADERNO 5.º

ABRIL DE 1918

DIRECTOR:

JORGE M. ROHDE

SUMARIO



El "Colegio Novecentista"
y el catolicismo..... C. N.

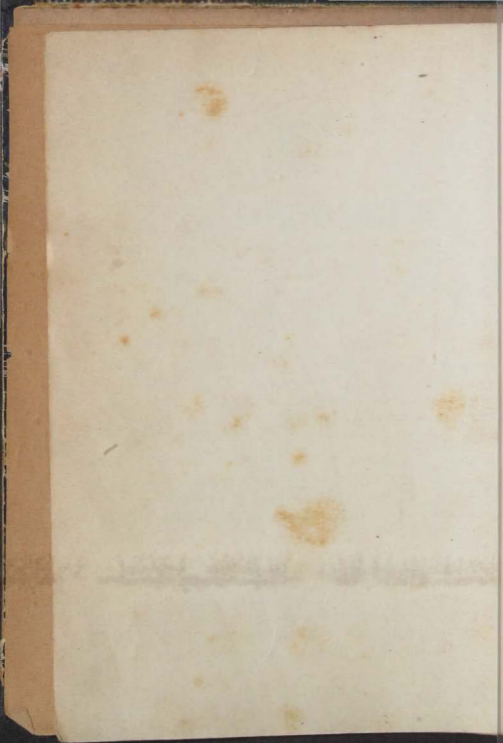
✓ La revisión de nuestro
pasado..... *Rómulo D. Carbia*
El problema educacional *B. Ventura Pessolano*
Versos *Jorge M. Rohde*


El "dilettantismo" en la
vida jurídica..... *A. J. Rodriguez*
Exposición Blanes Viale *Alberto Britos Muñoz*
Paul Groussac..... *Adolfo Korn Villafañe*

El conflicto universitario
de Córdoba..... C. N.

BIBLIOGRAFIA: Los Coloniales, de Ricardo Rojas.—
La otra Arcadia, de Teófilo de Sais.—Impresiones,
de Alberto Britos Muñoz.—Griselda, de Moisés Kantor.

NOTAS:—"Novecentismo", de Adolfo Bazán.—Frente
al "Novecentismo", de Gonzalo Muñoz Montoro.—
"Cuadernos" del Colegio Novecentista, de la revista
"Ideas"





Colegio Novecentista

CUADERNO 5.º

Buenos Aires

Abril 1918

EL COLEGIO NOVECENTISTA Y EL CATOLICISMO

Nuestros enemigos, y los que sin serlo parece que encuentran placer en declararse como tales, han explotado en contra del Colegio Novecentista el vulgar argumento de sindicarlo como una asociación militante de propaganda religiosa. Para los que no han leído con detenimiento los "Cuadernos" hasta ahora publicados, donde paulatinamente hemos definido nuestra actitud ideológica, volvemos a recordar—y ahora en términos llanos para que cualquier interpretación aviesa se desprestigie a sí misma—que no formamos una institución católica, ni de ninguna índole religiosa.

El problema teológico como sentimiento lo dejamos librado al criterio individual y entendemos que nuestra condición de novecentistas nos impone la más amplia tolerancia y

el más profundo respeto por cualquier convicción religiosa o antirreligiosa.

El Novecentismo no exigirá nunca de sus asociados, ninguna profesión de fe que no sea el idealismo que proclama como principio filosófico, la moralidad como acción de conducta y la libertad de pensamiento en cualquier disciplina de espíritu.

EL COLEGIO NOVECENTISTA. —

Romulo D. Carbó

LA REVISIÓN DE NUESTRO PASADO

No se discute ya que un grupo de estudiosos, cuyas ideas nada tienen de comunes con las de aquellos que en el siglo último intentaron historiar la vida que el país iba dejando atrás, ha iniciado, con éxito, la revisión total de nuestro pasado histórico. La tarea, motejada de iconoclasta por cuantos usufructúan la fábula, que ha adjudicado valores al montón, responde a ideales que si de algo se hallan cerca, es, precisamente, de cuanto en el orden filosófico y en el de las ideas generales, ha dado origen y da vida, ahora, al Novecentismo. Cuál objetivo persiga la que alguien ha llamado: *nueva escuela histórica*, puede ser fácilmente advertido por quien, con el espíritu libre de prejuicios, ahonde en la lectura de cualquiera de los trabajos monográficos que proceden del grupo aludido en las primeras líneas. Un gran anhelo de verdad trasuntan todos ellos. Verdad en el detalle y verdad en el tronco de las cosas. Toda la información es pasada allí por el tamiz de la crítica, que lo mismo baja a la minucia paleográfica o se detiene en el problema heurístico, que se remonta a las delicadas especulaciones de la crítica interna. Hay afán de conocer el pasado tal cual fué, colocar cada suceso dentro de la «serie histórica» a que pertenece, y discernir a cada hombre el justo valor que le es propio. Aseméjase, sincerícamente,

la labor ya realizada y la que está en vísperas de serlo, a la tarea arqueológica de los que han reconstruido los restos de la cultura antigua, y a quienes ni un solo instante ha dejado de inspirar el deseo de «rehacer» los objetos, exactamente como fueron en el pasado. Cualquier enmienda, aún la que pudiera ser dictada por un propósito estético, desvirtuaría toda la obra y la haría rotundamente fútil. Los hombres que en la actualidad trabajan en la revisión del pasado histórico argentino, anhelan conocerlo con la más escrupulosa exactitud que permita la falibilidad de la condición humana, por las mismas razones en las que finca el carácter de la tarea arqueológica recientemente recordada. Si tal propósito tiene o no finalidad práctica, no es asunto que merezca ser tratado, sobre todo para cuantos consideren que el afán de verdad — de la que luego emanan la justicia, el derecho y todas las entidades metafísicas — es el gran conductor de la obra. Que ella está justificada, lo dirá bien quien conozca la bibliografía histórica argentina y quien haya parado mientes en cuanto, en todos los órdenes de la vida nacional, ha derivado de esos libros. Héroe de discutible autenticidad, hazañas de quilates no denunciados por la piedra de toque de la crítica, personajes lanzados a la circulación sin más escudo que el cariño de una prole extendida e influyente, todo eso que forma el acervo del contenido de nuestra historia conocida, estaba reclamando análisis. Por otra parte, escritos los libros en cuestión por los actores del suceso histórico o sus hijos, no fué osado colocar interrogantes sobre cada una de las afirmaciones contenidas en ellos, desde que era ló-

gicamente sospechable que habían antepuesto a la verdad las conveniencias de la gloria póstuma.

Y con ser esto suficiente para explicar la revisión, no es, sin embargo, todo, ni es lo más fundamental. Una deficiencia grave notábase en nuestra bibliografía. La constituía el excesivo carácter de gesta que presentaba toda la narración del pasado, a extremo de autojarse a muchos que nuestro país, antes de ahora, no había sido otra cosa que un vasto campamento. Nuestros historiadores sólo nos han exhibido el aspecto militar de la historia patria, volcando desprecio sobre lo que no ha tenido vinculación con las guerras y con los generales. Fuera de lo así clasificado, ningún otro factor, de los que jugaron papel preponderante en el compuesto de nuestro pasado, ha merecido atención. Y débese a ello la unilateralidad de todas las conclusiones, antes aceptadas como dogmáticas. A tales defectos de visión, de objetivo y de criterio, hay que agregar los que proceden de la técnica y del concepto de la historia, que fueron propios de nuestros historiadores del siglo pasado y de los primeros años del actual. De esta suerte, aún careciendo sus libros de todas aquellas lacras ya señaladas, nuestra historia debía ser reconstruida de nuevo, de conformidad con las disciplinas que ahora encauzan la materia. Y hacia tal rumbo marcha *la nueva escuela histórica* de nuestro país. Cuáles sean las diferencias que en orden a la técnica y al concepto de los estudios existen entre los del siglo pasado y los del nuestro, es asunto demasiado conocido para que resulte necesario establecerlo. Así y todo, no estará demás que recuerde, que mientras los hombres del mil ochocientos adjudicaron a la historia el papel de

«maestra de la vida», e indicaron su estudio como el de una disciplina excelente para la especulación ética, los del presente opinan de manera diversa. La historia es conceptuada hoy como una ciencia que logra formular *leyes abstractas de manifestaciones que concurren a su formación*, y puede figurar en el conjunto de las disciplinas que, como la geología, estudian fenómenos de sucesión, *siempre únicos y característicos*, y que para merecer la consideración de un análisis, no han menester de más.

Y queda así explicado el por qué y la finalidad de la revisión histórica del pasado argentino, actualmente en plena ejecución.

RÓMULO D. CARBIA.

Junio, 1918.

Hasta acá

EL PROBLEMA EDUCACIONAL

Hace setenta años, cuando a raíz de sus viajes por Europa y los Estados Unidos, Sarmiento elevó al gobierno de Chile su informe sobre enseñanza pública, conocido con el título de «Educación Popular», la política educacional hispanoamericana tenía títulos más que meritorios, al proponerse como *mínimum* de acción extinguir el analfabetismo. Entendíalo así el gran luchador argentino y por cierto que la perentoria necesidad de ilustrar al pueblo, necesidad más continental que chilena, se definía en aquel trabajo en términos tan exactos y adelantábase una solución tan eficaz, que la crítica histórica no ha trepidado en calificar de magistral el libro.

Treinta años más tarde, desde la presidencia de la República, su autor no hizo más que realizar paulatinamente y con firmeza las teorías esbozadas en Chile y no hubo argentino ilustre que no proclamara suyo el ideal de Sarmiento, tanto que si el problema cultural, así entendido, no es todavía cuestión resuelta ni mucho menos, debe culparse de

ello más que a los gobernantes a la extensión territorial de la República, a su idiosincrasia política y no poco a las vicisitudes históricas del país.

Pero setenta años corridos desde entonces y el engrandecimiento nacional, han complicado el problema de la cultura al extremo de que una política que hoy nos formulara sus propósitos educacionales en iguales términos, es decir, extinción del analfabetismo, resultaría ineficaz en la obra de la grandeza colectiva. Sobran razones para pedir que el Estado vea en la escuela objetivos de mayores proyecciones que los actuales y crea que ya no basta enseñar a leer y escribir, sin perjuicio de que el porcentaje alarmante de analfabetos que arrojan las estadísticas, le obligue una acción especial en este sentido. Urge que además de los rudimentos científicos de inmediata utilización, que mal o bien inculcan nuestros colegios, los fines educadores de la escuela se extiendan más allá de las inmediatas consecuencias utilitarias y se le dé a la institución docente todo el significado que tiene en los pueblos democráticos.

Una racha de saludable inquietud sopla desde hace tiempo sobre todos los ámbitos del país. Pensadores y maestros están ya contestes en reconocer la necesidad de una revisión de postulados y principios educacionales y aunque entienden con muy distintos criterios cómo ha de realizarse esta revisión, algo ya se adelanta aceptándola en principio.

En estos últimos tiempos han surgidos algunas iniciativas prácticas. En el ambiente universitario, además de las reformas en Córdoba — tardío espaldar que no pudo impedir el estrepitoso derrumbe de su viejo edificio — las facultades de Buenos Aires han elevado a los Consejos Directivos hasta seis proyectos, y aunque nada de trascendencia se proponen, a no ser la rehabilitación de respetables derechos individuales, bueno es ya empezar por algo. Otro tanto puede decirse de la Universidad de La Plata, cuya próxima conferencia docente será, seguramente, de gran interés, a juzgar por las proposiciones que van a discutirse.

La Federación Universitaria Argentina prepara a su vez un congreso estudiantil, los centros confederados delínean reformas, y todo, en fin, nos comprueba que en la Universidad hay algo marchito, anacrónico — llámesele métodos, espíritu, lo que se quiera — que cae por propia gravitación.

No es menos inquietante la situación en las escuelas primarias y colegios nacionales. Vieja es, como se sabe, nuestra manía argentina de reglamentar con espíritu puntilloso toda manifestación de vida colectiva, pero nunca como ahora el inveterado formulismo ha ido tan lejos. El afán innovador se traduce día a día en decretos y reglamentaciones de toda índole, desde el inofensivo reparto horario, que casi siempre es el campo predilecto de los escarceos pedagógicos, hasta «las reformas

orgánicas», así como suena, que se proyectan por cientos en cuantas oficinas didácticas tiene el país.

Conviene recordar que contamos con un sinnúmero de asociaciones que directa o indirectamente hacen profesión de fe educacional, y aunque muy a menudo los títulos bamboleros que se adjudican las tales asociaciones, mal ocultan el interés apremiante de un mutualismo que resguarde a sus adeptos de los vaivenes políticos o gestione remuneración más justiciera que la actual, ellas también proyectan y en consecuencia no le podemos negar valor como hecho sintomático.

Es claro que no han de salir de sus mesas de estudio aquellas ideas luminosas que dieron tan justa fama a sus similares francesas y alemanas del siglo XIX, puesto que, excepto una que otra, ellas no abordan problemas que no sean, la dignificación del magisterio por el aumento de sueldo, v. gr., o proyectos de escalafón profesional, pero como dijimos más arriba, hablan de una renovación y por lo tanto merecen ser citadas.

Añádase a lo dicho hasta ahora que nuestra bibliografía pedagógica aumenta día a día, y que cuantos libros o folletos salen a luz insisten sobre la revisión de valores educacionales, y veremos que tácita o explícitamente todos están de acuerdo sobre ella, aun más, hasta reconocen, que esa revisión es urgente, casi impostergable.

Esta primera proposición nos autoriza a formular una segunda: la escuela argentina, como insti

tución indispensable para nuestra vida democrática, o ha fracasado, o ya no responde a las nuevas necesidades individuales y sociales de la nación.

Si entendemos por «escuela» una casa donde se enseña a leer y escribir o donde se inculcan rudimentos científicos de inmediata o mediata aplicación en la vida diaria, la escuela, lejos de fracasar ha hecho en la República verdaderas maravillas.

Comparadas nuestras estadísticas escolares con las de pueblos más civilizados que el nuestro, resultan alarmantes, pero si contemplamos con mirada retrospectiva, no diremos la cultura nacional desde el 53, sino la de veinte años a esta parte, veremos que pocos países han hecho y hacen lo que el Estado Argentino por la regeneración de las masas. Todo lo existente en el país en materia educacional es obra del Estado, puesto que aquí la filantropía no tiene como en los Estados Unidos, por ejemplo, esos rasgos sublimes que se traducen en cuantiosas donaciones para el tesoro escolar. Son raras, de rareza excepcional, las fortunas que en la República destinan alguna obviación para las escuelas, quizás porque falta entre nosotros el concepto de la solidaridad nacional.

Es cierto que el analfabetismo sigue siendo, a pesar de nuestra enseñanza obligatoria y gratuita, un problema cuya gravedad no disimulan nuestros hombres de gobierno, pero no se puede desconocer que su porcentaje merma poco a poco, como que en

definitiva es más que nada una cuestión económica y de tiempo. En el sentido de transmitir nociones generales, la escuela no ha fracasado, pues, y si de ella no hemos aún recogido los frutos anhelados, cúlpese de esto a factores físicos y económicos que no nos es dado eliminar.

Si la escuela, en cambio, es algo más que un laboratorio de aprendizaje o un taller de manualidades como nos la definen algunos educadores; si la escuela es lo que significa en el sentido histórico de la palabra, que traducido en términos objetivos podría decirse con los antiguos símiles, yunque que forja conciencias y que modela espíritus y chispa creadora con cuyo calor germinan las fuerzas latentes del alma humana, la escuela argentina no ha respondido a sus altas finalidades.

Una revisión de valores educacionales debe proponerse, en consecuencia, como asunto previo a cualquier otro, el de las finalidades escolares. Esta es proposición anterior y resolverla significa adelantar la justa solución de las que pudieran presentarse en lo sucesivo. Pero entiéndase que no ha de ser con revisiones reglamentarias ni con simples cambios formales como daremos con el secreto de nuestras inquietudes. Veinte años hace que el gobierno se afana, siguiendo un camino desacertado, en nuestro sentir, por realizar esta renovación. Nada han conseguido, en efecto, las llamadas «formas orgánicas» de González y Saavedra Lamas.

para referirnos sólo a las que originaron mayores polémicas, porque supusieron bueno un estado de cosas y creveron que con ajustamientos en el mecanismo técnico de la enseñanza se resolvía el problema fundamental.

Comencemos por decir que cualquier innovación ha de ser en el espíritu mismo de la escuela. Sus propósitos utilitarios actuales ya no responden a nuestras necesidades de pueblo que debe engrandecerse y purificarse con lustraciones idealistas.

Ese positivismo que se abroquelaba detrás de las paredes de nuestras escuelas necesita renovar sus gastados conceptos de la vida con nueva savia. Revisémosle sus postulados, sin prejuicios banderizos para no negarle lo que tiene de bueno, revisemos todo aquel cuerpo de doctrina que ha impuesto como verdad suprema, y fácil nos será comprobar que su desacreditada filosofía no ha de darnos la fórmula para realizar una conciencia nacional.

Formar una conciencia nacional, hacernos de modalidades de espíritu que nos distinga de los pueblos que nos siguen conceptuando «su granero», según la aúlica expresión, probablemente irónica, de Anatole France, debe ser la premisa mayor de cualquier educación argentina.

Construido el edificio escolar sobre una armazón científica, nuestra institución docente no conseguirá nunca ese ideal generoso que hace unos años Ricardo Rojas exponía, con admirable precisión, en la Restauración Nacionalista.

Es tiempo de que esta obra sea leída sin prejuicios y no se vea en ella lo que creyó hallar la crítica periodística, al juzgarla con su ligereza habitual: odio a las ciencias y a los métodos positivistas. Lo que a Rojas le preocupaba, en asuntos educacionales, era la preparación ciudadana del argentino, que no hacen, ni en mayor ni en menor grado, las escuelas nacionales. En cambio nuestros colegios vistos de cerca parecen la experimentación de los principios que Herbert Spencer expuso en su difundida obra sobre educación. Sabido es que el filósofo inglés pretendió hacer, con dogmatismo utilitario, una escala de los valores del conocimiento y sus aplicaciones prácticas, donde colma la nota su amoral concepto de la vida.

Matemáticas y ciencia son para Spencer las disciplinas educadoras del espíritu; matemáticas y ciencia las que nos guían en la búsqueda de la felicidad sobre la tierra y en cambio conocimientos inútiles son los que pueden ofrecernos los estudios teleológicos. Estos quedan al margen de la famosa escala, dentro de los alrededores del hogar o librados a la acción del medio ambiente, como algo que integra la cultura humana, a título de perfectibilidad, pero cuyas sugerencias no son indispensables, en la vida diaria.

De acuerdo con la pauta spenceriana organizaron nuestros pedagogos la enseñanza pública y al prescindir de valores estéticos, edificaron una es-

cuela de armazón científica, amoral, fría, triste, en cuyo frontis el *Vitam impendere vero*, del filósofo ginebrino, fué sustituido por un lema de renunciamiento deliberado: «Educar es adaptar el individuo al medio en que vive».

Estos educadores positivistas que huyen de la metafísica y reniegan de los famosos Universales de la Edad Media, que sonríen con amable displi-cencia de las causas primeras, sin perjuicio de rendirles, de cuando en cuando, sus homenajes, lo mismo que hacía con la rana el topo del poema griego, postulan, como se ve, una verdad suprema: «el ambiente es algo anterior e inconcuso, a cuyas exigencias debe condicionarse la personalidad humana».

Toda docencia oficial a ello se dedica; con esa intención fueron escritos planes, programas y horarios y a fuerza de extremar la nota hasta rebasar el modelo inglés, hemos convertido la escuela en taller y laboratorio, donde la *heurística*, limita las inteligencias infantiles a la realidad, enseñándoles que la experiencia es el único elemento valedero del juicio.

Ya es tiempo de que a esas definiciones «biológicas» que corren por los bancos de las escuelas normales, con patente del Estado, le enfrentemos la fórmula kantiana, según la cual educar es poner a la naturaleza humana en condiciones de realizar

toda la perfección de que es capaz; más noble y amplia, como se ve, que la propuesta en nuestros textos escolares de pedagogía.

Ella no presupone medio ambiente físico o moral sino que, por el contrario, postula la libertad individual y el libre desarrollo de la personalidad. Tampoco propone una calificación de conocimientos según la utilidad inmediata, puesto que adjudica a los valores humanos, a todos por igual, la importancia que tienen en la formación del carácter, único y fundamental objetivo de la educación para el filósofo de Koenisberg.

Se nos dirá que también el positivismo tiene como finalidad educativa la formación del carácter, pero a ello respondemos que siendo éste resumen de valores integrales, no puede conseguirlo — y no lo ha conseguido en el caso argentino — porque prescinde de elementos éticos y estéticos sin los cuales es inconcebible la cultura; aparte de que el positivismo inficionó el concepto de la palabra «carácter» con su utilitarismo vergonzante.

Volviendo al caso argentino y a su escuela oficial, entendemos que ella debe tener como finalidad la formación de la conciencia y del carácter nacionales. De vivir el europeizante Sarmiento, seguramente, no sería otra su fórmula educativa.

Todos los pueblos fuertes de la tierra entienden así el problema de la cultura y no es otro el tradicional propósito de la *home education* de los in-

gleses o el espíritu de los *realschulen* alemanes, para citar únicamente dos tipos clásicos de educación.

Es cierto que nuestros programas y planes escolares hablan de esta formación de la conciencia nacional, pero dígalo el maestro que enseña o el pensador que medita, si ha de conseguirlo una escuela que dedica 16 horas semanales a ciencias y matemáticas y apenas una media hora a la enseñanza de la Constitución Nacional y dos horas a la historia patria, incluyendo en ellas el tiempo que los métodos de observación obligan dedicar a gráficas y mapas. ¿Acaso ha de formar conciencias una escuela que prescinde de la Moral, como disciplina especulativa y de la enseñanza estética como fuente de las más nobles emociones del alma humana? ¿Ha de subsanarse el error con esa media hora que todas las semanas dedican nuestras escuelas a la enseñanza de la *moral práctica*, expresión híbrida que se entiende, poco más o menos, como la entendía el ingenuo abate Saint-Pierre, en el siglo XVIII? Añádanse a esto nuestros malos textos escolares (1), y el espíritu materialista con que se enseñan estas asignaturas y comprenderemos por qué nuestras escuelas no han conseguido nada en la formación de la conciencia nacional.

(1) Ya estaba en prensa este artículo cuando leímos un notable trabajo del distinguido historiador Dr. Rómulo D. Carbía titulado "Los malos textos escolares", donde abundan ejemplos concretos. ("Nosotros" N. 110, pág. 254 y siguientes).

Educuar al ciudadano, inculcar la idea de que en toda democracia el interés individual vive supeditado al de la sociedad, por cuyo bienestar debemos ir hasta el sacrificio, no porque nos lo mande la ley sino porque nos lo prescribe la conciencia y sugerir por último en todos los espíritus la noción fundamental de que en cada uno de nosotros existe un «yo», independiente de causas físicas, dueño de su voluntad y responsable de sus actos, deben ser los objetivos primordiales de nuestras escuelas. Y agregamos que esos objetivos no han de conseguirse mientras a la ciencia que enseñan no la sostenga un fuerte sedimento de factores morales y estéticos.

Es urgente que ese pequeño egoísta a quien la escuela educa en medio del determinismo de las ciencias o del racionalismo matemático, se purifique con el agua lustral de los estudios desinteresados y adquiera en edad temprana ideas generosas que iluminen su futura existencia de hombre, de padre y de ciudadano. Que cese ese utilitarismo brutal que a fuerza de repetirse termina por euervar los más nobles sentimientos y obligarnos a ver en el condiscípulo o en el camarada el futuro rival en las luchas por la vida. Que la escuela sea la linfa pura en cuyas aguas se deslíen las sales amargas que las corrientes domésticas y sociales llevan a su cauce y cuando sepamos ver en cada edificio escolar un vértice que reúne en un solo haz de luces

millares de aristas que a él convergen como en una suprema aspiración de cumbre, la escuela será el templo en cuyas aras, como en los secretos Eleusinos, se oficie el rito milagroso de la tierra.

Recién entonces tendrá el Estado derecho de mirar en su docencia oficial el colegio nacionalista, en cuyas aulas se conjure el peligro inmigratorio y la heterogeneidad étnica, al tiempo que se infiltre en las generaciones el principio de la solidaridad territorial y ética, indispensable para la vida de los pueblo de *aluvión* como el nuestro.

Planes, programas, horarios y hasta ley orgánica del profesorado, son temas interesantes, que sufrirán revisiones, a su vez, pero ellos implican la solución previa de una escuela como institución democrática y nada adelantará el gobierno por la vieja ruta de los apuntalamientos y reglamentaciones sobre fruslerías técnicas, en que sigue empeñado, ni conseguirán nada las asociaciones docentes, algunas de las cuales colocan en planos inferiores este asunto, planteándolo como una mera cuestión de proletariado profesional.

Ya no basta, pues, enseñar a leer y escribir. La política de Sarmiento ha llenado su misión histórica, y por eso es grande el ilustre pensador que la formuló. Los tiempos actuales exigen más, mucho más, y así como el Imperio Romano recordaba a sus ciudadanos, a todas horas, que habían nacido

para dominar el mundo, por razón de su cultura y su fuerza, recuerde nuestra democracia a los suyos que tienen como misión sobre la tierra, engrandecer la patria con la formación del espíritu nacional.

B. VENTURA PESSOLANO.

VENUS DE MILO

*Tu marchés, fière et nue, et le monde palpité,
Et le monde est à toi, Déesse aux larges flâncs!*

LECONTE DE LISLE.

¡El mundo griego en tu mirar se enciende,
Venus divina, de la gracia reina;
De la hermosura del sagrado Paros
Símbolo eterno!

Pasan los siglos... y el sublime soplo
De Hélade madre el corazón penetra:
De la armonía el inmortal secreto
Ella lo irradia.

¡Venus divina! a bárbaras edades
Ofreces el milagro de la tierra
De los humanos dioses y los altos,
Íncultos, hombres.

¡Venus divina! en tu mirar sereno
Sentí crecer la chispa que en mi espíritu
Halló dominadora un tabernáculo:
Puesto en tu gloria.

Encienda siempre el cálido deseo
De la belleza antigua, la armonía
Y la verdad, ¡oh diosa de la gracia!
Amplia tu lumbre.

Encienda el culto de la Grecia ilustre:
De los azules montes, del sereno
Limpiado cielo, tu marmórea imagen,
¡Cándida diosa!

Por tí el cerúleo mar hondo resuene,
Píndaro entone el varonil acento;
El amoroso ritmo por tí cante
Mísera Safo.

Por tí los dioses sin cesar visiten
El Partenón de la pasada gloria;
Y que otra vez de Palas Atenea
La égida impere.

¡Diosa! por tí se extienda sobre el mundo
El inmortal fulgor de tu colina;
Por tí las mentes lúgubres, cansadas,
Sientan la fuerza.

¡Tú, que eres diosa del amor, del ritmo
Y la belleza, tú, que en Milo isleña
Viste la luz, de mi nativo cielo
Rige los astros!

NUEVO CANTO

Sobre los campos de la vieja Europa
Se anuncia la orfandad, el luto y queja:
El mal tendió las alas del infausto,
Lúgubres, lívidas...

Cual vagabunda la justicia implora
Cabe el hogar destruido, la porfía
Sostiene fueros en la fuerza bruta:
Hiena así hartada.

Cavan la fosa sin alzar la frente
Al inmutable y estrellado cielo,
En fratricida lucha, los humanos
Hijos del Hombre.

¡Oh Patria! sobre el rojo, moribundo
Ocaso de caduca Europa, se alza
La prometida luz: en vario giro
Nuncio de gloria.

¡Oh Patria! asoma luz de la latina
Gente sobre los niveos, escarpados
Andes, ¡asoma luz sobre tu yelmo
De indiana virgen!

Asoma luz del apolíneo fuego,
Amor del Inca y de la raza numen:
Fulgente sol que nos condujo el alba
Del sacro Mayo.

¡Oh sol, augur de la Argentina gloria,
Nada mayor que los nativos fastos
Vele tu curso en el tendido cielo:
Límpido, ingente!

Por tí preñado campo dé maduros
Frutos y opima mies; por tí el ganado
Medre sobre movable y ondulante
Oro de espigas;

A tu quemante beso la familia
Del labrador aumente, y en la brega
Anime tu caricia el desmayado
Cuerpo vencido.

¡Salve, oh sol, que a iluminarnos llegas
Desde la noche de la vieja Europa,
Entretejiendo helénicos fulgores
De inclita lumbre!

Cuelga tu manto en la nevada cima,
Y penetra las almas de amargura
Y de miseria albergue. ¡Venza el rayo
La hórrida idea!

Fecunda el arte, ¡oh sol de las incaicas
Y helénicas edades! La belleza
Como el Renacimiento de tu abrazo
Surja de luces.

Cual la sintieron el cantor del Tormes,
Del olímpico Ciego, y los Sepulcros,
Suene, como en el alma de Leopardi,
La voz del arte.

¡Venga el poeta de progenie nueva
A sumergirse en la solar caricia,
Y él en la lira septicorde entone
Férvido carmen!

¡Venga el cantor de la Argentina tierra:
Rápsoda de su gesta y de su suerte
Enamorado augur! Acuerde el canto
Jónica nota...

JORGE M. RÖHDE.

EL DILETTANTISMO

EN LA VIDA JURÍDICA

Hay en el ambiente de nuestra vida jurídica, como una emanación que produce un estado de ensueño; semejante, sería, al que logran los fumadores de opio, que gozan de su propia fantasía como si fuera su realidad. Todos los afanes se traducen en mariposeos ineficaces, que sacuden un poco y luego vuelven a dejar todo en la misma somnolencia de antes. Es un estado intermedio entre el completo abandono y el afán de hacer algo, es el estado contemplativo, en el que se deja al tiempo, gran faenador de todas las transformaciones, lo que precisa de la constante acción del individuo.

En este orden jurídico se hace notar, doblemente, esa falta de acción colectiva. Los magistrados cumplen su honrada tarea de repartir justicia mecánicamente; en la sugestión de su infalibilidad, de la que están poseídos en alto grado, en perjuicio del derecho científico, se convierten en simples oficinistas para los que una sentencia es como una nota, que ni precisa innovaciones ni reclama mayor apuro. En raras oportunidades aportan éstas conceptos jurídicos fundamentales; parecería así que

la tarea principal, la verdadera labor se abandona al abogado, pero como éstos, convencidos de que sus esfuerzos sólo algunas veces encuentran eco, tampoco trabajan y dejan que sus alegatos acumulen rutina sobre rutina. Ambos son culpables de este *dilettantismo jurídico*, que sería bien grave sino fueran las honrosas excepciones que salvan los valores científicos y aportan nuevos que afortunadamente se interpretan.

Dilettantismo porque al fin y al cabo hay intenciones y algunos esfuerzos: todos se dan cuenta de lo necesario que es en la vida jurídica de un pueblo la evolución; *dilettantismo* porque hay el anhelo de renovar y está difusa, imprecisa, casi inexistente la «idea que encauce y gobierne», está «defraudado por la parálisis de la voluntad que lo retiene en los límites de la actitud contemplativa», repitiendo las palabras precisas que Rodó usa para dar su concepto.

«Un derecho concreto, que invoca su existencia para pretender una duración ilimitada, la inmortalidad, ha dicho Ihering, recuerda al hijo que levanta el brazo contra su madre; menosprecia la idea del derecho, sobre la cual se apoya, porque el derecho será eternamente el mudar». Y este *perpétuo devenir* del derecho, no lo detiene la ley, que no es más que el momento jurídico, la forma de la norma ética, y por tanto destinada a renovarse, condenada a la constante evolución. Desde luego,

la faena, larga e intensa, es para muchas generaciones, es bien cierto, pero sí, lo es más, que es para la *labor* de muchas generaciones, porque la acción del tiempo solamente destruye, pero no construye.

En buena hora los legisladores han dado un paso oportuno con la reforma del Código Penal, cuya necesidad se hacía sentir y cuya sanción se hace esperar; faltan aún otras reformas necesarias, la de la legislación civil y de la procesal, la de aquella lo reconocen los mismos contrarios que invocan fundamentales y buenas razones. El Código Civil Brasileño, ha influido, indiscutiblemente; la ciencia jurídica, que cuenta en el Brasil con tan prestigiosos apóstoles, se ha conmovido y ha sacudido un poco nuestra indolencia, se ha comprendido, conocida la forma en que se elaboró aquel nuevo código y teniendo noticias también de la del Civil Alemán, que ya no son épocas éstas en que se pueda entregar el trabajo a un solo hombre y que tampoco son para sancionar leyes o códigos a libro cerrado, y que es necesaria la mayor colaboración para que en realidad una ley pueda ser la manifestación exacta del momento jurídico de un pueblo.

A esa colaboración nada puede aportar tanto como una buena jurisprudencia; ella representa la realidad práctica del derecho, la aplicación del derecho teórico, de modo que tiene casi una impor-

tancia y transcendencia de ley, desde que siendo de ella la interpretación impersonal, fría, la disección de su concepto, su análisis, es el reflejo de su alcance, utilidad y eficacia. Tal la importancia de la jurisprudencia en la vida jurídica, de lo que se deduce el perjuicio de esta falta de acción, de éste nuestro *diletantismo*.

Al fin, queda el consuelo de que este *diletantismo* nos sostiene más cerca del anhelo de renovación que del sopor de los fumadores de opio.

A. J. RODRÍGUEZ.

Mayo, de 1918.

EXPOSICIÓN BLANES VIALE

Pocas veces nos ha sido dado contemplar, en este Buenos Aires, febril y despreocupado, un conjunto pictórico tan bello dentro de su variedad, como el que en meses pasados fué expuesto por el pintor uruguayo Pedro Blanes Viale en los salones del Retiro. Y pocas veces, también, los exquisitos a la violeta recibieron más severa lección de equilibrada estética, puesto que allí, en esos cuadros, ricos de color, palpitaba al propio tiempo que un fuerte sentido realista de la naturaleza, un alado idealismo. Lejos de excluirse ambos, en mi sentir, se complementan al necesitarse mutuamente, como la llama precisa del combustible de cuyo seno brota.

Tal armonía esencial caracteriza la obra de Blanes Viale, destacándola con marcado relieve entre nuestra producción artística, híbrida y enfermiza, con muy honrosas excepciones. La sensibilidad del pintor siempre apercebida al fecundo estremecimiento; siempre pronta a reaccionar con viveza frente al mar, a los árboles, al paisaje, en fin, se comporta como un prisma de mágico cristal, que sin deformar la realidad, ni alterar fantásticamente los colores, sólo la tornara más expresiva al espiritualizarla. Es así como se explica satisfactoriamente la perdurable y honda emoción que nos causaran los distintos panoramas del Yguazú, donde a la magnificencia propia de aquellas cataratas supo

agregar, quien las eternizó en la tela, la magnificencia de la propia visión.

Y este ideal plástico-interpretativo ha sido logrado sin acrobacias indignas y sin las sofisticaciones en boga. El volumen, la calidad, la solidez de las cosas se advierte y se siente en las telas a que nos referimos. Lo propio ocurre con el color en sí, y en sus infinitas relaciones de dependencia, nunca alteradas con un deliberado propósito de «asustar a los burgueses», antes bien conseguidas después de silenciosos coloquios con la naturaleza, que al decir de Rodin, basta con interrogarla para descubrir al punto los tesoros que esconde. Los paisajes de Mallorca; los ya citados del Yguazú, como tantos otros igualmente lujosos por su esplendor cromático y su fuerza emotiva, confirman lo que aseveramos.

Ante un panorama mallorquín, por ejemplo, donde las casitas blancas se perfilan sobre el mar azulado, quieto y manso sobre el cielo matinal, Blanes Viale ha experimentado, sin duda alguna, emoción de sosiego y de paz; de serenidad y de pureza. Y pintó el panorama subordinando la realidad exterior a la realidad subjetiva, pero sin traicionar a aquella, es decir, sin caricaturizarla, como lo quiere el desequilibrio de cierto concepto estético contemporáneo. Con ese único criterio por norma directriz, ha realizado todos los cuadros que tuvimos oportunidad de admirar hace ya algún tiempo en los salones de la plaza San Martín.

Se impone, desde luego, precisar también, la índole del espíritu interpretativo del artista, o para expresarlo en otros términos, el carácter de su capacidad receptiva. Es quizás lo que más nos interesa descubrir en las verdaderas obras de arte, por

cuanto en él está el fondo mismo de la personalidad.

Por la manera particular de encarar un asunto y desarrollarlo; por la forma grandiosa con que en sus cuadros todos se entrelazan las líneas principales y vibran los matices ajustándose a una tonalidad predominante; por la distribución, sabia, calculada y sentida de los elementos pictóricos — rama de árbol, flor o nube encendida — muéstranos el artista uruguayo como un decorador de pura cepa. Tal, pues, la modalidad importante que deseábamos precisar.

Pero aun hay más relacionado con el mismo tema: la predilección de Blanes Viale por lo pequeño, bello, claro está. Los pájaros, especialmente tentaron su pincel, y a fe que éste realizó maravillas sobre la tela.

Ruskín que fué, sin disputa, un panteísta de corazón, y que de haber sido pintor, el arte decorativo lo habría subyugado hasta el apasionamiento, opinaba que lo diminuto natural — piedrecillas, hierbas, mariposas, etc. — debían merecer la atención amorosa del artista. Y Ruskín estaba en lo cierto por cuanto siendo aquellos, elementos estéticos preciosos, prestan a la composición, o al paisaje pintado, carácter integral y aspecto soberano a un mismo tiempo. El prerrafaelismo que se ciñó a tales principios es una prueba del valor de los mismos, en cuanto a su eficacia decorativa se refiere.

Sugestionado por la encantadora policromía de los pájaros propios de la región misionera, el pintor que nos ocupa le rindió el tributo de amor de los pinceles suyos, como ya queda dicho. Tributo de amor y de poesía porque a uno de los cuadros

más imponentes de la exposición, lo bautizaba con el lírico título un pajarillo azul posado en el ramaje como si fuera el alma alada de aquel trozo magnífico de naturaleza.

Y otra manifestación que revela también el decorador, de suyo imaginativo, la encontramos en las sirenas que entre las aguas verde-esmeralda del mar costanero, muestran, veladamente, los flexibles cuerpos aguzados en cola de delfín.

En síntesis y para terminar: poesía y verdad se adunan en la obra de Blanes Viale, a la opulencia del colorido siempre justo y a la gracia de la línea, siempre sugerente. Significa, por otra parte esta hermandad peregrina, este triunfo del equilibrio armónico consecuente con un alto ideal de belleza, la prueba inconcusa de que para hacer obra de arte superior no es menester recurrir a la extravagancia y la exageración.

Repetimos: pocas veces nos ha sido dado contemplar un conjunto pictórico más interesante, aun cuando para cierto crítico anónimo y sin pizca de buen gusto, fuera poco menos que una mediocridad...!

ALBERTO BRITOS MUÑOZ.

PAUL GROUSSAC.

Antes he hablado de algunos profesores; hoy hablaré de un maestro. No buscamos refugiarnos bajo sus alas, intentamos volar al lado de él.

Su obra histórica habrá que rehacerla; el estilo y el hombre quedarán. Hoy sus contemporáneos le llaman el Injusto, mas las generaciones del futuro le aclamarán el Precursor.

Densas sombras cubrían mi patria. José Manuel Estrada había dejado su cátedra, porque era un hombre libre y bajo la influencia filosófica de Spencer se formaba una generación vulgar y sombría—la del 80—que acaso se llamará ella misma la generación de los arrepentidos.

Groussac no necesita arrepentirse. Estaba sólo entre ellos, pero puede decirles, bien alto, como un desafío, como un grito de guerra, como una bofetada: yo nunca fui positivista!

La humanidad, fatigada de ciencia popular y democracia vuelve a las inmortales fuentes griegas. Así yo torno a una vieja imagen

clásica que tiene para mi objeto la precisión y la claridad de la justicia: Groussac es un atleta que eleva una antorcha fulgurante.

Porque algunos al tocarla se quemaron, han creído que su luz sólo era nimbo de un fuego destructor. Y grande fué la algarabía. ¿Por qué no sustituían—ya que la repudiaban—esta antorcha de fuego que iluminó quemando con otra que iluminara sin quemar?

Groussac ya no se encuentra solo! Al lado de la suya, otras antorchas tímidas se encienden levantadas por manos y corazones juveniles. Ellos son los jueces y no callan la sentencia. Y ahora dicen: Groussac! de sombras hizo luz.

ADOLFO KORN VILLAFANE.

EL CONFLICTO UNIVERSITARIO DE CÓRDOBA

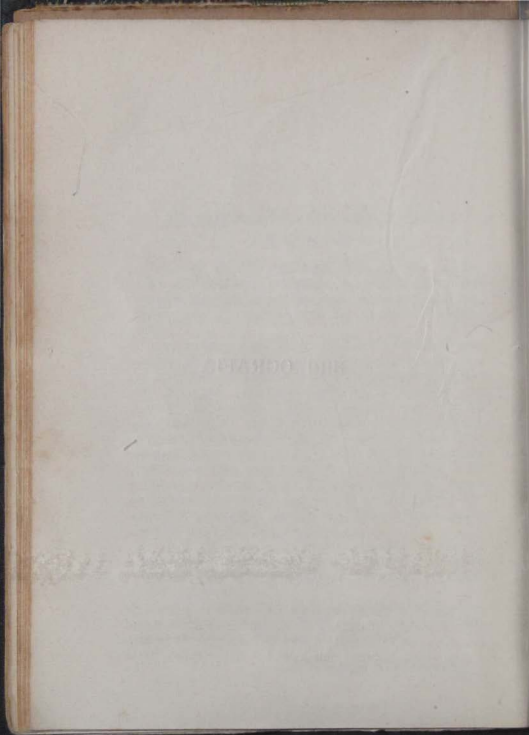
Por ser el «Colegio Novecentista» una institución de idealismo militante, inspirada en la más amplia libertad de pensamiento, nada hay más conforme con su espíritu que las luchas de renovación.

Tratándose, pues, en el conflicto estudiantil cordobés, de un movimiento francamente progresista, el «Colegio» se adhiere a los revolucionarios, aplaude todos sus esfuerzos tendientes a derribar una anacrónica cultura y hace votos para que éste sea el comienzo de una reacción universitaria nacional, fecunda en los valores que corresponden a los tiempos modernos, cuyo advenimiento ha sido retardado entre nosotros, especialmente, por el general e inmerecido arraigo de la doctrina positivista, materialismo vergonzante que en pos del fetichismo mecanicista destruye con la libertad el valor de la misma personalidad humana.

En el «Colegio Novecentista» todo impulso de juventud encuentra un voto de aplauso y un gesto fraternal y todos los excesos juveniles el olvido y la discreción.

Con agrado declara pues su simpatía hacia aquellos compañeros de Córdoba que con decisión, firmeza y cultura realizan obra idealista.

BIBLIOGRAFIA



Bibliografía

RICARDO ROJAS—

Historia de la Literatura Argentina: II. Los Coloniales.—Un vol. de 662 págs. Buenos Aires, 1918.

Ocioso fuera tejer alabanzas a la obra de don Ricardo Rojas y su orientación ideológica dentro de la cultura del novecientos, en lo que nos atañe íntimamente: cuando llega henchida con el «sabor de la tierra» y oreada en larga y undosa brisa. Ricardo Rojas, dueño de un claro método, de una vasta cultura americana, de un amor de poeta por todo aquello que trasciende «argentinidad» en el más amplio sentido de la palabra; y, realizando sus virtudes, una visión sintética que ofrece, cuando se endereza hacia el pasado, escondidas perspectivas, y proyectada a lo futuro sazona y fortalece un juicio, y vincula, con secretos eslabones, el pensamiento que germinó ayer, pongo por caso, y el que se despliega hoy en gallardas rebeldías; Rojas, repito, se ha hecho acreedor, por todo ello, del respeto de esta generación que «siente» su obra y huella su ruta.

En «Los Gauchescos» se contempla la génesis de la conquista hispana y el florecimiento de la tierra nativa con el empuje nuevo del espíritu, de la sangre y del idioma: simiente que se propagó en la

pampa india y engendró una raza, cuyo romance plebeyo conserva, como en «ánfora ruda», el primitivo cantar de los gauchos.

Hoy en «Los Coloniales» se estudia «las raíces de la civilización europea, que España aclimató en tierra argentina» (1), y se penetra en los diversos períodos que informa dicha conquista: el militar, el espiritual, el de la sociedad de fines del siglo XVIII y el último que ilustra, con ideas y sentimientos nuevos, la emancipación. Cada «jornada» habría menester de un estudio detenido: tantos horizontes nos despeja y tanta documentación paleográfica nos ofrece. Rojas analiza la obra de los primitivos cronistas coloniales, desde el primero — ese enigmático Luis de Miranda, cuya genealogía es tan obscura y su producción intelectual harto fragmentaria —, que dejó en verso castellano sus impresiones sobre el río de Solís:

conquista la más ingrata
a su señor (2);

hasta el último que, con carácter oficial, lo fué de la compañía de Jesús: el padre José Guevara.

Quien desee estudiar la literatura argentina de los tiempos medios y tenga por única ley la norma estética, irremisiblemente se verá forzado a volver sobre sus pasos, pues en ella no encontrará la recompensa de sus afanes: la pura emoción artística que levanta el ánimo a altísimas esferas; pero quien piense que en la tierra nativa hay sugestiones — sin rendirse demasiado a Taine, por cierto —

(1).— *Advertencia*, pág. V.

(2).— *Cap. I*, pág. 78.

que indirectamente se reflejan en el frío texto del jesuita, o en la página de inventiva ruda del soldado obscuro, del capitán, o de la ignorada mujer, donde se refieren las penurias de la empresa o las mezquindades de la naciente comunidad —, lea a nuestros primitivos cronistas, y ya verá que surge del estilo ingenuo y desaliñado un hondo hechizo. Por virtud recóndita tales narraciones adquieren interés para el lector moderno, quien actualiza, como dice Croce (1), por medio de la intuición, los hechos del pasado; tan es así, que el documento histórico puede entrar, aunque se halle despojado de fantasía y de imágenes, en los dominios del arte. Por otro lado, Rojas ha dicho más de una vez desde la cátedra y lo ha repetido en sus obras, que hay un elemento que el historiador literario debe tener presente: la belleza moral que, con carácter inmutable, muchas veces se levanta a la altura de la belleza artística, sin subordinarse, por supuesto, la que mueve «las potencias inferiores de nuestro ser», diré en el ingrato lenguaje platónico, a la que rige la razón suprema enemiga de las gracias, a la cual se llega después de dominar por el bien y la verdad, uno de los corceles del carro alegórico del Fedro (2).

El capítulo dedicado al Inca Garcilaso de la Vega, es una hermosa página literaria, digna del clásico escritor cuzqueño: uno de los mayores, sin hipérbole, de la América colonial y de los más sabrosos del habla de Castilla. El admirable traductor de León Hebreo, ha encontrado en Rojas un

(1).—“Logica come scienza del concetto puro”.—Bari, 1917.—Parte seconda, cap. III. pág. 160.

(2).—Platón. “Diálogos socráticos”.—Madrid 1918.—pág. 119.

amante intérprete de su obra y un generoso comentarista de su vida. Ese sentimiento inspirado por la patria nativa que despunta en los ilustres «Comentarios» del Inca, asoma, lo hace notar el autor de «Los Coloniales», en Ruy Díaz de Guzmán (1) y en Luis de Tejeda (2): el peregrino poeta que en la Córdoba tomista, abrió una brecha a la razón para volcar en ella algo de la esencia que bulle en el verso levantado de don Luís de Góngora y Argote.

Estas regiones de América sufrieron durante la época colonial, en los centros de cultura, del rigorismo docente que achataba los espíritus en el rito aparatoso de la religión y en el vacuo retoricar de las letras. Aristóteles, el

Déspota rey de la conciencia humana (3), tenía su sede oficial dentro de la casa de Trejo y Sanabria; y el «domine» literario enseñaba sobre los textos divinos de Horacio las fórmulas del buen decir, los inflexibles cánones estéticos y, sobre todo, la nomenclatura mitológica. ¿Cómo iba medrar el arte en una sociedad que desterraba la fantasía, ahogaba el impulso creador y mecanizaba entendimientos, al vaciarse el espíritu en un idioma muerto? Recuerdo que Horacio ridiculiza a quienes emplean frases de idiomas extraños en sus discursos, y él mismo confiesa que alguna vez pretendió componer en griego sus odas, pero que la razón prevaleció en su pensamiento (4). En Córdoba «la docta» se escribía oficialmente en latín y se desdeñaba el

(1).—Cap. IV. pág. 196.

(2).—Cap. VI. pág. 302.

(3).—Marcelino Menéndez y Pelayo. «Odas, epístolas y tragedias»,—Madrid 1906—, pág. 36.

(4).—Sátira X. I. 31—35.

romance con el mismo gesto medioeval de los gramáticos impugnadores de Dante, y del nuevo espíritu que en el nuevo idioma se alentaba. Ahora bien, que a pesar del ambiente surja la obra literaria de Luis de Tejeda, es prueba de que el genio — relativo en el presente caso — está más allá de imposiciones y de férulas y de que su vuelo es libre como el del águila. Buenaventura Suárez v. gr., construye en el fondo de las selvas misioneras sus aparatos astronómicos, utilizando, en vez de metal, el duro quebracho, y se comunica epistolarmente con los sabios de la época. Estos ejemplares ilustres, que tanto abundan en la historia, sirven para aplacar rencores que suscita el medio ambiente y para tener fe y constancia en el esfuerzo individual.

Rojas se detiene, con noble heroicidad, en el período cortesano del flamante virreinato: estudia sus manifestaciones culturales y saluda, con explicable júbilo, el primer verso henchido de emoción que se escuchó en el Plata: lo suelta la musa de Labardén. Antes de pasar al período subsiguiente, donde nos asombra un bélico estruendo e ideas que agitan la quieta superficie de la vida colonial, quisiera contemplar un punto que yo considero de profunda importancia: el ideal estético de la jornada que se inicia con un poeta tan pulero como Juan Cruz Varela.

Nuestros poetas — a pesar de que canten la revolución, pues, como lo hace notar Rojas, sólo varía el contenido político dentro del molde idiomá-

tico, rutinariamente conservador (1) — emplean los mismos giros y los mismos vocablos de los peninsulares, a quienes apostrofán en sus oraciones cívicas. Las normas pseudoclásicas se infiltran, como ya lo dije, en la enseñanza colonial; los poetas y prosadores del «Colegio Carolino», o de la «Universidad de Córdoba», remedan servilmente a los inmortales ingenios de la época de Augusto, sin penetrar, por cierto, en la esencia espiritual de sus modelos, en lo que ellos tengan de pasajero o de inmutable. Los hijos del Plata, como sus inmediatos antecesores de la España borbónica, desoyendo los esclarecidos exámetros: «¡Oh imitadores, rebaño servil, cuántas veces vuestros esfuerzos han sacudido mis entrañas, cuántas provocado mi risa!» (2), se entregan al canon pedestre que les dicta el Boileau castellano: don Ignacio Luzán. ¡Cuando se piensa que con la cultura clásica recibida, pues todos conocieron literalmente la obra de los dos amigos de Mecenas y de los demás «dioses menores», qué no habrían realizado si alguien les infunde el espíritu de la libertad creadora y no el de la precaria servidumbre! Si hubieran comprendido que la esencia individual es inimitable, en lo que ella tiene de más íntimo y profundo, y que de los grandes modelos só-

(1).—La demostración palpable de que los movimientos literarios no siempre coinciden con los sociales, la tenemos en el romanticismo francés, que erróneamente fué definido por Hugo en su fase estética, como un equivalente del liberalismo en política; como se sabe, a pesar de que el gorro de la libertad se viese en el diccionario de la Academia, o en la "Poética" de Boileau, la reacción sincrónica que se opera en el campo social, es eminentemente conservadora, sustentada por los principios del congreso de Viena de 1815.

(2).—Horacio. Epístola XIX. I. 19—20.

lo se nos entrega la forma: lo que es gracia perenne en la mísera Safo, o en el grandilocuente Píndaro; si hubieran escuchado al poeta dilecto de las musas: «Yo fui el primero que hizo conocer al Lacio los yambos del cantor de Paros, imitando la medida y el verbo de Arquíloco, no sus ideas y sus expresiones funestas a Lycambo» (1), sabrían que la forma para vivir y perdurar eternamente en el libro «que no se parece a ningún otro», ha menester del fuego individual, al fundirse, como el bronce, en aleación divina y másteriosa.

Nuestro López pagó tributo a la retórica impetrante, entregándonos un «romanzón» que me atrevería a tildar, de nuevo, con el adjetivo tan zarrado de un grande e ilustre maestro, adjetivo que a mi criterio Rojas lo deja en pie, magüer la buena intención que tiene en refutarlo. López olvidóse en «El triunfo Argentino» del concepto de la raza, de la tierra, y hasta de la patria, a pesar de ceñir la «máscara cívica», para sumergirse en los «azules golfos», o en los «reinos de Plutón y de la Noche», del círculo virgiliano. Luego Varela, el mayor poeta, sin duda, de educación colonial — como lo reconoce el historiador de la literatura argentina —, cuya voz muchas veces precursora del romanticismo eminente, debió impresionar el oído de la porteña o de la mediterránea de la ciudad docta; poeta que, como tiene genio lírico, logra desprenderse, un tanto, de la férula de Victorio Achega, e imprimir personalidad a algunas de sus composiciones; en él se notan influencias de Quintana en el carácter social que dió a su poesía, de Leandro Moratín en la soltura de sus endecasílabos, v. gr.: «A Buenos Ai-

(1).—Horacio. op. cit. 23—25.

res con motivo de los trabajos hidráulicos ordenados por el gobierno» (1).

Como se sabe, las ideas del progreso y de la perfectibilidad humana, tienen cuna en la filosofía y en la literatura «finiseculares»: son sus representantes Condorcet, Mdme. de Staël... Chénier, grande y armonioso, quien rinde falso tributo a la utopía del humano y creciente poderío (2); y hasta el lúgubre cantor de los «Sepulcros», entrega momentáneamente a la ley de la «perfectibilidad indefinida» el verso ebúrneo de «Le Grazie» (3). Estas tendencias filosóficas se recogen en la lira de Juan Cruz Varela y se hermanan, en cierto sentido, con el innato optimismo eriollo; de ahí sus profecías a la grandeza de la ciudad natal; de ahí su culto perenne del progreso que, como hace notar Rojas, se vincula, esta vez, a la acción administrativa de Rivadavia; de ahí su fe en las fuerzas del hombre, omnímodo inventor de la «imprensa». Mas o menos en el mismo tiempo, (1835), el mayor lírico del mundo cantaba en versos inmortales, con tal efecto, la «Palinodia al Marchese Gino Capponi» (4).

En mi modesta opinión el estudio de Rojas, dedicado a Juan Cruz Varela, y en general a la escuela pseudoclásica del coloniaje, desmerece del resto de la obra. Yo sé que el maestro argentino tiene una visión clara de lo que es el verdadero espíritu anti-

(1).—«Antología de poetas argentinos», por Juan de la C. Puig.—Buenos Aires 1910—tomo III. pág. 209.

(2).—«Poésies.—Paris—Hermes, pág. 250.

(3).—Foscolo. «Poesie»—Milano—pág. 72.

(4).—Leopardi. «I Canti»—Milano 1912—pág. 234.

guo (1), pero, a mi entender, no supo presentarnos con sus precisos tonos, la tendencia literaria del siglo XVIII español y europeo, reflejada en nuestro ambiente, diferenciándola de la luminosa escuela clásica que resurge en la época de Miguel Ángel y Rafael en Italia, y de Fr. Luis de León — astro que por su misma magnitud resplandece casi solitario —, en España. ¿Acaso no da lugar a confusiones si leemos que a «nuestros alumnos bastábales el viejo Horacio o el buen Luzán»? (2). ¿Cómo es posible equiparar dos nombres tan antagónicos — ¡y sin embargo clásicos! —, con un gesto que no deseo creer sea despectivo? Yo esperaba, sinceramente repito, que Rojas recogiese el oro de buena ley que existe, fuera de duda, en la producción poética de Varela, expurgando en sus cantos líricos la influencia clásica, venga de segunda o de tercera mano, e indicando el esfuerzo que aquel persigue cuando quiere llegar a la cumbre virgiliana, sostenido por Luzán o por Alfieri. Yo esperaba, de seguro con pueril impaciencia (3), que Rojas nos definiera un ideal estético, que de sus magistrales enseñanzas y su sabiduría cabe pretender; ideal estético que en él representante genuino de la raza, tendría claridades de verbo; un ideal como yo lo sueño: henchido con savia de la tierra india y co-

(1).—Resumen final, pág. 648.

(2).— " " " " " 640.

(3).—Bien se me alcanza que es osado pretender reflejar un juicio sobre una obra inconclusa, máxime cuando en una nota (pág. 608), el autor expresa que a su debido tiempo tratará sobre los estudios clásicos en nuestro país; repito, no obstante, que la visión clásica que en esta parte de su historia nos ofrece, se reciente en más de un punto, y que le será difícil dar "efecto retroactivo" a los capítulos posteriores de la misma.

ronado por la humbre eterna e inmutable de la civilización greco-latina: cuna de pueblos y de artes, de creencias y de amores.

Huyamos, en buen hora, de las academias — por lo mismo que perseguimos el «desiderio de la bellezza antica» —, guardadoras celosas del servil precepto y del idioma que necesita aire nuevo para reverdecer en cada primavera, cuyas hojas declinantes se reemplazan por las que rompen encendidas y lozanas, en un continuo germinar, como dice Horacio (1). Recordemos, por tanto, las palabras del más grande humanista de los tiempos contemporáneos y quizá, por ello, máximo poeta: «amo e studio e uso a tempo la lingua del popolo, la nata e non fatta lingua del popolo, tanto piú facilmente, eredo, quanto ne ho in casa la fonte e non mi bisogna ricorrere alle canelle dei nuovi academici popolari: e con tutto questo non mi pèrito né vergogno di dedurre anche quello che mi par bene dal greco e dal latino» (2). El poeta entonces, dueño de su personalidad cimentada en la libertad creadora, refleje — lejos del vulgo profano, del gongórico trinar y los regodeos de las «princesas tristes» y de las «marquesas volubles» —, refleje, repito, en el idioma cargado de nativa fragancia que en «Los Gauchescos» tan íntimamente gustamos; en el idioma, expresión de lo tradicional en lo que ésta tiene de más noble y puro, su emocionado sentir; y marche por la ruta que hollaron los romeros gentiles de Mantua o de Ofanto, si sueña con llegar un día al helénico Paros o al incaico Tiaguanaco.

JORGE M. ROHDE.

(1).—“Arte Poética”, 60—62.

(2).—“Proseddi Giosue Carducci”,—Bologna 1911—pág. 682.

TEOFILO DE SAIS

La otra Arcadia. — Un vol. de 73 págs. Buenos Aires, 1918.

El celebrado país de la poesía bucólica es la primera Arcadia. La otra, es una tierra de visiones radiosas, «tierra del amor, del dolor, del misterio y de la duda», tierra de perdición. Desde aquí canta un nuevo poeta. ¿Será algo así como *Los pastores*, de Poussin, lo que se nos ofrece en este libro que trae el título de estas líneas? No; no hay riqueza pictórica, ni exuberancia de imágenes, ni prodigios de rima, y ni tampoco echará de menos esas cosas que constituyen la polícromía de la balumba literaria el lector que va derecho al tronco de las cosas. Teófilo de Sais no es un orfebre de la lengua de Quevedo. Sus méritos son otros.

La verdad tiene en sí misma una enorme fuerza de sugestión y el que marcha tras ella experimenta, al descubrir cada una de sus etapas, sensación no menor que la del cañador de minas cada vez que de un risco salta ante sus ojos una veta áurea. Teófilo de Sais siente en carne propia el aguijón de los eternos problemas y en amarrarlos a su recta interior, para desentrañar la verdad, halla una forma de voluptuosidad. Versos de esta laya, pocas veces se disfruta por aquí; aquí se escribe ya muchos versos, pero, en término general ¿qué insustanciales, qué naderías!

¿Que todo es pensamiento en *La otra Arcadia*? El que piensa no es, por cierto, un ser desprovisto de emociones. ¿Acaso a sangre fría Aristóteles dictaba en Atenas su curso esotérico de la mañana? Los rapsodas — Macaulay lo dice — caían en convulsiones generalmente al recitar a Homero; y Franklin, preguntaríamos nosotros, ¿no cayó de espaldas al poner su dedo en contacto con la llave fijada a la cuerda de la cometa remontada por su hijo, más que por

efecto de la descarga eléctrica, como consecuencia del júbilo con que comprobaba en ese instante la identidad del rayo y la materia eléctrica? Bien ha dicho Kidd en su obra póstuma recientemente publicada en Londres y de la cual Maeztu nos envía buenas noticias: «La razón es la forma más alta de la suma de las emociones que atañen a uno mismo» — (axioma VIII de «La ciencia del poder»).

En estos versos se significa más de lo que se expresa. El trascendentalismo en arte consiste en mirar hacia lo infinito para abarcar mundos ideológicos en frases lapidarias. El que tiene el poder de la síntesis tiene el mayor de los poderes. Unas cuantas frases escuetas pero hondas, muy hondas, bastan para salvar un nombre; es más: en la liquidación de todos los valores, salvarán una época. Tiene el espíritu humano tendencia a ir condensando las ideas. General que atase a su brida la victoria jamás arengó a sus tropas en la hora de la batalla con extensos discursos ni se sabe de epítalo célebre donde sobre palabras. Y bien: en esos *Momentos* de Teófilo de Sais, hay cosas para ser esculpidas en piedra.

He empezado a hablar del libro aludiendo a su última parte. Si volviéramos las hojas, es mucho lo que habría que recapitular, porque cada composición de Teófilo de Sais sugiere un caudal de reflexiones. Veamos una, tomada al acaso:

Hoy se fué. Yo la amaba. No era buena.
—Bien, pensé neciamente. Que la buena
se vuelva para siempre a su zshurda.
Ahora venga la paz, la paz serena....—
Pero lo que ha venido es una pena
desoladoramente absurda.

Es que no se puede eliminar el amor y el dolor al mismo tiempo. Heine pedía un ataúd largo, ancho y sólido y doce gigantes para arrojarlo al mar. Y él mismo pregunta y responde: «¿Sabéis por qué es menester que sea tan grande y tan pesado? Porque voy a depositar en él juntamente mi

amor y mis penas». El sujeto de Teófilo de Sais sigue su camino y, naturalmente, se va con la pena.

Veamos ahora cómo este poeta canta al sol:

Sofar... Y lanzarse tras de la Fortuna
por valles oscuros, vestido de harapos,
rezando oraciones, mirando a la Luna,
y escuchando el triste cantar de los sapos.

Pensar... Y en la sombra sentirse vencido
por un homunculus grotesco y deforme:
sentirse aplastado, sentirse oprimido,
como entre las valvas de un molusco enorme...

Amar... Y extinguirse con fiebre de besos
en el fondo helado de un negro crisol,
y dejar que el frío taladre los huesos,
y... (el Sol, Dios mío, el Sol!...

Apenas podrá darse una forma tan simple para decir una cosa tan bella.

Y para no reproducir sino un mínimo de lo que hay dentro, ved ahora lo que en mi sentir constituye el nervio de la robusta ideología del libro:

EL PRINCIPIO DE CARNOT

El segundo principio de la termodinámica es cosa que me inquieta profundamente. Veo a su través abrirse un nuevo mundo: y creo que la ley de tal mundo no es de esencia mecánica.

Siento a Cronos vengado del siglo diecinueve, con su universo idéntico, reversible y estático: Carnot, al devolverle su símbolo hierático, le entrega ese universo para que se lo lleve.

No, no todo en el mundo es mecánica pura: algo nace, algo ocurre, algo pasa, algo dura, algo trueca los números en juicios de valor.

La Moral es posible más allá de la Ciencia. De la materia bruta surgen la contingencia, la libertad... el hálito de un divino Hacedor.

En este minúsculo poema se patentiza de cuerpo entero el temperamento espiritualista del autor. Está allí en su ni-

vel. Pero él sabe también de la tragedia de la carne, y por eso dice más adelante:

El ser y el debe ser. Ideas y hechos
siempre en penoso esfuerzo disyuntivo.
¡Conciliarán un día sus derechos
lo pensado y lo vivo!
En nosotros, muy íntimo, perdura
ese combate. ¡Quién matará a quién?
Si somos alma pura
somos nervios y músculos también.
Porque tal es la siempre abierta herida
de nuestra vocación:
siempre que somos fieles a la Vida
somos infieles a Platón.

Sería ya el caso de mostrar el reverso de la medalla. ¿Qué hay en el reverso, es decir, cuál es el contra de *La otra Arcadia*? Todo lo que yo tendría que decir al respecto es cuestión de métrica. No parece ser buen molde el soneto, ni aún con las relativas libertades que le son privativas, soneto mayor y sonetillo, porque, fuera de duda, las ideas filosóficas deben tener más campo de acción. Si Boileau dijo que Apolo inventó el soneto para cruz y desesperación de los poetas, fuera bueno, ciertamente, dejar los tormentos que Léva consigo el artificio para géneros menos abstrusos. El verso que en preceptiva se llama suelto es acaso el más desembarazado que tenemos en el idioma apto para composiciones graves de reducida extensión.

Por ahí se advierte un poco de desaliño y, de vez en vez, algún verso prosaico, por ejemplo: el tercero del primer terceto de la composición intitulada *El principio de Carnot*, reproducida.

Acaso podría el autor sostener que eso no es para dicho en otra forma. He ahí, precisamente, una de las grandes dificultades que hay en armonizar la simplicidad de un postulado con los rigores del «ars poética». En cambio ¡qué maravillas vienen cuando vienen!; así aquel pasaje de Renan, tomado textualmente, y en su lengua, de la prosa del

escritor francés, y que parece un dize en la estrofa final de Teófilo de Sais.

En conclusión. El Apóstol, el Filósofo, el Poeta: San Pablo, Sócrates, Verlaine: la Oración, la Verdad, la Armonía, es decir, las tres cumbres por donde más alto sube la espiral del espíritu del hombre. He ahí el trípede sobre que se asienta *La otra Arcadía*.

Tiene este libro una inquietud que hiende nuestra ánima. Es la punta de la espada con que Teófilo de Sais toca las fibras interiores que dormían. ¡Pensar en rima! Bien afirma Bergson que nadie está tan cerca del filósofo como el artista. Las estrofas de este poeta son estrofas de bronce y sólo admitirán, a las veces, pulimento; y por eso, porque son de buen metal, no ha de oxidarlas fácilmente el tiempo. Por lo demás, puede decirse que estos motivos de arte, ya viejos y siempre nuevos en el mundo, entre nosotros son solamente nuevos.

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ.

ALBERTO BRITOS MUÑOZ

Impresiones. — Un vol. de 75 págs. Buenos Aires, 1918.

Alberto Britos Muñoz es artista y sabe escribir. Acaso la gramática se halle un poco descuidada, acaso la forma de manejar los verbos resulte algunas veces forzada y artificiosa. Nada importa: el autor tiene estilo.

Yo no sé si este libro es bueno o malo. ¡Tánto he oído rechazarlo y ponderarlo! La verdad es que a mí me gusta. Tampoco sé si llena las exigencias de los cánones literarios: a mí me emociona. Hallo en él sensibilidad y sinceridad — honda sinceridad, a veces un poco ingenua. Pero el autor tiene alma — un alma rubia — y por eso canta una can-

ción divina y sin sentido». Hay en este libro imágenes de alta fantasía y observaciones de un matiz profundo y angustioso: un corazón que ha llorado y ha vivido. En suma: hay estilo.

ADOLFO KORN VILLAPAÑE.

MOISES KANTOR

Griseida. — Leyenda dramática. Folleto. La Plata, 1918.

Una leyenda simple y vigorosa en un lenguaje severo y delicado. La aristocracia en literatura consiste en una excesiva sencillez. *Griseida* es una mujer fuerte. *Griseida* es más poderosa que la muerte, pero más débil que el amor.

El autor de esta leyenda ya nos era conocido. Su esbozo dramático «Noche de Resurrección» fué una sorpresa, pero ha hecho imposible — por esperada — toda nueva sorpresa. Esta leyenda es una continuación digna de su anterior drama. En ella el blanco fulgor poético se hermana con un hondo sentimiento trágico. Kantor tiene una tendencia a lo que llamaríamos hacer literatura universal. No olvide, sin embargo, que toda obra de valor literario universal lo es — a pesar de su nacionalismo.

ADOLFO KORN VILLAPAÑE.

NOTAS

NOTES

NOTAS

NOVECENTISMO

Transcribimos gustosos un trabajo publicado en «El Independiente» de la Rioja, el 26 de junio del corriente año, por nuestro corresponsal y colaborador, el Dr. Adolfo Bazán, en cuyas líneas vemos interpretado, luminosamente, los principios que sustentan nuestra fe novecentista.

«Su espíritu, escribíame un bueno e ilustrado miembro del «Colegio Novecentista», disciplinado en normas especulativas más altas que las comunes sugeridas por las aulas universitarias y sus profesores, es un aliado nuestro por virtud de sus propias condiciones y por derecho de juventud». Ante tan insinuante observación y generosa apreciación, acepté la función de corresponsal que me brindaba la comisión directiva del colegio, no sin un previo examen introspectivo, por si las ideas del grupo selecto de jóvenes argentinos empeñados en una lid filosófica tan elocuente, cuanto es dignificadora, coincidían con las mías, las pocas e insustanciales adquiridas más que del estudio, de la duda y la reflexión.

Tengo del «Novecentismo» los respetos que me inspira su orientación profunda y saludable, y, su enseñanza tan es característica que encauza voluntades y modela espíritus.

Son las manos de esos jóvenes aptas para arrojar por do-

quier simientes de optimismo, cerebros fuertes donde parecen florecer al contacto de la vida o la experiencia humana, raros valores morales y estéticos.

Y es que sustentan una doctrina llena de idealidades; marcan un rumbo, y destruyen lo que conceptúan arcaico, dogmático, rutinario, y destruyen no por simple placer, sino en vista de una reconstrucción más perfecta como lo exigía un sabio argentino; en fin, tienen el culto de la ciencia, en tanto ella significa grandeza moral y luz en los destinos de los pueblos.

«Nacido el Colegio Novecentista — reza una cláusula de su programa — de las inquietudes espirituales de unos cuantos jóvenes estudiosos, aspira a ser como el punto de convergencia donde vengan a dar y a traducirse en obra las aspiraciones de la juventud argentina que siente también inquietud espiritual y hondos deseos de renovación».

¿Es una simple especulación mental la que anima a sus fundadores? ¿Es un instrumento de vana concepción filosófica o ética? ¿Es bandera clavada en el camino de la historia humana, como muestra evidente de desorientación? No, responden con profunda convicción; nuestro cuerpo de doctrina es de influencia trascendental para el individuo y progreso de la colectividad; son ideas fuerzas las que imponemos porque dignifican y elevan, pues «nunca se sabrá demasiado» y como lo declara en la portada del «Cuaderno n° 3»: «novecentismo es una iniciativa de proyección ignota, es un cambio de rumbo que aparta de la senda trillada, es un anhelo de nuevos horizontes, es una protesta contra lo marchito y caduco», y agrega, «cuando alguien pueda sentarse a la sombra del árbol cuyo germen hoy plantamos, dirá lo que el novecentismo ha sido».

Lo que el hombre necesita dice Dubois en su libro «La educación de sí mismo», es una fe en un ideal de belleza moral y de esa relación o armonía entre la conducta y ese

ideal nace la felicidad, tras de la cual se extiende la interminable caravana humana con ansias de verdad, paz y justicia.

En buena hora el estímulo e invitación del talentoso amigo, el joven Ventura Pessolano; necesitamos siempre en la vida los andamios de que nos habla el grande espíritu de Agustín Alvarez, cuando dice «no quiero acuñar gloria en mi persona para mi país; quiero ofrecer a otros los andamios que me van sirviendo para reeducarme por si quieren aprovecharlos», y de esa reeducación continuada y perpetua que nos aproxima a una estrecha que es la infinita sed de perfección que domina a las conciencias y las aproxima a un mundo moral nuevo; de esa reeducación nace también el «Novecentismo» que «es porvenir, esperanza y alborada, es camino no de mayor caudal sino de más justicia y belleza».

FRENTE AL NOVECENTISMO

Complacidos transcribimos a continuación un artículo del señor Gonzalo Muñoz Montoro; aparecido en el No. 68 de la "Revista del Centro Estudiantes de Derechos":

«El pensamiento, la palabra, la pluma, han sido, pues, en las grandes épocas de ese pueblo la perseverancia de su civilización en un derrotero de altivez e idealidad. Esta condición tradicional *obliga* como todo timbre de *nobleza*. La energía de las generaciones jóvenes tiene un precioso estímulo en la necesidad de confirmar ese noble rasgo del pasado y gloria de ellas sería dejar demostrado su permanencia característica, su persistencia en lo íntimo, impidiendo que el se desvanezca y confunda en la vaguedad del cosmopolitismo invasor, como un perfil augusto que se apaga en una vieja moneda por

el roce codicioso de las manos». (Página 191 del Mirador de Próspero. «La Tradición Cultural Argentina»).

Sirvan de acápite estas líneas de aquel que fué espíritu selecto e índice cultural de la vida americana, como saludo de bienvenida a este Colegio que integran hombres de nuestra generación. Fuera bastante título este solo para que dejásemos de silenciar a los alumnos de esta Casa lo que aquél significa en estos, ya largos, días de crisis integral para la vida de la Patria.

Surgido hace casi un año, de las inquietudes espirituales de un grupo de jóvenes, su permanencia, que pusieron en duda muchos escépticos, queda ya confirmada, y su posible influencia en la orientación y manera de ser de nuestra cultura la apreciará quien quiera, co-tejando la publicación mensual de sus «cuadernos» y las ediciones a que da comienzo «La otra Arcadia», obra de valer, a no dudarlo, cuando a producido juicios tan contradictorios.

Muchas páginas han debido escribir en nuestras mejores revistas los componentes del Colegio, respondiendo a traviesas inquisiciones sobre qué es y lo que se propone este nuevo *ismo* que ha tiempo, dicese, perdió su razón de ser en la vieja Europa. Y esas respuestas y aclaraciones que sus enemigos reputan la mejor prueba de la eneficacia de la institución, son, en cambio, para nosotros, su mejor virtud y la que genera estas acotaciones. Esa carencia de unanimidad en sus gestores, esa falta de precisión en sus alcances, esa revisión diaria y continúa a que obliga la desconformidad sobre los puntos concretos que persigue, esa nebulosidad, relativa en el conjunto de la obra a realizarse, dicen de ella más que todas las auto-consagraciones. Significa que se trata realmente de un movimiento revolucionario en

el terreno de nuestra cultura y que por ser tal ha de presentarse así confuso y vago en sus finalidades, corregido y rectificado día a día, a medida que su misma actuación le vaya dando su propia experiencia, y ostentando, como estandarte bajo el cual se aunen los nuevos adeptos, un concepto negativo de algo existente: nuestro grosero positivismo. Toda revolución en cualquier campo de la actividad humana se presenta siempre así, enarbolando como bandera de combate una *rotunda negación*. Esta es la que reúne y alista en las mismas filas a combatientes que vienen de muy diversas regiones, en razón de consideraciones a menudo muy distintas y hasta a veces con ulterioridades absolutamente antagónicas, pero para cuya adquisición cada uno reputa imprescindible o simplemente necesaria la caída de *eso*, régimen, institución o cultura, cuya crítica acerba cobija a todos en empresa negativa, es cierto, pero no por eso menos gestadora de acción.

Observará el lector que al hablar de novecentismo cuidamos prolijamente de calificar *nuestro* todo aquello que con él se relaciona, y es que sólo reputándolo algo eminentemente *nacional* va este comentario en estas páginas. Si fuera un movimiento filosófico puramente, no nos detendríamos a señalarlo hasta tanto él no amenazase influir, para bien o para mal. En la realidad de nuestra vida colectiva. Quedaría reducido a problema de especialistas, ajeno, relativamente, a la atmósfera cultural de esta Casa.

Porque nos hace esperar mucho de él el hecho de que, aunque no se ha llegado a un acuerdo sobre su definición en las reuniones mensuales que realiza el Colegio, éste persista en su obra de valiente revisión de valores colectivos é individuales, los últimos, sobre todo, tan dolorosos, no sólo para quién ha de soportarlos, sino también para quien ha de hacerlos (ejemplo de ello la carta que al doctor Dellepiane dirigiera Korn Villafañe desde el cuaderno número 3, tan criticada y tan aplaudida); porque nos hace esperar mucho de él la valía de los más que han emprendido esta obra y se disponen a mantenerla a todo evento; porque es empresa sana y no tiene peligro de reacción clerical

que alguien le señala; porque bien puede llegar a ser horizonte de nuestra desorientada generación; por todo ello, señalámosle a la crítica serena e inteligente de nuestros compañeros. Ella, la que resulte del análisis de todo y cada uno, dirá si el novecentismo ha de ser el llamado a impedir que el viejo cuño del acápite se desvanezca y confunda en la vaguedad del cosmopolitismo invasor.»

CUADERNOS DEL COLEGIO NOVECENTISTA

La prestigiosa revista «Ideas», del Ateneo Universitario, en su número 16 recientemente publicado, trae la siguiente nota:

«El «Colegio Novecentista», fundado y constituido por un grupo entusiasta de jóvenes animados por un ideal superior de perfeccionamiento, publica cada dos meses una revista intitulada «Cuaderno Novecentista», que, si es pequeña por sus materiales dimensiones, es vasta por su contenido intelectual.

Dirigida por nuestro inteligente y preparado colaborador Jorge M. Rohde, esta importante publicación, no sólo honra a sus redactores, si que también al medio social en que aparece.

Dicho cuaderno refleja en sus páginas la indole de los ideales que persiguen los «colegiados», así como el carácter de sus tendencias fundamentales, ya en la filosofía, en el arte o en la ciencia.

Cada número trae, además de un sumario interesante por la calidad de los trabajos en él incluidos, una sección de crítica bibliográfica ecuanime y ponderada, dentro, como es natural, de un criterio esencialmente novecentista, que no excluye, por cierto, la amplitud inteligente de los juicios.

Nosotros, hombres jóvenes también y plenos de desinteresados entusiasmos, no podemos menos de aplaudir con espontáneo cariño la aparición de este cuaderno, órgano de un núcleo de estudiosos «descontentos e inquietos».

T.



CUADERNO 6.º

JUNIO DE 1918

DIRECTOR:

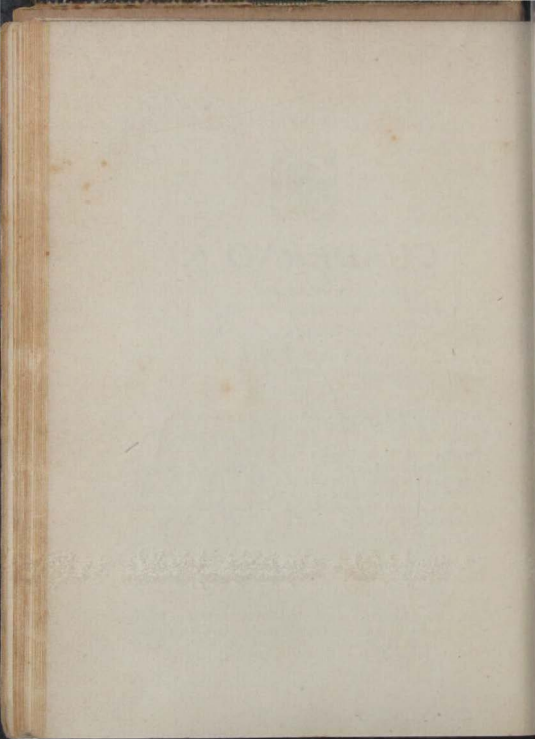
JORGE M. ROHDE

SUMARIO

- Carlos Guido y Spano..... *La Redacción*
Carta a Jorge M. Rohde, poeta
(versos)..... *Pablo della Costa, (h).*
Reformas a la legislación sobre
sociedades anónimas..... *Santiago E. Biggi*
España en la instrucción primaria. *B. Ventura Pessolano*
El segundo advenimiento del arte,
(de la revista Inter-América)... *Ralph Adams Cram*
A mis libros, (versos)..... *Jorge M. Rohde*

BIBLIOGRAFÍA: Propositiones relativas al porvenir de la filosofía, de José Ingenieros.—Literatura contemporánea, de Alvaro Melián Lafinur.—Polémicas, de Augusto Bunge.—Mis monografías universitarias, de Manuel María Oliver.—El daño moral, etc., de Alberto J. Rodríguez.—Atenea; Themis.

NOTAS:—Estatutos del Colegio Novecentista.—Discursos de B. Ventura Pessolano, Adolfo Korn Villafañe y Jorge M. Rohde.—Conferencia de Ricardo Rojas. Un juicio de Eugenio D'Ors (Xenius).—Índice.



Colegio Novecentista

CUADERNO 6.º

Buenos Aires

Junio 1918

CARLOS GUIDO Y SPANO

La influencia del romanticismo europeo, especialmente el francés, fué muy honda, como bien se sabe, en las tierras colombinas. «La llama de la *subjetividad* que devora todos los dioses del Panteón clásico», al decir de Hegel, halló ancho cauce en el alma de los poetas hispano-americanos para expandir su fuego, sin lograr contenerlo, rota la armonía, en la verbal y altisonante catarata. Sobre el caos de pasiones efímeras o perdurables, que caracteriza la literatura de ese período, se distingue una voz diáfana y pura: henchida con el perfume de la Sulamita del Cantar Santo, con los ecos divinos de la lira del Cisne de Venusa y con el anhelo cristiano — en suavísimo arranque melancólico —, que irradia sobre veinte siglos de civilización, aun sobre el alma del ateísta, pues, como dijo hermosamente Musset, la «inmensa esperanza que atravesó la tierra», dejó impreso en todos los espíritus, sin distinciones, el rumbo celeste de su vuelo... Tal la voz de Carlos Guido y Spano.

Pueden contemplarse tres poetas en el patriarcado de las letras argentinas que acaba de hundirse

en la muerte: el erótico, el familiar y el civil. La Musa amorosa de Guido es tierna como la toreaz santa; lleva ceñido el cuerpo con el lino de una amplia y nevada túnica, como la que lucieron en las otoñadas de Tibur las Lydias y Glyceas del feliz amigo de Mecenas; la cabeza coronada de rosas y acanto; alzado el pecho con cálido ritmo cordial y húmeda la mirada de sus ojos negros o zarcos: la que infunde respeto a quien la contempla y no puede comprenderla quien no la siente... Tal la Musa del poeta de Myrta y de Amira.

¿Quién no recuerda ahora las luminosas estrofas de Guido cuando canta los encantos del «heredado hogar» con el auspicio de los paternos lares? ¿Quién no siente su voz, preñada con el acento precursor de Menandro, al deplorarse la muerte de Eduardo Guido y Lavalle, la misma que luego nos exalta con la evocación «A mi hija María del Pilar», donde se quema el incienso que gastó Lamartine en una lámpara aun más labrada? ¿Quién no presente la sombra invicta de «Patri carissimo», rigiendo desde el empíreo los dietados del honor y de la patria?

Este sentimiento de patria, acendrado con las virtudes del pasado y con los fulgores de la nueva aurora que despierta sobre los fraternos Andes, arrastró, por veces, el numen de Guido hasta las altas esferas de la poesía civil. Un soplo del «Canto secular» de Horacio conmueve entonces su lira:

y cual si la mano senecta que la pulsa de súbito se fortaleciera, sobre la ciudad conmovida vuelan los endecasílabos de «Gratitud» y de «Centenario de Mayo», colmados de fe, de amor y de esperanza...

La obra poética de Guido se presenta homogénea en su conjunto y llena de matices dentro de la pura armonía de sus líneas. El sintió el espíritu de Grecia en lo que ésta tiene de inmutable, allí como el vate del Lacio:

*Scilicet ut possem curvo diagnoscere rectum.
Atque inter silvas Academi quaerere verum.*

y enamorado de su cultura, vertió al castellano algunas composiciones famosas, entre ellas la inmortal oda de Safo a Venus (1).

Y armoniosa como su obra fué su vida, ofreciendo en ésta la poesía de una existencia prolongada como la de los aedas de los ciclos homéricos, que llega a coronarse en el crepúsculo con las nieves legendarias de las cumbres, y a ser trasunto en esta urbe de la prosaica brega, de cuanto noble y desinteresado encierra el corazón humano en la trinidad vestida por las Gracias: del bien, la verdad y la hermosura.

LA REDACCIÓN.

(1) Esta traducción adolece, a nuestro entender, del defecto de no ceñirse ni al metro del original ni a la precisión, por tanto, del dialecto eólico en que fué escrita; pues nuestro poeta ignoraba el griego; véase la nota de su trabajo: «Mujeres griegas» en «La Revista de Buenos Aires»—tomo 17 pág. 418—Año 1898) así es que las mencionadas versiones clásicas fueron hechas del inglés o de los idiomas romances. La hermosa «Oda a Afrodita» de la Musa de Lesbos, ha sido traducida magistralmente en los tiempos modernos por Menéndez y Pelayo.

CARTA

A JORGE M. ROHDE, POETA

Amigo: al noble empeño
que te rinde por fruto de las Horas
con menguadas espigas
exuberantes rosas,—
al innato purísimo sentido
que como ave augural va con su sombra
desde las altas nubes precediendo
tu pie mortal por apolíneas normas,—
al corazón, vaso de amor cristiano
que no abrevó el Jordán con la ardorosa
fiebre de los dos Juanes, pero el Tiber
que vió a San Pablo convirtiendo a Roma:
a tí, dilecto amigo,
que en tu cerrado carmen te reposas,
allego humilde el ramo
de estas marchitas hojas.

No hallar pretendas ni el severo acanto
de las clásicas formas
que a la Castalia fuente
serenísimo exorna;
ni aquel lauro imperial entretejido

en bronceína corona
que llevaran cual lábaro
los hijos impetuosos de la Loba;
ni el cardo que a los cielos,
en la obsesión del milenario absorta,
dice del ascetismo
que cimentó las catedrales góticas;
ni la de encina, a cuya sombra Enrique
dió justicia a Brabante y a Sajonia;
ni la de acebo, eternamente verde,
que ama el bardo de Escocia;
ni esas, en fin, batidas por los vientos
y desgajadas por las altas olas,
agujas de los pinos fantasmales
que Ossian cantara en inmortales glosas.

Esta es rama de sauce;
rama de sauce hojosa,
palio de un viejo tronco infatigable
en renovar su fronda...

Paráfrasis de todos los caminos,
de cada linfa mística custodia,
más que el ciprés, humano ante la tumba,
más sublime que el mirto ante la choza:
pone un toque de Arcadia
en las silentes espesuras hondas,
deja en los ecos un lejano arpeggio
de vagabundas tiorbadas,
y bañando sus ramos en el río
finje las risas de la ondina blonda.

Cuando las hachas con crueldad se ensañan
en la opulenta copa,
como un busto de Término en el tronco
corta la talla tosca;
o cual brazo sin mano,
como un muñón sangriento se enarbola,
y a la canalla vil del merodeo
con su ejemplo provoca.

Leña al primer amago del Invierno
que al primer sol retoña,—
fué una yema de sauce con rocío
la *saurita* preciosa
que viera Plinio ante el lagarto verde
sobre la verde alfombra;—
y pues desde Virgilio
un salcedo es cortina maliciosa
de Galatea, que *lasciva puella*
para incitar al amador se embosca:
«¡Cantad, cantad al sauce!»
dice un canto de amor en cada idioma.

Así vino este ramo a ser emblema
del siglo de oro de mi día de alondra...
Así, cuando la siesta,
me cobijó su sombra,
y ví el velo de Maya
flotar bajo su copa...

Tal de mi eterno erial, sola fecunda
orma de Primavera lujuriosa,

bajo su palio congregué a los míos
y repartíles mi alma en mis estrofas.
Tal bajo el mismo palio aquí te entrego
dilecto amigo estas marchitas hojas,—
y por que el campo es yermo,
y la noche está próxima,—
si una voz me reclama
para la nueva aurora,
agite el ramo tu benigna mano,
y desde el Hades volverá mi sombra.

PABLO DELLA COSTA (HIJO).

1918.

REFORMAS A LA LEGISLACION SOBRE SOCIEDADES ANÓNIMAS (1).

CAPÍTULO I

Bases y fundamentos de la Reforma

No es tarea sencilla el proponer un proyecto de reformas sobre las sociedades anónimas, sobre todo si se pretende abarcar los detalles de este complejísimo asunto, y casi diríamos que este trabajo no está dentro de las fuerzas de un alumno recientemente egresado.

Nadie ignora por otra parte la forma moderna de confeccionar los códigos y el ejemplo que tenemos de como se han elaborado, a base de anteproyectos, y proyectos, estudiados primero por una comisión y luego por otras antes de recibir la sanción legislativa, los códigos Civil Suizo y de las Obligaciones, Civil y de Comercio Alemán y Civil Brasileño.

Estos códigos obedecen a una técnica rigurosa, interna y externa, y para llegar a producir un trabajo legislativo de esta índole, entra por mucho el factor tiempo. En Alemania para la sanción del Código Civil, pasaron 23 años: en 1873 se promulgó una ley nombrando una «vorkommission» de 5 miembros, que luego se aumentó a 12, cuyos proyectos en libros separados, estuvieron listos en 1880. El Proyecto en conjunto se publicó en 1888. Se lo

(1) Este es el primer capítulo de la tesis del señor Santiago E. Biggi sobre Reformas a la legislación sobre sociedades anónimas, creando un régimen especial para las sociedades de capitalización, para optar al grado de doctor en Jurisprudencia.

discutió ampliamente y luego pasó a estudio de una nueva comisión de 22 miembros, representantes de todas las profesiones e intereses.

El Proyecto definitivo lo publicaron en 1895 y fué objeto de nuevos informes, estudios y críticas, de los cuales sólo citaremos la obra de Saleilles, «Théorie generales de la obligation». Un precioso trabajo lleno de una doctrina maravillosa, y que es la base para cualquiera que desee iniciar un estudio de dicha institución.

El proyecto de 1895 sufrió una nueva modificación por la comisión de Justicia del Bundesrath, que le suprimió el título sexto, y por fin el Reichstag, lo sancionó en 53 sesiones en 1896 (1).

Camino semejante han recorrido los códigos Suizo y el Civil Brasileño.

Conformes con esta manera de legislar pensamos sinceramente que la primera cualidad de un código es que sea un todo armónico y orgánico. Esto puede parecer una de esas verdades que ni siquiera deben enunciarse, pero no se cumple por regla general en las leyes argentinas, pues las modificaciones posteriores que siempre se le han hecho, exceptuando el Código Civil, cuya reforma del 82 fué perfectamente acertada, han quebrado siempre la unidad de la obra.

Conformes con lo dicho, nuestro modo de sentir, nuestra opinión general, es de no hacer reformas parciales al Código de Comercio, ni a ningún otro, como lo sería la que sirve de título a este trabajo y que modificaría el Capítulo III del Título III del Libro Segundo del Código de Comercio.

La legislación argentina necesita una completa reforma; pero no una reforma cuya base sea un

(1) Conferencias del Dr. Colmo.

proyecto presentado al Congreso de un día para otro, y luego modificado a través de unas cuantas discusiones que dicho sinceramente no sirven para hacer verdadera obra jurídica.

La reforma a la legislación nacional habrá que hacerla tomando como punto de partida el sistema que ha servido para elaborar los códigos más adelantados, y esto no por el gusto de ir a copiar cosas de afuera, sino porque este sistema ha demostrado ser el mejor en todos los países, y porque hoy día nadie sostiene, que un solo hombre, aunque tuviese el talento del doctor Vélez Sársfield, pueda hacer un Código que se adapte en lo posible al momento, pues para esto habría que suponer en ese hombre una organización super-humana, para que no diese preponderancia a un interés sobre otro, y cuando hubiese que hacerlo, emplease la exacta medida. Todos los intereses y todas las ideas, las clases comerciales, industriales, obreras, profesionales, ese complejo conjunto que constituye la sociedad moderna, hay que consultarlo, darle voz en los trabajos preparatorios de la legislación, pesar sus derechos y obligaciones, y recién entonces se podrán echar las primeras bases de la futura obra jurídica.

Por lo tanto, está lejos de nuestro espíritu la idea de que este trabajo, que no tiene otro valor que el de expresar sinceramente nuestro modo personal de encarar la reforma a la parte que estudiamos, sea su fin inmediato el de incorporarse al Código de Comercio en forma de legislación positiva, y si tal sucediese, tendríamos el pesar de no haber hecho verdadera obra jurídica, pues además de las fallas que como toda obra humana debe contener, ni su letra ni su espíritu, estarían armonizados con la letra y el espíritu del Código vigente.

Si se pregunta entonces cuál es el fin que se persigue al escribir un trabajo sobre reformas a la legislación de Sociedades Anónimas, contestaríamos: Excepción hecha de los comentadores nacionales que todos conocemos, los trabajos jurídicos en la república están en sus comienzos: La obra del doctor Salvat, haciendo un comentario de conjunto al Código Civil, con exposición de Doctrina y Jurisprudencia, al igual que algunas obras maestras francesas, marcó una nueva orientación en la forma de encarar estas cuestiones.

Algunas otras honrosas excepciones más, que no citamos para no ser injustos con alguna que puede escapársenos, y fuera de la cátedra diaria y de algunos fallos luminosos, no hay en el país un verdadero interés científico para tratar estas cosas; y así se explican como de un momento a otro, sin casi ningún trabajo preparatorio, se atreven algunos a presentar reformas y hasta a confeccionar leyes completas.

No es ese, por lo tanto, el fin que perseguimos con el trabajo presente.

Queremos hacer modestamente un ensayo de reformas, que pueda servir alguna vez como índice, al igual que muchos otros similares, para contribuir con él al futuro «Nuevo Código de Comercio Argentino».

No seríamos sinceros con nosotros mismos si dijésemos que nos satisfaría una reforma parcial. Es mejor esperar y hacer las cosas completas: el tiempo entra aquí como factor indispensable, y por lo tanto nuestro grano de arena es para el futuro.

Con esta aclaración pasaremos a exponer las bases y los fundamentos generales de nuestra reforma.

Conformes, pues, en un todo con las ideas expuestas anteriormente, trataremos estas cuestiones bajo una fase puramente jurídica, dejando que otros lo hagan de una manera sociológica o económica, a no ser cuando necesitemos recurrir indispensablemente a estos factores, que constituyen una de las bases de toda legislación.

Tampoco haremos una recorrida a través de los siglos, estudiando el nacimiento y desarrollo de las Sociedades en la Edad Media, ni mucho menos en la antigüedad greco-latina. Su estudio puede ilustrar el criterio de quien desee hacerlo, pero hay obras preciosas a este respecto.

Antes de empezar un trabajo es necesario saber qué método se va a seguir y con qué herramientas se piensa construir.

El método y las herramientas de los trabajos jurídicos forman la *técnica jurídica*, que es una de las ramas de la *técnica general*, la cual podría definirse como «el conjunto de procedimientos y formas necesarias para hacer una obra».

Ahora bien, la *técnica jurídica* puede definirse «como el conjunto de procedimientos y formas necesarios para elaborar y expresar el derecho».

Puede dividirse en *técnica legislativa* cuyo objeto es la elaboración de las leyes, en *técnica jurisprudencial*, que tiene por fin la aplicación del derecho y la confección de las sentencias, en *técnica didáctica*, que es la enseñanza del derecho y en *técnica científica*, cuyo objeto sería el análisis y la síntesis del derecho.

La *técnica legislativa* es aquella a la cual debe ajustarse nuestro trabajo. Esta se divide en externa e interna. A la *técnica legislativa externa* le co-

responde la preparación y sanción de la ley, y a la interna, la concepción creadora de la ley.

Ambas se complementan mutuamente, pues una sin la otra no producen ningún resultado.

La mejor técnica legislativa externa es el sistema de las comisiones que según la especialización de sus miembros, preparan por separado los distintos libros de un Código antes de producir la obra de conjunto. Se necesitan personas con verdadera preparación jurídica, pero hay que dar cabida en las comisiones, como ya lo hemos dicho, a los representantes de todos los intereses del país.

Nosotros nos ajustaremos en lo posible a la técnica interna, puesto que, aun sin decirlo, la externa será de aplicación cuando llegue el momento de confeccionar el Código.

Dos modelos, aunque diversos, de técnica interna tenemos en la legislación extranjera:

El Código Civil Alemán con una encadenación perfecta de todas sus disposiciones, la mayoría de las cuales son normas fijas, definiciones que son siempre prácticas, pensamientos muy completos y reglas bastante cerradas, dejando muy poco campo a la interpretación judicial.

El Código Suizo es el otro ideal técnico pero en un sentido distinto: sus principios son muy amplios y muy flexibles, y se deja mucho a la apreciación del Juez.

No podrían tomarse una u otra a la letra para la confección de un código. En unas instituciones nos inclinamos por la técnica del Código Suizo; en otras preferimos el sistema de los códigos alemanes, pues lo que se ha dicho del Civil, es aplicable en tesis general al Código de Comercio.

En efecto, en la redacción de un Código de Comercio es necesario que se deje una discreta amplitud al criterio judicial para resolver los distintos y variados casos a que dan origen las relaciones mercantiles; un código con reglas demasiado cerradas podría ser un obstáculo para la buena administración de la justicia. Bástenos citar una de las mejores y más sabias disposiciones del Código de Comercio, cual es la del art. 218, al legislar sobre la interpretación de los contratos. Hay en esto una mesurada amplitud, que hace que la disposición no sea demasiado categórica, y cuando lo es, toma siempre como base la equidad, lo que hace que la norma vuelva a hacerse flexible.

Pero en la parte del Código relativa a las sociedades anónimas es necesario que la legislación se acerque un poco más al sistema alemán.

Nuestro sistema de reformas tiene en sus bases, la supresión de la autorización y control por el P. E., porque creemos que es un sistema arcaico, que no respondió nunca a la confianza que en él se depositó y porque, como ha dicho un gran autor francés, sin tener la pretensión de profetizar en materia legislativa, el derecho del porvenir es el derecho de la libertad en materia de las sociedades anónimas, reemplazando la autorización del Poder Ejecutivo por la más amplia publicidad de los actos sociales.

Pero es indispensable resguardar los intereses de los accionistas y de los terceros que comercian con la sociedad.

Esto, que no se ha logrado con el sistema que sigue el código actual, puede intentarse con una buena publicidad de los actos sociales, pero también es necesario una norma categórica en el sentido de la

reglamentación y bases sobre las cuales se han de efectuar los balances; una minuciosa especificación de las funciones de los Administradores y Síndicos, y una responsabilidad legislada en relación directa con sus facultades.

Para llegar a este ideal, no creemos que las normas de la ley deban ser muy flexibles, y tanto que en nuestra reforma, al indicar las bases a las cuales deberá ajustarse la legislación al tratar de las obligaciones y derechos de los administradores, hemos tomado el modelo del Código de Comercio Alemán.

He aquí la prueba, como la técnica puede variar aún dentro de un mismo código, pues si por regla general; aceptamos unas normas flexibles para un Código de Comercio, en las Sociedades Anónimas, preferimos unas disposiciones más cerradas.

Este constituye el primer jalón que plantamos, al desarrollar nuestro programa de reformas.

Dentro de la técnica interna, y como pensamiento de fondo, un código debe ser el reflejo del ambiente, y si puede, debe estimularlo y como obra de forma, es en último análisis, una obra literaria, de una literatura algo particular es cierto, pero al fin literaria. Requiere entonces que tenga *unidad, orden*, pues no es correcto poner una disposición fuera del lugar que le corresponde lógicamente, caso frecuente en el código y en la parte que tratamos, *precisión*, es decir, en un giro corto decir todo el pensamiento, evitando las perífrases que en un código constituyen un verdadero peligro, y por último la *claridad*, es decir, evitar los conceptos oscuros, o que puedan dar cabida a varias interpretaciones.

El Código de Comercio Argentino en la parte que estudiamos, creemos que no reúne ninguna de

estas condiciones de la técnica interna, es decir, como pensamiento de fondo, no es reflejo del ambiente, ni lo estimula; no es reflejo del ambiente puesto que sus disposiciones son copias de leyes de las cuales ninguna está en vigor actualmente, y no podemos suponer que la República se haya estancado comercialmente, lo que haría explicable que pudiese vivir bajo esas leyes arcaicas, porque su desarrollo comercial ha sido asombroso. Y tampoco lo estimula, puesto que el público mira a las sociedades anónimas, a veces con verdadera desconfianza, y sabemos que la cualidad opuesta es la piedra de toque de las relaciones mercantiles.

En cuanto a la forma, basta leer las notas del doctor Segovia, a veces demasiado mordaces, para darse cuenta que ni de cerca reúne las cualidades literarias antes mencionadas.

Por lo tanto creemos en la necesidad de la reforma, y de ahí la razón de nuestro trabajo.

No puede el Código reflejar el ambiente comercial actual, sobre todo el de la ciudad de Buenos Aires, donde es necesario y las personas que ven una absoluta seguridad y confianza en las operaciones mercantiles, con su sistema ineficaz de defensa para los intereses de los accionistas y de los terceros. No existe un artículo que legisle la forma de hacer los balances, y si es cierto que hay una disposición que dice que en el acto constitutivo de la Sociedad se ha de dar las bases para los balances, eso no basta, pues éstos deben estar cuidadosamente reglamentados por la ley, como lo han hecho los códigos Suizo, Alemán e Italiano.

Es necesario especificar claramente qué valores irán al activo y cuáles al pasivo; con qué criterio se avaluarán los bienes inmuebles, maquinarias, etc.,

y no dejar todo esto librado al criterio de los comentaristas, que puede ser excelente, pero no es una garantía para nadie. No existe una disposición clara y precisa, para fijar los derechos y las responsabilidades de los miembros de la administración, y es necesario buscarlos en disposiciones dispersas, y a veces legisladas de un modo indirecto.

Tampoco ha legislado el Código en forma eficaz la responsabilidad de Administradores y Síndicos, y cuidado si el punto es importante. No basta la responsabilidad pecuniaria y es necesario establecer una responsabilidad penal, sin esperar que los actos de estas personas, caigan bajo las disposiciones de un código penal, ya demasiado antiguo, y de un código de procedimientos criminales más antiguo todavía, cuyos requisitos para que exista una prueba legal del delito y por ende, condena, son fácilmente burlados por los delincuentes profesionales.

No ha legislado tampoco en forma concreta la Asamblea Constituyente, exigiendo requisitos para la constitución de la Sociedad Anónima que desechamos del primero al último.

Tampoco está acertado el código al tratar de las Asambleas ordinarias y extraordinarias. La Asamblea general como supremo poder de la Sociedad Anónima no se menciona sino en disposiciones que legislan una función tan importante como si lo hicieren con un simple detalle.

En cuanto al sistema de publicidad es completamente deficiente, y será necesario inspirarse en el amplio sistema de los códigos Alemán, Suizo e Italiano.

Añadamos a esto los términos ambiguos, y la distinta terminología para expresar el mismo pensa-

miento, usando los vocablos directores y administradores cuando las dos palabras en el Código significan lo mismo. En un trabajo jurídico no hay que tener temor de emplear los mismos términos, puesto que lo que significaría pobreza de expresión en una obra puramente literaria, en una obra jurídica, que como ya dijimos, tiene su literatura especial, significa *unidad y claridad*, cualidades nada despreciables.

Nuestra reforma toma, pues, como base una técnica, y de ella se sirve para desarrollar la obra legislativa.

No acepta la autorización del P. Ejecutivo y la reemplaza por la mayor publicidad de los actos sociales, con un discreto contralor por parte de los Tribunales de Comercio, al autorizarlos a convocar la Asamblea general en los casos que expondremos en su oportunidad.

Legisla bajo un solo título los órganos y poderes de la Sociedad Anónima y entiende por tales:

- 1º La Asamblea General;
- 2º La Administración;
- 3º El Consejo de Fiscalización.

Señala la norma que deben guiar las atribuciones, derechos, deberes y responsabilidades, de los miembros de la Administración, del Consejo de Fiscalización y de los accionistas.

Reglamenta cuidadosamente los balances y procura la mayor publicidad de todos los actos de la Sociedad Anónima.

Especifica las bases de los Estatutos, cosa que tampoco hace el código actual y procura por último dar una orientación más práctica, a las disposiciones sobre acciones, disolución, etc.

Dentro de estas reformas, que afectan fundamentalmente al fondo de la actual legislación, se introducen otras nuevas, relativas al número de fiscalizadores, y a la manera de establecer quorum y mayorías, cosas también descuidadas en el código vigente.

Todas ellas las podrá ir juzgando el que leyere en las partes correspondientes.

Al proponer nuestras reformas lo haremos siempre indicando las normas generales, y casi nunca exponiendo el nuevo articulado bajo su construcción definitiva, porque creemos que lo primero es más honesto y más provechoso, puesto que un artículo que se expone con visos de definitivo, suele levantar muchas resistencias y una norma general es siempre amplia y flexible y por lo tanto, susceptible de amoldarse a nuevas orientaciones.

Tampoco abordaremos los puntos esencialmente técnicos, es decir, aquellos que son del resorte del íntimo funcionamiento de las sociedades, pues nuestro propósito es hacer obra jurídica puramente, y en las especializaciones, dejamos la palabra a los entendidos.

SANTIAGO E. BIGGI.

ESPAÑA EN LA INSTRUCCION PRIMARIA

El propósito de afianzar los vínculos espirituales que nos unen a España, es laudable política que parece no haber alcanzado todavía su cabal significación en ciertos órdenes de la vida nacional.

Puesto que nadie duda de la sinceridad con que en los círculos oficiales y reuniones de ocasión, argentinos y españoles nos expresamos este propósito de acercamiento, bueno es preocuparse ya de que las cosas se lleven al terreno práctico, única forma de realizar, definitivamente, lo que está en la voluntad de todos.

Si en alguna parte la necesidad de aumentar los afectos para España no ha alcanzado aún su cabal significado, como decíamos, es, sin duda, en las escuelas de enseñanza primaria, donde por razones de buen sentido, debieran, sin embargo, tener comienzo todas las iniciativas de índole espiritual. Y no es porque se le da poca importancia al asunto, ni porque los hombres dirigentes de la instrucción pública dudan de las ventajas de esta política de acercamiento hispano-argentino, sino por dejadez o por temor, quizás de abocarse reformas trascendentales, que nuestros programas no se preocupan de crear en el alma argentina, desde sus primeros años, el espíritu de solidaridad con la madre patria.

Las congratulaciones que a diario le enviamos con cualquier pretexto, los anhelos auspiciosos que le protestamos en discursos y conferencias, los "vi-

vas" callejeros para su nombre en los grandes aniversarios, todo eso, no saldrá jamás del terreno de la mera cortesía si la escuela no toma para sí la misión de sedimentar en el alma estos anhelos. Ella que recibe al hombre en la edad en que todas las ideas pueden inculcársele fácilmente, porque a sus prestigios de educadora se añade la circunstancia de tratar con espíritus aun inmunes de prejuicios; que a diario encuentra cientos de ocasiones para despertar en los niños los sentimientos del amor y del respeto a la madre patria y cientos de motivos para insistir sobre ello, lejos de empeñarse en esta noble tarea, resulta, a pesar suyo, en cierto sentido hostil.

El criterio utilitarista con que se han hecho los programas escolares, el afán de arrancar de ellos todo lo que no sea de visible e inmediata utilización, no dejan, por cierto mayores márgenes para las iniciativas personales de algunos maestros. Es al gobierno, en consecuencia, a quien corresponde rever el plan de estudios de las escuelas primarias, y no necesitará leer muchas páginas para darse cuenta que en vez de formarse en nuestros establecimientos de educación ese amor y respeto que ofrecemos en los discursos oficiales, la escuela, sin quererlo, conspira contra ellos.

Bien está que se dicten cursos de historia y geografía Argentina, en sus relaciones, esta última, "con los países importantes desde el punto de vista comercial", según rezan los programas; bien está que le dediquemos nuestra atención a las naciones que dejan mayores gajes a nuestras aduanas, y mejores emolumentos a nuestros productos, pero que ello no sea óbice para tratar a los demás pueblos, como España, v. gr., que no cabe en los conceptos

anteriores, en otra forma que la "somera" recomendada por los programas.

¿Pero es, acaso, que se pierde tiempo, estudiando a un país que poco o nada significa en las finanzas del mundo, pero cuyo destino lo sentimos como nuestro, por mandato del corazón?

Y entiéndase que estudiar a España no significa nombrar sus ríos, decir sus límites geográficos y recitar en cifras redondas unos cuantos guarismos de sus estadísticas, porque todo esto, bien ó mal se hace, sino que ha de estudiársela bajo los aspectos eternos de su lengua, de su ciencia, de su arte, de su alma nacional, de todo eso que la hace grande en el pasado y digna en el presente.

La historia de España es materia que también debiera entrar en los programas escolares, porque es la historia de la raza, de la sangre y el espíritu comunes, la historia que no cambian los azares políticos ni los conceptos internacionales en boga. No es posible que la historia española, nuestra en sus últimos términos, sea en planes y programas un capítulo, como la de cualquier otro pueblo.

Aparte de que habrían ventajas pedagógicas en entroncar la historia argentina en la de España, con ello se conseguiría, de una manera eficaz, la sugestión de los sentimientos solidarios que nos preocupan. Siempre he creído que no aman a España sólo los que ignoran su pasado.

Obsérvese en cambio lo que sucede entre nosotros; estudia el niño, de la historia española, el momento de 1800 a 1810, buscando los hechos determinantes de la revolución Americana, es decir, el período triste, el paréntesis de amargura que todos los pueblos tienen en su tradición, y termina el estudio, con la

conferencia de Bayona, espectáculo vergonzoso de un rey decrépito y un heredero truhán que facilitan con reyertas domésticas las ambiciones de un soldado y las desgracias de un pueblo ilustre, empobrecido por tres siglos de sacrificios. Y aquí termina el capítulo español para nuestros niños, salvo uno que otro curioso que al extender su lectura de los manuales, diez páginas más allá, tropieza con el dos de Mayo y la figura de un sargento español!

¿Qué concepto se forma ese niño del pasado de la madre patria? ¿Por qué se lo llevó, así, de improviso, desde un ambiente de libertades que es su realidad presente, a un pasado sombrío, que en su alma infantil adquiere contornos de panorama? ¿Por qué no se le habló, primeramente, de sus reyes ilustres, de sus ejércitos vencedores en todas las latitudes de la tierra, de su pabellón enhiesto sobre los más altos bastiones del mundo? ¿Puede pedirse amor para España a gente que de ella no conoce más que sus miserias?... Y así pasan los niños de nuestras escuelas: cinco años de instrucción primaria repitiendo el mismo tema, graduando sus tintes de menor a mayor hasta un sexto grado!

La enemiga de la madre patria entre nosotros, es la escuela, ¡dolorosa confesión en labios de un maestro que la ama tanto! Sus cursos de historia, tan a propósito para formarse los sentimientos de amor y respeto, son los primeros en llenar de dudas el alma infantil. Sus cursos de geografía los que la desprestigian, enseñando que la civilización de los pueblos se mide con la cifra de su comercio y la fuerza de sus escuadras; callando el arte oculto en sus ciudades ilustres; despertando la curiosidad infantil por los *rascacielos* neoyorquinos y las fábricas de Man-

chester, mientras nombran apenas, cuando lo hacen, a las soledades de Castilla y los templos de Córdoba.

Está lejos de mi espíritu creer que, deliberadamente, se cometen estas injusticias, pero el hecho es que se cometen y nada hacemos por repararlas.

Agréguese a lo que llevamos dicho, que maestros hay — y no los menos — que aún tienen para las cosas españolas el criterio de cualquier Pancho Gómez, domine allá por los años de 1840. . . El obscurantismo español, las expoliaciones del coloniaje, el monopolio, la espada castellana, cercenando cabezas indias, etc., etc., y a título de estrambote el consabido paralelo entre la colonización inglesa y española, imprescindible lugar común de los discursos magistrales: “aquella es la libertad, ésta la esclavitud, aquella regenera pueblos, ésta los agobia”, y siguen las fechas, los nombres sajones, bárbaramente pronunciados, los números, las citas a monton.

Que terminen estas censuras, que ya no haya re-
criminales, que no tienen siquiera el encanto de la originalidad y, sobre todo, que falsean la verdad histórica y la falsean en desmedro de un pueblo ilustre.

No hace mucho tiempo oía en el curso superior de cierta escuela normal, una clase de historia americana, que versaba sobre la conquista del Perú. Aunque el asunto, según se me dijo, era sólo la expedición de Pizarro y Almagro, no le faltó al maestro medio para extenderse hasta el zarandeado martirio de Atahualpa. Describiólo con brevedad, recargando tintas y coreado por los alumnos comenzó las amargas reflexiones: “Pizarro, desleal, aventurero, desalmado y traidor, sacrifica a Atahualpa pa-

ra medrar en el oro de los Incas, etc., etc.” y casi con el toque de campana, el elocuente dómine — dómina en este caso — terminaba con estas palabras: “Así hacían la conquista los españoles.”

Aunque la historia ha descalificado ya definitivamente a ese Inca “sublime”, matador de su hermano, indio sombrío que a trueque de su libertad inservible entregaba las fortunas del Cuzco y las vírgenes de sus templos, nadie, que yo sepa — ni español ni americano — ha justificado la conducta del capitán extremeño, pero bueno es también decir a esos niños, que si España envió a un Pizarro aventurero, despiadado, sin duda, pero símbolo, el más alto, de la tenacidad y el valor hispanos — cosas que son virtudes — en la misma expedición, para completar las calidades del espíritu castellano, que el jefe no tenía, vino otro extremeño, caballero y señor, cuya noble actitud de protesta en el mentado sacrificio, salvó la dignidad de España: don Hernando de Soto, cuyo nombre no fué siquiera pronunciado.

¿A qué se debe esta manía de decir lo malo que de España puede decirse y callar lo bueno? ¿Tan representativo del espíritu español, no es, acaso, como Pizarro, Hernando de Soto?

Es para mí un hecho inexplicable esta hispanofobia de los maestros y como no tengo derecho de achacarlo a ignorancia, quiero creer que es sólo la obra de viejos prejuicios estilizados, la que mantiene de pie reparos que no resisten al menor análisis. Pero no por ello el mal que producen es menor y lo grave del caso no es el erróneo concepto en que viven unos cuantos, puesto que no se modifica con ello el sentimiento de la mayoría, sino que esos cuan-

tos, son precisamente, los que tienen a su cargo la dirección espiritual de la infancia.

La Revolución Americana es un hecho consumado, y conviene que sepan los maestros, á quienes entregamos nuestros niños, qué malos ciudadanos saldrán de entre sus manos si ellos no se preocupan de sustentar los sentimientos generosos, y sugerir en las almas infantiles la solidaridad de la sangre y de la raza, que aun no tenemos, y que es problema fundamental en la educación del carácter argentino.

Las recriminaciones, las inquinas y hasta las mentiras convencionales sobre "el godó", los epítetos denigrantes para sus ejércitos, no menos gloriosos por vencidos, tuvieron antaño su razón de ser. Cumplieron con una misión histórica en la pluma volandera de Monteagudo, en las gacetas incendiarias de la Independencia y aun en los achaques de Sarriente. Pero cien años han variado las cosas y al cabo de ellos, descartadas las teorías del materialismo histórico, nos encontramos grandes a pesar del obscurantismo colonial, con un comercio floreciente a pesar de los tributos que imponían Cádiz y Sevilla, con una constitución, la más libre de la tierra, a pesar de los virreyes reaccionarios, con un gran espíritu de pueblo, con un pasado ilustre, con una lengua rica, y un alma llena de altiveces, abierta a todas las hidalguías, pronta para todos los heroísmos; alma hecha de sacrificios y noblezas, que si la heráldica tuviera que simbolizar, esculpiría, de seguro, sobre un cuartel violeta el plumón de un Capitán de Castilla. Porque todo nos dió España, todo nos dejó en potencia, nobleza para olvidar sus yerros, virtudes que en ella bendecimos.

Y esto es la única verdad histórica.

B. Ventura Pessolano.

EL SEGUNDO ADVENIMIENTO DEL ARTE (1).

FOR RALPH ADAMS CRAM

I

Este título es un reto. Muchos dirán probablemente: "¿Cómo es posible hablar de arte cuando el averno establece su dominio sobre el mundo; cuando millones de vidas quedan aplastadas bajo las negras ruedas del carro de un nuevo Jüggernaut; cuando el arte antiguo se desploma ante la catástrofe de insana devastación; cuando la misma civilización se desvanece ante nuestros ojos? ¿Cómo es posible hablar de arte cuando en el mundo privan sólo sangre y lágrimas, y triunfa un odioso y ciego salvajismo?"

Otros dirán: "¿Cómo es posible hablar de un segundo advenimiento del arte cuando al recorrer la mente el espacio de una generación podemos observar nosotros mismos cómo se hunde el arte en vergonzosa declinación hasta perderse en la obscuridad de necias substituciones? Hemos visto las artes degradadas y decaídas como ha sucedido a veces en otras ocasiones; pero las hemos visto también fenecer, lo que jamás sucedió en el pasado. Y todo esto cuando la civilización estaba en su apogeo; cuando el lujo y la riqueza, las comodidades

(1) El presente estudio ha sido publicado en la revista *Inter-América*, (No. 3 de septiembre de 1917, Nueva York), su autor, Catedrático de Tecnología de Massachusetts, es un conocido hombre de ciencia americano. L. R.

y la opulencia alcanzaban su grado supremo, y cuando nuestro triunfo sobre las fuerzas naturales, nuestra emancipación de la herencia teológica, filosófica, política y social del pasado era tal que hacía de aquel pasado simplemente una cadena de acontecimientos en sucesión hasta el obscurantismo. Habiendo fenecido el arte en esta victoria que hoy se revela como derrota ignominiosa, ¿cómo es posible hacer alusión a su reinado como posibilidad futura cuando el mundo que hemos edificado cae en ruinas en torno nuestro, y detrás de una paz inmensamente distante se divisa únicamente una larga pesadilla de bancarrota internacional y de odio universal?"

Acepto hasta cierto punto ambas maneras de apreciar la situación; pero a despecho de la verdad que encierran, y realmente a causa de esta misma verdad, declaro que jamás hubo en el pasado mejores augurios para el porvenir del arte, justamente porque jamás hubo una era tan adversa, y tan fatal en los últimos tiempos, como nuestra "era de progreso e ilustración".

¿Existe alguien en el mundo civilizado, alguien aun en el imperio teutónico, que ignore que nos hallamos en el centro de un cataclismo mundial que significa la caída definitiva de todo aquello que se ha sostenido en este mismo siglo de ilustración, y el advenimiento de una nueva era tan diferente de la actual como lo fué la época medioeval de la edad del obscurantismo y la superstición, y el Renacimiento de la época medioeval? Es cierto que las artes fenecieron como *fuerzas vitales* entre 1780 y 1914; algunas de ellas primero y repentinamente, como la arquitectura; otras más lentamente y más tarde, como la música y la poesía; pero ninguna atrave-

só la barrera mágica y arbitraria del siglo XX, cuya aparición celebramos dando la bienvenida a una centuria que, teniendo un rumbo determinado de antemano, no podía dar cabida al arte.

Y ahora, antes de terminar siquiera el primer cuarto, el destino de esta centuria está sellado. En vez de ser el palenque de la fruición espléndida y progresista del siglo XIX se convierte en campo de batalla universal, donde perecerá algo más que los ejércitos, algo más que la riqueza atesorada de las naciones. Es el lecho de muerte de una era de cinco siglos. Esta guerra ha sobrevenido para que veamos desplomarse ante nosotros, revelándose en toda su sordidez para nuestra vergüenza y confusión, las cosas que hemos perseguido con devoción insensata; para que podamos elegir entre métodos e ideales opuestos, determinando así por nosotros mismos si la era próxima ha de ser un renacimiento nuevo y más brillante o un nuevo y más terrible obscurantismo; para que podamos estudiar nuestra religión, nuestra filosofía y nuestro sistema de vida y, si somos discretos, establezcamos una nueva escala comparativa de valores. Esta guerra ha sobrevenido para que el mundo pudiera hacerse de nuevo, en lo grande y en lo pequeño; y está realizándose conforme había sido decretado. Comenzamos ya a mirar las cosas con ojos diferentes de lo que acostumbrábamos. Nuestro cosmos desintegrado vuelve rápidamente a su caos original. Lo único que todavía subsiste es la convicción de que al final de la guerra quedará un mundo nuevo que heredarán los sobrevivientes, mundo tan completamente aparte de su predecesor en nuestras más remotas remembranzas, como lo estuvo la era del obscurantismo de la Roma imperial.

Este proceso de un cataclismo de evolución ha hecho tótil la palabra "contemporáneo", pues que ello implica todo lo que se acerca a la generalidad en las diferentes esferas de la vida. Los dogmas se desmoronan, las convicciones se evaporan, los principios se transforman vertiginosamente; aun los grupos disolventes que dos años ha tenían una semblanza de coordinación resuélvense ahora en sus componentes y nada queda de contemporáneo sino el caos.

Destinada la próxima época a ser absolutamente diversa de la que se hunde ahora en lúgubre final, podemos conservar la esperanza de que, si bien el estado del mundo puede llegar a ser peor que el anterior, puede perfeccionarse igualmente, y la decisión pende en nuestras manos. Es inconcebible que millones de vidas se hayan sacrificado en vano; es inconcebible que por algún tratado escrito en algún "pedazo de papel" volvamos al *status quo* y continuemos lo mismo que antes; inconcebible que nada hayamos aprendido de las lecciones del presente y que procedamos lo mismo que procedió Roma bajo el asalto de los bárbaros germanos, hasta que una guerra tras otra destruya aun la memoria de la moderna civilización y otra vez domine el mundo el obscurantismo por otras cinco centurias. La sangre de los campos de batalla europeos no se ha vertido en vano sino por la salvación de las naciones; y las naciones deben ser salvas. Así se restaurará la antigua sucesión, y después de los episodios desgraciados de la última centuria se restablecerá la serie, apreciándose una vez más la vida en la forma que mejor exprese las manifestaciones del arte.

II

Para considerar el nuevo arte que surgirá probablemente, hemos de establecer ciertas diferencias. Lo que ha de venir no se presentará súbitamente ni por sublimación inmediata de lo que antes hubiere existido, sino cuando esto, cualquiera que sea su naturaleza, haya sido eliminado y algo completamente nuevo haya tomado su lugar. De allí depende nuestra sola esperanza de cultura y de civilización a la vez que de arte. Naturalmente no podemos entrar en consideraciones detalladas de aquella vasta y significativa evolución llamada a verificarse en nuestros pensamientos, acciones y teorías, porque ello ocuparía un volumen en vez de un ensayo. Podemos, sin embargo, considerar nuestros ideales contemporáneos o, mejor dicho, nuestros prejuicios en arte, y deducir algunas conclusiones acerca de la clase de cambios que hayan de presentarse.

Pero ¿qué podremos decir de los "ideales contemporáneos" en arte? Existían quizá en otro tiempo, antes del primero de agosto de 1914, aunque su nombre era legión, su antagonismo evidente, y se requiere atrevimiento para atribuir a algunos de ellos las cualidades ideales. Puede ser que existan de nuevo; a decir verdad, deben existir, si la historia se desarrolla en otra forma que en los grises anales de la barbarie. Mas ¿qué podría decirse del momento actual, de este período de purgatorio que se prolonga ya dos años interviniendo entre ambas épocas bien definidas aunque por sí mismo representa únicamente un sainete de destrucción? Por cierto que en las fastuosas tierras de los neutrales de Laodicea, donde a causa de la opulencia la guerra es sólo una palabra y un rumor, y un pretexto para mucho escribir,

el "ideal", si así hemos de llamarlo, de lo que se admitía como arte antes de que comenzara la gran evolución, se mantiene todavía siquiera débilmente. Sabemos, con todo, que se desvanecerá al primer soplo de realidad y al primer contacto de acción, y no debe detenernos la historia de su propia incertidumbre. En otras partes, en aquellos lugares donde el porvenir se forja en los candentes yunques del presente, no hay arte ni ideales "contemporáneos" de arte, ni los habrá hasta que se haya verificado el milagro de regeneración. El arte no es un producto genuino sino un accesorio; no es un hecho sino un resultado; y significa cosas mucho más elevadas que estilos arquitectónicos y escuelas de pintura y escultura o formas de poesía, música y drama. Indudablemente que todo esto vendrá después, cuando las cosas más elevadas se realicen; pero en tanto que el mundo se rehace y las razas se redimen por la sangre y por el fuego y por la prueba al rojo de las almas, es mejor guardar silencio en cuanto al arte y a sus teorías: baste con la triste historia de la destrucción progresiva de los documentos de arte de un pasado deshonrado.

Esto no reza con nosotros ni con nuestro tiempo, desgraciadamente: se nos ha denegado una parte en el gran *Opus Dei*, se nos ha aislado en el pico de Darien, mientras aguardamos el resultado del heroísmo y el sacrificio de un mundo del cual se nos ha dicho que debemos separarnos prudentemente. Así, podemos, si nos place, lanzarnos en consideraciones propias acerca de los ideales desvanecidos y, con más provecho quizá, acerca de los nuevos ideales que deben surgir por medio del gran acrisolamiento del mundo.

La cuestión es más fácil de resolver ahora de lo que hubiera sido dos años ha, porque la conflagración mundial ilumina el pasado que una vez fué nuestro presente con rayos X espirituales que nada dejan oculto, a la vez que revela algo de un futuro posible que antes era invisible y difícil de pronosticar. ¿Cuáles fueron, entonces, aquellos "ideales" de arte contemporáneo en la última década de la que es hoy una era desvanecida? ¿En qué diferían de aquellos que les precedieron? ¿Y en qué difieren a su vez los llamados a ocupar su lugar? Si encontramos respuestas plausibles a tales preguntas, habremos resuelto en cierto modo la cuestión de ideales contemporáneos, porque representan una mezcla de ambos, del pasado antiguo y del nuevo futuro, que forma nuestros ideales del momento y les presta aquella confusión, aquel conflicto intrincado que marca inevitablemente este período de transición infinita e inapreciable.

Había pasado un siglo desde que los ideales artísticos del hombre cambiaron completamente y por vez primera en la historia cuando arrojó Prasia su espada en la balanza y la guerra se desató sobre el mundo en aquel siniestro día de julio de 1914. Hasta entonces el arte había sido un instinto, compañero inevitable de la civilización, en tanto que el artista era una especie de vocero, un agente de su propio pueblo, un artifice mejor que los demás que se lanzaba a realizar con entusiasmo admirable lo que ellos sólo habrían podido hacer con indiferencia. Desde aquel momento se convertía en ser aparte que vivía en el mundo pero fuera de él, en un ser abrasado por el antiguo tormento del "temperamento artístico", libertino privilegiado de ideas y emociones, cuya popularidad dependía de la sorpre-

sa, y cuyas obras se distinguían por su alejamiento del mundo. Es verdad que esta tendencia ha aumentado durante otras cuatro centurias, desde que la entusiasta junta de aficionados conscientes hizo brotar de su fecunda comprensión el renacimiento en el arte imponiéndolo a un mundo bastante satisfecho en conjunto con los antiguos métodos. El arte medioeval fué el último arte espontáneo y popular, mas aun cuando cayó ante la propaganda plausible y especiosa de los entusiastas italianos, sostívose el viejo instinto; el arte nuevo expresó en forma admirable las cualidades de la cultura moderna volviéndose en cierto modo el arte de un pueblo convertido; y así continuó, un siglo y otro siglo, pasando muchas vicisitudes, perdiendo su ímpetu paulatinamente, cediendo ante la personalidad creciente y ante diferencias cada vez mayores, y desapareciendo, al fin, precisamente cuando la moderna civilización de la industria, la intelectualidad y el materialismo inició aquel asombroso progreso que, fortalecido por la ciencia y justificado por el *laissez-faire* de la evolución filosófica, vino a dirigir y encauzar la actividad física, mental y moral de los hombres durante los últimos cien años.

(Continuará)

A MIS LIBROS

A B. Ventura Pessolano.

¡Libros amados, que honestáis el ocio
Divino de mis horas con secreto
Y poderoso encanto, todo un mundo
Disteis en el arcano de las hojas:
El bien y la verdad y la hermosura,
Suprema trinidad que esculpió el genio
En el profundo mar de las edades!
¡Libros amados, con intenso gozo
La mirada pasea en vuestras páginas,
Mi espíritu penetra vuestro espíritu,
Y de radiante luz, de afanes premio,
La mísera tiniebla resplandece!
¡Cuál oprimen mis sólidos estantes
Los códices de ajado pergamino,
Do el monje cisterciense descifraba
El enigma celeste de los cielos
En la letra de azur de los infolios!
¡Libros amados, la infinita ansia
Que los dioses pusieron en mi frente
Entrego a vuestras hojas seculares:
Y leves dancen ante mí las horas
Con dulce giro que al placer invite;

*de H.
Mendoza y
Pellay
de H. y
en el
Pellay
no*

La edad presente mágica se pueble
Con la gracia inmortal de otras edades,
Cuando el humano alzaba hasta los astros
La henchida mente, al vislumbrar la esencia
Que la Venus Urania a sus deseos
Mortales con la euritmia prometía!

La voz del santo Rey de los Cantares
Con el viril acento, de esperanza
Y mansedumbre lleno, del paciente
Y perseguido Job: ora se escucha;
Bajo los olivares de Judea
El eco de platónica cigarra
Resuena en la parábola divina.
El Jonio mar en su corriente libre
Trae las notas de lesbiana cuerda:
Ora el lamento que encendió Afrodita,
Ora la estrofa que vistió la luna
De cándidos fulgores y de gracias;
Y el ritmo y la armonía por las frentes
De Io errabunda, Antígona, Ifigenia,
Cual doradas abejas resplandecen.
¡Salve, helénico genio, que en el mundo
Eternamente imperas: en la esfera
Celeste de los cielos, en la música
Potente de los mares y en el fuego
Del diamantino carro de tu numen...!

¡Venga la voz que resonó en el Lacio

Con la miel de los cármenes helénicos,
Llenando todo el orbe de secretas
Armonías, de números sonoros,
Cual si las doctas hijas de Mnemósina
Mezclaran a sus ecos el gorjeo
Lascivo de su risa y la cadencia
Inmortal de apolíneas melodías!
... Ora se escucha en la civil contienda,
Desde el amargo exilio, del sublime
Gibelino el profundo y férreo treno.
Ora las Musas al insomne amante
Prestan toscanas galas, a quien supo
Vestir de vagarosos, niveos velos
El impúdico Amor del tiempo antiguo.
¡Cuánta belleza el heredado carmen
Del materno solar, ora destella;
Cuánta luz de Judea y de la Jonia
Se recogió en la castellana lira;
Cuánta sabiduría floreciente
En el alma de quien gustó la honda
Ternura del Esposo con el fúlgido
Rocío de platónica elocuencia!
¡Oh maestro León! eterna fuente
Del arte que mi lengua ardiente aclama:
Noche serena, místico lucero,
Recógeme en tu puerto, y a tu amparo
Sienta la voz del hondo sacrificio
Y la belleza increada en el *seguro*
Interior, hasta hoy frío y sellado.

El canto del amor y de la muerte
En las alas magníficas del arte,
Sobre el gárrulo afán de la colmena
Indocta crece, y dueño de los cielos
De Píndaro y de Dante lanza al mundo
El estupendo acento de la lira...
Su devorante fuego lo recoge
En la germana tierra, y como un eco
Le responde en las márgenes del Sena
La Musa del Moisés y del rebelde
Lobo que ni al morir exhala queja...
Egregio canto que a los hombres ciñe
Con lazo fraternal, compadecido
De la infinita vanidad del todo:
Si la fe humilla y la esperanza abate,
Colma su voz con el rugido augusto
Del sublime Titán encadenado,
Al concitar la cólera de Jove,
Por su afán filantrópico vencido.
... Ora en la sangre y exterminio brota
La flor bendita del sagrado monte,
Que engalanó las túnicas nevadas
De helénicas doncellas y la frente
Ciñó de los mortales parecidos
A los dioses. La flor del padre Homero,
De Teócrito y Menandro en el cadalso
Segó la impía muerte: por el mundo
Eternamente fulge la armonía
Gloriosa de su pétalo y por ella
Los áticos en Francia dan perfume...

¡Leopardi, León, Píndaro y Dante!
Sombras augustas que llenáis el alma
Con el eco divino de la lira,
Vuestro numen egregio se convierta
A un mundo que la Cruz del Sur decora
Sobre el espacio ingente, solitario,
De la argentina pampa. El nuevo día
Con vuestra sombra generosa alumbre;
Hasta la inmensidad postrera guíe
La luz de la razón en su atavío
Etéreo hecho por Gracias. Y las horas
Batan su leve pie con el eterno
Ritmo que mueve el astro en la azulada
Esfera, infla los aires de bullente
Fuerza, sacude el polvo que el pasado
Celoso guarda en mi natal ribera...
¡Sombras augustas, presidid la aurora
Que en la Pampa despierta para el orbe:
En el Renacimiento de la gracia,
De la verdad, belleza y armonía!

¡Libros amados, que honestáis el ocio
Divino de mis horas con secreto
Y poderoso encanto, siempre encuentre
Mi espíritu consuelo en vuestro espíritu;
Siempre temple la sed de lo infinito,
El acíbar amargo de la vida,
La cotidiana brega: el luminoso
Venero de las hojas...! Siempre irradie,

¡Libros amados! en mi quieta estancia
La socrática luz de la extranjera
Mujer de Mantinea en la armonía
Universal que rige Eros. Bañe
La parábola excelsa la seráfica
Estrella que alumbrara a los pastores
La ruta de Belén... Abejas áureas
En torno mío sin cesar se animen,
Mirtos den sombra a mi cansada frente,
Linfas murmuren... Las alternas voces
Del huerto de académica sofía,
Lleven siempre las brisas perfumadas...
Y cuando el Hado anuncie el fatal término
De mis mortales horas, el agosto
Coro de los espíritus que en vuestras
Hojas, ¡oh libros! moran, me acompañe
En la última jornada: y de la tierra
Así recoja límpidos fulgores,
Ungidos por el arte y por el genio,
Para alumbrar la esfera de las almas...

JORGE M. ROHDE.

BIBLIOGRAFIA

JOSE INGENIEROS. — *Proposiciones relativas al Porvenir de la Filosofía*. Un vol. de 149 págs. Buenos Aires, 1918.

Dice «Fama» que el título originario de este último trabajo del doctor Ingenieros debía ser «Prolegómenos a toda Metafísica del porvenir», pero que su autor se resolvió luego a cambiarlo «para que no se le confunda con Kant». Y, en verdad, en todo el curso del libro se nota una evidente tendencia a polemizar contra el «artífice de Koenigsberg», polémica que parece provenir de un, casi diríamos, rencor personal contra Kant a quien dedica también con preferencia su capítulo sobre la hipocresía de los filósofos.

Ya se ha publicado en el último número de «Verbum» (Nº 45) una notable crítica de las Proposiciones, de nuestro compañero Jacinto J. Cuccaro. Realza allí el falso punto de partida de Ingenieros para la fundamentación de su filosofía, su evidente injusticia en sus manifestaciones sobre filósofos pasados y contemporáneos, sus chistes inoportunos, y poco queda ya para decir.

Nuestra primera impresión sugerida de la lectura de este libro ha sido ya desfavorable; pues respira una suficiencia que resulta petulante, aún, o mejor dicho, justamente en una personalidad del reconocido relieve intelectual del doctor Ingenieros. Kant escribió sus «Prolegómenos» a los 60 años, como síntesis de una vida entera dedicada al estudio de los problemas filosóficos; Ingenieros se estrena como filósofo con sus «Proposiciones» para una filosofía que «podría comenzar a constituirse en el siglo XXI!». Nos parece ésta una hipótesis que bien puede calificarse, según Ingenieros, de «ilegítima».

Luego la originalidad que reclama para su sistema, cuando dice «los sistemas de hipótesis metafísicos que conozco, desde los contenidos en las más seculares cosmogonías hasta los implicados por las más flamantes filosofías científicas, me parecen, aunque desigualmente, muy distantes de la metafísica que bosquejo en la presente disertación», es muy discutible, como veremos.

Su tesis más original parece que estima que es su descubrimiento de «la hipocresía de los filósofos». Y es allí donde más débil nos parece su argumentación! Dice el mismo Ingenieros que para la comprensión de las doctrinas de los filósofos es necesario el conocimiento del medio ambiente en el cual actuaron. Y si este medio ambiente no permitía la exposición de ciertas teorías, ¿cómo puede hacerse un reproche a un filósofo porque haya preferido callar uno u otro pensamiento para no correr la suerte de Bruno? Indudablemente, la actitud de Bruno es sublime, pero no todos los hombres tienen vocación de mártir. Guardar sus pensamientos para sí, es además bien distinto que proclamar su adhesión a lo que no se cree; pero para Ingenieros es igual claudicación. Luego, ir en el siglo XX y en este país contra «los intereses creados» en la forma como lo pretende hacer Ingenieros, no es bazaña alguna, pues no hemos sentido todavía que se haya enviado a algún filósofo a Ushuaia por más «Proposiciones» que haya publicado.

El caso de Kant, con el cual se ensaña especialmente Ingenieros, como ya dijimos, merece empero alguna palabra más. En una carta a Mendelsohn define el mismo Kant su norma de conducta refiriéndose a sus ideas políticas y su posición con respecto al dogmatismo religioso: «A la verdad, dice, que pienso mucho con toda convicción que jamás tendré el valor de decirlo; pero tampoco diré jamás lo que no pienso». Esta misma declaración franca y sincera debería desvanecer la sospecha de hipocresía en Kant,

si no fuera tan evidente que tanto la Crítica de la Razón Pura como la de la Razón Práctica corresponden a un mismo plan y que ésta es la consecuencia lógica de aquélla dentro del sistema kantiano. A un poeta, como Heine, se puede perdonar haberlo negado porque le permitía inventar un gracioso chiste, pero no así a un Ingenieros. Es verdad que los postulados prácticos que están en la conciencia no pueden demostrarse, ¡pero no será que Ingenieros mete como el avestruz la cabeza en la arena para no ver, creyendo así poder sustraerse a la evidencia? Cuccaro trae al respecto una oportuna cita de Croce: «Decir hoy que en religión no se es cristiano, o en filosofía kantiano, es hacer palabrerío o no hablar en serio!».

En los capítulos siguientes define Ingenieros su metafísica. Dice que «tiene por objeto formular hipótesis legítimas sobre los problemas inexperienciales». Si vamos al fondo del asunto y si quitamos toda la verbosidad que lo envuelve como una especie de «camouflage», no queda otra cosa que la definición de la metafísica que da la filosofía científica, Wundt p, ej. cuando afirma que la metafísica no debe interpretar, sino integrar la experiencia. Aparte de la palabra «inexperiencial» no vemos aquí nada más que sea nueva creación de Ingenieros.

En la proposición novena afirma que la lógica, la ética y la estética son ciencias psicológicas. Ya Hoeffding ha dicho que «es desnaturalizar la psicología confundir la realidad psicológica con el ideal lógico o moral». Pero Ingenieros no se preocupa de esto y recurre en su afán de polémica contra Kant a una estratagema sui generis. Elimina sencillamente la base de la metafísica kantiana, la ética, de los problemas filosóficos y deja reducido la metafísica-filosofía al antiguo problema ontológico: «El ideal lógico de todo sistema metafísico, dice, será la convergencia de todas sus hipótesis inexperienciales hacia una cosmología legítima» (pág. 120).

Concuerda aparentemente con Kant en que la metafísica como ciencia es imposible, pero es porque crea una definición de la metafísica para su uso especial, que no tiene que ver con la kantiana. Esquiva así, en vez de resolverlos, los más arduos problemas metafísicos. Dice que la lógica, la ética, y la estética son ciencias normativas que facilitan la investigación de la verdad, la práctica del bien y la comprensión de la belleza; pero no da ninguna explicación satisfactoria sobre lo que es la verdad, el bien y la belleza.

Su teoría de los ideales, como hipótesis de las ciencias psicológicas, está expuesta en el último capítulo, ya la conocemos por «El hombre mediocre». Dice por un lado que estos ideales variarían incesantemente, por el otro que representan una perfección posible de lo real. Esta contradicción se explica porque la segunda afirmación le da la ocasión de aplicar otra estocada al pobre Kant por medio de una nota con pretensión de chistosa (pág. 123).

En resumidas cuentas, el nuevo libro de Ingenieros nos ha dejado desengañados en todo sentido. Recogemos de las afirmaciones que contiene solamente una: la que pregonaba el fracaso del positivismo. En esto sí que estamos con Ingenieros.

Mala señal es ésta para el positivismo si ya abandona el capitán el buque naufragante.

JUAN PROBST.

Alvaro Melián Lafinur. «Literatura Contemporánea.» Un vol. de 285 págs. Ed. de la S. C. E. L. «Buenos Aires». 1918.

Este volumen en lugar de una nota bibliográfica merece un extenso estudio de persona más autorizada. Contiene una recopilación de artículos, en su mayoría de crítica, que revelan en Melián Lafinur un sereno y sensato criterio de apreciación, una maciza y brillante escuela literaria y una

discreta orientación social y filosófica, que se transparenta en algunos de sus juicios, como por ejemplo en el del libro de Baqué.

A pesar de la ingrata lista autoreográfica — desde Aristóteles hasta Zola — que el volumen trae sin objeto alguno y que es índice de una vasta y selecta cultura general, no hay en este libro citas abrumadoras, pero sí, mucha crudición viviente, es decir, invisible — y sin embargo bien visible.

Alvaro Melián Lafinur escribe con admirable elegancia; tiene una finísima comprensión de la ironía ajena; es justo y sabe ser amable; tiene buen gusto, inteligencia y orientación intelectual.

ADOLFO KORN VILLAFANE.

Augusto Bunge. — «Polémicas.» Un vol. de 274 págs. publicado por la Cooperativa Editorial Lda. Buenos Aires, 1918.

Tratándose de su décima publicación, en forma de libro, creemos inútil hacer la presentación del autor. Diremos pues, que en «Polémicas» ha reunido una serie de artículos publicados en diversas oportunidades en diarios y revistas.

Para esta obra, Roberto F. Giusti, ha escrito un prólogo en el que, entre algunas alabanzas para el autor, canta una oda a la polémica y ensalza las virtudes de los polemistas.

Los temas son de lo más variado; desde «El Anticarrasco» en el que lleva un justificado ataque contra los que talan las arboledas, tan útiles desde el punto de vista higiénico, en los centros urbanos, hasta una bien cimentada defensa de su traducción de «La Internacional» en la que pone de realce, al par que sus conocimientos de métrica y música, su delicado temperamento de poeta.

Hay también artículos en los que plantea su desacuerdo con otros dirigentes del partido político en que milita, en

los que se manifiesta un espíritu de independencia que honra a cualquiera.

No se halla atacado de eitomanía, pero se complace en intercalar palabras y hasta frases de idiomas extranjeros. Un estilo llano, exento de rebuscamientos o arcaísmos y un tono entre irónico y burlesco campea en todas las polémicas.

Aunque no todos los asuntos en él tratados resultan interesantes, se trata, a nuestro juicio, de un libro que nadie podrá creer que ha perdido su tiempo leyéndolo.

A. M. ROMARIZ ELIZALDE.

Manuel María Oliver. — «Mis Monografías Universitarias». Un vol. de 86 págs. Buenos Aires, 1918.

No es, por cierto, por su valor científico o literario que creemos oportuno dedicar estas líneas al folleto del señor Oliver, sino porque «Mis Monografías Universitarias» son los trabajos que dicho señor ha presentado a nuestra Facultad en cumplimiento de la ordenanza sobre monografías, y como casi nunca llegan a publicarse trabajos de esta índole, el lector ingenuo deberá suponer, ante esta excepción de la regla, que las monografías del señor Oliver son de un mérito también excepcional que justificaría su publicación. Y después de la lectura se formará quizá un juicio sobre la labor intelectual que se realiza en nuestra casa que puede resultar injusto. Solamente por esta razón y en defensa del prestigio de nuestra Facultad, le advertimos que las monografías publicadas están lejos de destacarse, bajo ningún concepto, de la áurea mediocridad y que quedan más bien abajo del nivel de la generalidad de los trabajos monográficos presentados por los estudiantes de Filosofía y Letras.

Pasemos por alto algunos agregados de mal gusto que contiene el aludido folleto y trascibamos, en prueba de

nuestra afirmación, únicamente el acta de la sesión del seminario sociológico en el cual se leía y discutía — «sine ira et studio» — la monografía correspondiente a Sociología, titulada «La evolución social peruana». Admitimos por lo demás, para disculpa de la deficiencia de los trabajos del señor Oliver, que «la considerable carga de atenciones de su posición docente obstaban a su dedicación como estudiante» (pág. 9), pero nos explicamos entonces menos todavía las causas que puedan haber inducido al autor a dar a luz producciones cuyo escaso valor él mismo parece reconocer. Y, ya que hemos cultivado junto con el señor Oliver la sonora lengua del Lacio, le recordamos aquel dicho de Boécio: «O si tacuisses, philosophus mansisses».

Las líneas precedentes fueron escritas hace dos meses para servir de introducción al Acta del Seminario al cual se alude y que se iba a publicar en «Verbum» del mes de julio (Nº 45); pero no llegaron a tiempo.

Ante un artículo del señor Benjamín Taborga en «El Hogar» del 4 de octubre (Nº 470), creemos conveniente publicar ahora lo escrito entonces, pues justifica su nota plenamente el temor que manifestamos nosotros de que se hagan inducciones desfavorables para nuestra Facultad, partiendo del libro del señor Manuel María Oliver.

Lo que dice Taborga con respecto a aquella publicación, lo suscribimos palabra por palabra y nos felicitamos que por lo menos una voz de fuera se haya levantado contra la mistificación que significa el unánime elogio que cuanto diario y revista aparecen en ésta, desde «La Nación» hasta «La Crítica» y «La Nota», han tributado al aludido libro. No sabemos si atribuir esta unanimidad de criterios a una mal entendida solidaridad de periodistas o a algo peor; pero de cualquier manera ello nos ha demostrado otra vez la fe que deben merecer los juicios del periodismo

y la facilidad con que es posible ganarse aquí fama de sabio y hasta el título de Doctor en Filosofía y Letras, sin siquiera presentar tesis alguna.

Si estamos pues de acuerdo con el señor Taborga con respecto a sus juicios sobre la última publicación del señor M. M. Oliver, tenemos, en cambio, que protestar enérgicamente contra los juicios más que ligeros que se permite emitir sobre las cosas de nuestra Facultad. Primeramente sepa el señor Taborga que las monografías no se presentan para obtener el título de doctor en Filosofía y Letras, sino para poder rendir exámenes parciales. La prueba está en que el señor Oliver no ha obtenido aquel título, a pesar de sus monografías, y esperamos que no lo obtendrá jamás. Luego, como, según las ordenanzas que rigen desde varios años y que parece ignorar el señor Taborga, es obligación solamente de presentar una monografía por cada año de estudios, no vemos por qué «estudiantes aplicados e inteligentes no pueden hacer trabajos meritorios. Y conste que se hacen trabajos meritorios; pero, como ya hemos dicho, no se publican casi nunca y se sustraen así a la crítica del señor Taborga que ha generalizado con demasada ligereza. Por lo menos podemos garantizarle que el señor M. M. Oliver es el único alumno de 4º año que escribe «Shopenhauer»; y esto en una monografía sobre «La Estética de Schopenhauer»!

JUAN PROBST.

Alberto J. Rodríguez. — «Daño Moral, etc.» (folleto), Buenos Aires, 1918.

En esta publicación el doctor Rodríguez trata el controvertido tema del daño moral en forma muy adecuada. Sus escritos muestran un conocimiento erudito de las modernas teorías y de los nuevos códigos, así como una segura aplicación de la doctrina y jurisprudencia argentinas y de los

principios generales del derecho. El estudio del daño moral se vincula estrechamente con las nuevas corrientes jurídicas del derecho civil, que intentan despojar a éste de su carácter exclusivamente económico para substituirlo por un concepto social-ético. El doctor Rodríguez tiene una clara conciencia de este problema fundamental.

ADOLFO KORN VILLAFANE.

Atenea. — La Plata, septiembre-octubre de 1918. Año I, vol. I, Nos. 4-5.

Esta revista que dirige el poeta Rafael Alberto Arrieta, con tanto brillo y acierto, trae en el presente número un bellissimo trabajo del doctor Joaquín V. González, titulado: «Cien poemas de Kabir», cuya traducción, notas y comentario preliminar ha realizado el eminente polígrafo argentino. Si alguno de nuestros lectores no ha leído el precitado estudio, le recomendamos sinceramente que se recoja en la prosa admirable del doctor González y penetre, con tan noble conductor, en el alma purísima del gran poeta y filósofo oriental.

Themis. — Buenos Aires, agosto de 1918. Año XI, N° 70.

Themis, órgano del «Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias sociales», está actualmente dirigido por nuestro compañero en el Colegio Novecentista: Gonzalo Muñoz Montoro; la tendencia intelectual de su director se manifiesta en la selección de los trabajos ofrecidos y en la crítica franca que en el presente número se contiene. Muñoz Montoro en hermosas palabras preliminares expresa el espíritu que anima la obra de su dirección: firme y serena, sin que obstáculos la entorpezcan o mezquindades la enturbien.

Felicitémonos por el aire cálido que flota por las páginas de *Themis*, mensajero de nuevas y fecundas energías.

Notas

ESTATUTOS DEL COLEGIO NOVECENTISTA

CAPITULO I

De las Bases, Fines y Orientaciones

Art. 1º Hace poco más de un año, al constituirse en Buenos Aires el Colegio Novecentista, dijimos que Novecentismo es nombre o seña de la actitud mental de unos cuantos hombres de hoy — nuevos y del Novecientos — a quienes no conforma ya el catón espiritual vigente. Obligados durante el transcurso de este tiempo a definirlo, hacémoslo ahora en términos perentorios, comenzando por ratificar nuestra declaración prístina, según la cual el Novecentismo no es un sistema filosófico, sino una modalidad de espíritu.

En términos negativos entiéndese por Novecentismo la antinomia del Positivismo en cuanto rechaza de éste su concepto amoral de la vida, y en términos asertóricos, Novecentismo es la afirmación de una voluntad ética, exenta de todo determinismo sensualista. De ahí que puede definirse diciendo que es una actitud espiritual, ajena a toda suerte de índole religiosa o política que al declararse idealismo militante, postula la realidad libre de la personalidad humana, y, en consecuencia, la más absoluta responsabilidad moral de todo acto por ella producido.

Libertad y responsabilidad éticas son sus fundamentos, y al proclamar que dentro de su concepto caben todas las corrientes filosóficas que, implícita o explícitamente, afirman este mínimum de idealismo, entiéndese que esa libertad está limitada en la conducta práctica por las nor-

mas generales establecidas en dos mil años de civilización cristiana.

El Colegio Novecentista es asociación de idealismo militante porque reacciona contra el criterio materialista de la época, que al mecanizar el espíritu, degrada a la personalidad humana, y la resguarda de toda sanción ética y la exime de toda responsabilidad moral. Es idealismo militante porque luchará con el estudio asiduo y la prédica doctrinaria — dentro de la más amplia tolerancia — contra el *cienticismo* claudicante de nuestros tiempos y bregará por una revisión total de la cultura argentina, a la luz de un criterio ético y estético. Y es, últimamente, idealismo militante porque a la vez que proclama su más profundo respeto a la ciencia que cultiva honestamente, y cuyas conclusiones acata en cuanto éstas se reducen a explicar los fenómenos de su pertinencia, le niega el derecho de extender su dominio hasta el campo de la conciencia y máxime el de fijarle normas a la conducta humana.

Porque cree el Colegio Novacentista que otro de los mayores defectos de la cultura nacional es el abandono ilegítimo que se ha hecho de los estudios estéticos, circunstancia que por sí sola explica el arte menguado de nuestros tiempos, y no habiendo, en su opinión, otro medio para rehabilitarlo que el retorno por vía directa a la antigüedad grecolatina, bregará por un arte libre, en el sentido filosófico de la palabra, que al asimilar a las ideas contemporáneas los elementos eternos y universales de las grandes culturas clásicas, realice, bajo los auspicios de la libertad creadora, la armonía del sentir moderno con la majestuosa pulcritud de la expresión antigua.

Proclama, por lo tanto, un arte dentro de las fórmulas legitimadas por la admiración secular, cuyas sugerencias de lo bueno, lo útil, y lo verdadero, lo exalten, hasta la excelencia integral, si se quiere, pero que no constituyan el fundamento de su concepto ni la razón de su existencia.

Entendiendo, por último, que toda reforma orgánica de la cultura, tiene la educación por piedra de toque, defínese el Novecentismo, bajo este aspecto, como la aspiración a una escuela nacionalista en cuyas aulas se modele el alma ciudadano, educando el sentido ético y estético, secreto de la grandeza de todos los pueblos ilustres de la tierra.

En consecuencia, Novecentismo significa, en todos los valores humanos, previsión de moral pura inmune de determinismo sensualista, ideal de belleza, libertad creadora y anhelo vehementísimo de perfección espiritual.

CAPITULO II

De las Autoridades del Colegio

Art. 2º Las autoridades del Colegio son: la Asamblea de Miembros y el Presidente.

Art. 3º La Asamblea de miembros es la autoridad suprema del Colegio y funcionará legalmente con la presencia de la mitad más uno del total de sus miembros. Sus decisiones serán tomadas por la mayoría absoluta de votos, salvo el caso de reconsideración en que se necesitará los dos tercios y lo especialmente dispuesto en los arts. 6º, 25º y 39º.

Art. 4º La Asamblea de miembros es el tribunal encargado de juzgar los actos del Presidente del Colegio, cuando éste fuera interpelado conforme a lo dispuesto en el art. 20º, en cuyo caso podrá aplicarle las sanciones siguientes:

- a) Amonestarlo.
- b) Destituirlo.
- c) Exonerarlo de su calidad de miembro del Colegio.

Art. 5º La Asamblea deberá elegir Presidente ad-hoc para el caso del artículo anterior y para cualquiera de acafalla no previsto por estos estatutos.

Art. 6º El Presidente es electo por la Asamblea del Colegio en la primera quincena del mes de abril y dura un año en sus funciones, no pudiendo ningún miembro del Colegio desempeñar este cargo por más de tres periodos consecutivos, necesitándose para la primera reelección los dos tercios de votos favorables y para la segunda la unanimidad; en ambos casos sobre el total de los miembros del Colegio.

Art. 7º En caso de ausencia del Presidente, que no exceda de tres meses y durante el término de ésta, tendrá sus atribuciones el Secretario General y en ausencia de ambos, el Secretario de Publicaciones.

Art. 8º En caso de fallecimiento, renuncia, destitución o ausencia mayor de tres meses del Presidente, el Secretario General convocará al Colegio a nuevas elecciones en el término de diez días a contar desde aquel en que se haya producido la acefalia.

En caso de ausencia del Secretario General hará la convocatoria el Secretario de Publicaciones.

Art. 9º En el caso del artículo anterior, el nuevo Presidente ejercerá su mandato hasta reintegrar el período de aquel a quien reemplaza.

Art. 10º El Presidente tiene las siguientes atribuciones:

- a) Representa al Colegio y es el encargado del despacho de los negocios.
- b) Preside las reuniones particulares y públicas del mismo y firma él solo, los documentos de la corporación a excepción de los papeles de comercio en que lo hace conjuntamente con el Secretario de Tesorería.
- c) Nombra y remueve los Secretarios a que se refiere el artículo 12º debiendo elegirlos de entre los miembros del Colegio.

Art. 11º El Presidente tiene las siguientes responsabilidades:

- a) Responde ante la Asamblea del Colegio, de los cargos que le sean formulados por los miembros, de acuerdo con los arts. 4º y 20º.
- b) Es responsable solidariamente con los Secretarios de los actos de éstos.

Art. 12º Habrá un Secretario General y tres Secretarios que se denominarán: Secretario de Publicaciones, Secretario de Seminarios y Conferencias y Secretario de Tesorería.

Los Secretarios están facultados para nombrar y renovar, siempre entre los miembros del Colegio, los Subsecretarios que consideren convenientes para el mejor despacho de sus secretarías.

Art. 13º Los Secretarios son responsables solidariamente con los Subsecretarios ante el Presidente y con éste último ante la Asamblea.

CAPITULO III

De los Miembros del Colegio

Art. 14º Son considerados miembros del Colegio las personas que firman estos estatutos y las que se elijan con posterioridad.

Art. 15º El número de miembros no podrá ser menor de tres ni mayor de treinta.

Art. 16º Para ser elegido miembro del Colegio el candidato deberá ser propuesto por uno de los miembros existentes y se resolverá por votación secreta de todos los miembros del Colegio. Bastarán tres votos en contra para decidir el rechazo.

Art. 17º La votación se efectuará en la siguiente forma: El Colegio enviará a los miembros un sobre y dos tarjetas una blanca y otra de color y el miembro devolverá por correo una de ellas. La tarjeta blanca o la no devolución de ninguna será considerada como afirmativa.

La apertura de los sobres se efectuará en una asamblea de miembros.

Art. 18° Para ser miembro del Colegio se requiere la adhesión por escrito a estos estatutos.

Art. 19° Los miembros del Colegio abonan una cuota mensual que anualmente fija la asamblea, entre el mínimo de 1 \$ y el máximo de \$ 5.

Art. 20° Los miembros tienen el derecho de interpelar al Presidente por las infracciones de estos estatutos.

Art. 21° Los miembros del Colegio no pueden entrar en polémicas entre sí, sin previa autorización del mismo.

Art. 22° Toda manifestación pública de cualquiera de los miembros del Colegio, cuando fuese considerada contraria a las orientaciones del mismo, puede ser objeto de interpelación por parte de los otros miembros.

Art. 23° Ningún miembro podrá faltar a más de tres asambleas consecutivas sin causa justificada, ni atrasarse en el pago de más de tres cuotas mensuales.

Art. 24° La asamblea del Colegio como autoridad suprema del mismo, es el tribunal encargado de juzgar los casos de los artículos 20°, 21°, 22° y 23° y aplicará las sanciones establecidas en los incisos a) y c) del artículo 4°.

Art. 25° Para aplicar las sanciones establecidas en los incisos b) y c) del artículo 4° se necesitará el voto afirmativo de los dos tercios de la totalidad de los miembros del Colegio.

CAPITULO IV

De los Socios y Suscritores

Art. 26° Son socios del Colegio Novecentista las personas que simpatizando con su orientación se adhieran por escrito a las bases y fines del mismo.

Art. 27° Los socios pagarán una cuota mensual de \$ 1

y tendrán derecho a recibir todas las publicaciones del Colegio, a inscribirse en los seminarios y asistir a las conferencias.

Art. 28º Los socios que se atrasen en el pago de tres cuotas mensuales pueden ser declarados cesantes, previa una intimación de pago por parte del Secretario de Tesorería.

Art. 29º Cualquier persona podrá ser suscriptor de las publicaciones del Colegio mediante el pago de una cuota mensual de \$ 1.

CAPITULO V

De las Publicaciones, de los Seminarios y de la Tesorería

Art. 30º El Colegio publicará bimestralmente una revista titulada «Cuaderno» que será el órgano oficial del mismo.

Art. 31º El Colegio publicará bimestralmente, alternando con el «Cuaderno», trabajos de escritores argentinos o extranjeros, que estén dentro del espíritu novecentista. Las opiniones vertidas en ellos — cuya responsabilidad es de exclusiva cuenta de sus autores y prologuistas — no compromete al Colegio ni a su Presidente ni al Secretario de Publicaciones.

Art. 32º Los señores miembros del Colegio tienen derecho de preferencia y sus trabajos no podrán ser rechazados.

Art. 33º El Colegio organizará Seminarios de estudios; debiendo ser aprobado por la asamblea de miembros, el plan a seguirse y la designación de la persona encargada de su dirección.

Art. 34º El Secretario Tesorero, cuidará de las finanzas del Colegio, debiendo rendir cuenta ante la asamblea de miembros trimestralmente y toda vez que se le requiera por uno de sus miembros.

Art. 35º El Secretario Tesorero firmará conjuntamente con el Presidente los papeles de comercio.

CAPITULO VI

De los Libros del Colegio

Art. 36 El Colegio llevará los siguientes libros: de miembros, socios y suscritores; de actas y resoluciones; y de tesorería.

CAPITULO VII

De las Sesiones del Colegio

Art. 37º El Colegio celebrará dos clases de sesiones: ordinarias y extraordinarias. Las primeras se efectuarán una vez por mes y las segundas cuando el Presidente lo estime necesario, o a pedido de un miembro dentro del término de cinco días de la fecha del pedido.

Art. 38º La asamblea dictará su reglamento interno.

CAPITULO VIII

Disposiciones generales

Art. 39º Estos estatutos sólo podrán ser reformados en una asamblea de miembros convocada al efecto con treinta días de anticipación y a pedido de cinco miembros, necesi-tándose la decisión favorable de los dos tercios del total de los miembros del Colegio para aprobar cualquier modificación.

Aprobados en la asamblea extraordinaria del 24 de agosto de 1918.

DISCURSOS DE B. VENTURA PESSOLANO, ADOLFO
KORN VILLAFañE Y JORGE M. ROHDE:

El 13 de septiembre ppdo. celebróse en el Club del Progreso una comida en homenaje de Adolfo Korn Villafañe y Jorge M. Rohde, con motivo de la publicación de «El Irredimido» y «Cantos», respectivamente. Se pronunciaron los siguientes discursos:

De B. Ventura Pessolano,

Señores:

El Colegio Novecentista está de fiesta. Os ha reunido en torno de su mesa para honrar a dos hombres, figuras en él culminantes, por el mérito de sus virtudes y talento. Realízala dentro de marcos sencillos, conforme al acto, como veis, y según lo han querido los propios anfitriones.

Más altas que las mías pudieron ser las palabras del ofrecimiento, puesto que las tiene el Colegio, pero hase querido, señores, que a la afinidad espiritual que entre sus miembros este acto significa, se agregue una nota de íntima amistad. De ahí que sea la mía la palabra que trae el honor de esta demostración.

El Colegio Novecentista está de fiesta, os decía, y su mantel de lino blanco que por primera vez se extiende con sencillez amiga, nos reúne en honor de Korn Villafañe y Jorge M. Rohde, como si quisiera, con esta fórmula añeja del ritual, al tiempo que honrar a dos compañeros, saludar el advenimiento de dos jóvenes y vigorosas personalidades. Y puesto que uno de ellos construyóse el pórtico augural con el mármol de sus propios versos y ha de ser ave mañanera, según el viejo símil, porque cantó en la aurora, ocúrreseme que bien puede ser el otro, señores, el pastorcillo de la leyenda, que entre sonrisas de gañanes y gacclas incrédulas, contó que había visto hacia donde sale el sol, surgir una estrella grande y desconocida hasta entonces en el valle.

Como el pastoreillo, Korn Villafañe ha visto la estrella que todos vislumbramos, y de Oriente se levanta, señores, después de dos mil años, como si quisiera recorrer los mismos espacios, pero templada su luz, ahora, en el camino, por los reflejos del Pentélico y los mármoles de Carrara...; y ha de llegar, señores, a fecundar entre nosotros la flor del bien y la belleza, en este siglo de Anatole France, como diría Korn, que con todas sus blasfemias no arrancó a cerceñ los sentimientos generosos del alma humana.

Sonreirán como los labriegos abajeños del cuento, los incrédulos que a la manera del incipiente bíblico dijeron en el fondo de su corazón: ¡no hay Dios!; sonreirán de esos protagonistas de «El Irredimido» que, humanizados por la pluma de su autor, con el objetivismo que requiere el arte, van por la vida sondando sus propias inquietudes, peregrinos de una senda de perfección, que a veces bien la simboliza el trasdós de una vaso jónico o la voz del muecín que llama al templo... Pero no importa que sonrían: la aristocracia que preconizó Renan, la aristocracia legitimada por el propio realismo conciliador de Guyau y Fouillée — la misma que Llamas expone con unción en «El Irredimido» —, es una consecuencia inevitable, señores, de la democracia frustrada en la plaza pública; y cuando el positivismo moderno haya escrito el jeroglífico de los columbarios etruscos sobre la lápida que hoy se cinecla, y sus dogmas del naturalismo en el arte y el ateísmo en la moral hayan terminado, en la historia del pensamiento, sus parábolas de astros a plazo fijo, y nuevos soles recorran los cielos que ellos dejaron desiertos, después que los llenaron de sombras, el libro de Korn, tendrá el mérito de haber sido el primero que previó, en su tierra y en su tiempo, una inquietud religiosa, fuera de los conventos, una inquietud que anida bajo el frac del elegante o en la pobre bobardilla estudiantil.

Sé que esa inquietud se halla también en algunos libros

de Estrada y de Gálvez, pero la diferencia absoluta de estructura, estilo y forma, y hasta de propósitos, que entre aquellos y «El Irredimido» median, me permiten reclamar para Korn los prestigios de la originalidad.

No se me escapa que la obra tiene sus defectos; que ese desaliño, en buena parte deliberado, que ostenta, es digno de censuras, y las mías llegaron a rayar en la impertinencia, muchas veces; tampoco se necesita gran sutileza crítica para notar que sus personajes están apenas esbozados, que Korn carece del don de la *nuanca*, como dirían los franceses, virtud literaria que hace el mérito técnico de Balzac y de Flaubert, y quién sabe cuántos otros defectos contiene el libro; pero por encima de todo esto, el ideal ético cristiano que pasa exornando la vida, con su encantadora sencillez, perdona la forma censurable por la belleza fecunda de su fondo.

A veces se me ocurre ver al propio autor entre sus líneas y permíteme el buen amigo la suspicacia, pero la realidad es, señores, que como el Llamas de la novela, Adolfo Korn Villafañe es capaz de preparar un discurso — y aun de pronunciarlo — contra la burguesía metalizada, contra la justicia de los códigos, contra la democracia de comité, y, sobre todo, capaz es de obrar conforme a los consejos que pone en labios del personaje de su novela, «de acuerdo con su corazón» y de juzgar «de acuerdo con la piedad». Y estas dos grandes virtudes tan altas y bellas que superan a su propio talento, también honramos esta noche, puesto que «El Irredimido», a los méritos del esfuerzo intelectual que significa y al noble pensamiento que entraña, une las sugerencias del bien que a la vera del camino va dejando un hombre joven y bueno.

Aunque con la misma contextura idealista, temperamento distinto es el de Rohde. El viene de Grecia. Trae el alma deslumbrada por las bellezas que encontró viajando a Paros... En el Pórtico de Athenas oyó el Canon que el

Doríforo enseñó en las escuelas a los griegos, y apoyado en las acroteras del Partenón presintió, una tarde, de hacia el lado de la Jonia Asiática, la estrella de Belén, solitaria y blanca...

Dialogó con los demiurgos platónicos, oyó la extraña voz de la mujer de Mantinea, bebió hidromiel en las hidrias de Tyrinto y aprendió el secreto de biselar en las crenchas de las Venus inmortales.

De los broncees milenarios trajo la sonrisa arcaica de sus versos y de las Amazonas de Efeso la elegancia de los *chitones*. Alcanzó el teatro de Menandro y oyó «la voz casi cristiana» de sus coros. Una hetaira le enseñó la curva elegante del ritmo helénico, un filósofo la templanza y un tribuno de Pnix la dialéctica elocuente... y a la sombra del paladión auspicioso de los griegos — mármol, línea y color — miró las llanuras de su patria, oyó la voz de sus aves, sorprendió a sus flores en sus coloquios de amor, y con todas las armonías, con todas las esperanzas, escribió el «Nuevo Canto».

Con el alma extasiada recordó a los peregrinos que antes de él hicieron la misma ruta y en la sublime evocación pasaron ante sus ojos, Fray Luis, el místico, que al ideal de los griegos asimila la excelsitud del cristianismo, Leopardi con su hondo sentimiento del amor y de la muerte, Carducci trashumante de todas las sendas desoladas, Lconte, imperturbable y frío, dialogando con los dioses y los mitos muertos...!

Francia también ejerció en su espíritu, señores, la influencia inevitable, mas no la Francia de los paraísos artificiales, maestra malhadada de nuestra juventud contemporánea, de cuyo estética puede decirse lo que del Mazdeísmo oriental se sabe: que culminó y se agotó con su único gran profeta. No la Francia funambulesca sobre cuya triste memoria voló la ironía despiadada de Loliée, sino aquella otra Francia genial de la raza que saludó en

«Le Jeu de Paumes» Chénier, eterna, universal, heroica, luz en el verso de Vigny y pasión enorme en la melancolía de *Prud'homme*.

Y por todo ello Rohde es único en su generación, único en su tierra, y por eso también condenado queda a no ser conocido más allá de un pequeño círculo...

En carta privada le dije, hace algún tiempo, que de atenderse a los prestigios populares que pueden darle sus versos, no le votarían en los comicios 200.000 electores como a Béranger en Francia. No corre el riesgo de que alguna novia ingenua estampe con firma propia una estrofa suya en la postal anhelosa; nuestras elegantes no recitarán sus versos, en las noches de luna. Serán sus poesías «soberbiamente impopulares», como decía Melián Lafinur de los libros de Estrada, pero cuando triunfe la estética pura, cuando en un futuro no muy lejano, agotada la sensibilidad por las ñoñerías modernas, el arte nacional busque en los ideales del clasicismo la luz suprema, Rohde tendrá un sitio prominente.

El discurso me ha resultado un poco largo. Termino, pues, formulando mis votos porque el «Nuevo Canto» sirva de pórtico al futuro libro de Rohde... Quizás esta noche, señores, hemos saludado ya al

«...cantor de la argentina tierra:
Rápsoda de su gesta y de su suerte
Enamorado augur!...».

Y para que no se diga que mi amistad no puede hallarle defectos a su obra, sólo pediré lo que un crítico exigía a Menéndez y Pelayo: una nota de amor humano en sus poesías. Sí, señores, roguemos que la amada de la lejana tierra de los Nibelungos a quien Jorge canta, al depositar un beso de gratitud en la página del poeta, esfume el rojo de sus labios sobre algunos capítulos del libro...

Y esperemos también que pronto el Llamas de la novela de Korn regrese del convento, donde bien estaría si la voz que le indicó sus puertas fuera el grito siniestro de Hamlet... , porque en estos tiempos de lucha es desertor el idealista que prefiere el sayal del pobrecito de Asís a los Capitanes de Loyola o las goletas corsarias de Fray Jiménez de Cisneros, Almirante de Castilla y Canciller de las Españas.

De Adolfo Korn Villafañe,

Señores:

José Ortega y Gasset — con el velamen de cuyas palabras firmes y luminosas los argentinos descubrieron la América de la Filosofía — proclamaba, en uno de sus más elegantes discursos, que la amistad consiste en que los amigos hablen de sí. Dócil me someto a la lógica de tal razonamiento, pues justifica la intención que traigo de hablaros de mí mismo. Bien es cierto que al lado de las palabras de B. Ventura Pessolano las mías serán muy humildes, pero asimismo no les faltará ni grandeza ni elocuencia, porque hablaré sinceramente.

No es exacto que yo predique la renuncia al mundo. Todavía estoy muy cerca de la Vida! Tan próximo estoy, que la cadena que a ella me sujeta sólo tiene dos eslabones y tan fuerte la considero, que estos eslabones ni siquiera están entrelazados, porque en vez de la materialidad sólo simbólica del oro, los une el amor y el sacrificio.

Esta comida de amistad el prestigio de Rohde la provocó y la justifica. En ese sentido he concurrido a ella — aun a riesgo de ser obsequiado yo también. En verdad podría decirnos mucho sobre mi compañero; pero si he de elegir, ya que no puedo expresarlo todo, os declaro que tengo por Jorge M. Rohde un profundo respeto. El nos evoca con sus «Cantos» el ritmo de los pasos de la ninfa que danza — serenísima y desnuda — en los clásicos bosques de

Grecia. Protegido por el Arte Puro, como por un Ángel de la Guardia, cincela en este siglo del «problema obrero», sonetos y dulces trovas, como el niño de la estampa piadosa que junta violetas y lirios al borde de un precipicio.

Sin embargo, os pido, no seáis demasiado severos con los que unieron para una misma demostración, a los antiguos broncees, cincelados con mano de orfebre, que nos ofrece «Cantos», las ingenuas flores de hierro que trae «El Irredimido», porque su inmodesto autor — asomado a las pupilas del problema social, ardientes como las fraguas — las martilló con ilusión honrada, aunque con débil mano de apren-

Señor José María Monner Sans:

Creo que todos somos revolucionarios. Por mi parte, no entiendo cómo alguien — lealmente — pueda dejar de serlo! Pero frente a la Revolución Roja, que avanza y que respeto, es para mí particularmente grato, pronunciar en estos salones del Club del Progreso, que representa la vieja y aristocrática tradición porteña — la palabra de la Revolución Azul.

Las clases gobernantes argentinas carecen de Idealismo. Hay que llevar a la desolación de sus riquezas una palabra intelectual. Para hablar en lenguaje socialista, diré que para solucionar el problema obrero considero tan necesario enseñarle filosofía a un burgués, como el alfabeto a mil obreros. Y esto, también es Revolución! Así podremos esperar que un día se confundan en una misma exaltación fraternal, los corazones que laten bajo las blusas azules del obrero y del Idealismo.

Pero no creáis que en pleno arranque lírico me olvido de lo humano. Yo sé de las sensateces, que blandamente — ruilmente — transforman lo bueno en lo posible. No obstante creo con fe inquebrantable, y me atrevo a juzgar por experiencia propia, que con mucha buena voluntad, a todos

nos es posible llevar a la realización una pequeña parte de nuestras buenas intenciones.

Yo también, pues, diré — perfilando una frase, — que traigo en el corazón la amargura de muchas derrotas interiores y en mi frente el polvo de muchos caminos extraviados, pero aun creo en la filosofía como base para mi redención individual y en el cristianismo como base para la dignificación de mi pueblo.

El otro día he visto un cuadro que representa a un niño sentado en plena llanura, y el sol, en torno del cual giran los mundos, no era más que un elemento decorativo en ese horizonte. Y es que ese niño tiene un alma humana, un alma que ríe y que llora y que puede alabar a Dios. Y al lado de un alma humana — aunque sea el almita de un niño — el sol, en torno del cual giran los mundos, no es más que un elemento decorativo. He ahí, señores, simbolizado todo mi Idealismo.

Voy a terminar. Enrique Heine intercaló en la última de sus composiciones líricas unas cuantas estrofas maravillosas que fulgen como diamantes sobre un fondo de lapislazuli. Y es que su espíritu, divagando en el cielo azul entre las estrellas, adivinó un Amor Perfecto, porque cantaba una pasión divinizada por la muerte. El Amor Perfecto que su alma siempre había ansiado, el Amor Perfecto que buscó toda su vida sin descanso, porque era su martirio y su locura, él lo encontró en el borde de la tumba y lo llamó su Flor de la Pasión. Y esta flor, como vosotros sabéis, brota invisible cada vez que el dolor redime un alma y se elevó por vez primera al pie de una tosca cruz. Bien pudo florecer para el poeta enfermo, porque este último amor de Enrique Heine era un inmenso amor a Dios!

También para los hombres de mi vocación, señores, no hay descanso en la Vida. Día a día luchamos quiméricos por una Conquista Suprema — pero imposible para nosotros, porque no la realizó jamás, quien no la tiene concedida —

y que no es sino la conquista espiritual de la Serenidad Perfecta de las estatuas griegas...

Ella sea mi Flor de la Pasión!

De Jorge M. Rohde,

Señores:

Joubert, el exquisito ateniense de París, refirióse cierta vez a las palabras, cual si fueran globos celestes que aprisionan, «húmedos de alma», nuestros deseos, desalientos, congojas y venturas. Hoy quisiera encerrar en uno de ellos, en el más etéreo, en un simple *gracias*, todo lo que siente mi corazón y que por ser mucho colma nuestro humano idioma: el que no acierta a descargar, por veces, la pesadumbre de su ideal encomienda... Gracias, maestros y amigos, por la mesa que habéis tendido en honor de Korn Villafañe, el compañero noble y entusiasta en más de una lucha intelectual, y en el mío. Gracias por lo que del homenaje me alcanza, que lo recibo con el espíritu inclinado por lo mucho que significa y lo poco acreedor que soy de tal merecimiento. Gracias por haber premiado en mí una faena literaria que si algo revela es el grande amor de la belleza, que cautivó en sus redes mis míseros empeños, no su realización mezquina; tanto que hubiera sido reprendido en el Atica serena y luminosa por sólo haber osado levantar, con torpe mano, el velo que cubre la esencia del amor y la hermosura. Gracias por las palabras del talentoso amigo B. Ventura Pessolano, gracias, en fin... a todos vosotros por haberos congregado en torno nuestro.

CONFERENCIA DE RICARDO ROJAS

El 24 de septiembre próximo pasado, realizóse en nuestra Facultad de Filosofía y Letras un homenaje tributado a la memoria de Carlos Guido y Spano. Abrió la ceremonia el doctor Norberto Piñero en su carácter de Decano de dicha Facultad, con oportunas y felices palabras para el ilustra

muerto y para Ricardo Rojas, cuya voz se escuchó acto continuo. El maestro de Filosofía y Letras tiene una bien conquistada reputación de orador, tal como Quintiliano concebía el género, es decir, la palabra amena respondiendo a la idea noble y verdadera, — para insistir en su presentación y en el mérito del estudio dedicado al venerado vate argentino. Durante más de una hora la muchedumbre pública que llenaba la sala de la Facultad, vibró con el verbo cálido de Rojas, henebido de honda simpatía intelectual y personal por Guido; cuya obra estudió en sus diversas fases que son también fases de nuestra historia política y literaria. A fe que el poeta de Myrta y Amira tuvo en el historiador de nuestras bellas letras un dignísimo comentarista, y el público la certidumbre de que el talento no fué patrimonio exclusivo del «tiempo pasado», magüer la aseveración melancólica de la copla y el escepticismo desalentador de quienes vuelven su mirada hacia las épocas pretéritas, para vivir en ellas la vida que en el presente no comprendieron o no quisieron comprender. Ricardo Rojas, al saludar el ocaso de una existencia gloriosa, llenó el espíritu del auditorio con las nuevas pedrerías de su propio verbo, radiantes hasta en el seno del sombrío Hades.

UN JUICIO DE EUGENIO D'ORS (XENIUS)

Este ilustre pensador estatal ha publicado en su «Glosario» el siguiente juicio, que complacidos reproducimos:

VICTOR HUGO.

Difícilmente podríamos traer a nuestro «Valle de Josafat» juicios de clásicos. — Juicios en que se aviniesen «autoridad» y «revisión».

En cambio, podemos traer algunos dictámenes novecentistas. Sus autores colaboran con nosotros en la misma obra revisionista. Son, diríamos, compañeros del jurado.

Sobre el Tiziano, ayer, palabras de Joseph Pijoán. Sobre Víctor Hugo, hoy, palabras de Benjamín Taborga.

Benjamín Taborga es un nuevo escritor argentino, a mi caro por más de un concepto. Con otros selectísimos espíritus forma, en Buenos Aires, el instituto «Colegio Novecentista», el cual da a luz, entre otras publicaciones, una revista «Cuaderno», al cual buscaríamos por vanamente entre nuestras revistas jóvenes.

Y sobre Víctor Hugo, Taborga ha escrito un delicioso epigrama:

«Victor Hugo, barba florida
y otras cosas sin florecer.
Cantó a la Muerte y a la Vida
y a Jehová y a Lucifer.
Atónitas dejó las almas
con su verbal orquestación.
Vivió entre vitores y palmas
(no tuvo día sin función).
Horro de humanos desengaños
tardó en bajar al ataúd.
Cargado de laureles y años
murió en olor de multitud.»

Después de paladear largamente el último verso, que no nos huirá con facilidad de la memoria, tomo la pluma y escribo al margen:

V & A.

Que quiere decir: «Visto y aprobado».

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

(Nos. 4^o. 5^o. 6^o.)

| | |
|---|---------|
| Betancourt: Eu la Catedral de Chartres..... | pág. 30 |
| Bibliografía..... | » 51 |
| Bibliografía..... | » 105 |
| Bibliografía..... | » 171 |
| Biggi Santiago E.: Reformas a la legislación sobre sociedades anónimas..... | » 138 |
| Bogliolo Carlos: Un filósofo danés, Sören Kier- kegaard..... | » 17 |
| Britos Muñoz Alberto: Exposición Blanes Viale | » 96 |
| Carbia Rómulo D.: La revisión de nuestro pasado..... | » 69 |
| Colegio Novecentista: El «Colegio Novecen- tista» y el catolicismo..... | » 67 |
| Colegio Novecentista: El conflicto universita- rio de Córdoba..... | » 102 |
| Costa Pablo della: Bellatrix Gieva, (versos). | » 15 |
| Costa Pablo della: Carta a Jorge M. Rohde, poeta, (versos)..... | » 134 |
| Cram Adams Ralph: El segundo advenimien- to del arte, (de la revista Inter-América)... | » 157 |
| Morente Manuel G: La filosofía del hombre que trabaja y que juega, de Eugenio D'Ors (de la Antología Filosófica)..... | » 43 |
| Notas..... | » 61 |
| Notas..... | » 123 |
| Notas..... | » 180 |

| | | |
|--|---|-----|
| Korn Villafañe Adolfo: Juan Agustín García. | » | 48 |
| Korn Villafañe Adolfo: Paul Groussac..... | » | 100 |
| Korn Alejandro: Incipit vita nova, (de la revista Atenea)..... | » | 34 |
| Pessolano Ventura B.: El problema educacional | » | 73 |
| Pessolano Ventura B.: España en la instrucción primaria..... | » | 150 |
| Redacción La: El socialismo ético. | » | 3 |
| Redacción La: Carlos Guido y Spano..... | » | 131 |
| Rodríguez A. J.: El «dilettantismo» en la vida jurídica | » | 92 |
| Rohde Jorge M.: Una página de Angel de Estrada..... | » | 9 |
| Rohde Jorge M.: Versos..... | » | 87 |
| Rohde Jorge M.: A mis libros, (versos)..... | » | 165 |

CUADERNO 7.º

ENERO DE 1919

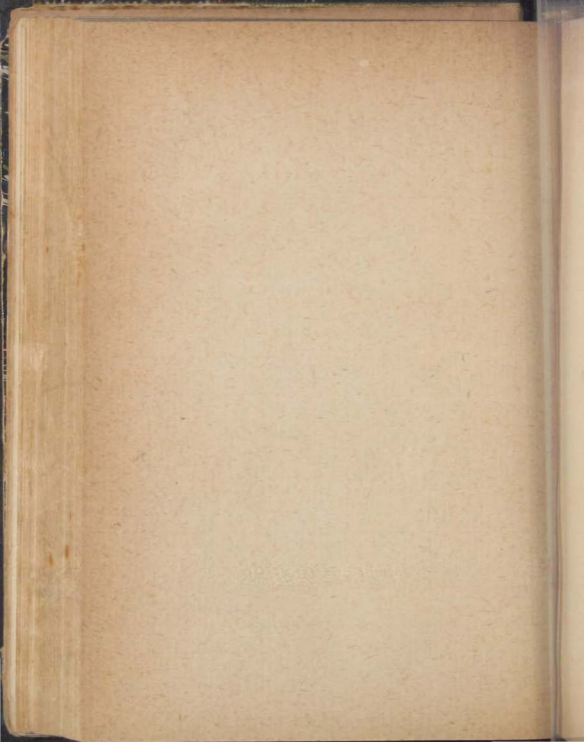
DIRECTOR:
JORGE M. ROHDE

SUMARIO

| | |
|--|--|
| La alianza de la nueva generación | <i>El C. Novacentista</i> |
| La reforma universitaria | <i>La Redacción</i> |
| Discursos de | <i>Juan Agustín García,</i> <i>Alejandro Korn,</i> <i>Jorge M. Rohde</i> |
| Los Mártires (versos) | <i>V. Méndez Calzada</i> |
| El arte nacional en 1918 | <i>Fco. de Aparicio</i> |
| El maximalismo | <i>Tomás D. Casares,</i> <i>A. Korn Villafañe</i> |
| El segundo advenimiento del arte, (de la revista Inter-América) | <i>Ralph Adams Cram.</i> |
| Benjamin Taborga | <i>La Redacción</i> |
| La vida síntesis | <i>Lapizlázuli</i> |

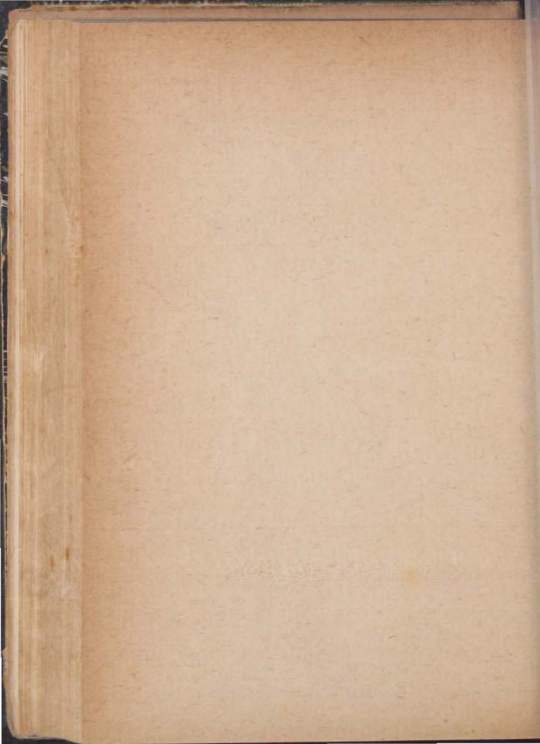
BIBLIOGRAFIA: La evolución de las ideas argentinas, de José Ingenieros. — La nouvelle moisson, de Deltina Bunge de Gálvez. — Cuestiones de administración edilicia de la ciudad de Buenos Aires, de Luis María Torres. — Discurso pronunciado en la colación de grados de la facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en representación de los graduados, por Eduardo J. Bullrich. — Echeverría, Mármol, de Héctor R. Baudón. — Origen y patria de Cristóbal Colón, de Rómulo D. Carbia. — El cristal de mi alma, de Arturo S. Mom. — Revista del Ateneo Hispano-Americano. — Verbum. — Hebe. — Revista Nacional. — Pegaso.

NOTAS: Edmundo Rostand. — Pedro Delheye. — Discursos de Adolfo Korn Villafañe, Tomás D. Casares y Jorge M. Rohde. — El Colegio Novacentista de La Plata. — El poeta Luis L. Franco.





COLEGIO NOVECENTISTA



Colegio Novecentista

CUADERNO 7.º

Buenos Aires

Enero 1919

“LA ALIANZA DE LA NUEVA GENERACION”

La semilla de redención espiritual que hace dos años sembrara con mano ingenua pero segura, el Colegio Novecentista, en esta ingrata tierra de Calibán, ha fructificado en breve plazo. Dícelo a las claras la “Profesión de Fe de la Nueva Generación”, documento de una juventud descontenta con el ambiente de la cultura argentina, que al abocarse el problema filosófico nacional, lo hace en términos semejantes a los de nuestros manifiestos.

Bien valía, tan abundante siega, como la que ahora recogemos, la serenidad de ánimo y la entereza de acción que siempre mantuvimos, frente al alud de frases chocarreras a nuestra costa tejidas, por viejos entristecidos en largos años de anonadamiento espiritual y por jóvenes escépticos, curados de inquietudes.

Cateadores de recónditas esperanzas, que las últimas generaciones argentinas no conocieron, porque jamás supieron decir el ; Sésamo! de la leyenda árabe, fuimos en una hora, ya lejana, los manchegos, los ilusos, la plétora juvenil, antojadiza y optimista

lena de intuiciones que el mundo habría de desmentir en el cotejo diario con la realidad.

Amontonáronse sobre la palabra "Novecentismo" ironías fáciles, interpretaciones desleales, argucias y sutilezas, y a pesar de todo, bajo los astros adversos, paseamos nuestro idealismo, serenamente, como si presintiéramos en la aversión de las primeras horas, el secreto de su fuerza ineluctable.

Pocos meses han bastado para que sus ideas infiltraran en el ambiente argentino las nuevas doctrinas y llegaran hasta la conciencia de sus clases directoras. Pruébalo el gran acto cívico del 2 de enero, en que una voz prestigiosa — interpretando el sentir de la culta juventud que le secunda — pronunció, ungido de fe, el credo novecentista en materia filosófica.

No importa que para nada nos haya citado don Ricardo Rojas, ¡él, que tan bien nos conocía! No importa que silenciara el nombre de la modesta institución en cuya obra las jóvenes generaciones argentinas aprendieron el ritmo espiritual que ahora revelan; no importa la injusticia que el olvido significa, y que reprochársela, sería pueril vanidad de escuela por nuestra parte; lo que importa es dejar establecido que el novecentismo marcha, enhiesto su confalón libertario, y que sus petulantes fórmulas de antaño han triunfado, al extremo de ser la divisa mental de una juventud entusiasta y luchadora. Lo que importa es dejar establecido que sus postulados abandonan ya el humilde cenáculo que

un día les dió expresión en el pensar argentino y que sus palabras hicieron la tonalidad filosófica de un documento por tantos conceptos notable.

La "Profesión de Fe" que Ricardo Rojas leyó en el teatro San Martín es la mejor prueba de nuestro triunfo y el más alto testimonio de que el idealismo por nosotros preconizado hace dos años, germinaría en el pensamiento nacional. Ha germinado ya, para ventura de esta tierra, y en bella flor, por cierto, como que el jardinero que toma ahora para sí el cuidado de la planta es de mano experta y amante corazón.

Quizás esta fuera la hora en que podríamos, a nuestro turno, devolver sonrisas a mucha gente que del novecentismo y sus hombres, se expresó a soslayo gracejo, y que hoy aparece secundando al Sr. Rojas en sus ideas novecentistas, pero la represalia es indigna en materia tan grave, y es por eso que sin ironías, sin reproches, que no somos capaces de hacer, saludamos a los nuevos aliados del idealismo, a todos por igual, al maestro que enseña nuestro verbo novecentista y a los discípulos que tratan de conjugarlo.

Y es homenaje justiciero que le hacemos al declarar que ha llegado para los novecentistas la hora, en que a la manera de un francés ilustre, refiriéndose a Hugo, podríamos decir que si nuestras palabras se hubieran perdido en el desierto, quedarían para recordarlas, eternamente, las que Ricardo Rojas, en nombre propio y de todos ellos repitió en el

mismo tono. Y bien hizo en repetir las, el joven pensador, porque urgía que las grandes figuras nacionales nos abonaran ya con sus prestigios, en esta dolorosa cruzada que emprendemos.

Lo que dejamos dicho no significa que todos los puntos de vista filosóficos de "La Nueva Generación" — únicos que al Colegio Novecentista, como institución, le afectan — y los del novecentismo, sean absolutamente iguales, si ellos han de deducirse de los respectivos manifiestos. Nuestro criterio disiente con algunos: precisamente con aquéllos en que la "Alianza de la Nueva Generación" agravia a su propio idealismo proclamado.

El aserto causará extrañeza, sin duda, y de ahí que a título de prueba, hagamos un ligero análisis de los párrafos que al "problema filosófico" dedica en su documento el señor Rojas, advirtiendo antes que no nos guía en ello ni un prurito de polémica, ni afanes magistrales, sino el mejor deseo de aclarar a "La Nueva Generación" algunos conceptos del "idealismo filosófico" que auspicia.

"Frente al "problema filosófico", la alianza de "La Nueva Generación", declara su profesión de fe, simpatiza con el renacimiento idealista de la filosofía". Proposición principal, dirían los lógicos, que el Colegio Novecentista gusta con íntimo regocijo, como era justo le sucediera a la única institución que en la República está haciendo ese renacimiento idealista de la filosofía. "Quiere que las ciencias conti-

nuen su progreso experimental, racionalista (sic), pragmático, pero que haya una metafísica y una moral de la ciencia", agrega el documento. Y aquí nuestra disidencia es absoluta.

Decir que se quiere "una metafísica y una moral de la ciencia" es hacer una proposición insostenible, en el terreno filosófico, para quien se ha declarado "idealista". Es aún más: formular una proposición abstrusa que no puede resolverse con la anterior sino en una antinomia irremediable.

Metafísica y Ciencia, en el idealismo, son términos irreductibles; la una empieza donde la otra acaba, es decir, que ésta no puede condicionar a aquélla. Cierta vieja expresión de los manuales suele explicar la independencia de estas dos ideas y facilitar su comprensión con una figura geométrica, en la que dos círculos, superpuesto uno al otro, giran sin contacto alguno entre sí.

Sólo por una *originalidad* tardía, poco feliz — y muy explicable, por otra parte — comprendemos que un médico y psicólogo argentino expusiera, *ex cathedra*, en un libro reciente, una metafísica del "porvenir", legitimada por los datos *experienciales* de la realidad, es decir, una "metafísica de la ciencia". Bien estaba en labios de un psicólogo positivista — cuya gran fe en el determinismo biológico y otras cosas por el estilo *legifman* esta teoría — la exposición de tal metafísica, pero formularla en nombre del renacimiento idealista de la filosofía, es

una ingenuidad lamentable y tan grave, que "La Nueva Generación" aparece, sin haber caído en cuenta, profesando en el siglo XX, una conocidísima doctrina del positivismo y acariciando un viejo y desacreditado anhelo materialista, que en 1860, ostentó siquiera preceas de originalidad.

Es posible que el señor Rojas — relator de "La Nueva Generación", y de cuyo hondo idealismo nadie duda — haya entendido decir con la frase del comentario "queremos una metafísica por encima de la ciencia", pero, desgraciadamente, expresó lo contrario, ni más ni menos que la metafísica del médico argentino. Con una metafísica por encima de la ciencia es con la que sueña el idealismo, con una metafísica independiente de todo criterio experimental... "y hemos de forjarla, dijo el Novecentismo, alguna vez, libre de dogmas naturalistas".

Si, en cambio, "La Nueva Generación" expuso a sabiendas la teoría positivista, que dejamos advertida, nosotros respetamos su punto de vista filosófico, pero protestamos, en nombre de ese mismo respeto, que al resguardo de la palabra "idealista" se deslicen conceptos del más puro positivismo.

Peor, mucho peor, es aún lo de "una moral de la ciencia", que también preconiza "La Nueva Generación". El *espiritualismo* de estos jóvenes — palabra que erróneamente ellos usan como sinónimo de "idealismo" y que apesta a convento, — se resuelve de nuevo en otro malhadado anhelo positivista: ¡una moral de la ciencia!

Cualquier doctor Toulouse, psiquiatra y físico, notable, ya en 1870 ponía su grito en el cielo por esa indole de moral que hoy nos formula el jefe de "La Nueva Generación", en nombre del más ferriente idealismo.

Que la ciencia es amoral lo sabe todo el mundo en los tiempos que vivimos, y los jóvenes de "La Nueva Generación" alguna vez nos habrán oído decir: "queremos que la ciencia, con su criterio amoral, no sea sierva de apetitos y concupiscencias, queremos que sea instrumento de una voluntad ética, etc., etc.", ¿y cómo es, entonces, que se puedan decir todavía estos sarcasmos filosóficos?

Contra esa "moral de la ciencia" irresponsable, triste, *immoral* por eso mismo, ya no *amoral*, se levantó en este país agropecuario, víctima inocente de ella, el Colegio Novecentista, y ahora salimos, después de una lucha sin tregua de dos años, en los cuales nuestra fe soportó tan duras pruebas, con que se acepta nuestro *minimum* idealista y se proclaman públicamente nuestras ideas, pero conservando los corolarios más peligrosos de la suplantada filosofía.

Tan grande es, sin embargo, la contradicción en que incurre el señor Rojas, que ella nos autoriza pensar que los hombres de "La Alianza" no han percatado el alcance de lo que decían, puesto que resultan profesando, en materia moral, lo opuesto a sus ideales. Creyeron adoptar el punto de vista del

novecentismo y en su noble afán de superarlo, salieron de cauce y se perdieron...

Algo de la moral pura de que quisieron hablar se barrunta en la airada frase que el señor Rojas endereza a la "fracasada técnica amoral de la cultura germánica", y válgale a ella que aún estén a tiempo de salvarse en filosofía.

Cuando "La Nueva Generación" medite sobre el contenido de la palabra "idealismo" y contemple sin temores hasta sus últimas consecuencias, una lógica sencilla la llevará a expurgar su manifiesto de hibridaciones filosóficas y a comprender que en vez de "una moral de la ciencia" lo que sus hombres pretenden, es por el contrario, una moral pura, exenta de naturalismo, independiente de la ciencia y directora de ella en las prácticas de la vida.

Pero, válgales la intención; lo que ellos han querido decir es "una moral *para* la ciencia". Como novecentistas que son, mal podían proponerse lo que han dicho!

Cuentan que cierto canciller dinamarqués, por obra de una letra trastrocó el apellido y perdió una herencia... Algo semejante le sucede a "La Nueva Generación"; la picardía de un genitivo casi la saca del idealismo; felicitémonos el Colegio Novecentista y "La Alianza" de que el pleito pueda sostenerse en el terreno gramatical, y con poca sutileza comprobar que somos aliados...

Respecto a "la fracasada técnica amoral de la cultura germánica" debemos observarle al Sr. Rojas, que no es la "*técnica germánica*" la amoral, sino toda

"técnica", en cuanto ella no es sino la realización de esa ciencia amoral también — lo mismo en Alemania que en Inglaterra o Francia. Y no es la "técnica" de ningún país la que ha fracasado, puesto que día a día produce cosas estupendas en el mar, la tierra y el aire, sino la tentativa de sacar una moral de la ciencia.

Eso es lo que ha fracasado para siempre; lo que "La Nueva Generación" anhela, precisamente: la posibilidad de una ética forjada con dogmas científicos y la capacidad de la ciencia para construir una moral.

El Colegio Novecentista se felicita de que el rotundo adjetivo que el Sr. Rojas dedica a la "técnica", invalide lo antes dicho sobre la moral. Y se felicita, muy de veras, de que la milagrosa palabra haya llegado a tiempo, para salvar el más fundamental de los postulados idealistas.

Protestar de los "dogmas científicos" como lo hace "La Nueva Generación", es otra absurdidad que no alcanzamos a comprender en hombres de estudio y de tan agudo sentido común. ¿Pero es posible concebir una ciencia sin dogmas? ¿Pero es que alguien dudó, alguna vez, de la existencia de los dogmas científicos? ¡He ahí un hermoso tema, que de ocurrírsele, hubiera hecho las delicias, en el siglo XIII, de cualquier silogista de capirote! ¡Qué hermosa oportunidad para lucirse hubiera tenido, en Córdoba, un lector de Pedro Lombardo!

Desde los tiempos de Euclides, los tres ángulos

de un triángulo suman dos ángulos rectos: he ahí, v. gr., un dogma, entre los miles que se conocen, y que "La Nueva Generación" argentina no acepta, o mejor dicho, un dogma del cual sus hombres protestan.

De un plumazo estos jóvenes han sepultado en los hondos repliegues de su "no creencia" la física, la mecánica, todas las matemáticas, las ciencias de los dogmas eternos, incondicionales y absolutos.

En este tren de afirmaciones pronto vamos a llegar al *misticismo anárquico* o a cualquiera de esos estados espirituales, que en frases sibilinas, de vagas analogías con los telegramas *presidencialescos*, nos han definido los hombres de "La Nueva Generación".

Sin dogmas no hay ciencia, y menos aún habrá ciencia *racionalista*, es decir la ciencia-medioeval de que implícitamente nos hablan los hombres de "La Nueva Generación".

La ciencia es dogmática por antonomasia, imperativa, incondicional, y de ahí que un riguroso criterio pragmático no sea siempre fácil, si el término de James fué usado en su sentido filosófico. Sus verdades, cuando han sufrido incólumes el tamiz de "la prueba", son irremediables y contra ellos no se puede silogizar con toda la dialéctica del mundo.

Al idealismo no le molesta para nada el dogmatismo de la ciencia. Se puede ser idealista en filosofía sin repudiar los dogmas de las matemáticas,

v. gr., y tanto es así, que raros son en la historia, desde Platón hasta Croce los grandes filósofos idealistas que al propio tiempo no sean eminentísimos hombres de ciencia.

Esa declaración sobre los dogmas científicos, que "La Nueva Generación" hace en su manifiesto, es precisamente lo que han explotado en contra del idealismo sus enemigos de todos los tiempos. Han oído hacer esas declaraciones a gente sincera pero ingenua y se han aprovechado de esa ingenuidad para gritar a toda voz, que "los idealistas son los enemigos de la ciencia".

No es cierto que el "idealismo" riña a la ciencia ni se subleve contra sus dogmas. No es cierto que el idealismo desacate sus veredictos en cuanto ellos caen sobre la materia de su incumbencia, lo que el idealismo quiere es que su criterio no nos imponga una ética ni someta la personalidad humana al fatalismo de sus postulados.

Para "llevar un concepto de libertad y de responsabilidad a todas las esferas de la cultura" — anhelo vehementísimo que hace dos años ya el Colegio Novacentista proclamó, bajo la burla de muchos de los hombres que hoy lo confiesan como propio, — no era necesario repudiar los dogmas científicos. Hubiéralos bastado a los que en esta cruzada se empeñan desde ahora, borrar de su "Profesión de Fe" la fórmula de "una metafísica y una moral de la ciencia" para concebir y explicar la libertad humana y la responsabilidad ética, al resguardo del dogmatismo científico.

La significación, que toda persona de buena fe, dará a las palabras del Sr Rojas sobre "los dogmas científicos", después de nuestras declaraciones, es, en consecuencia, lo que al respecto digimos en el manifiesto de 1918, esto es, que se respetan los dogmas científicos en cuanto ellos refieran su determinismo a la materia que la ciencia abarca, pero que se protesta contra toda tentativa por erigir ese determinismo en criterio de vida espiritual, y al mismo tiempo que declaramos nuestro respeto por la ciencia y la necesidad de cultivarla, afirmamos la existencia de una ética independiente de sus dogmas, por encima de ellos y a pesar de ellos.

Y todo esto en los términos más absolutos.

No hay pues, como se ve, divergencias sobre tan grave materia, entre "La Alianza de la Nueva Generación" y el Colegio Novecentista.

En filosofía las palabras tienen un "título monetario" tan estricto, que el menor descuido las pone fuera de ley. Cuidar ese "título" es el secreto del que expone una teoría filosófica y lo que dejamos dicho sobre "La Profesión de Fe de la Nueva Generación", prueba, cabalmente, que sus hombres no se han incautado todavía del "secreto".

Ello no es óbice empero para que ocultemos nuestra sorpresa ante expresiones, que de seguro no las hubiera escrito un pensador tan capaz, en nombre de románticos alzamientos, de haberse detenido a meditarlas.

Sinceramente, creemos que hablar de un espiritualismo trascendente (como si hubiera alguno que no fuera) en el cual se concilian el *individualismo*, el *nacionalismo* y el *humanitarismo*, es hacer frases, que de todo tienen — principalmente sonoridad — menos de filosofía. Bellas frases, melodiosas frases, como que fueron trabajadas por manos primorosas, pero que a la manera del vaso de oro antiguo, aumentaron de timbre a condición de vaciarse.

A esa galería damasquina pertenece aquello del "destino inmanente", con la gravedad, en este caso, de que los mal intencionados podrían observarle al Sr. Rojas — sin sutilezas — que para los idealistas el destino no es *inmanente*; que un espiritualismo *trascendente* no puede exponer a renglón seguido de su confesión tan simpática, tales teorías, so pena de hablar una gerigonza desconcertante y que es contra las consecuencias del "destino inmanente", dogma materialista, que el idealismo luchó, y luchó tanto, que de arrebato se encegució alguna vez y llegó hasta el crimen.

¿Es posible que un hombre profundamente idealista, que un momento antes se había referido a la sociología en una forma sensata, salga, de repente, en rítmica frase, aludiendo "a los agentes ciegos de una fatalidad que venía de causas remotas, etc., etc.,"? Esto en buen romance se llama determinismo histórico y algún suspicaz podría ver en ello un discreto homenaje a esa sociología, contra la cual Ro-

jas se levantó, justicia es reconocerlo, tantas veces.

Los "agentes ciegos" y "la fatalidad" desde el momento que existen, pueden serlo de índole económica ¿por qué no?, y si ellos son capaces de producir cataclismos, resulta que llegamos *por fas o por nefas*, al materialismo histórico, que los ingenuos Novecentistas, creíamos enterrado, en esta tierra, por el mismo Rojas.

Sería desconocer su importante obra achacarle el epíteto de determinista al relator de "La Nueva Generación", pero son frases, todas éstas, que nuestros enemigos podrían, sin consumir infidencia, aprovechar en contra de la noble bandera idealista, más orgullosa ahora, de que a su sombra pelee tan esforzado campeón. De ahí que al pasar, hayamos recordado lo que se pudo callar.

Muchas más serían nuestras observaciones sobre el notable documento que estudiamos, si nos propusiéramos hacerlas, pero no es el objeto de este trabajo acotar minucias marginales, sino advertir, simplemente al tiempo del saludo fraternal los pequeños deslices de los recién llegados, no menos sinceros por eso que los de la guardia vieja.

Son estos jóvenes que ahora empuñan para divisa el símbolo de nuestra antigua fe, aliados de última hora que han cambiado de nombre para ofrecer menos blanco, y justo era, por nuestra parte, hacerles las advertencias indispensables sobre aquello que olvidaron o quizás no comprendieron.

Iguales son nuestras creencias y en nombre de ellas pensamos que "La Nueva Generación" enmendará los yerros que en la exégesis al libro inicial, hicieron sus hombres, sin quererlo. Enmendará por que sus jóvenes tienen intuición del "problema filosófico" y, sobre todo, tienen inquietudes y hábitos de estudio que pronto les familiarizarán con las tareas en que se inician.

Ellos dijeron nuestro *minimum* idealista y por eso el novecentismo los reclama como propios y, en la gran hora argentina, los arma caballeros de aquella orden que, para obras de perfección espiritual, reunió en Grecia, bajo su cielo cobalto, junto a la colina ilustre en que anida la "diosa de los ojos claros", Platón, el Divino, bajo el conjuro de una sola palabra: Amor.

Ramas airosas de un tronco fuerte que, orgulloso de sus gajos y previendo sus flores les manda para saludo, la expresión que en los hogares latinos, decían los padres ilustres a sus hijos preclaros:

Fili mi: sanguis tuus, genus meum.

El Colegio Novecentista.

LA REFORMA UNIVERSITARIA

Cuando en diciembre de 1917 el Presidente del Colegio Novecentista se dirigió en carta abierta a un profesor de la Universidad de Buenos Aires manifestándole disconformidad con su enseñanza superficial y rutinaria, no daba en manera alguna expresión a un sentimiento individual, ni atacaba a un profesor aislado, sino que era, por su parte, el representante *motu proprio* de todos los estudiantes argentinos y tuvo el profesor atacado la trágica honra de serlo como la figura representativa más típica de todo lo que era atacable dentro de la Universidad. Y es en este sentido simbólico, como la interpretaron acertadamente, los estudiantes de Córdoba, que al iniciar su campaña revolucionaria, se apresuraron a hacer, con un comentario alusivo, un tiraje de dicha carta en hojas volantes que se repartieron por millares. Y esta misma carta, no por tarde, dejó de repercutir también en Buenos Aires. Ella viene a constituir, pues, el primer documento—por lo menos cronológicamente—de la Reforma Universitaria.

Pero hay gente muy ingenua entre los profesores—y aun entre los estudiantes—que suponen que la Reforma Universitaria se ha realizado ya. Nada más erróneo. La Reforma Universitaria recién ha empezado, pues hasta ahora sólo se han dado los medios para efectuarla, medios que aun no han sido usados, porque las vacaciones han venido inoportu-

namiente a paralizar la revolución estudiantil. La asistencia libre al entrar en vigor el año próximo traerá, sin duda, sorpresas insospechadas.

Hay que repetirlo, pues: la Reforma Universitaria recién ha empezado, y el Colegio Novecentista, bajo cuyos auspicios filosóficos se inició, se apresta a continuar luchando hasta su completa efectividad e invita en tal sentido muy especialmente al Colegio Novecentista de La Plata a bregar porque también esa Universidad sea hecha partícipe de la Reforma de la cual ha sido excluida sin justificación alguna.

La Redacción.



DISCURSOS

El 26 de octubre último se realizó en nuestra Facultad de Filosofía y Letras el acto de la entrega de la misma a las nuevas autoridades, elegidas, como es notorio, a raíz de la reforma universitaria.

Abrió la ceremonia el Dr. Juan Agustín García en su carácter de delegado de la Universidad; siguió en el uso de la palabra el nuevo Decano, Dr. Alejandro Korn y cerró el acto el Sr. Jorge M. Rohde, como representante del "Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras". He aquí los discursos pronunciados:

el Dr. Juan Agustín García

"Una de las características del pueblo argentino desde fines del siglo XVIII es la inquietud moral e intelectual. Y esta inquietud se traduce periódicamente en la vida universitaria. Tal vez sea su causa la falta de una noción clara de sí mismo: se afana en la angustiosa tarea de formar su propia conciencia.

En los tiempos viejos, Maciel y sus amigos clamaron contra la enseñanza oficial. Seguían a Jovellanos, en buscar unos estudios de acuerdo con los adelantos científicos europeos. Piden la física de Newton, la filosofía moderna, la economía de Quesnay.

En los años que corren hasta Rozas, los enciclopedistas estuvieron de moda; se adoraba la razón, se profesaba el culto de las verdades absolutas.

En cada una de esas épocas se producían crisis universitarias. Coinciden esos momentos agitados con los cambios ideológicos. Entonces los jóvenes declaraban en crisis a los viejos, en forma inexorable.

Nosotros, los de la generación del 80, protestamos, a los 20 años, contra la rutinaria enseñanza de nuestros maestros. Cuando llegó la ola positivista, José Manuel de Estrada fué declarado lírico e ideológico, e inteligencia medioeval; Goyena, muy apegado al famoso Namur, nos traía a su curso el ambiente de la vida antigua; el derecho penal de Obarrio era pueril, y la economía de Lanuza se retiraba ante un control sociológico amenazante.

Los jóvenes del año 1810 protestaron contra los maestros de Charcas, de San Carlos y de Córdoba, tradicionalistas de la escuela jesuitica. Esos jóvenes llevaban en sus manos la clave de un futuro Eldorado. Ahí cerca vivía una ciencia nueva, fresca, llena de vida, con todo el prestigio de la revolución francesa. ¡Cómo compararla con los infolios en latín, encuadernados en cuero de Córdoba! Sin embargo, esos volúmenes, adorno de las bibliotecas, formaban una aristocracia de libros, impresos con letras grandes, negras, con relieve. Es un placer acariciar esas páginas de rico papel y tinta inborrable, con sus carátulas majestuosas, con nombres sonoros y la licencia eclesiástica llena de unción.

Quiero decir, señores, que estos movimientos escolares no son artificiales ni efímeros. Traducen un malestar intelectual, un deseo de cosas mejores o distintas, una falta de confianza, o, lo que es más grave, una crisis del prestigio. Porque entonces esas lecciones que no se escuchan con amor y con fe, son

estériles e ineficaces. Las ideas requieren para germinar esas fuerzas de simpatía y de emoción que constituyen la base de toda disciplina universitaria.

Es necesario, pues, y es político complacer esas nuevas tendencias, porque tal vez resulten justificadas, y para evitar que se vuelvan amenazadoras y anárquicas. En general son justas y fundadas, responden a necesidades muy sentidas. Una larga experiencia de la cátedra me ha permitido observar que hay en este mundo universitario un sentimiento de justicia immanente, que raras veces yerra en sus fallos.

Las universidades tranquilas y sólidamente ordenadas implican una gran cultura. En la Edad Media fueron tempestuosas porque la civilización se iniciaba. El estudiante de Salamanca tenía más de pícaro que de estudioso. El aula era una bohemia amable, alegre y expansiva. Encontraréis ese medio descrito admirablemente en la literatura picaresca, en "El diablo cojuelo", en la poesía popular y amorosa.

Ahora, señores, surge una Facultad nueva, con la misma misión de la antigua; hacer el alma argentina, darle la conciencia de sí misma, señalarle esos rumbos ideales para que en el porvenir el pueblo argentino alcance su personalidad propia, realice su carácter original, tenga sus fines en la vida de las naciones a la altura de sus merecimientos.

Es probable que más o menos la nueva institución camine por las huellas intelectuales de la antigua. El sello, la tendencia que imprimieron a esta casa Norberto Piñero y José Nicolás Matienzo es de muy buena ley.

Así, señores, mientras observaba el movimiento estudiantil me decía con la resignación de los pro-

tesores de Charcas: "A su turno y a su hora, serán también declarados en crisis".

Y esta reflexión, algo perversa, trajo la serenidad y el buen humor a mi espíritu.

Del Dr. Alejandro Korn

Señor Interventor, Señoras y Señores:

Comporta el puesto que me discierne el voto de los profesores y alumnos una alta distinción y al aceptarla no puedo menos de exteriorizar mi gratitud que, por igual, se extiende a quienes con espontáneo y juvenil impulso primero pronunciaron mi nombre, como a aquellos que renunciaron a justos reparos para prestigiarle con su alta autoridad. Y es para mí, doctor García, excepcional satisfacción escuchar la bienvenida de labios de personalidad tan autorizada, cuya palabra siempre mesurada y gentil, sabe entretejer a sus intencionados giros la cálida expresión del afecto y de la sinceridad.

No he de ocultar, sin embargo, que en este instante, a pesar de este ambiente placentero, más que la sensación del halago, prevalece en mi ánimo la sensación de la responsabilidad que asumo, la duda propia del hombre nuevo llamado a continuar la obra de tan dignos antecesores. Porque si bien sin fingido apocamiento, también sin alarde contemplo los deberes que impone esta remoción inesperada de las autoridades universitarias, las causas múltiples y complejas que interrumpieron la marcha normal y los problemas que diseña el porvenir. Por un feliz conjunto de circunstancias, la prudencia del señor Interventor, la acción concorde de profesores y

alumnos ha clausurado con rapidez este episodio, no sin dar un ejemplo de unión y de cordura. Me conforta este espíritu de circumspecta sensatez; él justifica la intervención de los estudiantes en el gobierno de la casa y aleja todo recelo sobre la eficacia de la avanzada reforma que ensayamos. Su primer fruto es un Consejo directivo habilitado para satisfacer todas las aspiraciones legítimas.

Ha sido un acto de la más elemental justicia haber mantenido la probada colaboración de los hombres, que, previsores, fundaron esta casa en tiempos nada propicios, la dirigieron con amplitud de criterio y con perseverancia abnegada superaron las dificultades de la naciente y poco arraigada institución. No sin complacencia volvemos una mirada retrospectiva sobre el desarrollo de esta facultad; su importancia y su misión fué negada en los comienzos, pero lentamente se poblaron sus aulas, se amplió el cuadro de su enseñanza, se convirtió en centro destinado a la difusión de las ideas y ya estos muros son estrechos para albergar junto a las aulas, las colecciones etnológicas del museo, la creciente riqueza de su biblioteca, nuestra valiente sección histórica y la geográfica, encaminada a idéntico desarrollo, creaciones todas que honran a sus iniciadores.

En buena hora se incorporan al Consejo fuerzas nuevas, exponentes representativos de nuestra vida intelectual, cuyo renombre ha salvado los lindes patrios; vienen ellos a su própto hogar, era su ausencia la que extrañábamos, no nos sorprende su llegada. Luego, compañeros hoy, quienes ayer no más frecuentaban nuestras clases, arrojarán a la controversia académica la voz de nuestra juventud,

el eco de sus anhelos, el reflejo de sus impacencias, la gallarda entereza de sus desplantes. Y por primera vez en nuestro grave conclave pondrá su nota amable la mujer; viene a ocupar en la casa de Rivadavia el bien ganado sitio y bien la representa la distinguida graduada que honra nuestra facultad.

Así llegaremos de los rumbos más opuestos de la vida a sentarnos en torno de la mesa del Consejo, distintos en años, experiencia y saber, separados por hondas divergencias, pero mancomunados en el culto de los más altos intereses humanos, con igual libertad de espíritu, dispuestos a hacer de esta casa el centro, el foco de un intenso movimiento intelectual, a conquistarle la preeminencia en el organismo universitario, a extender su influencia sobre las más altas inspiraciones de la vida nacional. Ea abriremos al aire y a la luz, a todos cuantos representan talento y ciencia, a cuantos invistan autoridad moral y tan sólo la mediocridad quedará proscripita de nuestra cátedra.

No debemos considerar estos movimientos que han venido a perturbar el tranquilo ambiente universitario, como hechos aislados o fortuitos. Después de lenta gestación, se han insinuado en un punto, han estallado en otro y han repercutido en todos hasta imponerse con la implacable coerción de las fuerzas que surgen en su hora histórica. Debemos vincularlos no a causas ocasionales o transitorias, sino a la razón fundamental que las informa. No debemos apreciarlos según sus rasgos humanos, tal vez excesivamente humanos, si no según la finalidad que los rige. Son, en realidad, la expresión aún inorgánica, vaga, quizás desorientada, de la honda in-

quietud que estremece el alma de las generaciones nuevas. Algún estrépito habia de ocasionar el cruzir de los viejos moldes.

No son estos movimientos sino un incidente dentro de otros más amplios, que, a su vez, reflejan grandes corrientes universales, pues también nosotros somos una parte solidaria de la humanidad. Donde quiera que escrutemos el campo de la actividad mental, hallamos sus huellas, en la producción literaria, en la obra artística, en el anhelo de nuevas soluciones para los viejos problemas del pensamiento y de la organización social. No es fácil para un contemporáneo señalar la naturaleza íntima de esta inquietud, pero si intentamos contemplar el momento actual en su proyección histórica, tal vez logremos entrever la solución.

Hay en la evolución de las ideas un movimiento rítmico, en virtud del cual toda época ofrece un carácter opuesto a la que precede. ¿Y cuál, preguntamos, fué el carácter saliente de la última, que hoy se desvanece en el pasado? Ningún extraño nos lo anunció en sus albores; fué un pensador genuinamente nacional el que nos dió la clave de los para él tiempos venideros, al revelar el carácter económico de los problemas sociales y políticos. La doctrina de Alberdi la hemos vivido hasta agotarla, hasta exagerar y pervertirla, hasta subordinar toda actividad a un interés económico. E hicimos bien; esa fué la ley del siglo y realizóse la obra nacional más urgente. Mas el proceso histórico no se interrumpe, todo principio extremado engendra a su contrario, un nuevo ritmo sobreviene, su significado es otro: Hay valores superiores a los económicos! No lo ignorábamos, ese era el secreto de esta casa, en la

cual no hay una sola cátedra donde se enseñe el arte de hacer dinero. Por fin, nuestra hora llega. Nos inclinamos, pero para despedirnos, de la gran época de los progresos económicos y técnicos; fué grande, con una grandeza comparable sólo a la grandeza de la catástrofe en que se hunde. No negamos, como habíamos de negar, la necesidad del desarrollo económico, pero lo aceptamos solamente como un medio, como el limo fecundo donde ha de germinar una alta cultura, a la vez humana y nacional.

Y el nuevo orden surge con anhelos de justicia, de belleza y de paz; con ideales éticos, estéticos y sociales. Allá se realizarán en su medida; nosotros habitamos los dominios de la teoría, muy conscientes, empero, que ella forja las armas decisivas, que los conceptos abstractos más sutiles se concretan como piedras para lapidar la estolidez rehacia.

Con su trabazón lógica, casi escolástica, ha poco aún se imponía aquel sistema que apoyado en las ciencias naturales, hacia del hombre una entidad pasiva, modelado por fuerzas ajenas a su albedrío, irresponsable hasta de sus propios actos, aprisionado sin remedio en el nexo causal de la herencia y del ambiente; la verdad era una hipótesis, el bien el éxito, la razón de la existencia obscura e insondable. Para sus dudas y sus ansias quedábale al hombre o la resignación estoica o el consuelo falaz de la superstición, pues como la naturaleza que entiende interpretar, esta doctrina es amoral y sin finalidad. Y he aquí que vuelven ahora a postularse ideales, queremos ser dueños de nuestro destino, superar al determinismo mecánico de las leyes físicas, el automatismo de los instintos, conquistar

nuestra libertad moral y encaminar el gran proceso en su ascensión sin fin hacia los eternos arquetipos. El hombre reclama los fueros de su personalidad, la capacidad de la acción espontánea, como si volviera a animarle aquel *nus poiétikon*, la razón activa y creadora, que el viejo Aristóteles juzgaba el timbre más alto de la especie humana. No quiero amenazar con una consideración escéptica el gran esfuerzo de ambas posiciones, ni quiero tallar en la contienda; mis alumnos saben que jamás desde la cátedra he dogmatizado y que con igual fervor les he expuesto a Platón y a Lucrecio Caro. Pero el gran debate está trabado, formidable conmueve todos los espíritus, no cabe simular la indiferencia, y, fuera de duda, puede afirmarse que la necesidad de una solución ética se impone a unos y a otros. Como en los tiempos remotos en que el discípulo de Sócrates pensaba las utopías de su república, el ideal se resume en la misma palabra: Justicia, que para Platón era la síntesis de la tríade ética, Justicia queremos como norma de nuestra conducta; justicia social, justicia entre las gentes de distinta estirpe. Llegue alguna vez el día sereno en que no la confundamos con el grito desaforado de nuestras pasiones, con el reclamo mezquino de nuestros intereses!

Como en cada mónada, según Leibnitz, se refleja a su modo el universo íntegro, así también en los acontecimientos aislados, se reflejan las ideas directrices de la época. Conocerlas es poseer la razón de los hechos: no es lo mismo contemplar las cosas desde las cumbres o con el ojo desorbitado del bátráceo, detenido ante el plinto de una columna cuyo erguido fuste no sospecha.

No sería suficiente por eso ahondar nuestro criterio filosófico e histórico, ni contemplar las ciencias con la educación de nuestra sensibilidad estética, si no nos dispusiéramos al mismo tiempo a encuadrar la vida dentro de la integridad moral de nuestro carácter. Toca, por cierto, a la Universidad no descuidar esta faz de su misión, y la acaba de tener presente al suprimir — por fin — la tradicional tutela de las trabas reglamentarias con las cuales pretendía mecanizar la vida del estudiante. No desconozcamos su alcance, esta innovación emancipadora no es un alivio para nadie; ella significa la vida universitaria, pues despertará en profesores y alumnos la conciencia de su responsabilidad. La falta de coacción externa obliga a suplirle con la disciplina espontánea. Esta reforma por fuerza ha de intensificar la seriedad de las pruebas finales y desde luego impondrá al estudiante mayor contracción y sobre todo el autodomínio de su voluntad. La libertad es un bien para los fuertes, para muchos será un escollo. Pero esto no es un mal; conviene que la selección se verifique, que si la ineptitud está demás en la cátedra, tampoco hace falta en las bancas.

La misma coparticipación de los alumnos en la designación de las autoridades universitarias es un derecho que impone los deberes correlativos. Es menester ejercerlo con ecuanimidad, convencidos que la evolución lenta de las ideas y de los hombres no puede precipitarse más allá de cierto límite. Y permitanme los alumnos que con la autoridad que ellos mismos me han dado les haga una advertencia: Tras de las nuevas ordenanzas ha aparecido como por generación espontánea, el tipo del docente empeñado en captarse la benevolencia del estudiante

con la frase lisonjera que explota sus flaquezas. Ese es el enemigo! No ha de mediar displicencia entre el profesor y los alumnos, bien poco vale el saber sin la bondad, pero el maestro ha de ser severo, que no educa a niños sino a hombres.

Y ahora, señores, con doble ahinco, retornemos al trabajo; pocos días nos quedan antes de terminar los cursos, tratemos de aprovecharlos. La meta que perseguimos no se alcanza con improvisaciones, ni con impulsos irregulares; ella exige el cumplimiento metódico de la tarea del día, la concentración del espíritu sobre los deberes inmediatos.

Y antes de separarnos levantemos la mente al ideal más alto que cada uno de nosotros, con nombre diverso, venera en el foro de su conciencia, y hermanados en el afecto a esta casa, en el propósito de honrarla, formulemos un voto por el éxito de la reforma universitaria, por la gestión acertada del Consejo Directivo y también por la del más modesto de todos, la del nuevo decano.

Del Sr. Jorge M. Rohde

Señor Decano; Señoras; Señores:

Un viento de saludable inquietud renovadora flota sobre todos los ámbitos del país; y puesto que de inquietud intelectual se trata, lógico es que en las universidades se concentre el fuego y que de ellas surja la esencia purificada de nuestras pasiones y deseos de perfección ética y estética. En Córdoba, la ciudad de los "tiempos medios", como dábamos en llamarla, prendió la chispa de los impulsos viriles y espontáneos, y se conmovieron en la casa de Trejo hasta los fantasmas de los rectores coloniales — que

aun "región" — ante la noble irrupción de una juventud que alzaba su bandera al grito iconoclasta de todas las rebeliones, que es el de todos los progresos — aunque parezca paradoja — de que la humanidad puede gloriarse. Los estudiantes de Buenos Aires comprendieron las voces fraternas que resonaron en las serranías de la ciudad mediterránea, y por ellas — rompiendo su tradicional apatía — golpearon la puerta de la universidad y pusieron en las reformas docentes sus energías y esperanzas.

Sería ocioso que yo formulase, señores, la importancia que se le debe conceder a la universidad en nuestra República, como la más alta conductora del pensamiento y modeladora, por lo tanto, del alma ciudadana. En la universidad depositemos nuestros afanes para que ella los encauce, dándoles la orientación sustentada en el bien, la verdad y la belleza: trinidad suprema que los griegos ataviaron con el velo de las Gracias; de ahí sus islas en mares glaucos, rincones de ciencia y de armonía...

Es cierto, señores, la que llamaron un tiempo "Atenas del Plata" olvidóse de su égida de luz para empuñar el arado, como si estos dos atributos no pudieran armonizarse; es cierto que el hombre, perdida la ruta celeste, hundióse en el surco de los trigales rubios hasta el hastío; pero hoy, señores, sentimos de nuevo florecer estrellas en los cielos, que harán más copiosa la cosecha de la tierra; hoy la palabra de un filósofo hispano, que se escuchó desde esta misma tribuna, palpita en los labios juveniles como mensajera de purísimas esencias, no como estéril vagabunda; hoy conmueven las ideas *novécen-tistas*, y si en ellas se puso amor, como quería Sócrates, se puede esperar de su destino en la mente

generosa del compañero: ya esté en propias o en enemigas filas; hoy retornamos, como en el siglo magnífico, a las inmortales fuentes de la filosofía griega; hoy, en fin, deseamos que la universidad recoja la dispersa luz de nuestros ideales para que en un solo haz la proyecte a lo futuro, sin cuidarse del pasado inmediato, donde tantos astros muertos ruedan y tantas nubes se tiñen por espejismo con el oro de la estrella...

Señores, traigo la palabra del "Centro de Filosofía y Letras" a este acto; hanme honrado para que os exprese la inquietud, llena de satisfacciones y esperanzas, que brota en el ambiente estudiantil de esta Facultad, por la reforma universitaria que se inicia y que lleva al más alto puesto dirigente a un maestro querido y respetado. Deseamos, señores, que esa inquietud que hoy anida, para suerte nuestra, bajo el techo de esta casa con el postulado de la helénica "sophía", nunca se apague en la obra solidaria, porque de ella surge todo cuanto el hombre ha realizado, dueño de la libertad creadora, en el arte y en la ciencia.

LOS MARTIRES

A Jorge M. Rohde, autor de "Impresiones Romanas"

¡Roma! Madre de Rómulo y Remo,
Que naciste de loba aulladora,
Tiembra, que llega fatal ya la hora
A tu imperio soberbio y supremo.
¡No serás la que fueras,
Roma del César que ahuyentó su tedio
Pulsando heroica lira, allá en el medio
De ávidas hogueras!
¡Roma! Allí en Oriente
Alumbra un nuevo sol la Palestina...
¡Roma! ¡Roma sabina,
Tu muerte se presiente!
¡Roma, que de orgías das ejemplos,
Fatigando los lechos y poltronas!
Roma, la de los templos,
La de lúbricas matronas.
La de dioses que son emperadores
De un día, por la espada.
Roma, Roma, ya nada
Quedará de tu imperio y tus honores,
De tu largo triunfar y tu ralea...
Mira y tiembra, Roma, allá, muy lejos
Te observa, sin mirar sus aparejos
Un pobre pescador de Galilea...

El circo ruge inquieto,
Esperando las víctimas cristianas...
Es trágico su seno ya repleto
De las plebes famélicas romanas.
Llegó el César, rodeado de Petronios
Y esclavos de la Nubia.
La gente de la Galia, toda rubia,
Se mezcla con los fuertes macedonios.
Un sol de las colinas, incendiario,
Los torsos abrillanta, sudorosos,
De recios gladiadores victoriosos,
Y la espada y el casco legionario...
Hay gritos y pregones...
De repente, la turba embravecida
Saluda a los valientes mirmidones
Que abrirán de las fieras la guarida,
Y, en alto las manos plañideras,
Al César dan sus votos, largamente,
Mientras pisan la arena lentamente
Los cristianos brindados a las fieras...

De pronto, un hondo grito
Sacude aquella varia muchedumbre,
Al tiempo que al meterse tras la cumbre
El sol ponía una llama al arco Tito...
¿Qué sucede? Un hombre abre a empellones
El cerco de las túnicas moradas,
Y salta entre las fieras asustadas,
Pidiendo con clamores los perdones...
Luego otro... y otro, cientos,
Hasta que el circo ruega todo al Flabio
Pronuncie el "esto" que escatima el labio
Al ruido y los lamentos.

Y allí, de rodillas en la arena,
En tanto los terríficos leones
Buscando una salida, en los rincones
Se agrupan a mirar la extraña escena,
Unos pocos cristianos,
Mirando a una región imaginaria
Elevan tristemente una plegaria,
En súplica, muy juntas ambas manos...

Valentín Méndez Colzada.

EL ARTE NACIONAL EN 1918

Fecundo ha sido para nuestro arte el año recientemente terminado. Fecundidad que, para ser completa, debió ser regada con lágrimas vertidas, amorosamente, sobre la tumba de una venerada figura patriarcal, el viejo Sivori, de quien nos despedimos para siempre en un brumoso atardecer de otoño.

La guerra europea ha sido propicia a nuestro afianzamiento artístico, impidiendo la emigración de nuestros artistas, por una parte, y la inmigración, por otra, de los ganapanes europeos que con cuatro brochazos torpes acostumbran a "descubrirnos"; ha tenido la virtud de provocar un arte más *nuestro*, al obligar a sus cultores a producir bajo la inspiración de su propio suelo, lejos de influencias extrañas, como una de esas dolencias físicas que al minarnos el organismo, cultiva nuestro espíritu, obligándonos, por la quietud, a reconcentrarnos en nosotros mismos.

Tocó a Blanes Viale, el gran pintor uruguayo, iniciar el movimiento artístico del año, que habría de culminar en la estupenda exposición de Fader y tener por broche brillante la feliz iniciativa del "salón" de artes decorativas.

No se ha borrado aún el recuerdo de la exposición de Blanes Viale, aún perdura en nuestro espíritu la pujante policromía de sus islas doradas, recortadas por el intenso azul del Mediterráneo, en sus paisajes mallorquines; la infinita melancolía de sus paisajes misioneros. Al despedirse el artista hermano, des-

pués de cordialísima estada entre nostros, dejónos un pedazo de su espíritu en tres telas admirables, que han de ser por siempre orgullo de nuestro Museo, y que, para los que le cobramos verdadero afecto personal, han de conservar la intensa emoción de la mancha blanca del pañuelo, que se destaca ondulante sobre el contorno borroso del barco que se aleja.

Vino después el "Salón de Otoño", del Rosario, donde un grupo de personas cultas y bien inspiradas, lucha por romper, con una nota de belleza, el ambiente cartaginés de la ciudad.

El "salón" de acuarelistas, y otras yerbas, puso también este año, como una muchacha enferma, la nota lánguida de su progresivo desfallecimiento.

Siguieron numerosas exposiciones individuales, de variado mérito. Entresacamos las mejores: Alice, pintor de valía, pero para quien la naturaleza está llena de recatos y esquiveces, nos trajo una pálida visión de la cordillera riojana. Franco se reveló un aguafortista pujante, con su excelente colección de vigorosas planchas sevillanas. Los esposos Rossi afianzaron aun más, con sendas obras, los prestigios anteriormente adquiridos. Navazio nos trajo una nueva serie de telas, ejecutadas siempre dentro de su particular manera, tan personal como interesante. Panozzi, de quien sólo conocíamos obras aisladas, se ha revelado en forma insospechada, colocándose en primera línea entre nuestros paisajistas. Análogo fenómeno ocurre con Prins, que después de una numerosa obra dispersa y desorientada, nos ha presentado un hermoso conjunto de telas de positivo mérito, encauzadas dentro de una tendencia sana y robusta. Chinchella Martín recibe su bautismo de fue-

go con una serie de marinas que bastaría por sí sola para consagrarlo definitivamente.

Fader, el artista extraordinario, puso, como de costumbre, la nota culminante. Ya nos hemos habituado a verlo bajar cada año de la sierra, trayendo a la espalda, como un sublime forjador de belleza, el resultado de sus sueños fecundos.

El "Salón Nacional", tan ansiosamente esperado siempre, si bien flojo en su conjunto, tuvo la simpática característica de estar formado en su mayoría por gente joven, que comienza recién la difícil marcha por el áspero sendero del arte, y, como justa compensación, la dolorosa evidencia de unas autoridades que están a punto de malograr el certamen, con la torpeza y parcialidad de sus procedimientos.

El "salón" de artes decorativas, de discutible mérito intrínseco, — bien justificable por la premura con que fuera organizado, — ha sido, en cambio, un éxito extraordinario como iniciativa, pudiendo decirse que tiene su vida asegurada para siempre y que su marcha ha de ser ascensional, aumentando cada vez su importancia.

Estos son, en líneas generales, los más importantes acontecimientos artísticos del año que dejamos atrás.

Francisco de Aparicio.

EL MAXIMALISMO

I

EL GRAN ENSAYO

La salud que se desea principalmente se há de esperar de una gran efusión de caridad.—León XIII

Enciclica RERUM NOVARUM.

El enorme desequilibrio en que ha hecho oscilar la guerra a las naciones, creó y nutrió en el orden institucional de todas ellas, un nuevo y a la vez único punto de apoyo de la organización social, sobre el que ésta ha gravitado y gravita todavía buscando el nuevo equilibrio; ese punto es el proletariado civil y militar — obreros y soldados —. Su posición al estallar la guerra, o quizá más propiamente, en su apogeo, era la del más fuerte poder social que puede concebirse. Más fuerte que los grandes poderes políticos—que le tenían por pedestal insustituible; fatal centro de gravedad del orden guerrero, — en fin, necesario y, por lo tanto, todopoderoso; y siendo una y otra cosa durante tres largos y duros años, es claro que la conciencia de su fuerza llegó a ser para él de una evidencia aguijoneante. En tal estado de cosas la habilidad política, el talento gubernativo, la suerte de las armas, todo ha tenido su rol en la gestación de lo que ya ha comenzado a ser con los estallidos de Rusia y Alemania; pero no es aventurado decir que ese rol fué nada más que secundario y formal; precipitaron en un lado, retardaron — retardan aún — y desviaron en otros, pero no engendraron ni eliminarán nada. El porvenir de los acontecimientos quedaba — y está todavía hoy — sometido todo entero a la sola fuerza proletaria que, respondiendo a

infinidad de sollicitaciones relativamente débiles, atendía a una sola superior y dominante: la exigencia biológica.

El gobierno más sabio y poderoso no hubiese podido nada contra el hambre de un pueblo para quien la cultura de una época le tenía señalado íntegro su fin en la vida material.

Quiero apresurar la entrada en lo que me aparece el sintoma grave y principalísimo del gran problema. Su carácter moral y la especie de cultura en que se meció desde su nacimiento hasta la crisis de su pubertad. No creo posible hallar la fórmula capaz de darnos el valor y el sentido de todas las guerras, porque cada una los tiene según hayan sido lo de la cultura que la engendró (1), por eso no titubeo en referir la significación de los fenómenos que la guerra actual ha engendrado y nutrido — el que recién indiqué de la fuerza desordenada del hambre, por ejemplo — a valores materiales y razones biológicas, porque unos y otras han sido algo así como el corazón cultural del siglo XIX. Hay en esa cultura un carácter que es casi un juicio sobre su valor. El positivismo materialista y la política amoral son negaciones de la realidad de ciertos fenómenos esenciales de la vida y del orden universal; positivismo, materialismo y determinismo, no afirman nada, niegan sencillamente lo absoluto, el espíritu y la libertad responsable. Y tiene una grave importancia el carácter negativo de esa cultura en quiebra, porque juzgándola así, puede explicarse la forma y la naturaleza de las reacciones producidas en su crisis. La reacción filosófica definió primero su negación — en la que

(1) Bien sentido que hablamos de «las guerras» y no de «la guerra», de lo que es que de lo que debe ser.

fué unánime — así en el origen del novecentismo obró con más agudeza la categórica disconformidad con el positivismo que una clara profesión idealista. La revolución social, más bien que por dar a luz una forma definida de sociedad nueva, lucha por destruir la existente (1), y ha llevado tan gran violencia en su estallido y su acción, no por lo que en su conciencia había de convicción positiva, sino precisamente por lo que de su conciencia había extirpado esa cultura enana: el amor.

Y bien, semejante orden de ideas, destemplaba con su ausencia de amor el espíritu de los de abajo, y envilecía, desenfrenándolo con su falta de moral, el de los de arriba. La ambición capitalista nunca fué más sana ni recta que la proletaria, con una diferencia grave — no la única, por cierto — en contra suya: que aquélla todo lo pudo y nunca dijo basta, y ésta — por lo mismo — no pudo nada que no fuera agregar naturalmente a la inquietud el descontento y a éste el rencor. La justicia social no será un timbre de gloria del mil ochocientos.

A un lado las razones particulares — fuera de la norma de este artículo — que en cada manifestación de la vida han tenido parte en el origen de la organización social de la última centuria (2), es preciso comprender con qué fuerza exageró sus consecuencias la cultura del siglo, fácil de advertir midiendo el resultado escaso de la abundantísima legislación obrera, lo que prueba que éste, como todos los gran-

(1) Aunque no lo parezca ante la realidad constitucional de la república rusa, porque mucho más indudable que la estabilidad del orden actual, es la imposibilidad de que ese pueblo vuelva a la organización social anterior a la revolución.

(2) Repito mi empeño de excluir de este estudio los problemas económicos que agitan en el gran conflicto.

des problemas sociales, no lo es de legislación, sino de cultura moral, y en el siglo pasado sobró exageradamente la primera y faltó absolutamente la segunda. Limitado el horizonte espiritual con el desierro de lo absoluto, la lucha social que hoy comienza su crisis, producía la impresión de una loca carrera hacia la humana felicidad. Y más que loca, por su materialismo, era aquella carrera desigual a tal extremo que León XIII — el Pontífice Máximo — aceptó el trance de poner toda la firme suavidad de la justicia cristiana en favor de esa suerte de modernos esclavos, tantas veces extraviados y rebeldes con la Iglesia, y ello así porque "los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte que unos cuantos opulentos, riquísimos hombres han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletrarios un yugo que difiere poco del de los esclavos" (1). Esa verdad, que más o menos clara e hirviente estaba en todos los espíritus de la *innumerable multitud*, aguzó el sentido del valor de las instituciones dominadoras sin equilibrio ni prestigio, que uno y otro los había enterrado el hambre y la derrota; y el proletariado ruso, el último en la herencia de la justicia, fué el primero en tentar el gran ensayo. Frente a los poderosos empequeñecidos y poderosos ellos a su vez por la conciencia de su fuerza, tomaron el camino de arrancarles a aquéllos el cetro del dominio, iluminados por la ilusión de realizar el reino de la felicidad sobre la tierra.

Al movimiento lo caracteriza en lo político, su forma de dictadura democrática — la dictadura del

(1) León XIII.—Encíclica «*Rerum Novarum*».

proletariado, — en lo económico, la supresión de la propiedad privada. Creo que como índices genéricos y fundamentales, ningún otro podría señalarse.

La monarquía autócrata de las dos naciones — dicho sea guardando las distancias — que han echado a sus espaldas la responsabilidad del ensayo, significaba para el proletariado la quintaesencia de la dominación, a pesar del gran talento político y extraordinaria preocupación por el problema obrero, de una de ellas. El poder político en la organización autócrata aparecía tan esencialmente compenetrado con la organización capitalista cuyo aniquilamiento se persigue, que la transformación más absoluta e iconoclasta de ambas era lógica y necesaria en el orden de la revolución (1). Así también la repartición de la propiedad privada, la posición económica más antagónica del capitalismo entre las concebibles, aparenta resolver, en un cálculo matemático, de una manera sobradamente halagadora el problema de la repartición de la felicidad en el mundo.

El éxito resultará, entonces, de conseguir una organización humana gravitando sobre esas dos ideas, y, entiéndase bien, nada más que sobre ellas.

Semejantes características señalan al movimiento como la más natural de las revoluciones, casi diríamos, como un trance violento de la evolución — en realidad lo que son siempre las grandes revoluciones. Nada hay en él de asombroso o inexplicable para quienes han seguido la trayectoria descendente de la cultura del materialismo histórico, comprendiendo el claro sentido de su influencia en todas las clases so-

(1) Por eso, la ola democrática, más avasalladora hasta hoy que la maximalista, no está en el fondo, desentendida de ésta y hasta puede desirse que es un maximalismo precursor.

ciales. Desde ese punto de vista, el maximalismo, según el episodio ruso, es simplemente el estallido de la cultura del siglo XIX, que ha tenido el privilegio de respetar y asimilar los defectos más graves recibidos en la herencia de las culturas ascendientes.

No será aventurado que hablemos de su porvenir, teniendo en nuestras manos los elementos para un juicio de su valor, y lo haremos sin olvidar que la revolución, aunque engendrada por esa cultura ingrátida, es bajo ciertos aspectos una reacción contra ella misma.

Sin detallar la naturaleza de las nuevas instituciones, se ve claro que, a pesar de su reacción, persisten en el episodio los pecados más graves del orden que se quiere suplantarse, por lo que, lógicamente, han sido olvidados, o más propiamente, desconocidos los valores de que este orden careció, por lo que fué vacío, pernicioso y efímero.

Materialista histórico su fundamento doctrinario, inspirador de su organización, le retiene en el círculo de las ideas que combate; el anhelo de salvar los errores de un orden económico — el capitalismo — lo realiza *únicamente* con la implantación de otro orden económico — el de la propiedad colectiva; en lo político cambió de dictador, persistiendo en la dictadura, sin preocuparse de la disposición espiritual de la mayoría que dicta. Además, el materialismo histórico es un edificio de doctrina asentado como sobre tres columnas, en las tres negaciones de la filosofía positivista; el materialismo implicado en la negación del espíritu, se convierte para el sistema en la afirmación del primario valor de las fuerzas económicas en la historia, que todo lo hacen y lo explican todo; el determinismo justifica la existencia de

leyes sociales y desplaza todas las contradicciones que contra semejante orden determinado alza la libertad; el agnosticismo, en fin, le sirve para negar a la ley moral sus caracteres de objetiva y absoluta, reduciéndola a producto del medio, relativa y utilitaria.

No es ilegítimo considerar realizado la crítica del positivismo; la posición de toda la filosofía contemporánea y la persistencia de las instituciones que más combatío — la religión, por ejemplo, y más especialmente la Iglesia — justifica que lo hagamos así. Y bien, esos caracteres, a que recién nos referíamos, son los que primero han perdido pie en los dominios de la cultura, precipitando la desaparición del sistema que ha dejado en su lugar un gran vacío moral. En ese vacío se mueve la revolución, apoyándose en una filosofía que no existe. La ansiedad la amenaza, y de producirse — que se producirá — el renacimiento sólo puede traerlo una onda vivificadora de religiosidad.

Nadie debe inquietarse, ante el movimiento, por el porvenir de las instituciones cristianas, ni más particularmente, de las de la Iglesia, porque nada hay en ellas que sea un amparo de todas las formas y maneras de injusticia social que la revolución ataca, llámense forma de gobierno, organización económica o insubordinación de clases. Y a propósito urge, impostergablemente, someter a una seria y sincera revisión el valor cristiano que se atribuyen muchas instituciones y no pocas vidas privadas. La sinceridad es una virtud heroica, raro será hallarla en una cultura que resuelve todos sus conflictos, hasta los de conciencia, con criterio político, criterio cínico, que

ha inventado la dualidad de la moral privada y pública y la verdad de lo útil. En un vivir que hizo de los medios fines, de la utilidad verdad y de la moral una cosa parecida a la túnica inconsutil del Evangelio, que crece en amplitud según crece la ambición desordenada de su dueño, debió ser fácil matizar todas las actitudes con un tinte tornasolado, que les diera tan pronto color de cristianas como de islamíticas, según fuera el sol que alumbrara o la faceta que se exhibía a la luz. Pero cuando se rastrea en esa época el hilo de sana tradición, se le halla delgado pero transparente, serpenteando en Francia y Bélgica, por ejemplo, a través de un cálido movimiento de catolicismo social, en Alemania inspirando la obra de cristiana tolerancia y práctica energía del obispo Ketteler y levantar, por fin en Roma la voz consagrada del movimiento con la encíclica *Rerum Novarum*, que si se la llamó carta magna de los obreros, con igual buen sentido se la puede calificar de Código Penal de los capitalistas. Ese hilo no ha de romperlo la revolución, muy por el contrario, dirigido por las pocas manos limpias y honradas que la formidable revisión respete, despertará una punzante noción de responsabilidad en los espíritus cristianos que, sugestionados por el propio silencio, viven creyendo que los nuevos problemas no existen y cuando despiertan por la sacudida no atinan a comprenderlos y se conforman con un anatema. Penetrará en el corazón del nuevo orden, agitará su haz de virtudes en todos los vacíos morales y entonces comenzará otra revolución, sin terror, silente y angustiosa, que agite los espíritus en el íntimo retiro de cada uno con la preocupación de los grandes problemas esenciales de la vida, aprovechando el esce-

nario propicio de los valores positivos que el maximalismo dejará: solidaridad colectivista y mayor justicia social.

Recapacitando, diremos para concluir, que el maximalismo nos parece la terrible liquidación de los errores más graves de la cultura materialista y su consiguiente política amoral, hecha por los que más han sufrido con ella, en nombre de ideas fundamentalmente erróneas también, pero alentadas por un soplo de sinceridad y un grande anhelo de justicia, que le valdrá a la revolución la suerte de dejar a la humanidad un residuo sano de valores positivos: solidaridad, colectivismo y mayor justicia social, que la revolución no ha inventado, — pues son tan viejos como la civilización cristiana — pero que de hoy en más, serán postulados indiscutibles de todo equilibrio universal futuro. Y mientras éste llega, mezclemos sin temor toda nuestra vida en la gran agitación humana, puestos los ojos en el evangelio y las manos en la pobre pero perseverante labor de todos los días, que quizá la Providencia nos deposite la bendición de ver colocada la última piedra.

Tomás D. Casares.

II

CARTA

Contestación a la pastoral de S. S. I. fray Zenón Bustos,
Obispo de Córdoba.

Monseñor :

V. S. I. hace notar con todo acierto que el maximalismo ataca el principio de autoridad, pero de esta premisa tan exacta deduce luego conclusiones inaceptables

Permitame, pues, V. S. I., una breve digresión histórica. Cada vez que el principio de autoridad ha sido desacatado en el mundo, fué porque esa autoridad no era digna de serlo y había una desarmonía entre su valor ético y su poder temporal o espiritual. Así, el papado paganizado hace surgir a Lutero, y es interesante constatar que la restauradora del catolicismo, la Compañía de Jesús, tiene como norma fundamental de su acción y de su doctrina la defensa — hasta la exageración — del principio de autoridad, que es el principio católico por excelencia.

También la Revolución Francesa no es más que el desconocimiento de una autoridad que era indigna de seguir siéndolo y hoy día todos sabemos que los Derechos del Hombre, no son en forma alguna incompatibles con la Religión Católica, sino muy por el contrario, la efectividad política de principios que, referente a la dignidad de la persona humana, siem-

pre habían sido sostenidos en un terreno espiritual por la Iglesia y por sus obispos ilustrados.

* Algo análogo sucede con los actuales movimientos obreros, que culminan en el titulado maximalismo, palabra de sentido vago, pero que significa en definitiva la imposición revolucionaria, con métodos de terror, de una organización social más justa.

En el fondo el maximalismo no es sino la protesta legítima contra una autoridad que ya no es digna de serlo, y es para mí, como católico, sumamente penoso que V. S. I. se sienta personalmente inquietado por los avances de la revolución social.

Es necesario, en primer lugar, separar las doctrinas del maximalismo, del terror con que como método se les quiere imponer. Si V. S. I. hubiera condenado esta última parte solamente, contaría con el apoyo decidido de todos los católicos bien informados.

Pero V. S. I. desconoce la necesidad de una reforma social y dice que los obreros han sido engañados sobre los capitalistas, "en quienes se les hizo ver, por los demagogos, a tiranuelos opresores suyos"—como si ellos, que han trabajado de sol a sol, sin ayuda en caso de accidente, sin sostén en su vejez, sin salario suficiente que les habilite a vivir de acuerdo con la dignidad humana, no supieran quienes son los capitalistas!

Así, V. S. I. desconociendo las previsoras palabras de S. S. León XIII, se solidariza con un concepto conservador retrógrado, y en su afán de defender "el trono" corre el riesgo de dejar de ser cristiano y corremos el riesgo todos de que la palabra de V. S. I. se tome por autorizada, haciéndose una confusión lamentable entre la sagrada investidura y la

instrucción filosófica de V. S. I., con grave daño para nuestra religión.

Yo no tengo que ver nada con esa pobre gente que incendia y mata, ni con los que, fanatizados, exageran el principio de autoridad hasta suprimir la personalidad individual; pero con la misma piedad acompaño a los que extraviados luchan por una causa justa, como a los que en su infinita ignorancia se afanan en poner el catolicismo al servicio de la Injusticia Social.

Al felicitar a V. S. I. de que Dios no haya concedido al infrascripto una vocación excesiva por la gramática, ni por la vigilancia de su correcta aplicación en las pastorales, me es particularmente honroso manifestar a V. S. I. mi consideración distinguida por su persona particular y mi respeto por su investidura.

Adolfo Korn Villafañe.

EL SEGUNDO ADVENIMIENTO DEL ARTE (1).

POR RALPH ADAMS CRAM

(Continuación.)

Nada había en esto de fortuito, nada de evitable. Lo que hubo de premeditado y artificial en el Renacimiento no podía manifestarse en otra forma, mientras que la nueva cultura del materialismo estaba llamada a producir cierta orientación de vida, cierto orden de pensamientos y cierto ambiente de comprensión material y espiritual contrario al arte en todas sus manifestaciones. Debido a la concurrencia sincrónica de ambas tendencias, a que se agregó la depuración final de la religión con las últimas revelaciones de la reforma, desvaneci6se el vacilante clisporroteo del arte antiguo y bienhechor, convirtiéndose al artista del futuro en el rebelde y en el proscrito.

De 1820 a 1830 hubo en los Estados Unidos un interregno en que no se ve aparecer el arte ni en su forma antigua ni en la moderna, comenzando entonces a surgir la personalidad y el artista individual a imponerse. Ahora es cuestión de miras personales o por lo menos de actividad personal aun sin mira alguna, imprimiendo la dirección la arquitectura como de costumbre con los estilos neo-greco, neo-g6tico, neo-italiano, seguidos cincuenta años m6s tarde por extrañas y nuevas fantasías provenientes de Inglaterra, la Francia meridional, Paris, la Am6rica colonial hasta que al fin los ecos hist6ricos se apagan y queda s6lo el individualismo, las

(1). Revista "Inter-Am6rica", N.º 2, de Septiembre de 1917, Nueva York,

personalidades potentes que por su fuerza individual hicieron *ellas mismas*, y no los estilos que se habían anexado, el centro de la influencia artística.

Durante algún tiempo las demás artes quedaron rezagadas, sosteniéndose de los últimos hilos de la tradición, ceremoniosas, escrupulosas, más o menos decrepitas y ostentando acá y allá un Sargent, un Saint-Gaudens, un McDowell, un McKim, que representaban alturas insólitas de maestría esporádica. Luego, con el nuevo siglo, vino el individualismo como una avalancha y la anarquía y el nihilismo nutridos en Europa dominaron especialmente en la pintura y la poesía con el arte nuevo, el impresionismo, el cubismo y el verso libre, ocupando el puesto que había dejado vacante el arte fenecido: representaban algo nuevo, no arte precisamente, pero interesante como exhibición de lo que producía el nuevo tipo de cultura como expresión propia; jactanciosamente rebelde contra el materialismo científico e intelectual, pero constituyendo parte tan integrante de él como el culto de la ciencia cristiana, la educación vocacional y el cinematógrafo.

Al comienzo del siglo la arquitectura habíase fijado en cierto estilo definido. El gótico había dominado al romano y se usaba generalmente para los templos, sin distinción de credo; demostrando por el mayor predilección los protestantes y unitarios, a pesar de ser totalmente adversos a la religión que lo había creado, el catolicismo romano, al cual pertenecía por derecho natural. El estilo colonial habíase elevado en la hundida centuria pasada sobre sus fantasías primitivas estableciéndose como estilo doméstico en el campo y en los suburbios y dividiendo también con el gótico el terreno educador. El

parisién en toda su variedad, habiase adoptado para las residencias ciudadanas y para los edificios de finanzas, y se desempeñaba admirablemente. La arquitectura comercial era arbitraria en cuanto a estilo. Después de todo, ostentaba lógica brillante aun cuando aquí y allí algún palacio veneciano asumía doble aspecto y se usaba como tienda, o un detalle "gótico", reproducido mecánicamente, se aplicaba a la construcción de acero de algún rascacielos. Las bibliotecas Carnegie desarrollaron su propio estilo íntimo en un clasicismo estereotipado, como lo hizo también la ciencia cristiana; en tanto que en el extremo oeste el estilo "misión" (del mismo tipo que la mueblería "misión" fabricada en los grandes rápidos) cedió paulatinamente ante una moda nueva e inesperada, tan atractiva en sus caprichos como poco susceptible de denominación.

Extravagante como era todo aquello, parecía obedecer, sin embargo, a un ideal genuino predominante que consistía en aplicar bien y con discreción todos los estilos. Este es un ideal excelente, después de todo. El éxito o el fracaso dependen del individuo; y como la última generación contó algunas veintenas de arquitectos extraordinariamente dotados, cuando tuvieron éxito fué extraordinario por lo general. El hecho es que lo que valía era el arquitecto. El público no contribuía en nada, la forma de vida actuaba como disolvente y el cliente sólo exigía lo más que podía obtener por su dinero.

Ahora bien; antes de pasar a otras artes hagamos una aclaración. Es imposible hablar exactamente de ideales "contemporáneos" en arte aun cuando existen, simplemente porque esta frase no reconoce la situación del artista como rebelde más bien que co-

mo exponente. Los ideales del público son una cosa y los del artista son otra muy diferente. Algo verdaderamente asombroso es la manera cómo han impuesto su voluntad al pueblo los artistas rebeldes. El refinamiento del gusto entre 1880 y 1915 se debe únicamente a los artistas y a la fuerza compulsora que han impuesto a la sociedad. Realizaron labor admirable; y aun cuando últimamente ha ido decayendo con tanta rapidez como se verificó, el hecho es que por algún tiempo tuvieron éxito, que es preciso reconocer.

Por consiguiente, al hablar de ideales debemos referirnos a veces a los de la generalidad: negociantes de bolsa, financieros, políticos, hombres de ciencia, hombres de negocios en grande y en pequeño; y a veces a los mismos artistas, puesto que la civilización moderna por lo menos ha cumplido su labor perfectamente, y que si alguna vez existió una zanja divisoria entre ambos grupos, fué sólo con el objeto de echar sobre ella el puente de relaciones puramente comerciales.

(Continuará.)

BENJAMIN TABORGA

Era ya un espíritu formado y cuando iba a emprender la realización de su obra de pensador, desaparece.

Un hado cruel lo ha arrebatado a la vida, como a Arquímedes, el soldado imperial: sin saber lo que hacia.

Estaba en comunión con los grandes espíritus de la humanidad, de Platón acá. Henri Poincaré era para él el sabio, "el puro sabio". Xenius contaba con su calurosa simpatía intelectual.

Sus escritos seducen desde las primeras líneas, porque a la precisión del lenguaje se unen el interés del tema, la profundidad del concepto y la elevación de mira.

Crítico sutilísimo, derribaba un volumen en cuatro plumadas, así se tratase de una obra literaria, pero sobre todo si se trataba de una mala obra filosófica.

Y ¡cuánto bien había empezado a hacer en nuestro mundo neo intelectual el ariete de Taborga!

El poeta se impuso desde el primer vuelo. El primer vuelo lo dió con *La otra Arcadia*, opúsculo de versos, publicado por el Colegio Novecentista. Nuestro Cuaderno ha reproducido la opinión de Xenius, expuesta en su *Glosari*, y ha publicado también una carta de Leopoldo Lugones y una nota bibliográfica de nuestro colaborador Juan Rómulo Fernández, juicios todos que ponen de relieve los altos quilates del artista, admirable por su poder de síntesis.

Y sobre el artista estaba el pensador. Los trabajos que de él conocemos y sobre todo el ensayo sobre *El espacio, la geometría y la lógica*, que publicó en nuestro Cuaderno 2.º, nos permiten formular esta apreciación. La lógica dentro de su posición filosófica era inflexible.

Tenía sed, pero no sed de satisfacciones materiales — de comodidades o de popularidad — pues que en él la materia habiase reducido a su mínima expresión o, encarnando el principio platónico, era el alma lo que constituía en él la materia del cuerpo. Su sed era sed de verdad. De ahí ese afán afebrado del estudio, que había llegado a convertirse en él en una suerte de voluptuosidad. Y como su Universidad fué el universo, era capaz—y lo hizo—de trasladarse a pie de una ciudad a otra ciudad, en busca de un libro o de un hombre, si de libro u hombre podía captar una idea.

Y como no tuvo pereza para pensar, no le vimos escudarse en las disculpas que siempre tiene a mano la mesocracia ideológica para borrar la nitidez de los términos de todo problema. Ese “más allá” que siempre se aleja como la conjunción de las paralelas, acaso llegó a ser, como desiderátum de sus inquietudes y de su reflexión, una gran serenidad, algo muy concreto en el vértice de su espíritu. Llevaba en sí mismo un telescopio y un microscopio para observar el mundo de lo infinitamente grande y el mundo de lo infinitamente pequeño.

Solo, había puesto la proa a muchas mentiras modernas, tales, entre ellas, el cienticismo y la democracia; y así, nada extraño que escribiera sobre Victor Hugo, esta estrofa lapidaria:

"Cargado de laureles y de años
murió en olor de multitud."

No era un determinista de la filosofía. La filosofía de Bacon o, viniendo a un plano menor, la filosofía de Ingenieros, para él no era filosofía. Por arriba del industrialismo filosófico, ennoblecía la función de pensar, como que vivía en las regiones del pensamiento puro.

No hubo ruidos a su alrededor. No andaba en busca de éxitos. Deglutió a solas su lote de dolor, sin alarde. La injusticia y la miseria no le arrancaron un grito. El estaba — valía tanto para él una buhardilla que un palacio — en su nivel: vivía en la luz de su propio interior.

— Los sitios preferidos por este espíritu impar que fué Benjamín Taborga, eran las bibliotecas, y para amigos quería a los estudiosos y espíritus afines.

La Redacción.

LA VIDA SINTESIS

Pórtico: el ideal de la edad media era la Vida Simple; el ideal del novecientos es la Vida Síntesis. En el castillo novecentista seamos, pues, Caballeros de la Síntesis.

*

Para Buenaventura Pessolano: Me encantaría saber gramática para tener el gusto de escribir mal conscientemente; pero temo que nunca me podré dar este gusto.

*

Para Ricardo, nuestro hijo extraviado: La profesión de fe de la "nueva" generación es un hermoso habano, encendido con el modesto fósforo novecentista. Mucho humo. Del fósforo nadie se acuerda.

*

Casanova cuando jugaba y no tenía suerte decía: *il faut corriger la fortune*, — y jugaba con cartas falsas. Para algunos historiadores argentinos propongo este lema: *il faut corriger l'histoire*.

*

Leopoldo Lugones: nada ignora — nada sabe.

*

Roberto Giusti: Apolo sin flechas; *dernier cri* — enmudecido.

*

Cuenta Angel de Estrada en *Las Tres Gracias*, del descubrimiento de una tumba romana en la que

se halló el cuerpo de una mujer maravillosamente hermosa, que parecía dormida — pero estaba muerta hacía más de mil años. Hoy ha aparecido *Cantos*, de Jorge M. Rohde.

*

Lema para mi escudo: soy inofensible!

*

Para Carlos Octavio Bunge y Horacio G. Piñero, en la Gloria, y para José Ingenieros, en la Tierra: el Positivismo se muere — con la bendición papal!

*

El *Irredimido* no es una novela, sino un torso de novela, ¿será por eso que no tiene ni pies ni cabeza?

*

Alejandro Korn: el Deán Funes del Novecentismo.

*

Quesada-Dellepiane-Del Solar: Triade que *giustifica* la existencia de *Nosotros* — y de nosotros.

*

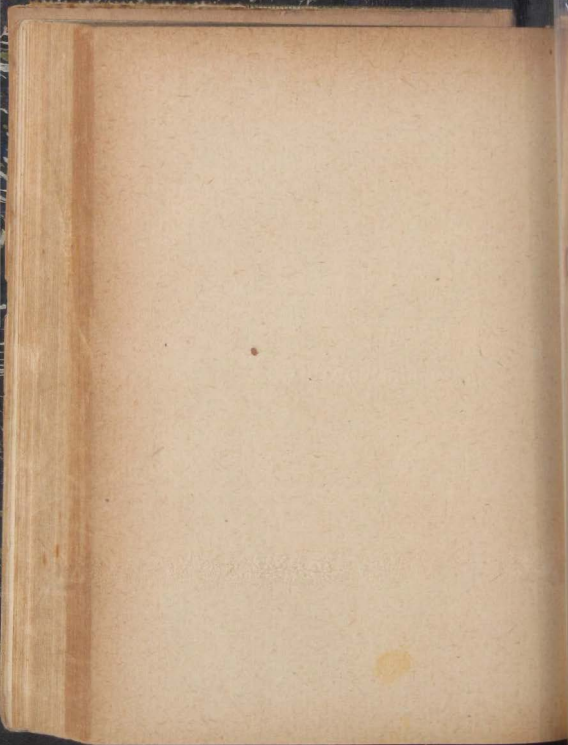
Para Manuel Gálvez: Cuando los argentinos ya no se acuerden nada de su primer Centenario — ni siquiera quién era entonces Presidente de la República — todavía dirán: fué en la época en que Manuel Gálvez publicó el *Diario de Gabriel Quiroga*.

*

En lugar de una casa para el Colegio Novecentista, de la cual se ha hablado, deberíamos edificarnos toda una ciudad propia, y pienso que un sitio ade-

Alfonsín

BIBLIOGRAFÍA



BIBLIOGRAFIA (1)

JOSE INGENIEROS. — La evolución de las ideas argentinas, tomo I. La Revolución, Bs. Aires, 1918, 1 vol., de 544 págs.

José Ingenieros es uno de nuestros autores más fecundos. No pasa un año sin que nos obsequie con uno o dos gruesos volúmenes sobre las materias más variadas. Hoy es la psicología, mañana la sociología, luego la filosofía y esta vez es la historia la que atrae su pluma. Y todavía encuentra entre escribir y escribir, el rato libre para pronunciar tal o cual discurso maximalista. Si la multiplicad es un carácter del genio, Ingenieros es un genio, no cabe duda. Y como tal, dejando las ingratas investigaciones particulares para los otros de abajo, él, en su altura, se ocupa del trabajo de generalización, y lo mismo como echara ayer las bases de la filosofía del siglo XXII, realiza hoy la arquitectónica de la historia argentina. Verdad, que a todos nosotros que, modestamente, nos ocupamos de la misma materia, nos ha dejado un poco descorazonados, pues anhelábamos llegar también algún día a arquitecto, y he ahí que nos condena Ingenieros para siempre al oficio humilde del albañil. Lo

(1) — El "Cuaderno" próximo se ocupará especialmente de las siguientes obras: "Derecho Comercial Argentino", de Carlos C. Malagarriga; "La Lampe d'Argile", de Enrique Larreta; "La democracia y la iglesia", del Padre Franceschi; "Diálogos olímpicos" de Carlos Reyes; "El Irredimido", de Adolfo Korn Villafañe; "Síntesis de filosofía del derecho", de Antonio Dellepiani; "Cosecha política", de Gervasio Toro.

dijo Goethe alguna vez, que sólo los tunantes son modestos y así Ingenieros tiene razón. ¿Pero no temerá que en estos tiempos del bolshevikismo, nosotros nos rebelamos el día menos pensado contra nuestro destino "albanillista" que nos asigna benévolutamente, y echemos abajo toda su arquitectónica con una bomba de dinamita, como "ultima ratio"?

El nuevo libro de Ingenieros, como uno de los tantos que se publican diariamente sobre la historia argentina, no sería malo, admitimos hasta que sería bueno, y tendríamos que aplaudir además la laboriosidad de su autor, condición ésta que anda escasa en nuestro ambiente intelectual. Pero las advertencias del prefacio nos obligan a adoptar otra posición para nuestra crítica.

Lo que se impone a primera vista, al estudiar el nuevo libro, es la pobreza de la bibliografía que ha servido a nuestro autor para fundamentar su arquitectónica. Luego no hay criterio alguno en la selección de las fuentes. Ingenieros ha aprovechado todos los libros que, por casualidad, guardaba en los estantes de su biblioteca, pero no parece haberse ocupado de otra información.

El plan de la obra es bueno; su contenido carece de originalidad, tanto en lo que se refiere a las ideas particulares, como a la "famosa" arquitectónica que ha esbozado ya López, por ejemplo. El estilo de Ingenieros tiene también algo del estilo de López y de los otros historiadores del siglo pasado, como Mitre, Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, etc., por lo apasionado y polemista.

Es verdad que Ingenieros mismo previene que "no desea presentarse como imparcial ante lectores que no lo son" (pág. 8), pero no por eso su parcialidad deja de ser menos criticable en un historiador. A través de innumerables contradicciones, que evidencian un trabajo de tijeras mal disimulado, se descubre a cada paso a Inge-

generos hispanófono y come-fralles. Los autores arriba citados, cuyos juicios históricos revelan en todas partes su unilateralidad, — bien explicable en ellos, que estaban tan cerca de los hechos que describen, dan a Ingenieros un precioso material para abonar sus tendencias con la opinión de nombres sonoros; pero pasa por alto las ratificaciones que se han hecho y que se hacen a diario a la obra de los historiadores mencionados, rectificaciones que por otro lado no le quitan su mérito que debe valorizarse teniendo en cuenta la época y el ambiente en que escribieron.

La conquista y colonización españolas aparecen así, vistas a través del lente hispanófono, con los colores más sombríos. Allí resurgen, pues, todos los trillados lugares comunes de "los siniestros Habsburgos", del conquistador fanático, sediento de oro, perezoso y cruel, de la opresión material y espiritual, etc. etc. No le quepa la menor duda, Sr. Ingenieros, "que las Indias españolas tuvieron la más sabia administración política concebible en los siglos XVI y XVII! ¿No le parece a Vd. ingenuidad hablar en aquellos siglos de "verdadera democracia" y reprochar a los españoles la exclusión del "cuarto estado" del régimen gubernamental? ¿Le puede a Vd. sinceramente llamar la atención que muchísimas veces no se hayan cumplido las sabias leyes de Indias, cuando medite un momento sobre las enormes distancias y la dificultad insuperable de las comunicaciones? ¿En qué sociedad católica de los siglos XVI y XVII, y hasta también XVIII, encuentra Vd. una "instrucción general de las masas"? ¿Le parece a Vd. extraño que solamente en los centros urbanos se pudiesen frecuentar las escuelas, cuando en la campaña existía nada más que indios alzados? ¿Cómo puede decirse que se excluía a los criollos de los puestos administrativos, cuando tenía, para

tomar los ejemplos más célebres, Belgrano el cargo de secretario del Consulado y Moreno el de Relator de la Audiencia, p. ej.?

Es una verdad de perogrullo que "habría error en medir el nivel ético de los pueblos por la simple estadística de sus iglesias, frailes y conventos" (pág. 22), pero es por demás injusto el papel que asigna Vd. al clero dentro de la sociedad colonial e, incidentalmente, tiene que confesarlo Vd. mismo (pág. 34) que los frailes hicieron también otra cosa que aumentar en mancomún con la milicia la creciente prole de mestizos (pag.22).

Para su "fe de erratas" queremos señalar a nuestro autor un pequeño detalle todavía: Maciel de quien habla con tanto entusiasmo, cambió de partido al ser nombrado Ceballos virrey, haciéndose "ceballista". Así que mal puede haberse dirigido, alarmado, a Bucarelli (pág. 108). Es hasta uno de los firmantes de la "Representación" a Ceballos, en la cual el Cabildo eclesiástico le pidió "no dejara el mando" y recibió por ello una severa amonestación del monarca (véase Carlos Correa Luan, "Don Baltasar de Arandía", págs. 95 y 100). Extraño que a Ingenieros se le haya escapado este detalle, ya que copia de Correa Luna una gran parte del cap. I, par. 1-3, y par. II-1.

Sin entrar en otros detalles, diremos que, a nuestro juicio, Ingenieros ha abordado con "La Evolución de las Ideas Argentinas" una tarea que está por encima de sus fuerzas; primeramente porque le falta la suficiente preparación filosófica, hecho demostrado en sus "Proposiciones"; segundo, porque no tiene la vasta erudición histórica que reclama el asunto; y tercero, porque su temperamento no es el requerido para un historiador, faltándole la serenidad de ánimo para apreciar los hechos y los hombres con imparcialidad y con justicia.

Juan Probst.

DELFINA BUNGE DE GALVEZ. — *La nouvelle moisson*. — Un vol. de 176 págs. — Ed. de la C. E. L., Buenos Aires, 1918.

Mon sort fut une longue enfance
Et ma pensée un long amour.

El sutil encanto de estos versos que Marceline Desbordes - Valmore puso en la primera página de "El libro de las madres", flota en "La nouvelle moisson", poética cosecha de la señora Delfina Bunge de Gálvez. El amor, armonía de los mundos en el verbo de la mujer de Mantinea, y armonía de los hombres y los cielos en el verbo divino del Evangelio; el amor que revela a los discípulos (S. Juan, 13 - 35), y florece con soplo eterno en el labio de María, palpita en las páginas dulces, níveas, vestidas de primavera y de ternura del libro de versos que hoy comento. Sereno misticismo de quien canta como el pájaro de la estrofa de Hugo, aunque aienta quebrarse la rama que lo sostiene, porque "sabe que tiene alas"; y estas alas ofrecen el misterio "menos tangible" y levantan el espíritu hasta la contemplación de la suprema esencia, donde el autor de la "Imitación" calla porque ni la razón ni la palabra humana pueden revelar tanta hermosura; pero quien nos dice que "L'Amour est le plus beau nom de l'Eternité", por el amor encuentra su lenguaje, y por él "la tierra es un jardín del cielo", y por él el silencio se llena de armonías, pues "Chì può dir com' egli arde, è in picciol fuoco" dice un bellissimo verso de Petrarca y dice la última página de Heine: "Das Schweigen ist der Liebeskeusche Blüthe"; y por el amor se comprende el enig-

ma de la vida y de la muerte: "L'Amour comme la Mort peut donner la Sagesse"; y por el amor, en fin, con cuyo nombre Lamartine soñó "embellecer los cielos", en "La nouvelle moisson" se embellece también "la tierra, el alma y el pensamiento..."

En el talento de esta poetisa nos sorprende una sensibilidad admirable que por su pureza trae el símil del rayo de sol que pone, con mágico hechizo, fulgores en el seno de la sombra y pedrerías en el raudal de la fuente; sensibilidad que vibra con las flores campesinas, que llora con el caído y ruega con el que sufre:

Ange! viens á moi quand tu chantes,
Et, quand tu pleurs, viens á moi!

podría repetir, como el poeta de Francia, la autora de "Mes Anges Gardiens".

¡Cuánta poesía en las estrofas transparentes; cuánta dulzura en el seno del amor y de la fe; cuánta serenidad en quien sonríe con la sonrisa de las vírgenes de los imagineros trecentistas, y sonreiría siempre aunque lo que "espera nó esperara"; cuánta unción en quien se envuelve en la luz que irradia la tierra prometida; cuánto perfume de campiña y de retablo en los versos límpidos, celestes!

En este jardín delicioso, cuyos lirios y jazmines se confunden con los astros de los cielos, brota con el aliento cálido de los Evangelios la flor que ciñe la frente del débil y del poderoso, la flor de la caridad en el consejo y mansedumbre; y una flor aun más bella se ofrece "A mes tout petits...", cuyos pétalos de frescura incomparable guardan el aroma eterno que las brisas de Belén y Nazareth derramaron sobre el mundo:

Que vos regards sur moi s'attardent, mes enfants!
Retenez dans vos yeux les yeux de votre mère,

.....
Retenez dans vos coeurs le coeur de votre mère!

¡Bienvenido sea este libro que en el idioma luminoso de San Francisco de Sales, suelta la purísima fragancia de un corazón ataviado de amor y de ternura!

J. M. R.

LUIS MARIA TORRES. — **Cuestiones de administración edilicia de la ciudad de Buenos Aires.** Buenos Aires, 1918.

Con este notable trabajo el doctor Luis M. Torres prologa el tomo 9.º de la serie de documentos que con arreglo a un plan científico y con gran acierto, publica la sección de historia de la Facultad de Filosofía y Letras, de la cual el mismo doctor Torres es digno director. Nos complacemos con especial satisfacción en dar por ahora la noticia bibliográfica de este estudio sobre la administración edilicia de Buenos Aires, porque es — aunque solo una parte de la inmensa labor realizada — un fiel exponente de los métodos con que trabaja la Sección de Historia; honestidad, erudición y excelente orientación filosófico-histórica. He dicho que nos complacemos en dar por ahora la simple noticia bibliográfica, porque oportunamente nos ocuparemos con toda extensión de la labor total desplegada por la Sección de Historia, de sus propósitos y del plan de publicaciones así como de los infatigables investigadores que la constituyen y que estudiaremos uno por uno.

Adolfo Korn Villafañe.

EDUARDO J. BULLRICH. — Discurso pronunciado en la colación de grados de la facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en representación de los graduados, folleto, Buenos Aires, 1918.

Los discursos de colación de grados tienen siempre la sugestión de transparentar una postura mental colectiva. Opinión personal del autor, cada discurso indica una tendencia fuerte o débil pero siempre viviente y es lo que importa. Quizá el carácter de representante que el orador inviste en esos casos le impulsa a traducir, sobre todo, aquellas de sus ideas que sabe compartidas, véase si no la recopilación hecha por la Facultad de Derecho de los discursos pronunciados en tales ocasiones por los señores consejeros, — figuras representativas — y no se tome esto como un incondicional juicio admirado sobre lo que representan, ni sobre el acierto de la representación, y a través de ellos véase serpentear el hilo flexible de nuestra evolución universitaria llevado con desigual acierto y elevación a través de todas las vicisitudes de la altura nacional. El doctor Bullrich es una figura representativa en el núcleo universitario de la generación actual, la orientación que representa es excelente y la representa con talento, con altura, con valor y con virtud. Su discurso pronunciado en la última colación de grados de la Facultad de Derecho lo evidencia así con una enérgica claridad, tan enérgica que de su despedida puede decirse que fué como la de los acorazados, a cañonazos. En él reconoce y proclama la crisis cultural del siglo XIX, la caracteriza fundamentalmente como crisis moral, y como consecuencia señala la actitud de reacción y recogimiento que a nuestra generación corresponde. Enfoca esa ideología a la vida nacional para descalificar el personalismo de los partidos, que destituye de alto sentido y de ideal la

actividad política; anhela la socialización en todos los órdenes frente al individualismo en quiebra; predica la nacionalización, no por vano patrioterismo y sí para definir y orientar nuestra posición político-social; habla de la fiebre de legislación reformadora con estas palabras: "Hemos asistido a réformas y renovaciones ficticias con decretos bien intencionados y algunas veces estrictamente cumplidos. Pero no se ha logrado comprender que la renovación y la construcción debía empezar por nosotros mismos; la reforma y la nueva idea no son así, sino una ilusión que pretenden hacernos creer los que quizá no quieren reformarse". Esta sola idea pronunciada ante las autoridades de la Facultad de Derecho vale el discurso.

Y bien, comentando diremos que cuando el doctor Bullrich critica la orientación utilitaria de los proyectos de plan de estudio, donde habla de ciencias sociales hubiéramos querido leer filosofía, el término es más comprensivo, la idea más correcta, y el sentido más hondo: las ciencias sociales son una manera y un aspecto de los problemas filosóficos, sin claras nociones sobre la libertad, el último fin, el valor de la vida, todo problema social es incomprensible o, lo que es muy gravísimo, torcidamente comprendido. Cuando el doctor Bullrich habla de los problemas económicos, lamentamos profundamente que diga "hacer surgir nuestra independencia económica nacional, asentando así las bases de la grandeza futura de la República" la contradicción entre sus declaraciones expresivas y certeras contra la cultura del siglo pasado y este resabio de materialismo histórico, es insalvable e inquietante; contamos en que el doctor Bullrich la salvará, sacrificando sencilla y definitivamente uno de los términos. Cuando el doctor

Bullrich comenta la crisis moral y diserta sobre el poder de exhibición, hubiéramos deseado verle nombrar el cristianismo, porque así como en filosofía, desde Kant nada puede decirse sin partir de él, sea contradiciéndolo sea aceptándolo, así también cuando se habla de moral quien quiera tocar fondo, precisa hacer pie en los Evangelios. El discurso del doctor Bullrich es cristiano, pero no creemos prudente, oportuno, ni necesario entre nosotros, hoy, obrar según el extremo que para excepcionales trances aconsejó un gran Cardenal inglés: predicar cristianismo sin Cristo.

Para concluir, — perdonemos el doctor Bullrich — un último comentario. Se dice de los estudios realizados con gran amor que desentrañan el alma de las cosas, cuando lo que sucede en realidad es que a las cosas estudiadas les damos algo de nuestra alma, por eso pocos hombres viven con gran amor porque son pocos los que tienen el alma tan múltiplemente facetada que a todas las cosas y desde todos los extremos las ilumina con un reflejo suyo, y sin embargo, ¡acrece tanto el valor de la vida la perspectiva que da una sensibilidad emocionada! si un obrero realizara su trabajo con emoción cordial, sería un artista. El doctor Bullrich ha olvidado que hasta la lectura de un decreto del poder ejecutivo es fuente de emoción, la emoción angustiosa de su pequeñez, por ejemplo; por eso lamentamos muy de veras que el autor haya desatendido la nota afectiva en un discurso que protesta, precisamente, contra la crisis de la cordialidad, que cegó la fuente infinita de todas las emociones que dan color de arte y luz moral a la humana actividad: el amor.

De todos modos las autoridades de la Facultad de Derecho han escuchado, ratificadas por el aplauso, ver-

dades muy graves y anhelos muy honcos, expresados unas y otros con un sereno valor, lleno de confianza y de fe, y ese es el éxito eminente del discurso que puede recoger íntegro para sí el doctor Bullrich.

T. D. Casares.

HECTOR R. BAUDON. — Echeverría-Mármol. Buenos Aires, 1918.

En ciento veinte páginas de fatigosa lectura, don Héctor R. Baudón ha publicado dos ingenuas monografías escolares sobre Echeverría y Mármol, con sendas dedicatorias y un prólogo común de insoportable literatura.

De entre los malos libros que a diario publican nuestras casas editoras, el del señor Baudón es, sin duda, de los peores, por el estilo campanudo y empalagoso que le caracteriza, por la escasa información literaria que revela y la pobreza ideológica de su concepción.

Estos abogados que lo mismo escriben sobre la "Política positiva" que sobre el "Cobro de honorarios médicos, "deben advertirse de que la literatura es materia respetable en la que se puede ser "dilettante" con provecho propio y aplauso de los demás, pero en la que no se puede invocar ese "dilentantismo" para ocupar un sitio en los escaparates y hablar de cosas que no se conocen.

Una historia literaria — aun dentro de las modestas márgenes de la biografía — no se hace amontonando epítetos sobre los hombres y las cosas que se estudian, como parece haberlo entendido el señor Ban-

dón, Una historia literaria, sobre todo en nuestro país donde hay tanta materia virgen — es trabajo de meditación, de documentos, de interpretación, que entre sus cualidades primordiales debe revelar un gran conocimiento de la materia que se aborda y un no menos grande espíritu crítico.

El subjetivismo está desacreditado en la crítica, aún el alto subjetivismo de un Anatole France o de un Julio Lemaitre y sólo los ingenuos creen todavía que se escribe un trabajo serio, digno de la prensa, cuando en frente de libros y poetas se pueden tejer unas cuantas frases, en este caso, por de más aburridas y melindrosas.

Con el subjetivismo se escriben versos, se hacen cuentos y hasta novelas, hermosas novelas como las del Sr. López de Haro, v. gr., pero no se expone la obra literaria de un Marmol o de un Echeverría, porque al público no le importa saber las noñerías sentimentales que tal estrofa de "La Cautiva" inspiró al Sr. Baudón ni como el Sr. Baudón parafrasea el argumento de "La Guitarra", sino que busca los elementos objetivos, determinantes de esa emoción que producen o no producen los mentados poemas.

Crítica objetiva es, pues, lo que está obligado hacer quien expone en materia histórico-literaria. Ilustrarnos sobre el valor de un libro o un poeta, no con un aluvión de adjetivos que se baraja con puerilidad y se tarja siempre en lo de sublime, genial y hasta *divinal*, como dice el Sr. Baudón, sino estableciendo y explicando lo que se ha llamado la "idea creadora" de un poeta, su valor representativo, lo que debe a su medio y a su tiempo, a los libros que estudió, a las creencias que

tuvo, a sus pasiones, a sus amores y sus odios, y lo que en él hay de "personalidad".

Y así no ha de escribir el Sr. Baudón, por ahora, por que ello implica una gran ilustración en literatura universal, que el autor de las monografías no tiene, y una orientación estética que no se improvisa con buena voluntad, solamente. Júzguese esa ilustración por lo que dice de la "Amalia" de Mármol: "... sólo encuentra similitud en Pablo y Virginia de Bernardino Saint - Pierre o en "María", (pág. 128), o por la comparación que hace entre las bravuconadas de D. José y el grito airado de los viejos profetas bíblicos, que no han alcanzado, agrega en su jerga, a tanta majestad y se verá lo que da en literatura este Sr. Baudón.

Para que no le faltara la alusión latina, compara también a Mármol con Juvenal, que **agitaba el látigo** y como si no fuera suficiente sarcasmo el paralelo, deja establecido, **autorictate propria** la superioridad del primero. Este Sr. Baudón que compara un satírico, y por ende moralizador, de la baja latinidad con un poeta civil americano, revela, simplemente, que no conoce de Juvenal ni el **mens sana in corpore sano**, tan citado en estos últimos tiempos.

Pero no ha de parar ahí su patriotismo: Mármol, es más, tanto más, que después de él "en América, Víctor Hugo, ha lanzado en Europa apóstrofes parecidos; pero antes que él en vano sería escuchar el eco de las cóleras antiguas".

Así, ni más ni menos:

Júzguese también la ilustración en materia estética, de un señor que ha tomado el vocablo **eclecticismo** como sinónimo de **clasicismo**, es decir, del pseudoclasicismo colonial del siglo XVIII, y verán los lectores que no exageramos al declarar que el Sr. Baudón no puede,

por ahora, escribir "historias literarias" y que su crítica subjetiva es cosa que debe interesarnos muy poco.

Lo peor es que el Sr. Baudón tampoco podrá dedicar su subjetivismo a escribir *nouvelles*, porque escribe muy mal, tan mal que no tiene su libro un sólo párrafo en que la gramática (sintáxis, ortografía, etc.) y el sentido común, se salven, decorosamente, y la *nouvelle*, donde el subjetivismo tiene tanto campo, es, según Maupassant, un cuento breve interesante, de realismo sentimental, *très bien écrit*.

Para escribir *luminosamente*, a la manera de Vargas Vila, como se propone el Sr. Baudón, se necesitan tres cosas, que el popular "autor de los maestros normales" tiene, sin duda, primero, talento, segundo, imaginación y tercero: un gran conocimiento del idioma, mucha exactitud en los vocablos y cierta intuición para amontonarlos, que de lo contrario resultan los galimatías y disparates, las opuestas armonías, las emociones que se yerguen en las poesías espirituales en extremo, impregnadas por lo divino, delante de la perspectiva luminosa de penetrar, en una literatura monótona, clasicista, impregnada plenamente del Renacimiento español (sic) de que nos habla con el mayor desparpajo, este Sr. Baudón.

El Renacimiento español ha producido una literatura tan grande, que si alguna en América se hubiera impregnado plenamente de ella, en vez del sublime Marmol, entre nosotros, tendríamos un modesto Herrera y en vez de las encarameladas estrofas de Echeverría, que el Sr. Baudón compara hasta con los versos de Byron y Heine, tendríamos, los argentinos, algún rabel humilde que hablara del amor y de la naturaleza, en la límpida lengua de Garcilaso; y por último, sepa el Sr. Baudón que si él hubiera leído la milésima parte de las

obras con las cuales aquellos hombres hicieron el Renacimiento español, él no escribiría sandeces en castellano escolar, ni nosotros hubiéramos sentido el apremio de decirle estas verdades.

En esta época, en que la literatura argentina es materia de estudios en la Universidad de Buenos Aires, que hombres de la talla de Ricardo Rojas escriben volúmenes que honran la bibliografía nacional y estudiosos como Leguizamón y Giménez Pastor le dedican sus vidas laboriosas, debe tenerse reparos en garabatear cuartillas sobre asuntos, que si los Menéndez y Pelájos y los Gutiérrez ilustres no agotaron, es porque querían dejar a sus discípulos y continuadores la impropia y gloriosa tarea.

Bien venidos sean los voluntarios que ofrecen a la literatura argentina sus desvelos, pero reparen, si llegan de buena fe, que el camino para todos, el único camino que existe, tiene sobre el arco de entrada, a la manera de los viejos templos helenísticos del Asia, una biblioteca abarrotada de libros, como si quisiera enseñar, con su muda presencia, a los postulantes, que la condición de acceso es la que olvidó el Sr. Baudón: estudiar.

B. Ventura Pessolano.

ROMULO D. CARBIA. — *Origen y Patria de Cristóbal Colón.* — Crítica de sus fuentes históricas. — Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones de la Sección de Historia. Número V, Buenos Aires, 1918, 50 págs. y XIV ilustraciones.

Haec poco conmovió al mundo científico de Chile una vehementísima polémica sobre el tema colombino, cuyos protagonistas principales fueron los señores Marqués de

Dos Fuentes y Enrique Sanfuentes y Correa, Los ánimos se calentaron de tal manera, entre réplicas y contrarréplicas, que se llegó hasta el duelo para dirimir la cuestión sobre la patria del Almirante.

Quizás ha sido esta polémica la que ha inducido al Dr. Carbia a abordar el asunto del folleto que nos ocupa, en el cual plantea en términos de absoluta claridad el problema cuya solución no pretende dar en su trabajo que "es fundamentalmente de crítica, y sólo aspira a depurar las conclusiones a que ha llegado la investigación histórica." (pág. 6)

Dice en la pág. 8: "El estado actual de la cuestión histórica vinculada a la determinación de la nacionalidad del descubridor del Nuevo Mundo, debe plantearse en los términos siguientes: según el contenido de la tradición y según todos los documentos reunidos en la "Raccolta" y aprovechados por Vignaud, Cristóbal Colón habría nacido en Italia, y según las observaciones críticas y los documentos compilados por García de la Riega, su origen sería español y la tierra de su nacimiento Galicia."

Analiza luego minuciosamente los alegatos italiano y español haciendo gala de sus sólidos conocimientos paleográficos, ciencia en la cual, como es notorio, el Dr. Carbia es una autoridad.

Este análisis crítico de las fuentes, documentales y eruditas en que descansa actualmente el problema en cuestión, lo lleva a las siguientes conclusiones:

a) — Generales.

1º. Con los elementos de información que actualmente poseemos, no es posible admitir, de manera definitiva y categórica, que Cristóbal Colón nació en Italia. Todo lo que se sabe cierto, a este respecto, deriva de la pro-

pia declaración del interesado, y de algunas informaciones de los historiadores sincrónicos al Descubrimiento.

2º. La "Raccolta" no inserta ningún documento que pruebe el origen itálico del descubridor o que aclare el enigma de su niñez. En consecuencia, actualmente, no se sabe nada concreto en lo que a esto se refiere.

3º. La hipótesis del nacimiento de Colón en España, que se dice fundada en documentos, carece de seriedad: a) porque los documentos a que se alude son apócrifos — con excepción de uno que no tiene valor probatorio; — b) porque se apoya en suspuestos equivocados; y c) porque sus sostenedores no han demostrado mayor ponderancia crítica.

4º. En términos generales, todo lo relativo al origen y a la patria de Colón, se encuentra actualmente en el mismo estado en que lo dejó Humboldt, en el primer tercio del siglo XIX.

b) — Particulares.

1º. La "Raccolta" atribuye a Doménico Colombo, padre de Cristóbal, muchos documentos que, bien estudiados, resultan ajenos a su persona.

2º. La fecha del nacimiento de Colón debe considerarse bien fijada en 1451, como lo ha dicho Vignaud.

3º. Colón no dominó el idioma castellano y los escritos que pasan por suyos resultan, en su actual forma literaria, obra de sus secretarios y amanuenses.

4º. Los únicos autógrafos indubitables de Colón, son las notas marginales a algunos libros que le pertenecieron, las cuales revelan que ni conocía a fondo el léxico castellano, ni le era familiar la gramática del mismo.

Con estas conclusiones a la vista, no puede dudarse ya de que el enigma del origen de Colón subsiste toda-

vía, a pesar de toda la variada y numerosa bibliografía que el tema ha provocado." (págs. 49 - 50)

Este trabajo que se caracteriza por su imparcialidad y seriedad irreprochables le ha valido al Dr. Carbia, sin embargo, un ataque del "famoso" Sr. Emilio Zuccarini que acostumbra derramar su bilis — con absoluto desconocimiento de causa — sobre los más variados asuntos, ya sea el "Novecentismo" o la "Patria de Colón", u otro tema cualquiera. Lo grave aquí es que el diario — "La Patria degli Italiani" — que había dado albergue en sus columnas a la réplica del Dr. Carbia y a la contraréplica de su contendiente, no publicó, a pesar de haberlo prometido su director, la última réplica del Dr. Carbia, seguramente por considerarla inoportuna a su colaborador, cuya monumental ignorancia y evidente mala fe quedaban en ella demasiado al descubierto.

No quiséramos concluir esta nota sin transcribir una frase del Dr. Carbia que se refiere a la polémica chilena y que sería bueno tengan en cuenta muchos de nuestros historiadores o que se precian de tales:

"Sólo es de lamentar, después de todo, que en muchas de las incidencias de ese verdadero torneo de porrazos, haya asomado la cabeza la hidra de la hispanofobia, que debe ser hoy, para los escritores americanos que se aprecian, algo tan anacrónico como un monstruo de la era mesozoica." (pág. 5)

J. P.

ARTURO S. MOM. — *El cristal de mi Alma.* — Un vol. de 148 págs. — Buenos Aires, 1918.

El autor ha reunido sus poesías, algunas de ellas ya conocidas, en un elegante volumen recientemente apa-

recido, intitulado "El cristal de mi alma". A través de sus páginas se trasluce un alma juvenil y serena, plena de sincera emoción, y, se deja entrever el poeta fino y observador, anhelante de amor, de belleza y de ritmo.

En los asuntos familiares, sugestivos y amables, logra el poeta mostrarnos la limpidez de su alma sincera y desborda emoción al cantar la gracia austera de la nevada cabeza maternal, el dulce mirar de la amada, sus manos blancas.

Pero a veces, cuando abandona las aguas tranquilas del hogar y penetra en las revueltas de las pasiones, cuando vacila su ánimo ante el realismo de los bajos fondos incurre en notas de mal gusto como en "Cabaret", estrofas desconcertantes que desasosiegan el espíritu, henchido de íntima unción por la lectura de otras composiciones del libro.

Debe el autor para conservar su nota personal, tomar por único consejero a su corazón, y abandonar los temas áridos que traen tristezas al alma y pesimismo a la mente.

Luis Aznar.

Revista del Ateneo Hispano - Americano. — Buenos Aires. — 1918.

Esta publicación de un instituto que realiza entre nosotros una noble labor de cultura, exterioriza elocuentemente el vínculo que nos une a España; sustentado en el espíritu y expresado en el romance que de Castilla pasó a un nuevo mundo, desparramándose como simiente y fructificando luego en dieciocho repúblicas que son hermanas por el común origen de su madre y de su suelo. Esta publicación, ha poco salida de nuestras prensas,

conquista al lector por el material de lectura que le ofrece y por el ideal altísimo que persigue.

VERBUM — Buenos Aires — 1918.

En nuestra ciudad de enjundia mercantiva y del vivir cotidiano en pos de prosaicos menesteres, existe una facultad de filosofía y letras, rincón ignorado para muchos y misterioso santuario de disciplinas raras y medioevales para los pocos que conocen su existencia, aunque se encuentre entre su número más de un estudiante de derecho y ciencias sociales. Un profesor de talento sutil e intencionado decía, no ha mucho, que se desdeñaba o despreciaba dicha facultad porque en el fondo se comprendía "que era la más inteligente"; sin detenernos en el motivo de esa indiferencia nacional por el único instituto que podría levantar nuestra cultura incipiente, hasta las culturas universales que dieron y dan pauta a esa porción de humanidad que no se contenta con el pan de cada día, — detengámonos en la labor de los estudiantes que "estudian", como se precisaba en las academias griegas, y exteriorizan sus afanes intelectuales en la revista "Verbum", del "Centro de filosofía y letras", actualmente dirigida por nuestro compañero en el "Colegio Novecentista" el Dr. Juan Probst; seis gruesos números se han publicado en el año que termina, donde la disciplina filosófica se hermana, unión fecunda, con la literaria e histórica; dando así, a dichas ciencias, el significado que tuvieron en los áureos tiempos del Pórtico y de la Academia atenienses. No está demás decir que "Verbum" también alcanza actualmente, con la dirección del Dr. Probst, su tiempo áureo, y que pone entre nuestras revistas universitarias su nota de puro amor intelectual para los que tienen "entendimiento de hermosura".

HEBE — Buenos Aires — 1918.

Un aplauso sincero consagramos a la revista "Hebe", cuyos directores los señores Ernesto Morales y D. Novillo Quiroga, realizan obra de verdadera cultura, no tanto por la originalidad "inédita" de los trabajos ofrecidos como por la selección de los mismos, pues cuanto de noble y hermoso produjo el pensamiento universal en los últimos tiempos, encuentra en las páginas pródigas de dicha revista fraterna acogida; de modo que se disfruta de un verdadero solaz intelectual con los artículos, fruto del espíritu ruso, inglés, francés o hispano, que la dirección de "Hebe", con su correspondiente comentarista crítico, transcribe.

REVISTA NACIONAL — Buenos Aires — 1918.

Esta publicación, dirigida por los jóvenes Mario Jurado y Julio Irazusta, ofrece la inquietud de la nueva generación que siente, como en el verso de Gautier, la púrpura que desborda por sus venas; inquietud que a veces se traduce en el arrebatado iconoclasta; disculpable por lo sincero y admirable por lo violento. Mucho de bueno cabe esperar de este grupo de jóvenes universitarios no satisfechos con su universidad ni con su medio, y que levanta su bandera con el gesto de quien se siente dueño del porvenir por su juventud y sus ideales.

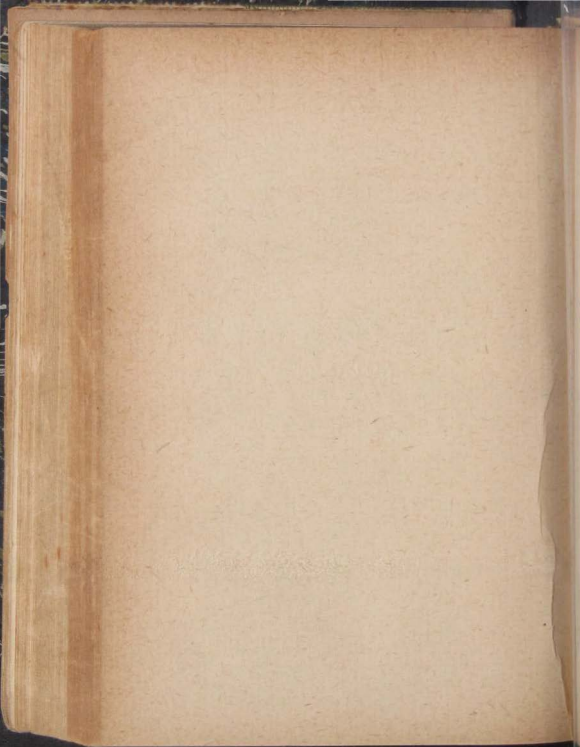
PEGASO — Montevideo — 1918.

No ha mucho salió de las prensas orientales una revista de arte y letras, simpática por el numen alado que la protege y por el espíritu desinteresado que la anima, pero a la cual corresponde enderezarle ciertos reparos de origen puramente estético; pensamos que si esa publicación refleja el momento literario que alcanza su pueblo,

debemos dolernos del estado intelectual del mismo, y exclamar con un español ilustre: "Torne el radiante sol del Renacimiento a iluminarnos...", para que se disipen tantas nieblas envolventes, pero que si pretende, como cabe suponerlo, iniciar una obra de revisión de valores intelectuales y de imponer a la vez otros nuevos, la ruta de su córcel helénico está equivocada; pues cuanto de mediocre y de ramplón produjo una escuela funesta, como suena, para las letras, nos referimos a la "simbolista", encuentra en ella troveros entusiastas, quienes sacrifican versos evanescentes, con rima y sin ritmo, a los manes de Verlaine o de algún otro poeta del año 85; y como cabe esperar mucho de bueno de una revista compuesta por hombres jóvenes de un país, como es el Uruguay, de mentalidades vigorosas, nos atrevemos sin más autoridad que nuestro amor por lo que significa arte, a dirigir estos reparos a "Pegaso".

J. M. R.

NOTAS



Notas

EDMUNDO ROSTAND

Seul et dernier anneau de deux chaînes brisées,
Je reste. Et je soutiens encore dans les hauteurs,
Parmi les maîtres purs de nos savants musées,
«L'idéal», du poète et des graves penseurs.

El poeta de "Cyrano", que puso tan alto su quimera, en un panteón donde todos los dioses y todas las creencias se reconcilian, al decir de Renán, pudo repetir estos versos del poeta de "Los Destinos"; de seguro que la lira magnífica de Hugo le acompaña, despertando en las cuerdas los ciclos bárbaros de la canción de gesta, y que el gallo de los poemas de "Renart", el "Chantecler" trecentista, saluda en él, con su himno matutino, el ocaso de una existencia humana, amanecida en el mundo de la gloria; y de seguro que a la voz de "Hernani" y del ave simbólica de Francia se une el murmurio delicioso, fresco como una fontana, de la "Rosette", de "On ne badine pas avec l'amour".

Con la voz de Corneille, de Hugo y de Musset es menester reverenciar al poeta que se alzó hasta las cumbres nevadas de los Pirineos, escuchó la querrela del Rolando de Vigny, gustó la brisa cargada con perfumes agrestes y con balidos de las cabras que triscan en las faldas montañosas, y al extender su mirada sobre la "dulce Francia", enamoróse del verbo pintoresco de Mathurin Régnier y el aroma cortesano del siglo XVIII, y al dominar a su siniestra el solar de la férrea España, recordóse del alma del Cid, y, como en la epopeya, acaso repitió, antes de entregarse a la espiritual faena:

Dios que nos dió las almas, consejo nos dará.

Solemnes concilios medioevales discutieron, con la autoridad de los padres de la Iglesia, el alma de la mujer; por pocos votos se le reconoció, en difícil controversia, a la hembra amarga del Ecclesiastés el imperio de un espíritu regente de sus actos y pasiones. En épocas contemporáneas sesudos filósofos se detuvieron en el mismo problema de los tiempos medios y, con datos "experimentales", negaron terminantemente en las dos especies — lo que era aún más grave — el predominio de un alma que crea y siente y perdura en una existencia metafísica. El laboratorio no hacía distinción entre el hombre, "animal razonable" según Aristóteles, y el simple protozoario dominado por el ambiente, o la planta que requiere fertilidad terrena para medrar y dar flores o frutos.

A felices conclusiones se llegó con la trinidad de la raza, del medio y del momento; felices, digo, en tanto que se hacía caso omiso del talento individualizado, que vemos no era—como en la letrilla de Palma—la parte principal del asunto. La Francia decadente de la última mitad del siglo ofrecía en su ciencia y en su arte un campo de estudio para el biólogo-sociólogo de tal enjundia: era un organismo dominado por la podredumbre, que no logró sacudirlo la avalancha de esos bárbaros de ojos azules, "bárbaros... pero sabios", como dijo virilmente Renan; el progreso "decadente" se hacía sentir en los discípulos exquisitos de Verlaine, gustadores de la poesía del maestro; peligrosa como el ajénjo y siniestra como el delito, magüer sus ropajes, por veces, de místicas alburas. La sátira social, el triste género que cunde como la cizaña en todas las literaturas enfermas, hizo presa del teatro, que pretendía reflejar las costumbres y acaso, como en el viejo aforismo, corregirlas con la risa. Por la cultura reinante podíanse deducir las tres fuerzas deterministas

del método de Taine; el talento superior faltaba. Pero he aquí que en medio de aquel caos de pasiones bastardas se escucha una voz que habla del ideal, con el auspicio de la raza y del amor, que pone poética grandeza en el renunciamiento y profunda altivez en las cordiales efusiones; la voz más noble que se ha escuchado en la escena francesa desde hace 50 años, Faguet decía; la voz de "Cyrano" que resonó en España como en tierra propia, se adueña de todos los corazones y es símbolo de unión entre los dos pueblos. ¡Bien estaba, como cantó Darío, en el solar de los Gonzalo de Córdoba, de los Pachecos y Guzmanes, en el solar hidalgo del conde de Benavente o en el plebeyo de don Pedro Crespo: quienes se hermanan por el honor, "que es patrimonio del alma", y por el arte —, bien estaba la figura del noble de Gascona en la tierra del inmortal Manchego, también el de "la triste figura"! ¡Bien estaba en la casa de Lope y Calderón ese hijo de Corneille, quien puede añadir al bronce preclaro de su voz el puro metal de estos alejandrinos de Vigny:

J'ai mis sur le cimier doré du gentilhomme.

Une plume de fer qui n'est pas sans beauté:

Contemplemos al poeta de "Les Musardises", luminoso como una mañana de noviembre, y al comediógrafo de "Les Romanesques" y de "La Princesse lointaine": hermosa pieza que perdurará en la escena por su hondo idealismo, que se perfuma con la gaya ciencia de los trovadores de Provenza, de la "langue d'oc"; por su concepto del amor, vertido en versos que parecen hechos con rayos vagarosos de luna:

Oui, tous les grands amours travaillent pour le ciel,
por la quimera azul que el protagonista persigue en la princesa lejana de sus sueños; en fin, por tantas bellezas

que resisten, a mi entender, el recio ademán de Tolstoy, cuando en uno de sus arranques iconoclastas, el gran ruso critica dicha obra. Luego "La Samaritaine", que no triunfa porque el misterio de la fe que evoca es demasiado profundo para ser llevado al tinglado de la farsa; recuérdese, con tal efecto, que el genio inmenso de Schiller tampoco luce con la figura de Juana de Arco, no obstante la lluvia de luz que el poeta derrama sobre ella, pues la poesía legendaria prevalece en tales casos sobre la realidad o la ficción moderna, llegando a ser, como decía el viejo Aristóteles, "más verdadera que la historia"; ¡cuán difícil será entonces infundirle artística vida, como lo pretendiera Rostand, al hijo del humilde carpintero de Nazareth! Luego el mentado "Cyrano de Bergerac", que recorre en triunfo la escena francesa, como antaño el "Cid" de Corneille, y el "Hernani" de Hugo, y señorea, por sus románticos fueros, en el mundo entero; más tarde "L'Aiglon", el drama épico de Francia, que se renueva bajo el cielo nebuloso de Austria, en los jardines principescos de Schoenbrunn. ¡Cuántos versos áureos de Rostand recordé en las alamedas del palacio de los Habsburgo; cuántas reminiscencias me despertó la lira de las Galias junto a las fuentes quejumbrosas y los cipreses taciturnos; cuántas veces, hollando esas calles extranjeras, me llené con el alma de Beethoven, el músico errante, con la voz divina de Garcilaso, que me hablaba en las ondas del Danubio que discurre por "fieras naciones" del lejano solar materno, y con la sombra del duque de Reichstadt, sacrificada, por el genio del poeta, a los manes iracundos del gran Corso en el campo palpitante de Wagram, engrasado de humana sangre; cuántas íntimas emociones debí al dramaturgo que la Francia hoy llora en mis crepúsculos de Viena!

El genio de Rostand penetra en la raza y desentraña, con la prístina savia, ricos elementos para su creación fantástica, risueña, y al mismo tiempo, dolorosa y profunda; me refero a "Chantecler". Obra ésta para ser leída y meditada, pues encierra en su zoológica gracia una honda filosofía, ataviada con el velo hermosísimo del verso; ya sonoro como un manantial, ya dulce y sereno como un claro de luna.

El gran poeta que acaba de hundirse en la muerte era para mí la voz más pura de la Francia de los modernos tiempos; reaccionó contra su medio:

Chanter, c'est ma façon de combattre et de croire;

y con su canto despejó las fatídicas sombras de una literatura enervante y enigmática, cuyos corifeos tuvieron desgraciadamente, y aun tienen, influencia en estas tierras colombinas de selvas vírgenes, ríos profundos y montañas ingentes; en estas tierras cuya voz espiritual — que es la del poeta — busca el cisne de Samain, el gato de Baudelaire y las nieblas de Rodenbach, y en lo "indeciso", en lo "gris" cree descubrir mundos, cuando sólo se sufre la obsesión enfermiza de un licor exquisito, escanciado en informes vasos de arcilla dúctil. Sería el caso de exclamar, como Goethe bajo el cielo esplendoroso de Italia, ¡lejos las brumas románticas del Norte!, desgraciadamente estas brumas nosotros las buscamos y a veces con perverso artificio las imaginamos. Rostand se encendió con el sol de los Pirineos, adoró en "Le Contrebandier" la sombra ilustre del héroe cervantino, probó la leche de la vaca montañesa y la miel de la colmena casera, tal en una égloga virgiliana, y en los crepúsculos podía contemplar como el Mantuano en la traducción inolvidable de nuestro Fr. Luis:

Y ya las sombras caen de las montañas
Mas larga, y convidan al sosiego,
Y ya de las aldeas y cabañas
Despide por los techos humo el fuego.

Y por todo ello su arte poético fué clásico en la claridad del verso rotundo y en la concepción de la naturaleza y de la vida, y romántico en el sentimiento hondo y delicado; henchido de fragancias y matices.

A sus grandes cualidades de poeta y dramaturgo, la crítica imparcial tiene que hacerle ciertos reparos, v. gr.: en la verbosidad, a veces de torrente, de su período; en la extensión desmedida de sus dramas y comedias, cuyo pensamiento y acción quedan diluidos en un vocabulario realmente "huguesco", y en algunos desmayos técnicos en lo que respecta a la argumentación de sus obras teatrales, pues, en mi sentir, las virtudes del poeta y del artista son mayores que las del dramaturgo; pero, al lado de estas manchas que en el presente caso son de sol, cuánta belleza, cuánta cristalina poesía.

La Musa de Rostand hace años que no soltaba el verbo de oro, confortante de amor y de hermosura; acaso su poeta, que dicen sufría cordiales desgarramientos, ocultase el dolor como "El Lobo" estoico, de Vigny, y en el silencio encontrase la grandeza que halló el numen de "Eva" y de "Dalila". En fin, si a su corazón bajó la sombra, su entusiasmo de artista estuvo siempre iluminado, pues quien cantó la luz en el himno magnífico de "Chantecler":

Je pense à la lumière et non pas à la gloire,

debió sentir como Goethe, aun en el postrer trance, el despertar radioso de una aurora; la luz trocada en gloria.

Jorge M. Rohde.

PEDRO MARIO DELHEYE

Pedro Mario Delheye fué un cantador hilo de agua, que recibiera su claro caudal de aquel hontanar apacible que se llamara Simbolismo. Y como hijo selecto que fuera de la más pura y excelsa expresión representativa de aquella escuela idealista, aprisionó en el esbelto vaso de su verso, la serenidad de la onda musical y la imprecisión vaporosa que sugiere la armonía del color o el encanto de la emoción presentida.

Espíritu contemplativo y hondamente sereno como el taciturno ámbito crepuscular, desdeñó el burdo halago de la vida, que para el talento refinado, ni siquiera sabe ocultar su sordidez con el mentiroso encanto de la sirena.

Reconcentrado en la calma de su templo interior, escuchaba la dulce voz del melancólico Kodensbach, que, impregnado de blando misticismo, le hablaba de las "viejas ciudades dormidas" y del amor a las cosas humildes; se sumergía en hondos abismos de serenidad al amparo de la temblorosa palabra de Maeterlinck, "poeta de lo invisible", suave y profundo como un gran silencio; o bien se regocijaba ante el verso encantador y fresco de Albert Samain. Y así su canto era unas veces claramente sonoro y otras esfumado en la niebla gris de esa tristeza callada y bondadosa, que parece se desvaneciera en la música serena de la palabra melancolfa.

Corazón idealista y cristiano, unió a la transparente y sonriente concepción de la vida, un amor fraternal y puro para con todas las cosas. Desinteresado y noble, pudo muy bien exclamar con la "divinal figura" que tan nítidamente perfilara Eugenio D'Ors: "... más que en toda la bárbara ciencia que habéis aprendido, hay verdad y sabiduría en una sonrisa de Sócrates o en una voladora y cantadora metáfora de Platón el divino." Pero

fué más tímido y sólo se atrevió a murmurar humildemente:

"Más vale una palabra dicha a tiempo que todo un abstruso tratado de honda filosofía."

* * *

Decía M. Joubert que el buen gusto en literatura es una facultad muy lenta, y que no alcanza hasta muy tarde el último grado de su madurez.

El poeta de "La Vida Interior", aunque joven, había andado mucho ya por ese camino, y solía abreviar su sed espiritual en los "eternos manantiales". Quebraba así, acaso por condición prematuramente adquirida, la aseveración del anterior aforismo.

Por eso es que su libro, a pesar de ser primero y único, (1) fuera también, "casi definitivo". A más de ser delicadamente sustancioso, resalta en pulcritud y transparencia de la forma, la esbeltez en el ritmo y la armoniosa y delicada espontaneidad en la rima.

La honestidad aristocrática de su espíritu lo impelía a pulir pacientemente cada verso, como quien labra una primorosa joya, hasta darle el matiz entrevisto, la forma perfecta que aprisiona íntegramente la magnífica concepción del instante. Si alguna vez no lo consiguió pudo consolarse recordando aquellas palabras de Horacio: "No siempre da la cuerda armoniosa el sonido que le piden la mano y el pensamiento del tañedor." Pero nunca dejó volar de sus manos una página sin que antes, por medio de esa labor profícua, le hubiera dado la luminosa diaphanidad del cristal. Noble labor, ésta que ejecuta la frente inclinada y pensativa, ante la fra-

(1) Los amigos de La Plata reunirán próximamente en un volumen sus poesías inéditas.

se, unas veces dócil y otras rebelde a la ferviente inspiración del artista. En ella se aquilata la mente, como la mano laboriosa cuando la encallece la mancuera; porque "la lucha del estilo, al decir del alto y amado espíritu cisplatino, no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma."

Ese gusto refinado, revelábase también en la elección del motivo. Casi todas las composiciones de su libro están impregnadas de una suave fragancia cristiana. La tranquilidad doméstica le inspira las palabras más dulces: las manos siempre suaves y cariñosas de la madre, la voz alegre de la hermana buena que riega las rosas con el agua sedante, el silencio de la fuente quebrada y lírica, las rosas blancas y húmedas que perfuman como la amada ausente, las hormigas hacendosas, hermanas que fueron de San Francisco de Asís, la lámpara callada... y el caminar de las horas a través de la clara senda del corazón. Todas estas cosas sencillas y tiernas, él supo decir las también, sencillamente, tiernamente, tal como surgen de un bello espíritu que rima sin esfuerzo su íntima emoción: así la fuente que canta o la flor que exhala su fragancia.

* * *

Dijo también "sus filosofías" en algunas composiciones breves. En leyéndolas, Xenius le hubiera bautizado novecentista en nombre de Teresa.

Gusta cultivar las rosas fragantes de la alegría, busca la palabra franca, simple y hermosa que sea como un beso de paz para el hermano. Kempis le ha dicho: Todas las cosas pasan y tú también con ellas; sabe que un día al apagarse la lámpara encendida de la verdad, quedará el hondo misterio; pero no olvida que su alma re-

ligiosa, un día se hallará bajo el pórtico del templo del Señor, porque a él pertenece su verdadero amor.

Dice su verso:

Epicuro me ha dado la ciencia de la vida,
pero la lamparita de Platón encendida
permanece en el centro de mi estancia interior.

En otros tiempos habría sido este joven poeta, un dilecto de la **Academia**, donde, según refiere Ateneo, no eran sólo altas lecciones de idealismo lo que allí se daba... Pero, sobre todo, — él mismo lo dice — como un ala protectora conduciéndolo a través de los espacios, como una luz tutelar alumbrándole los caminos, lamparita en el centro de su alma: la belleza y el amor.

Y para hacer más armoniosa la bella serenidad de su senda, al tiempo que iba deshojando rimas, sus labios murmuraban tiernamente: "Para tí ¡oh rosa mística! bella y pura como Monna Bice, en una estampa de Dante Gabriel Rossetti."

Héctor Ripa Alberdi.

Discursos de Adolfo Korn Villafañe, Tomás D. Casares y Jorge M. Rohde.

El 22 de octubre último realizóse en el Club del Progreso una comida en homenaje de Tomás D. Casares, con motivo de la terminación de sus estudios universitarios en nuestra Facultad de Derecho y Ciencias sociales. Ofreció la demostración en nombre del Colegio Novecentista, Korn Villafañe. He aquí los discursos pronunciados:

De Adolfo Korn Villafañe

Señores:

En el jardín de Grecia hay muchas flores: desde la blanca de sus estatuas límpidas, desde la roja de sus poemas anacreónticos, hasta la purpúrea de sus leyendas y mitologías. Pero Tomás Casares supo encontrar en el jardín de Grecia la flor más apreciada, la rosa de oro de la filosofía.

No necesita, pues, elevarse al Señor en mística angustia, como el pájaro que vuela hacia el sol — y no lo alcanza — y sólo puede cantar; o como el jazmín que trepa por el frío muro para llegar a los astros — pero no llega — y sólo puede florecer; porque con esta rosa de oro que en sus manos tiene fulgores de cristiana luz, asciende en razonamientos lógicos, firmes como peldaños de mármol, y sin esfuerzo llega hasta Dios mismo, como quien sube por una escalera.

Quiero deciros que en su tesis festejan un nuevo triunfo el racionalismo y la religión. Hermoso trabajo por cierto, que llamó la atención de la mesa examinadora y fué recomendado, como lo merecía, para el premio de la Facultad. En ella se une a la pureza de los conocimientos un criterio de apreciación sumamente evangélico y los capítulos desarrollan su severa trazazón al conjuro de la filosofía helénica a ejemplo de Santo Tomás quien no aparta nunca su mirada de discípulo del venerado filósofo griego.

Renuévase así, en esta Tesis, la discusión de antiguas doctrinas del Siglo XIII que ya sistematizara en tiempo de Sixto V el glorioso cardenal Bellarmino, el más grande polemista de la Iglesia, en un libro elegante y no citado. En este sentido su Tesis no es original. ¿Entonces, para qué reavivar en estos días del novecientos el imperialismo místico de Inocencio III?

He aquí, señores, que la intelectualidad moderna, dentro de la más estricta obediencia a las doctrinas de la Iglesia — más amplias de lo que sospechan sus adversarios y sus fieles — ha creado un nuevo temperamento de católicos que yo sintetizaría en estas palabras: pueden ser tolerantes y hasta irónicos.

No temamos la tolerancia. Yo sé que la tolerancia es un absurdo: por eso creo en ella. Si podemos decir hermano lobo, también podemos decir hermano hereje.

No temamos tampoco la ironía. Bien está en la fisonomía espiritual de un buen católico, como un lunar diminuto y malicioso en el rostro inocente de una novia.

Por eso escuchad lo que nos dice en el "Lirio Rojo" el Juan Agustín García de la Francia: "El Papa despojado y pobre se tornará poderoso. Conmoverá el mundo. Volverán Pedro, Anacleto y Clemente, los humildes, los ignorantes, los santos de los primeros días, que cambiaron la faz del orbe... Y es así como se establecerá el socialismo cristiano, que es el reino de Dios sobre la tierra".

No os extrañéis pues de las opiniones de Casares: lo que Gregorio VII proclamara, el viejo y nunca olvidado ideal de la Unidad Cristiana, renace con extraña fuerza en el corazón de todos los hombres espirituales, porque la humanidad ha comprendido que si no es posible, por ahora, realizarla sobre los mapas, puede llevarse a cabo en el orbe romano de la conciencia individual.

Así, Casares, representa en Buenos Aires un temperamento de católico tan escaso como necesario. Y aquí es donde hallamos su originalidad: sus convicciones se limita a predicarlas con el buen ejemplo. Sin duda es el apostolado más fecundo, pero en previsión por si éste un día no bastara — como a José Manuel Estrada —

le fué concedida la gracia de la palabra y el don teológico de la exégesis.

Y que este nombre de José Manuel Estrada, que evoco a título de estrella, más que a título de comparación, baste de elogio al obsequiado, porque en cuanto a mí, educado bajo los auspicios de la Filosofía, más que alabar o censurar a los hombres, me enseñaron a comprenderlos y es por eso que falta en el exordio de este discurso el elogio que es de costumbre en todas las palabras de ofrecimiento. Y es que no ha menester tampoco de aplausos cincelados y meditados quien tantos cosechó espontáneos y cálidos con solo hacer volar sobre las muchedumbres inquietas sus palabras siempre armoniosas y claras, a semejanza del cantor de esa nave helénica, sorprendida por la borrasca, que arrancaba las rosas de su corona lírica y las deshojaba, sereno, sobre las olas agitadas. Y no ¡ha de pareceros forzada esta metáfora si os recuerdo que también la nave del novecentismo avanza bajo viento adverso, inclinada la borda todavía. Y es que bien puede deshojar sus palabras con gesto clásico y solemne quien, tan joven ya, halló su equilibrio espiritual definitivo en la inmovilidad de su Razon y de su Fe, y cuyas noches de meditación no inquietarán jamás las angustias del Irredimido, para quien el misterio de la teología era más grande que el misterio de Dios.

Permitidme empero, antes de terminar, que me detenga un momento en el examen crítico de la Tesis.

Es posible que el autor haya puesto en ella un exceso de razón. Y es el caso tal vez de recordarle, la inadvertida frase, modelo de ironía candorosa, que sobre el racionalismo de la escolástica, pronunciaba un monje anónimo en ese mismo maravilloso siglo del Doctor Angélico, en esa edad media eternamente obscura

para la historia, porque su luz era interior, "Hay cosas tan altas, dice el Kempis, que aun a la sutileza angelica exceden". Y lo podía decir sin peligro de su ortodoxia, porque su alma era una alondra y su corazón era una flor.

También deseo levantar un cargo. Hay la falsa opinión de que los trabajos abstractos, como éste, se hallan desvinculados de la vida. Los que así afirman no saben que a fines del siglo XVII un filósofo sajón publicaba un pequeño libro en el cual sistematizaba en forma abstracta los principios de la Revolución Inglesa. Pues bien, este pequeño libro dió la vuelta al mundo y más aun, lo dió vuelta al mundo. La sola presencia de este pequeño libro hizo que se movieran los ejércitos, que se conmovieran todos los pueblos de la tierra, y que se removieran los cimientos de todas las sociedades. En la lejana América hizo surgir naciones libres y cuando Napoleón llevó sus tropas hasta el frío centro de Rusia este pequeño libro estaba en la mochila de cada soldado francés. Ese pequeño libro inspiró a Moreno, porque ya había pasado del cerebro de los hombres hasta su corazón, gracias a Juan Jacobo Rousseau. Ese pequeño libro constituyó nuestra patria y cruzó con San Martín los Andes.

Ved, señores, a fines del siglo diez y siete hay un hombre que medita y escribe en un tranquilo hogar inglés. Y ese hombre es formidable y maneja los siglos y las naciones y los ejércitos, y ese hombre es inexpugnable porque en su mano hay una pluma y a sus espaldas hay una biblioteca. Se llama Juan Locke. Ya véis si los trabajos abstractos son o no son inofensivos!

Es cierto que yo no sé si la Tesis de Casares llegará hasta Moscú. No se si cruzará los Andes. Pero aquí en Buenos Aires, el Colegio Novecentista, no ha querido

dejar inadvertida la publicación de un trabajo en que se armonizan el amor intelectual a lo divino con el amor intelectual a la filosofía y por mi parte al tener el honor de ofrecer en nombre del Colegio Novecentista, este sencillo homenaje de amistad, hago votos por que el Dr. Casares también en la vida entrelace sobre sus sienes con la corona trágica de espinas que no le faltará como cristiano, una guirnalda griega de laureles en flor. He dicho.

De Tomás D. Casares

Después de agradecer las palabras de ofrecimiento del señor Korn Villafañe, el doctor Casares, dijo:

Señores:

¿Por qué — pregunta el dilecto autor de la Imitación — somos tan aficionados a hablar y conversar unos con otros cuando rara vez volvemos al silencio sin daño de la conciencia? La razón es, contesta él mismo, porque por medio de la conversación, buscamos ser consolados mutuamente y deseamos aliviar nuestro corazón fatigado de pensamientos diversos. ¡Aliviar nuestro corazón fatigado de pensamientos diversos! Todas las obras se realizan en la vida en gracia a esa fatiga del corazón: El esfuerzo por la verdad, el heroísmo de la fe, el apostolado del amor, todo lo gesta en el fondo del espíritu esa fatiga del corazón que nos hace anhelar el equilibrio supremo y luminoso de la serenidad.

Gracias, amigos, que me ofrecéis este instante perfumado de intimidad para que alivie yo mi corazón, hablando de tantos pensamientos diversos como hay en toda juventud, y que ansian el equilibrio sereno de la unidad. Y si vuestra bondad ha sido tanta que vinis-

téis a esta mesa por mí, quiero que apuréis de una vez la contrariedad de un homenaje sin motivo, olvidando que ha sido este un homenaje para adoptar en cambio la postura de un jurado que va a escuchar una confesión en que habrá contricciones y también propósitos.

Ya ha concluido de amanecer en nuestra juventud. Es tiempo que meditemos en la labor de las horas de sol, no sea que nos sorprenda el toque de oración arrepentidos de no tener nada de que arrepentirnos. No sé cuanto perdurará la actitud mental de hoy en cada uno de nosotros, pero es lo importante que hayamos adoptado alguna. Es necesario darle pronto un motivo al ansia reflexiva y un fin a la voluntad, sin que el temor de errar debilite el ímpetu creador; equivocarse es una manera excelente de aprender cuando se tienen en el espíritu sinceridad y buena fe. Pero, eso sí, equivoquémonos con toda el alma. Dios — dice el Vizconde de Cormenin — ha de tener una gran misericordia para aquellos a quienes ha concedido el don del genio. Ciertamente, en todo error sincero hay una verdad moral que valdrá más para la virtud que una verdad intelectual estéril. Pero es este, grave asunto para los que hemos elegido la vocación reflexiva — que sabe Dios a donde nos llevará o a donde la llevaremos — ella acrece nuestra responsabilidad y para salvarla íntegra es preciso replegar todos los días el alma a su más íntima morada, para arrancarle allí el convencimiento de que no estamos equivocados; sólo a ese precio merecerán nuestros errores la gran misericordia. Sin duda en ese entendimiento buena parte de nuestra generación rehace el pensamiento de los antepasados. ¡Nuestro país ha vivido tanto de preocupaciones exteriores e inmediatas!, hasta la producción intelectual padece vaciedad de sentido y

de valor moral; las verdades aparecen o desaparecen como la luz cambiante de una pantomima; la utilidad del último día es la última verdad y por consiguiente la más verdadera. El corazón de esa época no ha dado todavía su último latido, pero lo dará muy pronto — si esta generación se empeña en ello — en la soledad de un merecidísimo olvido. La sensación de un tal estado en las cosas, en los hombres, en las ideas, es idéntica en casi toda la generación, un anhelo de seriedad alienata en todos los espíritus, y para realizarlo cada uno de nosotros va tomando el camino de su convicción con los ojos puestos en un ideal al que se ha consagrado toda la voluntad. Las circunstancias me obligan a decir cual es el mío y lo haré con un recuerdo que me es particularmente grato.

En un valle del Norte, cuya amplitud es bastante para quitar en sus perspectivas, a las montañas que lo circundan, su adustez y no es demasiada que les quite su impotencia, vive paciente su ancianidad una ciudad que ha conservado con vigor el tinte primitivo, capaz todavía de techar con tejas coloniales todas las manifestaciones de modernidad que día a día van conquistando una posición más pronunciada y hasta más agresiva. Es la ciudad de Salta. Por Oriente la domina un cerro de laderas suaves. Si ascendéis por ella, conforme la cumbre se acerca y la ciudad se aleja, los ruidos distintos de ésta van uniéndose en un murmullo semejante al del mar escuchado desde la costa. Concluida la ascensión descansa el ánimo en una emocionante soledad que vigila una cruz de blancura agrisada por la intemperie. Así, solos, solicitados por el rumor de la ciudad que suena como el latir de su corazón fatigado, sentís vivir, traducida en una profunda agitación de

lo más retirado del alma, la inscripción de la cruz: **Christus, vivet, imperat et regnat.**

Hoy, que me recordáis con esta expresión de simpatía el fin de un momento de mi vida, miro hacia atrás y veo pérdida en la niebla de los recuerdos más primitivos y vagos la lucecita blanca y ardiente de mi fe cristiana, avanzando en los años, serenamente luminosa, a la vera de los sentimientos, de la razón y de la voluntad. En el último trabajo de mis estudios universitarios, removí hasta el rincón más escondido de sus dominios en mi espíritu con impiedad racionalista; su luz ni siquiera osciló. Alguien dirá que mi razón es débil, puede ser, pero es mi razón y no tengo otra medida de mis ideas y de mis creencias, por eso es que me quedo con ellas y con ellas viviré hasta que Dios lo quiera.

Con ellas viviré y para ellas. Fué quizá ese ardor el que alguna vez me llevó a pecar de incomprensivo para con los que no pensaban como yo. Bastante me he arrepentido para que ya se me haya perdonado. Pero he de rogaros algo, mis amigos: perdonadme todo, todo — tengo gran necesidad de vuestra benevolencia — menos la incomprensión que es falta de amor. Precisamente, nunca estamos más lejos de Dios que cuando, para tomar el partido de su defensa, olvidamos el amor a los hombres ¡qué podremos sin amor por el que es todo amor!

Se eligen las ocasiones solemnes para hacer los votos austeros: yo elijo esta para hacerlos por vuestra felicidad, y porque esté muy próximo el día en que en nuestra Universidad se enseñen los Evangelios,

De Jorge M. Rohde

Señores:

Leía días pasados un estudio sobre el cinematógrafo de un pensador americano; el tema, al parecer trivial,

encierra un fondo mayor del que pudiéramos a simple vista imaginarnos; pues en él se penetra el alma de las sociedades contemporáneas, satisfechas estéticamente con la ocular impresión del fugaz y público espectáculo; al fenómeno social del biógrafo yo añadiría la novela policíaca y el periodismo para caracterizar el mundo que aun alcanzamos, que es, sin duda, el más ingrato de la historia, magüer los progresos de las industrias y la ciencia. Ese mundo que ha necesitado de una formidable guerra para sacudirse y quizá para salvarse... lleva el mal en sus entrañas, con la filosofía positivista que en negando el "juego desinteresado" del espíritu, sume al hombre — títere sin voluntad — en una sombría cárcel que no se la logra iluminar nunca, ni aun con las apariencias del "confort". La humanidad ha soportado — perdonadme el participio pretérito — muchos lustros de plebeyismo, de atroz burguesía, que tanta frase candente arrancara, en el 70 sobre todo, al admirable Flaubert. Las clases que debieron considerarse dirigentes en el sentido intelectual, se achatan por un prurito de falsa democracia. De ahí pensadores como Guyau que con el postulado de la "simpatía social", pretenden fabricar, con métodos de alquimia, un arte para ponerlo al alcance de las esferas populares; de ahí en el fondo de la Rusia milenaria la voz de Tolstoy que, con un ideal rigorista cristiano, proclama el advenimiento de una literatura "social", desvinculada, si llega el caso, del arte y la belleza; de ahí, en fin, al mayor esteta de la edad contemporánea, me refiero a Ruskin, que, en su isla cartaginesa, se olvida de que el pensamiento creador en su expresión plástica o verbal, alimentado, por cierto, con la llama de las pasiones que la vida ofrece, no debe ni puede substraerse de sus fue-

ros, aunque el astroso de Whitechapel o el obrero de Sheffield no lo comprendan ni lo sientan.

Señores, la igualdad social ante la ley es conquista la más alta de los modernos tiempos, pero la igualdad intelectual es una utopía perseguirla y cuando se pretende alcanzarla ya véis el resultado a que me referí en un principio: el biógrafo y el folletín policial que satisfacen desgraciadamente nuestra sed estética, la revista y la prensa diaria que colman nuestros ardores intelectuales.

Hoy, tengo por qué creerlo, se piensa más profundamente en los últimos problemas que el progreso no acalla y que la razón humana formula sin resolverlos nunca; hoy sopla sobre el mundo un saludable viento de inquietud intelectual que al tiempo que remueve pone una gota de esperanza en los espíritus... No sabría decirnos cómo encauzarán estas fuerzas más sentidas que razonadas; difícil es predecir el futuro, pues quienes pretenden revelarlo "a priori" en la filosofía de la historia cargan irremisiblemente con el mote que dijo un español: de ser sólo "vaticinadores del pasado"... Hoy, como os decía, apasionan las ideas nobles y las grandes causas; prueba de ello es el espíritu de la corporación intelectual que formamos y que esta noche reunida festeja el triunfo de uno de sus miembros: Tomás D. Casares.

Después de las palabras elocuentes de Korn Villafañe, débiles e inoportunas serán las mías para expresar los méritos que el novel abogado atesora en su marcha por la vida, a la vera de la justicia, de la caridad y del amor... Quien penetra el espíritu que de la jurisprudencia nos da Ulpiano, quien sabe de las "cosas humanas y divinas" no podía dejar de rendir su pensamiento a las esencias platónicas, que con aureola ética levantan la voluntad e iluminan los deseos. Luego lo ve-

mios a Casares desarrollando la dialéctica del Estagirita y más tarde lo hallamos en la edad media, erróneamente llamada "noche de los tiempos", donde recoge el hilo conductor de sus ideas en Santo Tomás, el gran discípulo de Alberto el Magno en la Universidad de Francia. Nuestro compañero no podría decir con Pico della Mirandola la frase que como original repitió el exquisito Joubert: "A Dios se lo conoce fácilmente, siempre que no se pretenda definirlo"; pues él siente a su Dios con afán cristiano y llevado por el silogismo razona la fuente de su fe. Por eso el frío que sufrió Pascal ante el misterio estrellado de los cielos, ante la vida suprasensible, y la duda romántica de Lamennais, nunca enturbian el espejo espiritual de nuestro amigo, quien parte consciente de su "verdad" y llega a la jornada prevista con el aliento de la victoria.

Alcemos nuestras copas en este sencillo banquete, que me figuro una página del soberano "Symposio" platónico por el espíritu que lo anima y por el motivo que lo inspira, — en homenaje de Casares; por la coronación brillante de sus estudios, por su honda y noble orientación intelectual y porque las flores que hoy perfuman su vida sean el galardón perenne de su triunfo.

EL COLEGIO NOVECENTISTA DE LA PLATA

Con orgullo — casi con un poco de ostentación — damos cuenta a nuestros lectores de la constitución de un Colegio Novecentista en La Plata, Forman parte de él nuestro corresponsal en esa ciudad, Walter Elena, quien presidió la sesión inaugural de la nueva institución, y otro grupo de jóvenes intelectuales que paulatinamente nos honrarán con trabajos novecentistas.

Para empezar, ofrecemos hoy un estudio elegante y meditado de Héctor Ripa Alberdi sobre Pedro Mario Delheye, el poeta platense que no cantará nunca más las inquietudes de su vida interior.

Ripa Alberdi, asocia pues con su trabajo el "Cuaderno" a las manifestaciones de aprecio tributadas a la memoria de Delheye y al sugerirnos la belleza de su emoción con la facilidad de su estilo, inicia adecuadamente la serie de colaboraciones que esperamos recibir de nuestros hermanos de La Plata.

EL POETA LUIS L. FRANCO

Una voz fragante y cristalina ha sonado en los valles de la lejana Catamarca; la suelta el joven poeta Luis L. Franco, cuya "Oda Primavera" mereció honores en un poético certamen; honores bien adquiridos, por cierto, pues un soplo de esa poesía eterna que vibra en los idilios de Teócrito, en las serranillas de Santillana y en las églogas inmortales de Garcilaso, baña las cuerdas de su lira. He aquí unos versos de Luis L. Franco:

EN LOS CERROS

Pausadamente se iba poniendo azul el cerro.
El muchacho, silbando, marchaba con su perro,
Adelante, Nosotros, tomados de la mano,
Seguíamos el áspero caminito serrano.
Un aroma de brea, de jarilla y de "sueco"
Se exhalaba en la tarde, De rato en rato, el eco
Del bramido de un toro vanía de las abras
Distantes. En las lomas más próximas, las cabras

Balaban dulcemente, volviendo ya. Un arisco
Chivito blanco sólo quedaba allá en un risco.
En el aire extendíase el olor del redil...
Yo, ebrio de la dulzura de la hora pastoril,
Largamente, a la lumbre de la estrella primera,
Puse un beso en la boca de la joven Cabrera.







CUADERNO 8.^o

JULIO DE 1919

DIRECTOR:
SANTIAGO E. BIGGI

SUMARIO

- El Novecentismo Argentino..... *El C. Novecentista*
Leonardo de Vinci y Cervantes... *Jorge M. Rohde*
Cuando yo me vaya
Si algún perro te ladra (versos) *Alfredo Gense*
El Novecentismo en la vida jurídica *C. C. Malogarriga*
Leyendo (verso) *Hector R. Alberdi*
Reclinaste en mi pecho
Discurso..... *Tomás D. Casares*
El segundo advenimiento del arte, (de la revista *Intr. América*) *Ralph Adams Cram*
La vida síntesis..... *Lopizlázuli*

NOTAS: Amado Nervo.—El Celegio Novecentista de La Plata.—Cartas.—Manifiesto del Ateneo de Estudiantes Universitarios.

BIBLIOGRAFIA: Trovas del destierro, de Pablo della Costa (hijo).—La religión y el Estado, de Tomás D. Casares.—Cosècha Política, de Gervasio Toro.—El Conventillo, de Luis Pascarella.—El examen de ingreso a la Universidad, de José M. Monner Sans.



Colegio Novecentista

CUADERNO 8.º

Buenos Aires

Julio 1919

EL NOVECENTISMO ARGENTINO

(A propósito de un ataque a su manifiesto)

El Colegio Novecentista ya tiene su Chaudes-Aigues. Tardó en llegar, pero vino, por ventura, y las veintidós páginas de formato mayor — *apud opus nostra*, como dirían los antiguos — nos resguardan del peligro de impopularidad, que en concepto del autor de Eugenia Grandet, se probaba con la ausencia de críticos zumbones.

Seis meses, o más, vivimos bajo la amenaza de su formidable estudio, airada catapulta que demolería sin piedad el alcázar novecentista, y si el empecatado adversario no consiguió derribarlo, conste que no es porque le faltaran pujos, sino porque de su existencia responden el bien templado y rico metal de sus columnas y, por ahora... el débil percudir de la airada catapulta.

Mas no se vaya a pensar que las veintidós páginas nos corresponden. En verdad, las cuatro quintas partes son el marco, hermoso sin duda, malgrado su florido barroquismo, y el resto la tela, es decir lo nuestro, donde no falta el pincelazo de brocha gorda o el pegote de matiz chillón. Sólo por necesidad de la respuesta tendremos que referirnos a algún punto de estas cuatro quintas partes, v. gr., el pesimismo de Goethe o la *contemporaneidad* de Spencer y Maine de Biran o los "imperativos cris-

tianos", que para el crítico de marras, como para algunos liberalotes del mismo jaez, son los mismos que aprendían las beatas españolas en los sermones de Fray Gerundio.

Aunque parezca raro, existe esta semejanza entre las beatas del alba y los liberales "de pie", como llamaba el admirable autor de Jack, a algunos literatos franceses de su tiempo; para ambos grupos, el cristianismo es la penitencia, en su burdo aspecto de carne flaca y cilicio ensangrentado; la maceración, la asistencia a misa, etc., etc., por donde resulta que el devotísimo obispo de Annecy — a quien ni éstos ni aquéllas leen — mejor que a la aprovechada Filotea, debió dedicar su libro a esta pobre gente: a las primeras, para que sepan la religión que profesan, y a los últimos para que conozcan la religión que combaten.

Por cierto no son estos bastos espíritus los que hicieron la Reforma ni los que han de salvarnos de la plaga de los conventos. *Ignari nemici nostri*, seguirán diciéndose tranquilamente los abates, mientras sus contrincantes vociferan en la plaza.

No podía faltar en un trabajo nacional de crítica, la consiguiente alusión a las condiciones personales de quienes hacen la obra que se critica. Los argentinos no hemos llegado todavía, sino por excepción, a esa serena comprensión de otros pueblos, donde se juzga la obra ajena prescindiendo del autor que la escribió. Y no vaya a creerse que aquí las referencias personales se usan por razones de método, como podría hacerlo un discípulo de Sainte-Beuve. Se usan porque sí o porque ese dato interviene en el juicio; porque aún tenemos entre los

idola que criticó Bacon, la manía de leer el nombre del autor antes de fallar sobre el mérito de la obra. Porque quien más, quien menos, nadie puede escribir como epigrafe de las cuatro líneas que publica, aquellas serenas palabras del Kempis, dictadas por el amor y la comprensión: "No te mueva el juicio la autoridad del que escribe, si es de pequeña o grande ciencia, sino el amor de la pura verdad; ni quien lo ha dicho, sino que tal es lo que se dijo."

El señor Pallarés Accbal no podía, pues, prescindir de los novecentistas al juzgar al novecentismo. La circunstancia de ser sus adeptos jóvenes sin antecedentes; desconocidos hasta por modestia personal, algunos de ellos, era una preciosa razón para denigrar la obra ajena y rebajar su valor; y como quien no quiere decir la cosa sino a título de crónica, desde el principio no más de su trabajo, se lamentó de "que a esos jóvenes apasionados por los máximos problemas del espíritu (nosotros) no se sume una personalidad ya consagrada e impuesta en estudios de esta naturaleza, de edad, naturalmente, como para que pueda ser con eficiencia el mentor, el regulador de las nobles iniciativas que surjan del seno de la corporación".

Lo gracioso del caso es que si por jóvenes y no tener una personalidad ya consagrada, nada serio podemos hacer nosotros, por las mismas razones carecería de prestigios el señor Pallarés ante todos aquellos que supiesen que él no ha llegado aún,—por felicidad suya y nuestra, que esperamos mucho de su talento—a la infeliz edad en que los Néstores se consuelan de las impotencias del presente con el recuerdo de las antiguas hazañas... El *laudator*

temporis acti, triste sonrisa de los caminantes del repecho, aún no lo dicen nuestros labios, ¡quiera Dios postergar su hora para Pallarés y para nosotros, muchos años! En cuanto a lo de "personalidad ya consagrada", doloroso nos resulta advertir que él aún no la tiene; injusticia que, seguramente ya le habrá perdonado el amable Gorgias bonaerense, a la reacia sociedad de nuestros tiempos...

No por jóvenes, sin embargo, el señor Pallarés nos disculpa que no tengamos todavía un sistema filosófico. Por el contrario: se complace repitiendo lo que todos saben, puesto que lo dijimos antes que nadie, nosotros mismos: que no tenemos un sistema, y agregamos ahora, que tampoco creemos que para hacer prédica idealista se exija, forzosamente, adoptar un determinado sistema filosófico.

El novecentismo no se ha definido como una nueva concepción de la vida, ni pretende ser una esquematización filosófica y, en consecuencia, quien le exija apotegmas y fórmulas imperiosas, demuestra no haberlo comprendido. En filosofía, como en religión, como en política, como en cualquier campo del pensamiento, para definir "un criterio" basta definir un *mínimum*. Es raro lo que pasa en el espíritu de nuestro crítico: al contrario de Nietzsche, desprecia en materia filosófica la modalidad espiritual de sus semejantes, porque eso es subsidiario (son sus palabras) y finca todo valor en las "objetivaciones" y en las "cristalizaciones" filosóficas, lo que no le impide proclamar la verdad subjetiva, quizás porque no barrunta que la objetivación y la cristalización filosóficas son los datos subjetivos y las verdades individuales, elevados a categoría de doctrina, es decir, el sentir y el pensar personales,

dogmatizados. Lógicamente, la dogmatización en materia filosófica, es cosa que debería preocuparle poco a quien no cree en la Verdad, sino en verdades individuales.

Es rara también esta mania de predicar contra el dogmatismo, como si fuera posible la filosofía o la ciencia sin dogmatismo, esto es, sin postulados, sin verdades dogmáticas *a priori*.

Todos los sistemas filosóficos son dogmáticos, y concebir una filosofía sin dogmas es construir sobre el vacío. Sólo los místicos, porque superan todo dogmatismo, y los escépticos, porque ignoran que son dogmáticos, prescinden de "verdades necesarias".

Basta, pues, definir un *minimum* para establecer "un criterio objetivo" y ese *minimum* lo dimos con las fórmulas generales del idealismo. Si del Colegio Novecentista saldrá algún día el "sistema filosófico" que nos exige nuestro crítico, es cosa que nadie puede saber, ni nos interesa por ahora. El novecentismo fué definido como antinomia del positivismo, y, en consecuencia, le basta reaccionar contra toda concepción naturalista de la personalidad, para responder a los fines de su creación y hablar de "revisiones", en nombre de un criterio.

El coronamiento de toda filosofía, según se desprende de Kant y sus continuadores, es una ética. La indagación de la Verdad, aparte de obedecer al más noble anhelo de la inteligencia humana, tiene un fin práctico trascendental: ajustar la vida a su ritmo, fundar una moral; y como las doctrinas positivistas no pueden darnos esa moral, porque en sus últimos términos, conciben a la personalidad como una fuerza inactiva, determinada totalmente por lo que

no es ella, nosotros, somos idealistas, esto es, adoptamos la única posición filosófica que — según Le-fèvre — es capaz de construir una ética.

Sin el concepto de *responsabilidad* no se concibe la moral, y desde los tiempos de Aristóteles, la responsabilidad significa la libertad. A esta última palabra, pues, se reduce nuestro *minimum*, y bastó pronunciarla para que de hecho adoptáramos “los varios sistemas filosóficos” de que habla el señor Pallarés Acebal.

Dentro del novecentismo están bien, por lo tanto, el kantiano y el discípulo de Duns Scott, el alumno de Croce y el de Bergson, el lector del “solitario Ravaisson” o el retardado admirador de Cousin, todos aquéllos, en fin, para quienes la libertad no es “una cuestión” sino un principio incontrovertible. De sus filas están proscriptos, en cambio, los que conciben el universo como un mecanismo determinado y previsible en la sucesión del tiempo,—mecanismo en el cual el hombre es un “fenómeno” más complicando que la piedra y la planta, pero susceptible de explicaciones físicas. Que a nuestros años tengamos “un sistema” y adoptemos una posición dogmática dentro del mismo idealismo, eso sería lo censurable; y al declarar que carecemos de fórmulas y dogmas imperiosos, de definiciones y recetas para resolver todas las cuestiones que puedan plantearse sobre los principios básicos del idealismo, hemos dado una prueba de honestidad intelectual.

Adoptar la tesis del señor Pallarés, esto es, creer que una prédica idealista sólo pueden hacerla los que tienen “un sistema”, es afirmar que en política, por ejemplo, no se debe hablar de democracia como antinomia de monarquía, sin conocer cuáles

son los caracteres del régimen republicano o las ventajas y desventajas del gobierno federal.

El señor Pallarés Acebal sabe que las revoluciones no se han hecho con cuestionarios minuciosos — indispensables para el libro o la cátedra — sino con grandes síntesis, con fórmulas sinópticas, con "ideas madres", según la feliz expresión de un materialista argentino.

Todos los movimientos intelectuales han tenido en sus orígenes la vaguedad que el señor Pallarés critica al novecentismo. En forma vaga hablaron los románticos en Francia, antes que Hugo, empapado de estética alemana, les dictara sus fórmulas definitivas, y "esa vaguedad inicial" que los críticos de la época señalaron con ensañamiento en las obras de la ilustre madame Necker, produjo años después los Cánones del Cronwell. Con lenguaje también vago predicó el naturalismo su desastrado credo medio siglo antes de que Courbet escribiera su manifiesto, origen de la infausta escuela de los "inmensos Mirbeau", que el señor Pallarés frecuenta. Las "cristalizaciones", las "objetivaciones", que tanto preocupan al subjetivismo de nuestro crítico (quien como buen positivista nada concibe fuera de los casilleros y clasificaciones ordenados según la forma y el número) es lo posterior, lo que suele hacer el genio por obra de la intuición creadora o la sociedad con el trabajo metódico y paciente de muchos hombres.

Se ha dicho con razón que Augusto Comte no es todo el positivismo. Fué necesario que la generación de Spencer completara "el sistema" haciéndolo algo más que un método del conocimiento: un anhelo de

filosofía, que se frustró en el primer capítulo de su libro fundamental.

Podemos, pues, los novecentistas hablar de idealismo, sin declararnos partidarios de un sistema determinado, y basta adoptar sus puntos de vista generales para poder predicarlo. ¿Con qué derecho?, pregunta el señor Pallarés. Con el que nos otorga nuestro concepto de la libertad, le contestamos; con el mismo derecho que él tiene de confesar su triste concepción materialista de la vida y definirse a sí propio con el *homo hominis lupus*, de la fórmula inglesa. Con el derecho que tiene de ser positivista, escéptico o cualquier otra cosa por el estilo, quien escribe máximas que hoy no signaría La Rochefoucauld, y publica páginas cuya lectura enrojecería las flácidas mejillas del histrión de Rabelais. Pero, guárdese el señor Pallarés Acebal — y vaya esta advertencia en cambio de tantos consejos que le escuchamos, agradecidos — de no caer, a fuerza de repetir frente al más alto problema del espíritu, la ironía de Enrique Heine, en la desesperada religión de Mr. Hartmann, para quien los más propensos al deísmo antropomorfo que les asusta, son, precisamente, los que razonan demasiado sobre la maldad de los hombres.

Que el novecentismo es cosa vieja, nosotros lo sabíamos antes que el señor Pallarés nos lo historia, y la verdad es que nunca hablamos de sí novedad si no en relación al medio intelectual argentino. Si por novecentismo se entiende la antinomia de positivismo, de materialismo, de todo amoralismo, en definitiva, claro que su historia es vieja como idea y como modalidad espiritual. Sus orígenes entroncados en la divina filosofía del Eros platónico, es cosa

que nos honra tanto que no podemos si no agradecer cuando nos la recuerdan. Pero su antigüedad en la historia de las ideas filosóficas no le impide ser nueva en esas tierras de Dios, donde siempre imperó la filosofía materialista: desde el sensualismo de Condillac y la vanidosa ideología de Destutt de Tracy, hasta el agnosticismo de Spencer.

Las reacciones idealistas tienen una historia, en nuestro país, si bien brillante, muy breve, y todos se distinguen de la actual por la falta de organización y de amplitud que caracterizan al novecentismo.

Podemos, en consecuencia, hablar de novedad, malgrado nuestros ateneos de índole literaria o sin orientaciones, y esto que afirmamos en todos los tonos, es lo que el señor Pallarés no puede negar al Colegio Novecentista.

Viejo el novecentismo, como ideal (algo debería comprobarnos este renacer constante del idealismo, si tuviéramos un poco de comprensión), su manifiesto es nuevo en la República, donde reinó siempre el materialismo, no "por sus mejores armas" — como dice el señor Pallarés — sino por una serie de razones que no es del caso mencionar.

Por otra parte, en materia filosófica todo es viejo, como ya lo insinúa nuestro crítico. El progreso filosófico moderno no ha consistido en plantear nuevas cuestiones — salvo en el caso de Kant — sino en intentar nuevas soluciones y, sobre todo, en precisar el alcance de los clásicos problemas. "Casi siempre, dice Vaz Ferreira, la cuestión primera se planteaba muy simple, con dos tesis opuestas e inconciliables, entre las cuales era forzoso elegir; son esas dos tesis primitivas las que han servido de núcleo para toda la cristalización posterior." Por eso, agre-

ga el eminente profesor uruguayo, "en filosofía hasta se experimenta a veces la ilusión de que no se ha adelantado un paso".

Si lo "único aún susceptible de progreso es la técnica y la observación de los hechos" y si "las últimas verdades han de dárnoslas la biología, las finanzas y la psiquiatría" (el señor Pallarés se refiere a las normas jurídicas) son cosas que no debe decir las un escéptico, porque corre el riesgo de que, por obra de un silogismo, se le venga abajo su elegante filosofía...

Pero no le haremos cuestión por tan poca cosa. El argumento escéptico del *nescio omnia* es invencible, salvo que se le combata con el apóstrofe bíblico, que no se puede decir sin ofender.

De acuerdo, pues, con nuestro crítico sobre la antigüedad del novecentismo. De acuerdo también que en Europa es "un plato recalentado", tanto, que a las grandes figuras de la filosofía moderna, hay que buscarlas dentro del idealismo, ¿verdad, señor Pallarés? No discrepamos en nada de todo esto con nuestro escéptico contrincante, pero se nos ocurre pensar que lo que él debió probarnos con lujo de citas no es que el idealismo tiene una historia larga, sino que el Colegio Novecentista no es una "cosa nueva", en este país, donde hasta los periodistas ilustrados, como el señor Pallarés, llaman "regresivos" a los que creen en la libertad...

Atacar el novecentismo es predicar contra la filosofía idealista. Sabíalo nuestro crítico, y como el tema le resultara un poco más difícil, optó, con citas de Heine y ¡bendito sea Dios!, con alguna frase del admirable Dostoiewski — corazón lleno de luz y de amor para el triste hogar de Los Humildes

— dar por resuelto el problema de la libertad, a favor del determinismo... y del escepticismo.

¡Raro escepticismo el del señor Pallarés! Se mide con los problemas absolutos, sabiendo que va a perder su tiempo, y los resuelve con el criterio del *nescio omnia*: ignoro todas las cosas o el *nihildum, nihil*, en favor, nada menos que del determinismo, esto es, de la filosofía que pretende conocer el presente y predecir el futuro. El escepticismo, como el vestir frac, es de la mayor elegancia imaginable, pero a condición de que se mueva poco...

La única actitud lógica en un escéptico es no discutir ciertos temas, puesto que salirse del *nihil asseverare possum*, es dar un "catapultazo", como diría Pallarés, a esa pobre filosofía de la impotencia.

Nosotros no vamos a rebatir la posición escéptica de nuestro crítico. No se puede discutir con una filosofía que nada afirma y que por definición misma nada puede negar, a no ser la razón de su existencia. Porque si la única palabra que le está permitida al escepticismo es el *Ignorabimus* del filósofo alemán, cualquiera cosa que agregue es desmentirse a sí mismo, vale decir, es reconocer la posibilidad de resolver problemas filosóficos. Y el señor Pallarés sabe que el escepticismo, "dogmatismo de la ignorancia", el peor de los dogmatismos, no puede ni debe racionalmente afirmar nada, si quiere al menos ser lógico consigo propio.

Por otra parte, tampoco nos interesa una filosofía que a su amoralidad agrega su ignorancia y que en nombre del absurdo de sus propias conclusiones, predica el renunciamiento, imposibilita la ciencia y contesta con el nihilismo a las más nobles inquietudes humanas.

Pero lo que nos interesa en cambio, es reprocharle a nuestro crítico su falta de lógica. El es escéptico pero afirma que el determinismo ha triunfado, es decir, olvida que desde su posición lo único que le está permitido es sonreír de "estoicos y epicúreos", como diría el poeta de *La Galerna*. El sabe que nada conocemos, ni es posible conocer nada, pero nos asegura que el positivismo ha resuelto "un problema". No de otro modo el filósofo de *La Gaya Ciencia*, a quien cita Pallarés, diría que alaba todos los escepticismos, a condición de que *experimentemos*. Y lo que está bien en el autor de *El Anticristo*, porque deliberadamente escribió un libro sin sistema, resulta incongruente en quien nos critica una posición filosófica porque no hayamos profesado tal o cual escuela del idealismo...

Se burla de los que se afanan en pos de la Verdad y luego llama filosofía derrotada a la que no ostenta una Metafísica — ciencia de lo absoluto, sin presentir, quizás, que ha dado con su frase el argumento más serio en contra del escepticismo. Llama miserable a la filosofía que circunscribe su campo de acción a la psicología y a la ética, únicamente, y olvida que la posición escéptica es incapaz de levantar ni una moral ni una ciencia.

¿En qué quedamos, pues? En que debe ser muy débil el positivismo cuando necesita aliarse con los escépticos para combatir a los idealistas, o un poco veleidoso el señor Pallarés.

Pero volvamos al "libre arbitrio". El principio de la libertad, dice Pallarés, está en franca decadencia. Los argumentos de los estoicos son irredarguibles; por otra parte, todas las investigaciones modernas lo robustecen".

En primer lugar no es exacto que el principio de la libertad esté en decadencia, puesto que toda nuestra filosofía contemporánea es idealista. Hoy como nunca podría la libertad replicar a nuestro crítico, con los donosos y conocidos versos del teatro español:

“Los muertos que vos matáis
Gozan de buena salud.”

Los mismos positivistas han buscado ya una conciliación entre la libertad y el determinismo. El señor Pallarés lo sabe, puesto que cita a Fouillée como ejemplo, pero lo que no dice el señor Pallarés es que Fouillée, el conciliador, viene del positivismo. Del positivismo también vino Guyau, que en materia estética, al menos, aceptó la libertad sin ambages, y Boussinesq y algún otro que estudiaron y aceptaron el principio de la contingencia hasta en la mecánica, vienen del positivismo. Por otra parte, la decadencia o apogeo de una teoría no es criterio de verdad, sino para los partidarios de la moda en filosofía como en los trajes.

Y veamos ahora los argumentos estoicos, irredar-güibles, en concepto del señor Pallarés.

A nadie se le escapa que los estoicos han confundido los problemas de la libertad. El término *libre*, pertinente a *seres*, lo aplicaron a *hechos*, sobrada razón para invalidarse toda la doctrina, desde el momento en que han sido mal planteados los términos del problema. El mismo Crisipo había intentado ya una conciliación entre el determinismo y la libertad, y el argumento lógico, basado en la necesidad de “que de dos proposiciones contrarias una es forzosa-mente la exacta”, fué destruída por el máximo pon-

tífice de la escuela, con el argumento, muy lógico también, de que "lo contrario de lo sucedido, lógicamente, pudo suceder". Con argumentos de lógica, por otra parte, todos los escolásticos comprobaron el "libre arbitrio", por donde resulta que el argumento de los estoicos nos conduce tanto a una como a otra conclusión.

Pero de estos argumentos de la razón buena cuenta ya dió Kant. Con la razón vamos al determinismo... y a la libertad (tercera antinomia). Conviene, pues, no citarla.

Argumento de los estoicos fué también el hecho de que el libre arbitrio, imposibilita, entre otras cosas, la adivinación y la posibilidad de predecir el futuro, en el vuelo de las aves, en las entrañas de las víctimas sacrificadas en los cultos esotéricos y en las contorsiones de la pitonisa. ¿Hace suyo el argumento el señor Pallarés?

El libre arbitrio, por otra parte, rompe la armonía entre los dioses y los hombres, pues supone la incapacidad de aquéllos para conocer el destino del mundo o la posibilidad de que éstos violenten los designios divinos. ¿También figura este argumento entre los irredargüibles, señor Pallarés? Líneas arriba nos condolíamos del "peligro religioso" inminente en que se encuentran estos *comefrailes* y vamos a terminar por creer que nuestro crítico ya se ha cobijado bajo las blancas alas de la teosofía... La verdad es que los positivistas no carecen totalmente de sentimientos religiosos. (La dualidad filosófica del señor Pallarés nos permite llamarlo indistintamente, escéptico o positivista.) La historia del positivismo nos enseña que a lo sumo han cambiado el nombre de las religiones, — es el caso de Comte,

v. gr.—, o han querido demostrar este sentimiento como un producto de la evolución histórica de la raza, sin renegar de él, o han ido, según afirma un docto profesor, a la escuela de la Blavatsky, cuando la inquietud se hacía aguda.

No debemos, pues, extrañarnos que entristecido el corazón por ese triste escepticismo, encuentre irre-dargüibles, el señor Pallarés, los argumentos de la fe religiosa... Esta evolución del escepticismo a la fe tiene sus antecedentes en la historia, ¿y por qué podría repetirse el caso con nuestro crítico?

Pero volvamos a los estoicos, mientras Pallarés medita en la armonía del hombre con los dioses de Crisipo, apeligrada por la libertad...

Las consecuencias morales, decían, son una prueba más en favor del determinismo. Aparte de que sobre esas consecuencias Kant construyó su teoría de la libertad, — por lo que resultaría inútil discutir con Pallarés y los estoicos — el mismo Crisipo ya había intentado una conciliación del determinismo de su filosofía con el libre arbitrio, precisamente inducido por lo triste de las consecuencias morales. "Prácticamente somos libres", "no todo es necesario que suceda", decía Crisipo, cuando le objetaban que el fatalismo estoico conducía al aniquilamiento de la personalidad frente a las cosas.

La moral kantiana está, pues, con nosotros y a nadie que la conozca se le ocurre rebatir la libertad con el argumento de los estoicos. Más respetable nos parece el razonamiento de Sócrates, que el señor Pallarés, no podría invocar en contra del libre arbitrio, sino a riesgo de caer en otra flagrante contradicción.

Argumento de los estoicos fué también el del sentido común, especie de realismo ingenuo que nada puede demostrar con evidencia ni en el terreno de lo fenomenal siquiera, y que sería infantil ostentar como fundamento de una tesis metafísica. El *nous pántoon* de los griegos, argumento estoico, no puede ser invocado por nadie: lo mismo prueba el determinismo en el caso A que la libertad en el caso B, y lo que prueba, sobre todo, es que las soluciones metafísicas no deben buscarse en lo fenomenal.

Y bien ¿a qué quedan reducidos los argumentos irredargüibles de los estoicos invocados por el señor Pallarés? A unas cuantas sutilezas de valor histórico, a una clasificación de causalidades en principales y adjurantes, lenguaje de conciliación que presentía el *clínamen* de Epicuro y el argumento de Carneades, que nuestro crítico se cuida de rebatir.

El más sólido argumento, el de la causalidad, confunde, como hemos dicho, dos asuntos: el del libre arbitrio, con el problema más amplio de la libertad del ser.

La solución determinista del primero no significaría, fatalmente, el determinismo en el segundo caso, puesto que mientras en uno el sujeto es el hombre y la dependencia, de existir, se referiría al no-hombre, en el otro caso el sujeto es la voluntad, parte de la personalidad, y su relación se referiría a la no-voluntad.

Desde la "Crítica de la razón pura", la causalidad es una simple categoría, vacía de sentido, cuando se quiere aplicar al mundo *noumenal*. Ella rige el mundo de los *fenómenos*, el de la experiencia, el de las formas subjetivas de la sensibilidad,

pero no el de las realidades eternas, el *noumeno*, fuera del espacio y del tiempo, imperio de la causalidad *inteligible*. Para ese mundo, los principios y los conceptos de nuestro entendimiento no tienen sentido.

En el mundo *noumenal*, reina la libertad, y como el hombre no es sino "su propio fenómeno", sus actos concatenados, entrelazados *entre sí*, se rigen por las leyes de la causalidad y determinan su *carácter empírico*, pero ese *carácter empírico*, que no es sino la expresión del hombre en sí, del hombre-noumeno, tiene su origen en un acto libre.

Somos, pues, un producto de la libertad, que en la "Crítica de la razón práctica" se hace "necesaria" para explicar el imperativo del deber, fundamento de la responsabilidad moral.

Pero el señor Pallarés resolvió el problema sin refutar a Kant. Apenas si recuerda al más grande filósofo de los tiempos modernos, y cuando le dedica una frase, es para embanderarlo entre los positivistas, cuyas teorías fincan, dice, en la "Crítica de la razón pura". Es cierto, el positivismo tiene donde asirse en Kant, en un Kant fragmentado, en "el filósofo crítico inexorable en su agudeza dialéctica", pero por encima de ese Kant está siempre "el filósofo ético, para quien la grandeza de la ley moral grabada en nuestros corazones, no era menor que la grandeza del cielo estrellado".

A ese Kant de la moral estoica y del "yo solitario" a quien Enrique Heine no alcanzó con su ironía, padre del más noble idealismo contemporáneo, le repugnaria la exégesis del escéptico bonaerense ya intentada, por cierto, en algunos manuales del positivismo.

Decir, pues, que la libertad es un principio en decadencia, sin rebatir la moral kantiana, sin señalar al menos quiénes la han rebatido con eficacia, es aplicar una frase de escéptico a un problema trascendental.

El que está vencido en los tiempos modernos es el libre arbitrio medioeval, afanado en conciliar la libertad con la gracia y la preciencia, empresa tan respetable como el fatalismo de los estoicos — recordado por Pallarés — y el de la rotación de los astros, que, junto con el determinismo redentor de los pedagogos, embruteció al pobre Segismundo del teatro español.

Pero la otra concepción libre arbitrista cuya prueba psicológica halla Descartes en el sentimiento y en la creencia de la libertad — a lo que Fouillée agregaría: el amor de la libertad — y cuya necesidad fundamenta Kant en la ética, no precisa revivir, porque jamás ha muerto, pese a los escépticos, esos "nómades a quienes todo lo estable les asusta", según la bella definición del mago de Koenigsberg, y pese a los positivistas, cuyo determinismo se resuelve, en último análisis, en otra prueba más a favor de la libertad.

El argumento de Spinoza de que los hombres creen que son libres porque ignoran los motivos que les determinan, se desvanece ante el hecho de que cuanto mayor es la deliberación de la voluntad, tanto mejor se explican sus actos y más hondamente se experimenta la responsabilidad que acarrean. Dígalo si no la triste historia de aquel ciudadano de Ginebra, a quien no pudo el filósofo holandés, con sus razones, desvanecerle la imagen de una Inclusa

y cinco niños abandonados por los caminos de la miseria.

Somos libres porque sentimos nuestra libertad por introspección; porque nos afectamos ante el mal que hicimos y nos complacemos ante el bien realizado, alta virtud del espíritu que nos da el arrepentimiento para rendición de nuestros errores y la responsabilidad para premiar o castigar nuestras obras. Y no vaya a replicarnos el señor Pallarés que algunos no sienten la libertad, porque despreciamos el argumento. Vivan en paz los que aceptan gustosos el imperio de los sentidos—tan amplia es la libertad que hasta eso se justifica en su nombre — mas no vayan a decirnos que lo hacen a pesar suyo, porque los "autómatas", pobres seres encarnados en la suprema forma del hombre, pertenecen a la psicología mórbida, a la psiquiatría y a toda esa ciencia lombrosiana que nuestro crítico aún frecuenta.

"El determinismo impera en la práctica", dice el señor Pallarés, y esto no es exacto.

Los laboratorios no han podido hacer experimentos sobre la voluntad por la imposibilidad material de repetir todas las circunstancias que acompañan a la volición en un momento dado, es decir, que la experiencia directa no ofrece garantías de certeza.

Por lo demás, la psicología experimental no podría darnos sino soluciones relativas, y todas sus conclusiones tendrían valor únicamente para el mundo de los fenómenos, de las apariencias del ser — diríamos en el lenguaje kantiano.

La estadística, a la que también parece referirse el señor Pallarés, tampoco ha respondido a las es-

peranzas de penalistas y sociólogos. Si fuera posible predecir los actos humanos con la exactitud con que predecimos la vuelta de un cometa, ya habríamos aliviado a la humanidad de todos sus crímenes.

La conducta humana escapa a toda previsión y esa imposibilidad de conocer sus actos futuros, que la lógica inglesa achaca al *azar*, no puede ser eliminada con ningún cálculo de probabilidades. De ahí que sea imposible también construir una sociología como otra cosa que ciencia de observación; porque la conducta social, conducta humana, en último análisis, es imprevisible. Al llamar "palabrota" a la sociología, el señor Pallarés no ha caído en cuenta que su escepticismo no tiene derecho de aplicar el dogma de la ignorancia a la ciencia, ni su positivismo puede desconocer las justas pretensiones de la sociología, hija legítima y hasta predilecta de Augusto Comte.

Nada menos que de la sociología, la ciencia determinista que dibuja en un mapa el pasado, el presente y el futuro de los pueblos! ¿Pero en qué quedamos, señor Pallarés? ¿Es posible ser determinista y no creer en la sociología?

Lo que no es posible, sin caer a cada paso en las mayores contradicciones, como le acontece al señor Pallarés, es ser escéptico, porque los mejores, dice Nietzsche, "no han tenido hasta ahora bastante franqueza, ni los más capaces, genio suficiente". Y prácticamente impera la libertad; sólo ella puede justificar el castigo en materia penal, la responsabilidad en todos los actos de la vida, la fe en la amistad, la nobleza en el amor, el arrepentimiento y la satisfacción. Lo contrario, el determi-

nismo, la conciencia "epifenomenal", significaría, lógicamente, la clausura de las cárceles, la libertad de todos los foragidos que obraron mal porque no pudieron obrar de otro modo, y la irresponsabilidad en la vida: el absurdo moral.

A los argumentos en favor del determinismo entresacados de novelas y poesías, no contestamos. Hasta falta de seriedad podría verse en nuestra respuesta si replicáramos un razonamiento positivista o escéptico de Anatole France, con una página de Bouvard et Pécuchet o una pastorela de Longus. verbigracia.

Por otra parte, quien al exquisito autor de Tais lo embandera entre griegos o troyanos, da prueba de no haber comprendido su obra, puesto que ve "novelas de tesis" donde el eximio francés cinceló joyas primorosas, frutos de la libertad creadora. Lo gracioso del caso es que en Anatole France podrían hallar los místicos un argumento, y los católicos ortodoxos la segunda muerte de Pilatos o el triunfo de su fe, porque la ironía gálica de aquel ilustre señor, está por encima de todos los dogmas, de todas las escuelas, de todas las filosofías. Y por eso es admirable y única su ironía... La obra de arte es necesario advertir, ya que llegamos a este tema, es producto de la libertad. Kant fundó la teoría de "la finalidad sin fin", ya presentida por Tomás de Aquino, y Schiller, el poeta de la filosofía kantiana, le dió forma en sus cartas y aplicación maravillosa en su Guillermo Tell; y desde entonces no hay un solo filósofo que al llegar a este punto no reconozca la libertad, no ya como explicación posible de ese fenómeno que se llama "obra de

arte", sino como postulado necesario para su comprensión.

Spencer — pontífice, seguramente infalible, para Pallarés, el positivista, — malgrado sus tentativas de aplicar la evolución a los sentimientos estéticos, tiene que reconocer el desinterés y la finalidad en sí de la obra artística — conceptos aprendidos, dice, "en un viejo libro alemán", que se llama "La Crítica del Juicio", agregaron con cierta sorna algunos historiadores. Taine, Tolstoy, Guyau, Brunetière, y hasta Zola, ¡válganos Dios! tuvieron que conceder acomodada, claro, a sus teorías deterministas y utilitarias, que esta combatida libertad era un hecho en la obra de arte y hasta la sintieron como el inmortal autor de "La Campana", frente a los mármoles serenos o al través de las grandes concepciones literarias.

La libertad, en el peor de los casos, es "un hecho", por lo menos en el arte, y sin la libertad no tendrían explicación sus creaciones.

Por eso los novecentistas podemos leer indistintamente a Renan, a Leopardi o al Kempis. Porque vemos en la obra artística una finalidad en sí, cuya virtud del desinterés la pone por encima de todos los dogmas.

Si, en efecto, un novecentista no pudiera comprender a Byron ni admirar a Omar-Al-Kayyan, como el señor Pallarés pretende, la misma lógica le impediría a nuestro crítico aproximarse al caminante florentino o sentir a los griegos, "esos niños grandes que creían en muchos dioses", o admirar — so pena de renegar de su escepticismo y positivismo combinados — otra pintura que la flamenca y otra estatuaría que las groseras imágenes fenicias.

Y ningún derecho tendría él, por último, de aludir siquiera al kantiano, poeta de "Ici-bas", que se pasó su vida cantando a la Amistad, a la Justicia y a la Verdad, que terminaría por encontrarlas como intención y como "imperativo" en el fondo de su conciencia.

Manía positivista es esta de hacer servir la obra literaria a un dogma filosófico y no ver en ella sino su contenido intrínseco. Era la teoría de Zola, autor de novelas experimentales sobre cuyos datos, su posteridad — decía — nosotros, que les tenemos olvidado a él y a sus "series"—escribiría códigos y tratados de legislación; es la teoría de Dumas (h.), y la de Pallarés, por último, que cree que puede discutirse metafísica con frases pronunciadas por el abate Julio.

Un día de éstos, cuando menos pensemos, algún materialista trasnochado va a deducirnos un tratado de moral, de la miserable filosofía que Oscar Wilde puso en labios de Dorian Gray...

¿Y cómo se atreve el señor Pallarés a decir que Goethe, el inmenso idealista Goethe, cantó el desaliento, cuando su única obra llena de pesimismo, Werther, fué también su único arrepentimiento literario? (Véanse Sainte-Beuve y las cartas de Goethe a Kesner.) En cambio aquel poeta de Herman y Dorotea, dulce y sencillo como un pastor de Arcadia, o el otro, el de Fausto, enfermo de metafísica, de vivir aún, protestaría, seguramente, por la incompreensión de sus lectores.

Si la voluntad humana tiene una voz potente en la poesía esa es, sin duda, la del Júpiter de Weimar, "A ese no lo vencerás", oye decir del hombre, Mefistófeles en el Prólogo del Fausto, y malgrado

las tétricas noches del Sabat, el sabio doctor ha vuelto con las trébedes y "Eumofión ha nacido en las nieblas hiperbóreas".

Por otro lado busque el señor Pallarés a los compañeros de Mirbeau, que allente el Rhin, Kant era muy leído y a "La Campana", plegaria del trabajo y epopeya de la voluntad triunfadora, sabíanla de memoria hasta los niños de Alemania.

Una filosofía sin metafísica, es una filosofía derrotada, dice Pallarés Acebal. Los novecentistas estamos completamente de acuerdo en este punto con nuestro crítico, y por un simplísimo silogismo llegamos a la conclusión de que el escepticismo, el positivismo y la combinación escéptico-positivista, geringonza filosófica de nuestro contrincante, son filosofías derrotadas: porque no tienen una metafísica y, en consecuencia, tampoco pueden tener una moral. No lo decimos nosotros únicamente, lo afirma Pallarés, con frase despiadada (pág. 186).

Y heos aquí ante un hecho asombroso: este mismo señor Pallarés que escribió improperios contra la Verdad, que se declaró escéptico, sin perjuicio de esperar que las últimas palabras las pronuncien la biología y la psiquiatría, es el que delira ahora por una metafísica — ciencia de lo absoluto — y se indigna porque nuestro manifiesto no tiene entre sus líneas las diez letras anheladas.

¿De modo que el señor Pallarés cree en la Metafísica — contra el escepticismo y contra el positivismo?

¡Y habrá gente en el futuro que diga de Ingenieros: "no hizo escuela"!

El manifiesto del Colegio no tiene efectivamente en sus líneas la palabra metafísica, pero entendíamos que hablar de "la realidad libre de la personalidad humana" era plantear en términos metafísicos el problema de la libertad y en consecuencia, postular una metafísica, puesto que no se concibe idealismo sin ella.

Desde los tiempos de Locke la faz psicológica del problema de la libertad está bien separada del aspecto metafísico, y quien hoy habla de una "voluntad ética, exenta de todo determinismo sensualista" habla, por supuesto, de la libertad, en términos metafísicos, salvo que el señor Pallarés también pretenda negar la libertad en su acepción psicológica, que ya nadie discute.

Decir, como lo establece nuestro manifiesto, que se exige al hombre la responsabilidad moral de todo acto suyo, es proclamar el principio de que la personalidad puede *querer* en el mismo momento y en las mismas condiciones, de más de una manera; es plantear una cuestión metafísica, es resolver el problema de la ambigüedad de los posibles, es hablar de la "posibilidad" — asunto metafísico — es tratar, por último, *la personalidad* misma, capítulo que, quieran o no quieran los positivistas, es muy grande para que quepa en la psicología. Y quien así no haya entendido nuestro manifiesto, o no comprende los problemas de la libertad o trae un grano de suspicacia a este debate.

Prueba de que el señor Pallarés entendió que nosotros tenemos metafísica — sin especificar cuál, porque deliberadamente no adoptamos un sistema dentro del idealismo — es el hecho de que todo su trabajo está dirigido contra la libertad, la responsa-

bilidad, la voluntad, etc., que sólo pueden ser discutidas a la luz de un criterio metafísico. De no haber sido así, toda su crítica no tendría razón de ser.

Cuando hablamos de una libertad, prácticamente limitada por "las normas establecidas en dos mil años de civilización cristiana", no tiene derecho de entender el señor Pallarés que nos referimos a tales o cuales "imperativos" del Evangelio, del Syllabus o del Index, puesto que no hemos dicho "normas cristianas" y menos "católicas", sino "*normas establecidas en dos mil años de civilización cristiana*", que así se llama, pese a quien pese, la civilización moderna, donde, ¡doloroso es reconocer!, también pululan sacerdotes de Astarté y retardados peregrinos a las fiestas lampsacianas de Priapo. Y claro que estos últimos no pueden ingresar al Colegio Novecentista, porque nuestro idealismo, que es afirmativo, exige, dijo, una vez "moralidad como acción de conducta".

Porque somos libres, porque proclamamos nuestra capacidad para imponernos "una conducta" en la vida, porque nos sentimos con suficientes fuerzas morales para someter a normas nuestras acciones, por la *libertad*, precisamente, se explica que pueda un novecentista, limitar sus actos a lo que cree bueno, y afirmar así, en términos categóricos, que va a vivir de acuerdo con los dogmas, con los preceptos y con las enseñanzas que escogió, *libremente*.

Pero el señor Pallarés cree que esta limitación, que nos la hacemos porque sentimos en nosotros una voluntad capaz de determinarse a sí misma, significa, por el contrario, una negación de la libertad, y como escribimos la palabra "cristiana", que

le asusta, deduce con criterio teológico dos cosas: 1.º la libertad no existe; 2.º los novecentistas son católicos. ¡Flamante lógica!

La brevedad del manifiesto novecentista impedía hacer un catálogo de los fenómenos pertinentes a la ciencia, como asimismo especificar qué normas de la conducta humana escapan a su dominio. Pero había sido imprescindible ese catálogo, según se desprende del trabajo del señor Pallarés, quien "inagüer los años que ha", como diría el gracioso Arcipreste, todavía necesita distingos pueriles y *tantologías*, si cabe la expresión, de conceptos que deben darse por sabidos.....

La ciencia, hemos dicho, no debe dictar normas a la conducta humana. Desde luego, nos referíamos a todas esas estériles tentativas del positivismo para fundar una Moral y una Metafísica basadas en la observación y la experiencia, — y nos complace que el señor Pallarés reconozca que la ciencia nada tiene que ver con lo absoluto —, pero ignorábamos que esas tentativas se redujeran a las de Haeckel, cuando se sabe que raro es el biólogo que no haya ensayado una explicación de lo absoluto. Bastaría citar a Le Dantec, recientemente fallecido, que abordó el viejo problema metafísico de la substancia y sus formas y definió la vida como un fenómeno químico.

Toda la escuela inglesa de Myers, Sidwick, su corresponsal James y Richet, que dió el crisma a la ciencia Metapsíquica, es otra prueba de ello. El propio Metchnikof (Estudios sobre la Naturaleza humana) reconocíale a Brunetière, que la ciencia moderna tendía a salir de su campo de acción, invadiendo el de la filosofía.

Las protestas del idealismo contra esta manía de aplicar un criterio científico a los problemas absolutos de la filosofía, o sea contra el *cienticismo* (1), no significa que los idealistas desprecien la ciencia, ni mucho menos, como dice el señor Pallarés. Descartes y Renouvier en matemáticas, Kant en ciencias físico-naturales, Bergson en biología, Croce en psicología, han sido y son grandes cultores de la ciencia, lo que no les ha impedido descartarla en materia filosófica.

También nos critica el señor Pallarés que el novecentismo sea modalidad de espíritu ajena a la política y a la religión.

(1) Se extraña el señor Pallarés por el uso de la palabra «cienticismo» que, en su opinión, debe sustituirse por «cientifismo». Ni científicismo ni cienticismo figura en el Diccionario de la Academia. El vocablo latino «scientia», de acuerdo a las reglas más elementales de la formación de los sustantivos, debería darnos científicismo (cienti-(c)-ismo), puesto que científicismo sería la derivación no del «scientia» latino, sino del adjetivo «científico», con lo que tendríamos un nombre sustantivo derivado de un adjetivo (nadie dice «dogmaticismo», ni mecanicismo, ni pragmatismo, si no dogmatismo, mecanismo y pragmatismo, que, aunque de origen griego dos de ellas, siguen las mismas reglas de formación). El «uso» tiene el derecho, sin duda, de crear vocablos, pero no el de impedir la formación de términos cultos. El idioma español ya tenía las palabras derecho, delgado, isla, etc. del «sermo vulgaris», cuando fueron introducidos los vocablos «directo, delicado e insula», respectivamente sinónimos, por el «sermo eruditus», sin que nadie se asombrara.

Por otra parte, el francés tiene a su vez la palabra «cientifisme», mucho más lógico, en ese idioma, que el científicismo en el nuestro.

Después de esta aclaración filológica se dará cuenta el señor Pallarés que no es tan obscuro como le pareció ~~veris~~ el lenguaje de los iluminados.

La manía gramatical de nuestro crítico es inmensa. Así, por ejemplo, se le ocurre interlinear un «les usado

En verdad poco nos interesa la política en este país, donde los hombres se pasan de la extrema izquierda al oficialismo, sin sambenito que les asuste. La política de comité que en bulevardesco idioma se dice "arrimo" o "acomodo", poco interés tiene para quienes le achacan a ella buena parte de la incultura nacional. Por lo demás, el problema político se resuelve dentro del novecentismo en un problema de educación popular, aspecto sobre el cual no insistiremos, puesto que ni lo menciona nuestro crítico.

En cuanto a nuestra independencia en materia religiosa, la mejor defensa se la debemos al señor Pallarés, de cuya crítica entresacamos lo que sigue:

"La filosofía pura, esto es la verdad, no *debe tener nada que ver* (la cacofonía también es del señor Pallarés) con la religión. La religión obedece a una necesidad muy diferente de la que da origen a la filosofía, y mucho más subalterna. Sólo hay entre ambas, algunas veces, ciertos rozamientos, ciertos contactos que nacen de una misma inquietud o de una misma emoción. El filósofo, siempre dentro del ámbito de su investigación, puede llegar a

por nosotros, que está muy bien puesto, sin embargo, en virtud del conocidísimo pleonazgo.

En cuanto a su duda gramatical sobre el párrafo «ajeno a toda suerte de índole religiosa», se la aclararemos gustosos; El vocablo «suertes»; del ablativo latino «sorte» o del acusativo «sortem», tiene, entre otras acepciones, la de asunto, cuestión, etc. «Índole» del latín *indoles* -is, quiere decir naturaleza, carácter, etc. Truéquense, pues, los «iluminados vocablos» por sus equivalentes y tendremos la expresión: ajeno a todo asunto de carácter religioso, con lo que queda despejado el enigma.

Perdonará el señor Pallarés esta breve digresión de epigrafía, pero en alguna forma debíamos corresponder a sus puntillos de dómine «valbuenesco».

sentir como el religioso en un momento dado. Tal coincidencia no los confunde; solamente los relaciona. *Pues el problema de la religión no puede ser de ningún modo el problema de la filosofía.*"

¿Será menester que agreguemos nosotros algo? De ninguna manera; todo lo ha dicho el señor Pallarés.

Estos escépticos o positivistas o, mejor dicho, estos críticos no sólo sin sistema, sino también sin "escuela", son de fácil refutación. En el caso del señor Pallarés, por ejemplo, el positivismo de las últimas páginas de su trabajo se rebate con el escepticismo de las primeras, y a éstas, con el absurdo de las conclusiones a que conduce todo escepticismo, a parte de que la mejor apología de la vida, dice un filósofo de la Iglesia, está en la vida misma.

El renacimiento idealista contemporáneo, es un hecho innegable. El positivismo, decepcionado, fracasado, incapaz de darnos una definición en cuya síntesis halle el espíritu humano, el milagro de su origen y su destino, ha pasado a la historia de las teorías, sin el atractivo siquiera, de la belleza y de la fe que otras tuvieron. Su basto criterio no pudo ser el prisma en cuya arista el alma, sutil, incorpórea y fecunda, como la luz, revelara el encanto de su divina esencia. Ha pasado y nada podemos esperar de él.

Si el idealismo, en cambio, dirá o no, la palabra suprema, no sabemos, pero es lógico presumir que, descartado el escepticismo — filosofía negativa, incapaz de construir nada, derrotado el positivismo, que todo quiere circunscribir a conceptos mecánicos estrechos, — sólo nos queda este camino que en el improbable caso de que fuera el del error,

tendría, al menos de parte suya, el aliciente de la belleza y de la virtud.

Por eso vivimos en un período en que el alma — diría Maeterlink — pugna por salir a flote para imponer su ley a la materia inerte. Toda nuestra filosofía actual es idealista, y mientras los Wilde y demás exquisitos pasaron para siempre como la moda que los trajo en nombre de una sensibilidad enfermiza, Tagore nos perfuma el espíritu con las especias de su tierra, Maeterlinck agota sus ediciones, y los poemas de Kabir nos abren un nuevo mundo de esperanzas.

Señor Pallarés Acebal:

Como los dioses Tesalios en la fábula de Heine, los ídolos del ochocientos han comenzado ya el desbando...; vencidos, aquéllos, en religión y en moral por el Logos joánico, que predicaba Pablo cerca de Roma y por la esperanza cristiana que iba sembrando Pedro en los caminos del Lacio, el viejo Dios de los griegos con su divina comparsa, tuvo que buscar refugio en tierra de descreídos. Mas no le fué doloroso el exilio a la prole de Saturno, porque le quedaba, al menos, un imperio: el de la belleza suprema. A los pobres ídolos del positivismo, en cambio, ni ese consuelo les queda — porque son feos, antiestéticos — y aseguran, los que contemplan el desbando, que son hasta ridículos vistos por detrás.

El Colegio Novecentista.

LEONARDO DE VINCI Y CERVANTES

¿Qué me dicen estas dos figuras extraordinarias, que se levantan sobre el horizonte de la vida, más allá del tiempo y del espacio, más allá de la razón, vestidas de un velo universal y eterno? ¿Qué me dicen estos dos hombres que alentaron en su espíritu el espíritu de todos los hombres y en su conciencia la conciencia de todas las edades? Al uno lo evoco en las calles florentinas, bajo la sombra de los palacios altaneros, o ya contemplando el Arno, desde Fiésole, las suaves colinas y los crepúsculos que descienden sobre el vecino monte, con nubes azuladas; y en esa contemplación *renace* por vez primera la naturaleza: en la hoja tembladora o taciturna, en el rayo de sol que se quiebra en los tejados o se esconde para morir en la onda de los ríachos, y al contemplador lo evoco en las faenas del taller o del certamen, y lo evoco más tarde en andanzas por el mundo, y luego, después de haber gustado la savia del árbol del bien y del árbol de la ciencia, lo veo recogerse bajo la encina secular en los jardines de Francia. Al otro no lo evoco en el magnífico combate del mar sonoro, entre el fragor de las armas y la pólvora enemiga, bajo el cielo de Píndaro o de Homero, ni en la corte principesca donde aprendió el secreto del mundo en la vanidad

y la soberbia, ni en la lúgubre mazmorra de las cárceles orientales, donde aprendió el secreto de los fuertes en la conciencia propia —, empero lo contemplo, “poderoso y solitario” por su mismo genio, en los caminos grises de Castilla, en los caminos pedregosos, sin árboles y sin fuentes a la vera, que al ponerse en ellos la planta peregrina fueron desde entonces caminos del mundo...

Ciertas existencias humanas tienen el prestigio del mar, no del “infecundo” de que nos habla la “Odisea”, sino del mar insondable, preñado de misterios, que embarga la razón y levanta el alma a la región de lo sublime. ¿Quién penetró el genio de Leonardo y de Cervantes? ¿Quién conoció la génesis de ese genio y su florecimiento en el arte? Generaciones seculares pusieron su sensibilidad en “El Quijote” o en “La Gioconda”, y ninguna de ellas reveló el misterio absoluto del arranque que mueve el brazo del Manchego y que anima la sonrisa de la mujer incomparable; dijeron que era el escarnio de una cultura literaria el gesto hidalgo; dijeron que era perversa ironía el pliegue imperceptible de una boca. Se habló de venganzas mezquinas y de celos bastardos, y se olvidó que una esencia celeste levantaba a superior esfera el brazo que castiga y el labio fácil que enamora.

¿Dónde vió Leonardo “su sonrisa”? ¿Tenemos certeza de que alguna vez la viera? Y si la vió, ¿no sería en las estelas de luz que deja el sol poniente,

o dibujada en los primeros astros de la noche, o ya en la tierra, como aleteo sutil e impalpable en cien mujeres, que al querérselo aprisionar en un labio se desvanece como sueño?

Dicen que el Vinci se pasó largos días ante la imagen de la mujer del Giocondo; dicen que estudió anatómicamente el rostro: la amplia frente, las cejas, el arranque del cabello, el óvalo puro; dicen que se inclinaba pensativo ante el encanto misterioso de las manos de dedos fugitivos y uñas nacaradas; dicen que puso su oído en el estremecimiento del pecho, que alzaba la túnica obscura del hábito que brevemente lo ceñía; dicen que percibió el discurrir de la sangre bajo la piel de nieve, y adivinó el pensamiento de la frente en la chispa de los ojos y en el color de las mejillas, rosa pálido. Y los días pasaban sin que la sonrisa iluminase el rostro con la luz de las pupilas, sin que la sonrisa revelase el enigma interior por las "dos ventanas del alma". ¿Hallaría él la sonrisa en esos labios, la sonrisa que vislumbró en pretérita existencia, cuyo encanto fascinaba su vida por el mundo? ¿"La Gioconda" sonreiría? Músicas suaves llenaron entonces la estancia donde la "donna" y el pintor se recogieron. Fué la música:

A cuyo son divino
El alma que en olvido está sumida,
Torna a cobrar el tino,

Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.

Fué la música la que desprendió del alma del artista, la sonrisa sutil, vagarosa, que se posó en los labios pálidos del modelo un instante fugitivo, y se eternizó en la tela por el arte. Y al conquistarse el secreto del labio, se conquistó el espíritu que discurre por el pecho y las manos de la mujer elegida: y ese también fué el secreto de Fidias, cuando el griego engalanó de gracia ideal, desde la cabeza a los pies, el niveo mármol de sus creaciones estupendas.

¿Quién fué la señora "Dulcinea del Toboso"? El Manchego en un momento de sublime lucidez, nos dice que sólo la ha visto cuatro veces, "y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba"; Sancho la recuerda, por menudo, como moza fuerte, dedicada a faenas rústicas. Ante la simpleza del escudero, aquél prosigue: "Bástame a mi pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y lo del linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo". Y la mujer zafia, hija de labradores, se alza en su imaginación con todos los atributos de la hermosura, y en ella resplandece, no igualándosele en perfección ni Elena ni Lucrecia: "que si por esto fuere

reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los juiciosos". La humanidad ratificó estas últimas palabras y persiguió en la castellana humilde un sueño de amor y de belleza. Mujer de carne y hueso fué "Dulcinea", pero mujer encumbrada hasta los cielos, y vestida de luz, cuyo resplandor se derrama en el mundo y penetra en el espíritu de todos los hombres. Y en esa mujer se reveló el secreto de Parrasio, el pintor helénico, quien alcanza la perfección sobrehumana, al recoger de sus modelos la parte más bella, para formar luego un conjunto armonioso y único.

Leonardo busca en el seno del pueblo los modelos vivientes de sus creaciones artísticas. Dicen que "La Cena" nunca se terminaba, por faltarle la figura que personifica la figura santa, y dicen que ésta fué la misma que representó a Judas Iscariote. Ahí está el "estudio" de la cabeza divina, ahí está el Cristo que conoce su próxima muerte, la traición y la ignominia, y que se eleva, no obstante, sobre el mundo, con un gesto de serena resignación. ¡Cuánta gracia celeste, cuánta mística dulzura, cuánta humana comprensión, infunde el Vinci en su estudio incomparable! ¡Cómo se purifica la expresión plebeya del modelo en el fuego sagrado del arte! ¡Cómo se armonizan el barro de la vida, la sombra de la muerte y la luz de las esferas, en el pincel que penetró la vida y la muerte, dueño del misterio! ¡Cómo el genio de la tierra se levanta y se anega en "luz no corrompida"!

Cervantes busca en un pobre hidalgo de la Mancha el tipo que simboliza la caballería andante. Ahí está Alonso Quijano, henchido de ridículos ensueños; ahí está en sus primeras aventuras moviendo a risa al docto y al indocto; ahí está la venganza de un pasado en el brazo que se yergue contra molinos y carneros; ahí está en esa figura enjuta la expresión del sarcasmo y la mofa..., pero el hidalgo maltrecho y burlado se levanta poco a poco: su ideal humano crece y manda su sombra por doquiera, sombra que cubre los caminos de Castilla y llega hasta Sancho... Y en la sombra del "Quijote" el espíritu de Cervantes se anima, y el espíritu de su tiempo y de su raza, y el espíritu, en fin, de todos los hombres, que hallaron un símbolo de sus deseos y sus ansias en el glorioso y triste Caballero.

¡Leonardo y Cervantes! Los dos cruzan por la vida sedientos de humana curiosidad; los dos interrogan el misterio de la tierra y de los cielos, y los dos revelan la luz de ese misterio en sus creaciones inmortales; los dos ponen esencia universal, como dijo Goethe, en lo particular y transitorio, y los dos estremecen a los hombres en el hechizo de una mujer o en el gesto de un hidalgo. Los dos son cruzados del ideal, y tales cruzados nunca descansan, porque el ideal es de esencia inmutable, que "renace" siempre y jamás se apaga, y por ese ideal sus nombres se pronuncian con el mismo fervor, y "Dulcinea del Toboso" sonríe a "Mona Lisa", y el Cristo de "La Cena" bendice al Caballero de la Mancha.

Jorge M. Rohde.

CUANDO YO ME VAYA

A Luis M. Jordán

Puedes decirle al mundo: — Jamás produjo nada, fué un hombre enfermo, inútil, triste decepcionado; que sufrió recordando su juventud pasada y sufrió con su angustia de desilusionado.

Puedes mostrarle al mundo mi vida desgraciada, sin olvidar la sombra del más leve pecado, le dirás, por ejemplo: era bella su amada, y cometió la falta de amarla demasiado.

Pero si algún buen hombre mordido de tristeza, quisiera perdonarme, le dirás con presteza: —Guarde Ud. su perdón.

Este pobre muchacho que ante todas las cosas supo de bellos versos y de fragantes rosas, ya no lo necesita.

Le ha perdonado Dios.

SI ALGUN PERRO TE LADRA

A Korn Villafaña.

Si algún perro te ladra, primero te retiras prudentemente y luego, ya repuesto, le miras con desprecio, con asco. Después le compadeces y bien pronto le olvidas.

¡Cuántas y cuántas veces los canes de la calle me dieron su ladrido!
Cuántas y cuántas veces, yo pagué con olvidos

la impotencia, la envidia, la mezquidad, el odio
y me olvidé del perro, del fútil episodio,
del ademán grosero, de la frase importuna!

Y fui como la luna
que la jauría ladra mientras ella, sonriente
se va por el camino de las constelaciones.
Yo prologué mi ruta, filosóficamente,
y descendió hasta ellos la luz de mis canciones.

Alfredo Genser.

EL COLEGIO NOVECENTISTA Y NUESTROS ESTUDIOS JURIDICOS

La "actitud" novecentista no debe limitarse al campo filosófico. Ciertamente es que en materia de filosofía es donde más se resiente nuestro ambiente de "ochocentismo" y donde es más necesario, por la importancia capital de la filosofía para la cultura toda de un país, renovar, "actualizar", poner el pensamiento argentino dentro de las grandes corrientes contemporáneas. Pero, aparte del filosófico, hay otros campos de nuestra actividad intelectual que se hallan evidentemente muy necesitados de una completa renovación. Tal el campo de los estudios jurídicos. No hay a este respecto más que contemplar, por un lado, los planes de estudios y los programas de enseñanza y de examen de las cuatro Facultades de derecho del país, y por otro nuestra legislación, el conjunto de nuestro Derecho positivo. En una como en otra parte encontraremos dominantes la incoherencia y el atraso.

Basta, en cuanto a la enseñanza del Derecho, recordar que la materia fundamental, la que ha de dar un criterio y presentar una primera visión de conjunto del vasto campo jurídico, ha estado en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, durante largos

años y hasta su muerte, a cargo de un profesor que tenía por lema "el Derecho es la Fuerza" (1), y que hacía gala del más exagerado e intolerante positivismo. Es también un ejemplo demostrativo el programa de "Filosofía del Derecho" de nuestra misma Facultad, programa en el que luchan el índice de la vetusta obra de Boistel con el del libro de Vanni, completamente opuesto a aquél.

A este respecto es imprescindible demolerlo todo y reconstruir totalmente el edificio con un criterio como el de nuestro Colegio, un criterio del "novecientos", que comience precisamente por hacer ver a los que lleguen al campo jurídico, toda la belleza que fuera de la Fuerza y contra la Fuerza tiene el Derecho, y les muestre los funestos errores a que un positivismo trasnochado puede llevar en materia sociológica y jurídica.

En cuanto a la incoherencia y el atraso de nuestra legislación, — que el ejemplo magnífico de la pequeña gran República vecina hace más evidentes — no sería justo atribuirlo a los defectos de nuestra enseñanza. Los de nuestros Códigos fundamentales se han debido a causas ajenas a la enseñanza universitaria, causas relacionadas sobre todo con las condiciones particulares del país en las épocas en que dichos Códigos fueron sancionados. Por de pronto

(1) Una edición, la francesa, autorizada por el autor, de su obra «El Derecho», lleva el título «Le droit c'est la force.»

la República no estuvo durante la mayor parte de los cien últimos años en condiciones de producir el núcleo de hombres de excepcional preparación que la formación de una legislación relativamente perfecta y original hubiera requerido. Los codificadores fueron, ante todo, muy pocos y fueron, además, hombres que al lado de su acción legislativa, tenían una vasta acción política y social a realizar. No pudieron así recluirse en la soledad de sus gabinetes para la preparación de las leyes que el país necesita, ni pudieron dedicarse a su disensión serena y científica en el seno de comisiones o de congresos. Más o menos cabe decir lo mismo de los principales autores de otras leyes fundamentales, quienes han sido en muchos casos personas desprovistas de toda preparación jurídica, médicos, ingenieros, etc.

Esta situación debe cesar. No es posible que sigamos con Códigos anticuados y caóticos, que descuidan la defensa de intereses fundamentales y que hasta ignoran la navegación a vapor, como ocurre con el de Comercio. Tampoco en materia de legislación general puede continuar el desorden y el atraso actuales.

La renovación "novecentista" de nuestra legislación debe ir desde el espíritu superior que la informe hasta el mismo procedimiento, hasta la misma técnica legislativa, sacando la confección de los Códigos y de las leyes fundamentales de las manos de codificadores únicos o de comisiones parlamentarias sin preparación suficiente para entregarlas en ma-

nos de corporaciones competentes que se limiten a poner el Código o la ley, ya hecho, a la sanción legislativa. A este respecto he manifestado ya en otra ocasión que entiendo que el órgano natural para la acción de reforma de nuestra legislación han de ser las Universidades argentinas y en especial la de Buenos Aires, por ser la que cuenta con más elementos para el caso, aparte de que, por funcionar en el mayor centro de población de la República, está mejor que ninguna otra en condiciones de advertir las necesidades reales del país en materia legislativa.

Mientras la reforma no se acomete, la actitud "novecentista" ha de ser de crítica, de crítica severa e implacable de la actual legislación. Es en esa actitud en la que entiendo haberme colocado en mi obra en curso de publicación, "Código de Comercio comentado". Esta es una obra esencialmente crítica del más deficiente de nuestros Códigos. Realizar o tratar de realizar entre nosotros un "Tratado" de cualquiera de las ramas del Derecho privado, me parece, en efecto, prematuro e inoportuno. Podrá ser de utilidad a los estudiantes; pero el país lo que necesita es que los defectos de nuestra legislación sean evidenciados para así apresurar la reforma de nuestro edificio legislativo, hoy tan atrasado, tan del "ochocientos" como el criterio que, al menos hasta hace poco, inspirara nuestra enseñanza jurídica.

Carlos C. Malagarriga.

8, III, 1919.

LEYENDO

I

En la paz del jardín silencioso
se diluye una fresca oración,
que se aleja en la voz de las frondas
y se ahonda en el buen corazón...
Es que ha dado en la cuerda divina
el divino Fray Luis de León.

II

Hoy navego en la calma suprema;
tengo el alma inundada de luz...
Ha cantado la alondra celeste
con el dulce San Juan de la Cruz.

RECLINASTE EN MI PECHO...

Reclinaste en mi pecho tu cabeza
temblorosa de amor, entre mis brazos.
Levemente tus labios sonreían
y tus ojos estaban entornados...
Así te contemplé por un instante,
y hundí todo mi espíritu en tus labios...

Héctor Ripa Alberdi.

DISCURSO

A José María Monner Sans:

Este discurso fué pronunciado en el mes de Abril del año 1917 en el Ateneo de Estudiantes Universitarios, al hacerme cargo de su presidencia. Se me extraviaron los originales en ese entonces, y hoy que por una infeliz casualidad he vuelto a hallarlos, al decidir su publicación, siento la necesidad de dedicárselo a quien tuvo la culpa de que lo pronunciara. Y me place esta dedicación hoy que se ha definido tan categóricamente nuestra oposición intelectual, porque al estamparla renuevo en mi espíritu la evidencia consoladora de que la fuerza ignota de la amistad, resuelve la oposición en una inalterable coincidencia afectiva T. D. C.

Hay en la apreciación de las cosas y en la manera de la conducta activa, dos formas de actitud espiritual: se puede apreciar y obrar con amor o con cariño; digo, con entusiasmo o con serenidad.

Siempre se predica que el entusiasmo es una virtud de nuestra edad; yo diría que es la manera natural de los temperamentos jóvenes; quiero decir con ello que no es una virtud sino algo que simplemente *es*.

Por lo tanto me atrevo a discutir la prédica y si no llego a creer que el entusiasmo a nuestra edad sea un mal, sí me atrevo a pensar que es un peligro. La forma natural de las cosas no es siempre lo que las cosas deben ser, y adelantando mi juicio puedo decir que el entusiasmo estará mejor en la época en que la personalidad ha terminado de hacerse, es

decir, cuando la forma natural del temperamento es la serenidad.

Para explicar mi convicción os diré que son para mí la juventud y el entusiasmo.

La juventud es el momento de la explosión vital; la vida, hecha torrente, pocas veces encuentra cauce marcado; se vive entonces según el primer impulso, o el impulso más fuerte, en un afán continuo de pluralizarse, y si no de quererlo todo, al menos de querer conocerlo todo; ved que no digo saber, sino conocer, porque el saber presupone método y concentración, y la juventud es una polifurcación desordenada, un torrente sin cauce, como la vejez es un cauce sin torrente.

El entusiasmo, a su vez me aparece como un atributo de la actividad. Como atributo presupone dos cosas para legitimarse: que una actividad exista y que merezca exaltación. Me pongo en todos los terrenos, intelectual o sensible, el entusiasmo en la acción o en las ideas. Así se explica que sea el entusiasmo la forma natural de los temperamentos jóvenes; hay en el fondo de éstos como el rumor de un manantial perpetuo, de donde brotan los impulsos a gastar la vida en una exaltación de todas las actividades, de todos los movimientos, de todas las convicciones. Se dirá que esto es noble y dignificante generosidad, ¿pero, habrá ocurrido pensar si es razonable? (1). La actividad juvenil — ya lo dijimos — es naturalmente desordenada y sin oriente; y es desordenada por la enorme desproporción entre ella y los fines a que puede aplicarse.

(1) Razonable por oposición a inconveniente, porque creo que toda actitud para ser ordenada y conciente debe necesariamente tener un origen racional. Es inoportuno en este lugar agregar el porqué.

Ninguno de los fines de nuestra edad — como no sea el único y despreciado de conocernos a nosotros mismos — puede él solo enfocar todas las energías; por eso busca aplicarse en múltiples direcciones distintas. Hay mucho afán pero también muchas fuerzas distintas que lo solicitan tratando de arrastrar el espíritu en el instante en que debemos comenzar a conocerlo. Afanes que llevan a probar todas las actividades y entre todas una que ejerce una atracción fatal: la política. Y bien la política es el superlativo de esa forma ilusoria de la realidad que se llama la apariencia; son aparentes, su moral, su utilidad, sus resoluciones y las reputaciones que consagra. Pero la forma aparente de las cosas es una forma falsa. La política, — hablo de su mal sentido actual — es una sistematización de la falsedad.

¿Es razonable que a esa actividad desorientada y sin concierto se le agregue el atributo de la exaltación? Pienso lo contrario, este es el trance en que la serenidad es supremamente necesaria.

Serenidad, actividad íntima y silente, estado propicio a la meditación, camino y cumbre de la vida interior, del vivir según nosotros mismos, donde nada nos solicita ni nos empuja que no sean las fuerzas del mismo espíritu. Vivir en la serenidad es volver las espaldas al ambiente (1), a ese ambiente que cuando se ha vivido buena parte de la vida universitaria deja una dolorosa sensación de vaguedad, de incipiencia y de frivolidad — humo de hoguera apagada, — en el que Séneca hubiera

(1) Quise dar a entender con esta expresión que nuestra vida debía aislarse del ambiente hasta revestirse de fuerte armadura espiritual con la cual habría de librar la gran batalla por la formación del nuevo ambiente que no es un producto fatal y determinado sino obra libre de las libres voluntades individuales.

vuelto a exclamar, con menos razón, y con más ironía que en su tiempo: ¡cuántos hombres conozco que podrían ser sabios si es que ellos no pensarán que ya lo son! — y ahondando la mirada siempre en nuestro interior, afanarnos por llegar a la realidad profunda de las cosas; por enfocar nuestras inclinaciones convictas, en el sentido hallado de nuestra vocación, es decir en la recta conciencia de una aptitud determinada; conquistar por fin algo poco vulgar (2), pero tan necesario en estos asuntos del espíritu, como la tranquilidad de conciencia en los asuntos del honor: llegaremos quizá algún día a conocernos a nosotros mismos.

Grave asunto este del propio conocimiento, no ha de ser obra de un año, pasarán muchos de perseverancia tesonera, y allá, al fin, arrivaremos — si es que a Dios no se le ocurre antes la idea caritativa de impedir la desilusión de conocernos. Recién entonces, surgiendo la actividad de convicciones profundas templadas en la meditación estudiosa de muchos años podrá empenacharse de entusiasmo.

Imagino la evolución ideal de nuestra juventud según la línea de una espiral que, del círculo más amplio y exterior — el momento del vivir hacia afuera, desordenado y difuso — vaya cerrándose en una concentración paulatina y continua, hasta llegar al punto solitario y luminoso de una profunda intimidad con nuestro propio espíritu.

Y ahora me hago cargo de una objeción posible ¿y el carácter, se dirá, que será de él en el enclaustramiento espiritual que se pretende? Será justamente lo que debe ser. Es que yo creo errada la noción que del carácter tiene el común de las gentes;

creen que es algo que como las cátedras se adquieren por oposición; ven hombres de carácter en los de actitudes más aparentemente definitivas, confunden, en fin, carácter con violencia. No, el carácter yo entiendo que es, en realidad, una posesión verdadera de nuestro yo; y solo llegaremos a poseernos cuando hayamos llegado a conocernos; por eso la cumbre del carácter es la serenidad, suprema forma de la autodominación.

Creo haber sugerido en vosotros porque, — con razón o sin ella — vuelvo hoy con cariño a esta presidencia que hace apenas un año ocupé con amor, como si extinguida la llama, quedara empapando mi espíritu una tibieza suave.

Hasta aquí entendíamos que esta casa debía ofrecer un escenario para la realización externa de las aptitudes juveniles. Hoy creemos que nuestra misión es conseguir la existencia real de esas aptitudes, y a ello vamos por las dos sendas, de la meditación y de la cultura.

La meditación que puede llamarse tal, es una sola; la que busca el fondo íntimo de las cosas. En la cultura ya existen los matices; nosotros pretendemos darle el más fuerte de todos: el que da el conocimiento de los maestros por los maestros mismos.

Desde hoy ya no le pediremos a nuestros compañeros que ocupen la tribuna, les pediremos mejor que ocupen modestamente un lugar en los círculos de estudio.

Dice Bergson que en toda forma humana se advertirá el esfuerzo de un alma infinitamente flexible, de movilidad constante, exenta de pesadez por no estar sometida a la atracción terrena. Esta alma comunica algo de su ligereza alada al cuerpo que anima, le infunde su inmaterialidad que al pasar a la materia constituye lo que llamamos gracia. Tal me parece la obra de esas culturas integrales — literatura, arte — con relación al cuerpo de las disciplinas profesionales; constituyen la gracia intelectual. Y dominándolas a todas, integrales y profesionales, queremos que alumbre la antorcha de la filosofía, que infunde en la personalidad el espíritu de fortaleza.

Tomás D. Casares.

EL SEGUNDO ADVENIMIENTO DEL ARTE (1)

POR RALPH ADAMS CRAM

(Continuación.)

III

En la pintura el caso ha sido peculiar. La refinada escuela antigua del retrato primitivo de tonos leonados pasó con la arquitectura colonial; y cuando algunos artistas comenzaron a pintar cincuenta años más tarde tuvimos como representante de los ideales del público el culto de J. G. Brown y de Bierstadt; como representantes de los ideales del pintor a Hunt, Fuller e Inness. En esta última categoría la producción fué reducida y primorosa y, por supuesto, puramente individual, sin relación ninguna con la época en que se producía. Luego inundó violentamente las exposiciones una invasión de pintores de todas las escuelas. La calidad de sus obras fué lo que podía esperarse de su origen y de su objeto.

Durante esta época seguí mi aprendizaje como crítico de arte, y nunca olvidaré mi sorpresa cuando los primeros cuadros prerrafaelistas comenzaron a introducirse en América. Fué como la primera audición de Wagner en tiempo de Théodore Thomas (¡alabanza sea dada a su nombre!) que tuvo lugar casi al mismo tiempo. Habíase forjado en cierto modo un eslabón con el grandioso pasado, y las escuelas, clubs, exposiciones y críticas de arte

(1) Revista "Inter-América", No. 5, de Septiembre de 1917. Nueva York.

se convirtieron en aire. Pero el prerrafaelismo feneció en su temprana juventud, y la Real Academia reasumió su imperio en el lugar que le sirvió de cuna.

En América la pintura continuó en el mismo nivel artístico, sólo con producción más copiosa hasta que el mecanismo rutinario y progresivo de la vida manifestóse también en la estética. La cuestión "tema" tan agradable en otro tiempo cayó en desuso, y encomendóse la salvación únicamente a la técnica, a la hábil manipulación de los pinceles y colores y a la artificiosa distribución de la atmósfera y de la luz y las sombras. Luego, en los últimos días, en vísperas mismas de Armageddon, llegó hasta nosotros la anarquía europea, absurdo tras absurdo, fruto de la rebelión turbulenta si bien justificada contra el Salón y la Real Academia; y en la Quinta Avenida cundieron la herejía y el cisma. Nadie sabe todo lo que pudo suceder, ni aquello significa nada tampoco. La guerra estalló en medio de la invasión, y ahora viene un nuevo interregno, una época de observación hasta que vuelva la luz. Los artistas siguen pintando, pero todo es falso de verdad, indeciso, indeterminado. Algo nuevo tiene que venir, pero nadie se atreve a augurar lo que será. Todos saben que el mundo está en trabajo de reconstrucción y hasta que este deseable fin no se haya alcanzado continúan en atenta expectación.

La historia de la escultura no es muy diversa. Existió en primer lugar el culto a Cánova en el tipo de la esclava griega y del Washington semejando a Jove en su pétrea toga; a éste siguió el período de la estatua ecuestre (que aun vive en toda su danzante mediocridad); y luego entre los "hijos

predilectos" de bronce o de granito con sus largos pantalones y sus barbas, surgió el fenómeno inesperado de los Saint-Gaudens, French, MacMonnies, y la aparición de obras maestras aisladas como la Bacante, el Hombre Diminuto, y una de las más notables esculturas de la época, la figura amortajada en el cementerio de Rock Creekk. Esto fué también individualismo neto, creaciones de hombres distanciados de sus semejantes, dando vida a sus sueños y visiones muy lejos de Wall Street y Pittsburg, de tiendas y talleres y de escuelas técnicas. El público respondió ocasionalmente, a veces con entusiasmo, y volviendo luego a sus asuntos, en tanto que ninguna escuela aparecía para continuar lo que podría haber sido una tradición si hubiera nacido del impulso de todo un pueblo en vez de la visión de un genio brotado extemporáneamente.

Luego, en la última década, vino de Europa una nueva ráfaga de anarquía, no para perfeccionar la imitación ya que tenemos por lo menos el salvador espíritu burlón, sino para cercenar la satisfacción propia que ha llegado a convertirse en hábito, y para lanzarnos a alturas de individualismo todavía inexploradas. Ahora cada cual trabaja por sí mismo y siguiendo su propio estilo recientemente descubierto si no patentado aún: griego arcaico, gótico francés, egipcio, indo, siamés, y sabe Dios qué otros más; muchos de ellos notables indudablemente, todos vibrando de aislado individualismo. Por algún detalle son diferentes sin ser rodinianos o cubistas, y hacen descansar de la estereotipada y frenética persecución de alguna nueva e improbable posición en que la desnuda forma femenina pudiera contraerse sin volentar demasiado la anatomía. Detengámonos de nuevo y aguardemos lo que deba venir.

LA VIDA SINTESIS

Nadie intente llegar sereno y fuerte a la mágica cumbre de la Vida Síntesis, sin antes atravesar sonriente los arenales de la Vida Múltiple.

Ortega y Gasset: en España, un espectador; en América, un espectáculo.

El único pecado de Juan Agustín García, el impecable: citó *una vez* a Max Nordau.

El Colegio Novecentista es una reunión de hombres cultos, desacordes en todo — menos en el alarde de ser novecentistas. El Colegio es, pues, una escuela de futuros adversarios.

Tomás D. Casares: su austeridad es tan grande que no transige — ni con la gramática.

Rafael Alberto Arrieta: sólo con guantes toma la pluma!

El genio es un pobre hombre sin memoria y sin conocimientos, que por consiguiente está obligado a proceder siempre — por cuenta propia. De ahí su originalidad.

A Justo Pallarés Acebal. ¿Con que el escepticismo es el evangelio de las nuevas generaciones? Felicitamos al Ateneo.

José María Monner Sanz: un joven que corre el peligro de hacer su primer millón antes que su primer libro.

A Carlos Obligado: "Muy instructivo su compendio geográfico del Paraná. Espero que mi sombra no lo haya molestado. Labarden."

La paradoja es el lenguaje de los intuitivos.

Un asiduo lector de *La Nationalité*, Diego Luis Molinari: sabe — pero no sabe saber.

A Ideas: bien por el novecentismicidio! Cuidado, no resucite en la propia casa.

—

Para Paul Groussac: — Después de leer el prefacio de "Los que pasaban": hasta los tigres envejecen!

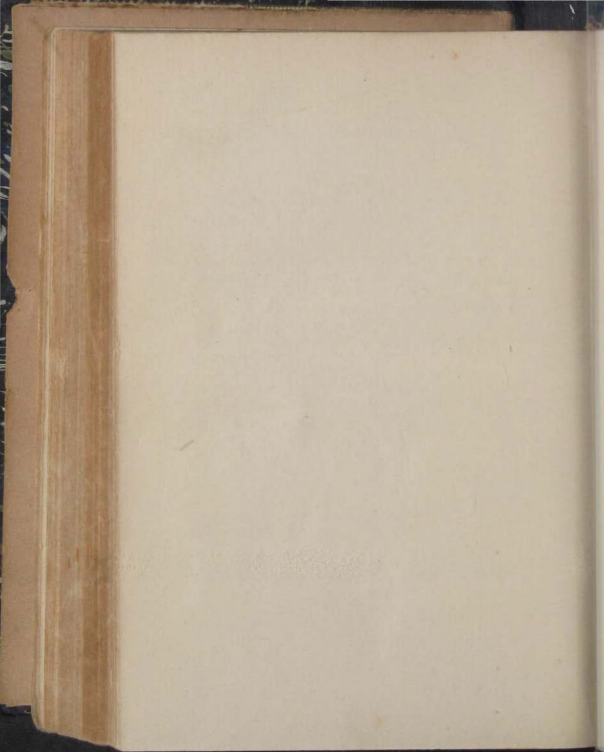
—

El arte es el mal divinizado por la sinceridad.

Lapislázuli.

====

NOTAS



Notas

AMADO NERVO

Si alzamos la mirada a los cielos de Platón o de Pitágoras, y en ellos vagamos con la gracia preexistente de los números o de los nombres, veremos que en un astro dulcísimo se hincha de luz, de purísima luz, el nombre de Nervo, para derramarse luego en los caminos del mundo, con el prestigio de su interna hermosura: que es *amor* en la trinidad helénica y en la trinidad santa. Por eso el nombre de Nervo vive y vivirá eternamente en la conciencia humana, donde se labró un nido, y por eso su vida perdura más allá de la muerte terrena, con el espíritu que rige el resplandor de las estrellas, el manantial de los torrentes, el hechizo de las corolas níveas: luces, voces, aromas, que con calor de alma el poeta puso en el carmen escondido de sus versos.

Hoy ofrecemos a nuestros lectores el armonioso discurso que pronunciara el señor B. Ventura Pesolano, en el homenaje realizado últimamente por el "Centro de Filosofía y Letras", a la memoria de Amado Nervo.

Señoras, señores:

En la interpretación trascendental de la vida, que Mauricio Maeterlinck expone en «El tesoro de los humildes», cada existencia humana que declina, es una estrella silenciosa que se apaga.....

Estrella de un universo remoto que la razón no alcanza y que la ciencia no se explica, por eso mismo.

porque es estrella; astro inaccesible de una eternidad que intuye y vislumbra sólo el sentido místico de las almas; estrella de un universo desconocido, una y multiforme — quizás el nómeno mismo — eternidad de luz realizada en la flor que perfuma y en el pájaro que canta, lo mismo que en la soberana voluntad humana, triunfadora sobre el mundo; en el amor que ennoblece, en el destino que se cumple, en la muerte que nos asombra; todos los seres la tenemos, pálida y humilde, o fúlgida y hermosa, en una región astral inaccesible.

Y cuando sentimos que «algo solemne» se aproxima, como dijera el vate mejicano; que se acerca suavemente el «grande silencio» que oía la pobrecita princesa Malena, sobre el escenario de sus desventuras, es porque aquella estrella silenciosa recogió sus luces, se replegó sobre sí misma y se esfumó en claridades bajo el azul infinito de su propia eternidad.

Hace apenas un mes, señores, que una de ellas se apagó para siempre. En una tarde de otoño, en el mes de las flores, recogió su luz y el último rayo que dejó caer sobre la tierra, indicó la última hora de un hombre inmensamente bueno. Y así se fué a la eternidad Amado Nervo, silencioso, tranquilo, como el paje rubio de Schiller, en busca de la verdad suprema.

Florido rosal que en todos los climas de la tierra y bajo todos los cielos germinó rosas de amor y de piedad, alondra mística, en cuyo pecho la desolación no tuvo rotas, si no cuando de sus últimas vibraciones nacería más alegre el himno de la esperanza, eso fué la vida de aquel gran señor, de rostro magro, que de haber nacido en el siglo XIII hubiera caminado, con el pié llagado, por los caminos de San Francisco, en busca del hermano lobo o de la hermanita piedra.

Poeta serenísimo a quien pudo perturbarle en sus pe-

regrinaciones por «los senderos yermos», el *sicut nubes* del Kempis o la gran voz atormentada del *Ecclesiastés*; a quien las inquietudes de la muerte y las pompas de la vida pudieron un día nublarle la mirada y llenarle de tristezas el corazón, pero que jamás tuvo ni el grito amargo del dolor antiguo, ni la protesta airada que hiela de espanto las fuentes de la esperanza. Poeta serenísimo, y bueno y generoso poeta, porque de su zurrón merendaron los peregrinos retardados en los breñales, porque no prodigó «savia en pinchos punzadores», porque «retribuyó trocada en flor de paz» y santificada en bendiciones de amor la espina que le hiriera en su lírica trashumación por la vida; porque lloró en silencio, y a costa suya disminuyó el dolor universal; porque pasó, amable y enternecido, con la honda beatitud de aquel pastor del Asia que dialoga con la luna en los versos de Leopardi y que Tomás Young puso en su plegaria por los muertos... Poeta serenísimo, que en la plenitud de su vida pudo resguardarse a la vera de aquel arroyo y a la sombra de aquel árbol de que nos habla el salmista, donde toda la sombra es fresca y toda el agua es cristalina.

De esa gran personalidad literaria que nos llegó un día de lejanas tierras, cuando hacía ya mucho que la conocíamos, porque la habíamos hallado en el ritmo suave de sus versos; de esa voz que ha enmudecido llenando de luto a la lengua española, que en sus labios fué siempre canto, porque fué lengua de amor y de perdón; de esa vida ejemplar en la sencilla y estoíca moral que profesó, va a hablarnos el señor doctor Oyuela, con los prestigios de su saber y el hondo sentimiento de poeta con que él también embelleció la vida.

Podéis imaginaros el honor que para el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras que presido, significa

la colaboración del eminente maestro. Por él este homenaje pierde su humildad estudiantil para adquirir la importancia que prueba vuestra presencia.

Señores:

Piadoso tributo a la memoria de aquel lírico señor de gesto amable, caballero del perdón y poeta de la fé risueña, es el acto que realizan los alumnos de esta casa.

El homenaje que pensábamos hacerle en vida, Dios no ha querido que se cumpliera... y mientras el tiempo nos da a nosotros la serenidad para estudiarle a la luz de la filosofía y saber el lugar que ocupa en la literatura contemporánea; para conocer la deuda que con él tiene el idealismo moderno y lo que hizo el ilustre poeta por el renacimiento místico actual que dignifica a las generaciones del presente, deshojemos a la linde de su tumba unas cuantas flores blancas de bendición como las que él amó, como las que él cantó sobre la tierra, como las que fueron en sus manos sacerdotales, símbolos de paz y de esperanza.

B. Ventura Pessolano.

Junio 27 de 1919.

EL COLEGIO NOVECENTISTA DE LA PLATA

Definitivamente constituido bajo la presidencia de nuestro particular amigo y colaborador, Hector Ripa Alberdi, el Colegio Novecentista de La Plata, realizó su sesión inaugural en el local del Centro Ex-alumnos del Colegio Nacional de dicha ciudad, el sábado 12 del corriente.

Abrió el acto Ripa Alberdi, con un meditado discurso en el que puso de relieve todas las inquietudes espiri-

tuales de su alma juvenil y de la noble falange que lo acompaña.

Luego, Korn Villafañe, llevando nuestra representación oficial, dió una conferencia sobre «El fundamento histórico del Novecentismo» que tuvo la virtud de disipar muchas leyendas, tejidas en derredor de la obra del Colegio Novecentista.

He aquí el discurso de Ripa Alberdi:

Señores:

Se ha visto en la actitud novecentista algo así como una floración de odio hacia aquellos hombres que, por no dar unos pasos más quedáronse en el siglo XIX. Muy lejos está de nosotros ese sentimiento negativo, que siempre ha de arrojar sombras sobre la más potente claridad espiritual. Sabemos perfectamente que en nuestro país, grandes hombres de ciencias y de letras nos contemplan desde un campo diverso. No por eso hemos de ir contra ellos en la actitud rebelde y bullanguera que tan sólo denota inconsciencia. No. Que, como lo expresara el galano decir del Marqués de Santillana: «Ciertamente bien mereces — Preheminencia. — Quién de doctrina e prudencia — Se guarnesces». Mucho respeto guardaremos pues, a esos hombres que no piensan como nosotros. Y aún más, su vida laboriosa nos servirá de norma para labrar la nuestra; que la tolerancia es gran virtud, hija del amor que nos enseña a comprender.

Pudiera suceder que al adoptar esta actitud, nos equivocáramos; ello no importa, habremos tenido la virtud de errar, pues el nunca errar es condición propia del que nada hace. Y por lo tanto, si el camino andado no fuera el verdadero, no por ello todo habría sido vano en la empresa, puesto que siempre encierra alguna virtud el paso

que en su actitud resuelta va proclamando la nobleza del gesto.

Dice Efrain Lessing, poeta y crítico alemán del siglo XVIII, que el amor no se cansó nunca de guiar la mano de los grandes artistas de la antigüedad.

Y ese sentimiento puro que puso un soplo cálido en la sabiduría del griego, al hacer florecer la forma en el bloque de mármol pentélico, será, en su concepción suprema, el fanal de nuestra ruta. Y así como llevó a la punta del cincel antiguo un inefable temblor de emoción bella, también ha de traer la misma inquietud misteriosa, cuando nuestra frente se incline a labrar el pensamiento, síntesis excelsa de la meditación tranquila. Amor a la armonía serena, amor a la belleza pura y a la concepción filosófica: todo, bajo la diáfana claridad de una orientación idealista. Y entre esa matinal ondulación de luz hemos de hacer vibrar la campana que anuncie a los espíritus la hora del despertar glorioso.

Nuestros jóvenes universitarios viven reclusos en el estrecho marco mental que le trazan los programas de estudio. Indiferentes a toda especulación desinteresada, pasan por los claustros universitarios, repitiendo lo que sus anteriores repitieron y que los venideros repetirán, porque no sienten ese calor íntimo que alienta las grandes aspiraciones, y porque, desgraciadamente, son pocos los profesores que tienen la mano de nieve aguardada por el arpa de Becquer. Los problemas filosóficos, los problemas estéticos no hallan la inquietud juvenil que les dé asilo y los cultive noblemente. Y esto que en la ciudad universitaria — holgada le va la antonomasia — parece risueña paradoja o apreciación desmedida, no es sino el concepto cabal de una simple realidad.

Aún carga sobre nuestras espaldas el prosaísmo del pasado siglo, que, al decir de un escritor contemporáneo, se inclinó con exceso a ver la comedia sobre la tierra. Nada debe sorprendernos, pues, si la carcajada aún no se ha extinguido, y si por lo tanto, los hombres están todavía ocupados en sostener el vientre con ambas manos.

Es menester que refrescados vientos oreen las frentes y lleven nuevas fragancias a los espíritus, para que, al roce inefable de sus ondas, nazcan las nuevas rosas de la vida. Para ello, como en la vieja Academia platónica, hemos de ofrecer a las generaciones que surgen, armoniosos banquetes espirituales, y así pudiera ser, que si en venideros siglos, algún conquistador posara su planta sobre esta tierra, gloria inmensa sería, si pudiera llevar a su nueva Roma, no sólo la espiga de nuestra pampa, sino también el oro de la sabiduría y de la belleza.

Es necesario entonces que al retoñar la nueva generación, sienta en sus fibras la fuerza de la libertad creadora, que así se adelantará al porvenir como el férreo león de Leonardo: resuelto el paso, amplía la mirada y con un ramo de lirios en el pecho.

Esa es la juventud que aguarda esta argentina tierra: la que se sienta grande al evocar su estirpe, la que se sienta heroica al evocar su gesta. No la que vaya a pedir resplandores a la ciudad—luz, para volver borracha de gloria y borracha de alcohol, sino la que piense bajo la clara inmensidad de nuestro cielo, la que sienta la belleza virgen de nuestras selvas y la serenidad adusta de nuestras montañas; esa juventud de mente diáfana y de visión optimista, ha de ser la clara alondra que se elevará cantando en el amanecer de la patria nueva.

Pero para llegar ahí, jóvenes amigos, hay un gran obstáculo que vencer; y este, nuestro pueblo, democráti-

ca masa amorfa y revuelta volcada sin rumbo sobre los abiertos brazos de nuestra tierra. Alto y noble pueblo cuando abre la tierra cantando, miserablemente bárbaro cuando se guarece en la cueva del comité político, para sostener con su puño de hierro la tiranía de la ignorancia. Nuestro campo político ha sido hasta ahora, y lo seguirá siendo por mucho tiempo, un cenagoso pantano donde el rebullir de odios acerbos corroe el corazón de la argentinidad.

Es menester purificar el ambiente, y nada mejor para ello que una juventud sana de espíritu y consciente de su responsabilidad histórica y moral. Creímos durante muchos años, que nuestro problema nacional estaba resuelto con la libertad del comicio, creímos que era la llave de oro que abriría las puertas de la posteridad; y fatalmente nos engañamos! Le dimos la libertad al pueblo, abandonamos las bridas, y ahí va, señores, el bruto desbocado, haciendo resonar sus cascós sobre el desierto. Olvidamos que la soberanía no reside en el pueblo, sino en la «razón del pueblo». Dice Juan Manuel Estrada que cuando todo hombre, cualesquiera que sean su moralidad y su instrucción, posee la atribución electoral, síguese a menudo una de dos cosas: o bien, que la masa cede al cohecho, a la violencia, a sugerencias péfidas en cuyas redes se arroja su propia ignorancia, y entonces, siendo confiscado el sufragio, se desnaturaliza y sirve de pretexto a la tiranía o da títulos aparentes a un gobierno oligárquico; o bien, que exalta al poder, operando auténticamente, las hechuras de la mayoría que no representa la civilización ni la más alta moralidad, ni los antecedentes gloriosos, ni la inteligencia política requeridos para gobernar, y cuya prepotencia no tiene más fundamento que el número. En ambos casos fracasa la soberanía de la razón del pueblo; en el primero, porque el gobierno se funda en el fraude; en el segundo, por-

que se funda en la fuerza. Y ese es el gobierno que hemos tenido: antes, el fraude, ahora, la fuerza; nunca la soberanía, en el noble concepto de filosofía política que ella entraña. Está, pues, ante nosotros un gran problema que espera solución: el problema de la alta cultura. Y nada mejor que la virilidad juvenil para afrontar empresa tan magna. A la generación que rechaza le incumbe levantar esta caparazón mercantil que nos agobia, para infundir un alma a nuestro pueblo. Pero éstas cosas no se improvisan, y es necesario antes que todo el estudio paciente que aquilata el lustrado blasón de la aristocracia mental, mejor gobernadora de pueblos que todas las malentendidas democracias. Pero hay un mal en nuestra tierra que sofoca en gérmen toda noble aspiración y es la atracción que ejerce el comité sobre las mentalidades jóvenes, aún no bien modeladas por el estudio; ese nuestro comité a quién podría aplicársele la definición que, según Herodoto, diera Ciro del mercado griego, diciendo que «es un lugar establecido para que las gentes, vayan y se engañen bajo juramento».

Y no se crea, señores, que al detestar el mercado político, sueñe en la Platonópolis de Plotino. Es que en nuestro medio, política y sabiduría son términos inconciliables. En Atenas, hasta los pórticos del Agora llegaba la fragancia que nacía en los jardines de la academia; pero aquí el Agora es plaza de traficantes que mora muy lejos de la academia, desde la una no se divisa la otra, y puesto yo en la encrucijada, tomo la senda platónica; cabalguen otros sobre el inquieto lomo popular, y en buena hora tengan la suficiente entereza como para no dejarse vencer. Pero sucede por lo común que nuestro universitario, con su limpidez espiritual, aún no bien acentuada, penetra al comité; vienen las promesas seductoras a costa de pocos sacrificios, cantan las sirenas y en su canto le arrebatan los escrúpulos; y es

ciaro, al poco tiempo, quebrado su carácter, trocado su espíritu, sale calzando alpargata intelectual. Es preciso, pues, no doblarse bajo ningún peso, para conseguir dominar al comité y arrancar de su entraña, despiadadamente, las viejas normas que lo han transformado en cosa vil y plebeya. No debe preocuparnos ese brillo transitorio, gloriola de fácil conquista, aprendamos primero a estudiar para que el espíritu adquiriera firmeza y resista el calor de toda llama, y para que cada palabra al salir de nuestros labios, lleve el sello de fuerza y autoridad que otorga la sabia y profunda labor del pensamiento, puesto que del hondo pensar ha de nacer el sereno decir. Porque otro de los grandes males de nuestra generación es la audacia que afirma, la mente superficial que con un adjetivo pretende destruir una montaña, y con otro adjetivo crear un dios; que con una inconsciencia, de niño díscolo enloda el rostro del grande porque es adusto y glorifica al insignificante por que le sonríe; la vanidad ilustre que de un liviano coplero hace un poeta, y brinda una palma al pedante para que el pedante le devuelva un ditirambo; esa falsa sabiduría que hoy osa escalar todos los tronos, y que al decir de Moratin, es mil veces más funesta que la total ignorancia.

Estudiar, ha de ser, pues, nuestra palabra de todas horas; para lo cual debemos colocarnos al margen de esta gárrula caravana de nuestro tiempo, que por un instante llena el ámbito con su estruendo, pero que como todo estruendo no tardará en disiparse totalmente. Y mientras el pueblo argentino, ese pueblo enronquecido y desgrefiado que ama la plaza pública, se adelanta hacia la historia, hueco y sonoro, ataviado con el burdo ropaje de la democracia, nosotros, humildísimos artistas, iremos labrando silenciosamente, a la luz de la lámpara idealista, una estatua de amor y de belleza. Y en los ve-

nideros tiempos, cuando los hombres nuevos exploren el camino por nosotros andado, levantarán de entre el polvo la pequeña estatua esculpida bajo el impulso de una noble aspiración. Y cuando ese mármol imperecedero vuelva a su plinto, nada quedará de aquel clamoreo que pareció colmar toda una época. Todas esas cosas vanas pasarán para siempre, y solo perdurarán las creaciones del espíritu, porque llevan una luz en su entraña que es esencia de Dios mismo. Será entonces también que se levantará el que ha de labrar nuestra historia, y extinguida ya la grotesca figura de los tiranos y la bolsa de los mercaderes, dirá a los hombres del porvenir: Esta fué una bienaventurada tierra, que si tuvo cadenas que la hicieron gemir, también tuvo poetas y filósofos que la hicieron cantar: en la armonía de la estrofa los unos, y en la armonía del pensamiento los otros. Esa es la ley inmortal. Grecia ha cruzado los siglos y cruzará los venideros, porque a la nave homérica y a la nave platónica, no hay tempestad que las derribe.

Labremos pues la belleza, amigos míos, si queremos darle un alma inmortal a nuestra tierra. Y para ello, tornemos primeramente a las grandes culturas, con el espíritu abierto a todos los vientos grávidos de rumores profundos y de simientes fecundas; llevemos los labios al ánfora griega y a la fuente latina, para beber, como decía Menendez y Pelayo, «el vino añejo que remoza el alma».

Así algún día florecerá sobre nuestra pampa, la flor de la sabiduría argentina sustentada con ubérrima savia antigua.

Señores:

Nuestra Universidad ha sido siempre — aunque parezca paradójico — un templo severo del positivismo. Al-

go así, aunque en distinto plano ideológico a la «encantada y fantástica Coimbra», antes que hiciera estremecer sus portales el vervo vigoroso y grávido de Antero de Quental. Una que otra voz se levantó en su seno modulando de vez en vez el acento libre de su fé idealista. Pero la tierra ha seguido su rotación, y apuntan ya en el oriente los signos del nuevo día, que a juzgar por la anunciación auroral, ha de ser inmenso y magnífico. No desesperéis, amigos míos, algo inusitado acontece en el templo positivista. Dicen que en una grieta del patinado muro, se ha abierto una flor desconocida con sedosa fragancia helénica, y la han llamado **Drama Lírico**, también parece que en la sombra del templo se han sentido pasos extraños, y alguien se atrevió a decir que eran los manes de Kabir y Omar Khayyam. Lo cierto es que amanece, y el sol al filtrarse por los ventanales ha de develar el misterio.

Aprovechemos este amanecer, jóvenes amigos, que siempre ha sido el alba la hora propicia, para abrir la besana en la tierra labrantía. Pero antes, escuchemos a Korn Villafañe, que, como buen labriego de altas tierras ha de entonar el canto augural de la jornada.

UNA CARTA

Buenos Aires, Octubre 25 de 1918.

Señor Don Justo Pallarés Acebal. — Distinguido adversario: Una vez Kant fué poeta y dijo: La paloma que vuela en el espacio y siente la resistencia del aire, forzosamente debe pensar que si no existiese esa resistencia, volaría más fácil. Grave error,

porque sin la oposición de la atmósfera, se vendría al suelo. El Novecentismo es esa paloma que vuela y necesita, para mantenerse en las alturas, de la oposición de sus adversarios, que son aire. Y sepa que esta paloma no lleva en su pico una rama de olivo, sino una antorcha de fuego y de luz. Gracias mil, por su artículo de oposición, que nos ha hecho mucha atmósfera. Y no olvide nunca que antes que sus adversarios, somos sus amigos.

Adolfo Korn Villafañe.

OTRA

Buenos Aires, Julio 16 de 1919.

Sr. Adolfo Korn Villafañe.

Querido Adolfo: He leído la mayor parte de los trabajos dedicados por la revista *Nosotros* a la memoria de Nervo. A mi juicio abunda en ellos la hojarasca, siendo avaro, por tanto, el rosal que da rosas olorosas. Notable pareceme el estudio de Oyuela, rico de principios estéticos y de primores de lenguaje, dentro de la clásica sencillez y de la no menos clásica concisión; su único defecto, en mi sentir, es que en él se pague cierto tributo a la crítica dogmática de Brunetière. Creo que la página del doctor Korn despeja muchas sombras acumuladas sobre la personalidad filosófica de Nervo; admirablemente ahí se expresa el acuerdo entre la

filosofía y la poesía, en el sentido de que la primera debe deslizarse sin *mucho ruido* bajo el raudal del verso, porque a no ser así se caería en el mundo de lo trascendental y abstracto, y el arte podría hacerse vocero de enseñanzas éticas, defecto en que incurre Nervo — el doctor Korn sin decirlo lo insinúa —, “como Platón en su ancianidad y como Tolstoy...”

Pero estos renglones no obedecen al afán de ponderar a quien no ha menester de ponderaciones hechas desde tierra baja, sino, y puede ser tarea más atrevida, al deseo de criticar, — préstame tu gesto y tu palabra — un artículo titulado: “La serena inquietud”, cuyo epigrafe, cuya frase primera y última, y por ende su contenido, han sacudido las ondas de mi sensibilidad estética. Analicemos pues, cual cuadra al novecientos, para conquistar la *síntesis* soñada: Eso de “pálida personalidad”, referida a Nervo, paréceme incomprensión literaria y filosófica; eso de querer interpretar el alma moderna, valiéndose de la imagen de un “florete” o de una “espada”, ocurreseme pedestre, por no decir de pésimo gusto; eso de “¡quién se acuerda de Rodó!”, pueril atrevimiento; eso de que la poesía de Nervo no se puede “dibujar”, el concepto más mezquino que, dentro de la estética, puede formularse; (debo hacer una salvedad, feliz para el articulista, en aquello de que “el filosofismo poético es el digno reverso del estetismo filosófico”, idea que sustenta el doctor

Korn en el trabajo precitado). Eso de que el lirismo subjetivo es "poco frecuente en la poesía hispano-americana", es desconocer a los grandes poetas románticos, que nos dieron notas hondas de su lira, v. gr., Zenea, el cubano, y luego el genial Pombo, y más tarde el delicadísimo Gutiérrez Nájera, que hizo su nido en el corazón de Musset, para citar solamente a algunos, y sin detenerme en el clasicismo donde hallaría más de un alma, henchida en el amor humano y divino, como la de la egregia monja mejicana Sor Juana Inés de la Cruz, — y sin fijarme, en la época presente, en el vuelo de alondra del verso de Darío, que buscó primero la luz galante de Versalles y luego el astro incomparable de Asís... Eso de que se presiente en las estrofas dedicadas al autor de la "Imitación", "la serena inquietud del novecientos", es, a mi entender, confundir paladinamente el novecentismo con el trecentismo; eso de evocar "una infantina de España", carece en absoluto de originalidad, pues, incluso Oscar Wilde, el simbolismo se enamora de todas las infantinas velazqueñas; tan es así que un sutil poeta de Francia, escribió un libro consagrado a esas damas de estirpe azul, y dijo, si mal no recuerdo, más o menos que su alma "era una infanta de España". (El antecedente inmediato de estas infantinas, en los poetas finiseculares, débese buscar en el maravilloso poema de Hugo: "La rosa de la infanta", cito de memoria, el cual es una página soberana de "La Leyenda de los Siglos". Así como se ha dicho que toda la filo-

sofía moderna descansa en Kant, pudiera asegurarse que toda la poesía, del año 30 en adelante, es deudora al genio inmenso del lírico de "Las Contemplaciones", del satírico de "Los Castigos" y del épico de las "leyendas" de Francia y del mundo.) Eso de que los dioses "le concedieron el presente, (a Nervo) para negarle el porvenir", es un anatema literario, de miras proféticas, pero que sólo revela una mal entendida originalidad en la apreciación, pues no basta ser iconoclasta para distinguirse, sino saber ser iconoclasta, que es cosa bien diferente por cierto. Creo, por último, que la página *criticada* es indigna en todo sentido no sólo del autor que dió hermosa vida a "Llamas", sino aun del principiante que comienza a balbucear en ruda prosa sus inquietudes intelectuales.

Esta vez puede repetirse, con plena conciencia, lo que la posteridad ha dicho de algunos ingenios: "que ellos fueron superiores a su obra".

Tu amigo de siempre.

J.M.Rohde.

LA CAIDA DE LA ESCUELA HISTORICA

(A propósito del nuevo programa de Introducción)

La escuela histórica ha caído, ella ha sido expulsada de su último baluarte: nuestra Facultad de Derecho. Doloroso es confesarlo, el movimiento de reacción recién se produce cuando hace ya rato ha

pasado a ser cosa vieja en las naciones del otro continente; pero seamos ecuanímenes y miremos complacidos uno de los primeros frutos de la Reforma Universitaria. ¡Cuántas cosas hay en nuestra Universidad que carcomidas por la acción del tiempo y de los hombres, que todo lo critican, aún resisten admirablemente la obra demoledora de las generaciones, generaciones que estudian cosas nuevas y que, por lo mismo, quieren hacerlo también sobre materiales nuevos.

Es, pues, el aporte de material nuevo, más que el derrumbamiento de algo viejo, lo que complacidos, vemos en nuestra casa de estudios jurídicos. La comprobación de que en ella ya dejaba de tener rango prominente la famosa escuela, exponente genuino de un positivismo derrotado y en el cual ya nadie cree, no bastaría para satisfacer nuestros espíritus novecentistas. Deseamos obra constructiva y no una puramente negativa. En los tiempos que corren no está demás el confesarlo. Viviendo en una época y en un país donde todo el mundo opina y donde todo el mundo critica sin proponer nada, ¿no nos debemos alegrar haya alguien que al demoler, construya?

Y es este el fenómeno que al producirse nos ha llamado la atención. Estudiantes para quienes una cátedra significa algo más que "unas cuantas páginas de un libro que hay que aprender para rendir examen", anotamos complacidos la reforma al ya anticuado programa de Introducción General al Estudio del Derecho, llevada a cabo por un nuevo e inteligente profesor de la casa.

Es un hecho que nadie podrá negar la excepcional importancia que tal cátedra tiene. Bosquejo a gran-

des rasgos del Derecho, de su posición entre las demás ciencias, de sus distintas concepciones, sus fuentes, sus métodos y sus divisiones; presenta al que recién se inicia en los estudios jurídicos un brillante cuadro de esta rama del saber humano. El Derecho es vida — ha proclamado un eminente autor — y el estudiante que comienza no puede negarse a vislumbrar siquiera la vida del Derecho.

Sentada, pues, la importancia de esta cátedra y que seguramente no somos los primeros en proclamarla; nos anotaremos, sin embargo, como ser de los primeros en criticarla.

Hemos dicho más arriba que la materia abarcaba un concepto general del Derecho. Dentro de este concepto el programa de la misma iba desarrollando las teorías de las diversas escuelas; la clásica división en especulativas y positivas aparecía, y en ella teníamos agrupadas todo el pensamiento y todas las construcciones de los juristas, desde las escuelas teológicas y del Derecho Natural, hasta la más moderna, considerada, según el mencionado programa, dentro de las positivas, como la Histórica.

De manera, pues, que para el estudiante que se iniciaba, el concepto del Derecho sufría una evolución, evolución perfectamente determinada entre dos puntos fijos: las teorías de Santo Tomás de Aquino y Grocio, por un lado y las de Savigny y sus discípulos, por otro.

Tal programa importaba para nosotros un error lamentable: fijar la actual concepción del Derecho en un punto estable, la escuela Histórica; en una teoría que si bien marcó nuevos rumbos y produjo una revolución en el campo jurídico, no tardó tam-

bién en presentar sus deficiencias. Las ideas de sus discípulos marcan ya la escisión, escisión que confirmaron juristas posteriores. Ihering mismo señaló sus errores fundamentales. Y después de Ihering, ¿qué no se ha tocado de la escuela de Savigny?

Cierto es que desde la cátedra se señalaban los postulados criticables de la obra de estos juristas, se sabía había un Stamler que la trató duramente; pero la escuela en sí subsistía. Subsistía, pues, por el programa y por el estudiante. Por el programa puesto que en él no se mencionaban las construcciones posteriores; la Escuela Histórica con su crítica cerraba el ciclo de la evolución del concepto del derecho. Todo el aporte, todo lo escrito por las brillantes escuelas alemanas y francesas de nuestros días, era desconocido en él. Por el estudiante, que, deslumbrado ante una teoría tan seductora, la aceptaba fielmente — si había quienes la criticaban no era sino para darle mayor autoridad. — Desgraciadamente, sin quererlo ponía en práctica el proverbio que en este caso se traduciría por: "la crítica confirma la teoría".

Y así pasaban las generaciones por un primer año de abogacía, donde se enseñaba que el Derecho es un producto del espíritu del pueblo, espíritu que es moldeado en la costumbre, de donde brota, pues, lenta e inconscientemente el Derecho, al igual que el agua de una vertiente. Donde se aprendía como concepción al día, la teoría más positivista de entre las positivas.

* * *

Y bien, el tiempo transcurre, dejando atrás muchas cosas. Cada nueva era trae consigo un nuevo contingente de ideas, que han nacido y se han for-

mado a base de muchas otras. En esta revisión de valores mucho se destruye y de las antiguas ideas apenas si nos queda el fondo. En la vida del Derecho el fenómeno no cambia, y la Escuela Histórica nos da el más precioso ejemplo. Apareció un día y conquistó el aplauso de los juristas. Tal triunfo, sin embargo, no era el producto de un momento; Hugo y Savigny, es cierto, aparecieron repentinamente en el campo jurídico y despertaron en el instante a muchos, pero el movimiento de la escuela Histórica era ya en ese momento un proceso que, después de marchar lentamente, acababa de llegar a su germinación y entonces el estallido fué unánime.

La Escuela Histórica era la reacción contra el absolutismo, practicado en forma ridícula, de las concepciones racionalistas, era el triunfo contra ese espíritu cerrado, que la codificación había creado. A la impotencia de la sociedad para formar la ley, se respondía con la impotencia de la ley, que había sido formada sin la sociedad. El Derecho se formará — era el postulado de la nueva escuela — no por antojo y capricho del legislador, sino por la voluntad del pueblo, expresada en la costumbre.

El triunfo tan grande y repentino de las doctrinas de Savigny y sus discípulos no fué, sin embargo, tan absoluto como para impedir la crítica. Sin pretender historiar este movimiento, podemos consignar aquí los dos baluartes desde donde se le hacía fuego: es decir, desde el grupito de aquellos que, fieles a la antigua escuela, combatían sin cesar los principios innovadores del historicismo jurídico, hasta el grupo más fuerte de aquellos que, dentro de las nuevas ideas pedían conceptos más fijos y

más de acuerdo con la realidad del fenómeno jurídico.

Y así apareció Ihering, el glorioso e inolvidable autor del "Espíritu del Derecho Romano", el jurista que protestando contra el carácter inconsciente del pueblo en la formación del derecho, afirmado por Savigny, había de orientar a la ciencia jurídica por nuevos rumbos con su "Lucha por el Derecho".

En pocos años, pues, la Escuela Histórica había variado. Del "Vollgeist", que nace inconscientemente de Savigny, habíase llegado al Volksges consciente y con voluntad de Ihering y, con el mismo entusiasmo que apareció el uno era saludado el otro.

Lo curioso es observar en este movimiento, cómo el fenómeno de la evolución, predicado por las nuevas doctrinas, iba produciéndose dentro de ellas mismas; llegamos al momento más precioso para apreciarlo.

El nacimiento y triunfo de la Escuela Histórica fué la ruina y muerte del Derecho Natural. A la antigua concepción del derecho como un fenómeno absoluto, eterno e inmutable, había seguido la del derecho como producto del medio social, y, por lo tanto, relativo, periódico y variable. Esta oposición tan fuerte de una doctrina a la otra hizo imposible la existencia de una de ellas, y en esta emergencia la vieja concepción abandonó la escena, terminando el reinado del Derecho Natural.

La filosofía del Derecho, dominada por los discípulos de la nueva escuela, hubo de mirar desde entonces a la doctrina desacreditada como de imposible rehabilitación; admitir en aquel entonces lo contrario, hubiera parecido un imposible, tan lejos

se estaba de sospechar el renacimiento que hoy día había de operarse en la vieja doctrina.

Y sin embargo, curioso será, pero el fenómeno se ha producido. En la misma tierra en que murió el Derecho Natural, él ha vuelto a resucitar. La resurrección de la vieja teoría ha sido también fatal para la que encontró en escena, pero ha sido, sin embargo, más clemente que ella.

Stammler en su "Derecho Justo" ha echado las bases de la resurrección del Derecho Natural, y la famosa oposición que mencionábamos ha quedado reducida a una perfecta unión.

Lo mismo que al aparecer la Escuela Histórica, sucedió en la aparición de la nueva doctrina; el terreno estaba preparado. La teoría inicial de Savigny desde 1814 había variado radicalmente, y entre la confusión de los que aún trataban de precisarla, sólo quedaba en pie su método; la doctrina se había aniquilado a sí misma. Y es este el germen de la doctrina de Stammler, tomando lo único que del historicismo jurídico quedaba y que seguramente queda ya consagrado definitivamente: su método; ha formado su teoría, basada en el ideal de justicia, que por ser eterno es el derecho natural que revive.

Y así aparece el "Derecho Natural de contenido

Y así aparece el "Derecho Natural a contenido variable", así se ha realizado la maravillosa explicación del fenómeno jurídico.

Llevábamos ya bastante escrito y sin embargo apenas hemos arribado a Stammler, quedamos por delante toda la escuela francesa contemporánea. Nuestro comentario, sin quererlo, se va poco a poco alargando, pero quien resiste a la tentación de

tratar las páginas más bellas de la teoría del Derecho. ¿Cómo hemos de omitir aquello que es la última palabra de la ciencia jurídica?

El concepto tan original, tan profundo de Stammler, ha echado hondas raíces en el campo jurídico y esa fórmula tan clara en que le expone es el fundamento en que se han de basar las últimas doctrinas que ahora hemos de bosquejar.

Saleilles el tan querido y llorado profesor francés, no oculta en su teoría del derecho su descendencia stamleriana. Distanciado un tanto de la escuela alemana en apreciaciones de detalles en el fondo a ella se adhiere y así lo manifiesta más de una vez.

Sentada pues, la importancia y la autoridad reconocida del principio de Stammler, admitiendo que ella es hoy en día en doctrina la última prueba, precisemos y ya para terminar las últimas modificaciones que ha podido sufrir.

Saleilles, aceptando como ya hemos dicho la fórmula del "derecho natural a contenido variable", está en desacuerdo con lo que el autor y los que fielmente le siguen interpretan como factor que interviene en el contenido variable del derecho.

A nadie se le oculta que dentro de estos términos está encerrado en el papel productor que llamamos costumbre. Desde Savigny hasta nuestros días quizá haya sido esto el punto más respetado de la escuela histórica. Es la costumbre la que va elaborando el derecho, ella es su fuente más importante y ella es la que determina el contenido variable del derecho de que nos habla Stammler. Pues, bien, es esto lo que ha de criticar Saleilles.

Para este "la costumbre es hoy en día una causa de resistencia a las legítimas reformas más que

un agente eficaz de progreso". Ese papel que como fuente productora del derecho hasta ahora ha gozado la costumbre, está así seriamente puesto en duda por el más célebre de los civilistas franceses de este siglo.

Y sin darnos cuenta hemos llegado a nuestros días; tendríamos ya que referirnos a Geny a Levy-Ullmann y a muchos otros, pero estos autores están en plena producción, aguardemos sus resultados y contentémosnos con que el nuevo programa de introducción hasta ellos nos traiga. No es nuestro propósito estudiar aquí los magníficos trabajos de estos eruditos, como no ha sido tampoco nuestro objeto, el de estudiar el desarrollo de la escuela histórica. Hemos querido simplemente no dejar pasar desapercibido lo que, significa el nuevo programa redactado por el doctor Levene y si para el estudiante compañero pudieran nuestras páginas despertarle la admiración y la inclinación al estudio de este aspecto esencial de la ciencia que estudia, habremos a la par que satisfacidas nuestras aspiraciones novecentistas, rendido merecido homenaje al que como el doctor Levene, "vive" su cátedra, que es el Derecho mismo en su faz más noble.

L. Magnanini.

A pedido de nuestros amigos del Ateneo, nos complacemos en publicar su reciente manifiesto.

ATENE0 UNIVERSITARIO ORIENTACIONES Y PROPOSITOS

El «Ateneo Universitario» es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política — en cuanto ésta es solo función electoral — y de todo sectarismo partidista.

Fundado en abril de 1914 por un grupo heterogéneo de jóvenes, movidos únicamente por inquietudes de orden intelectual, ha ido adquiriendo en su desarrollo ulterior una tendencia que presenta hoy caracteres preciosos y terminantes.

En la hora actual — terminada la tragedia europea — dedicarse exclusivamente a la dilucidación de problemas científicos, literarios y artísticos, cerrando las puertas al rumor de las luchas que libran oprimidos y opresores, sería el más inícuo de los egoismos. En esta inteligencia, el núcleo que forma el «Ateneo» ha trabajado intensamente por señalarle una orientación definida. Libre ahora la institución de elementos reaccionarios, tiene un rumbo fijo, sabe qué quiere y adonde va, y puede determinar su actitud ante las cuestiones universitarias, religiosas, políticas y sociales que están planteadas

Sostiene la absoluta autonomía de la enseñanza superior; procura un acercamiento entre el pueblo y la universidad, combatiendo a los que la quieren convertir en matriz de una nueva casta no menos odiosa que las existentes, aspira a que los hombres de pensamiento y de acción se influyan mutuamente desarrollando una acción fraterna y armónica que favorezca el mejoramiento común.

* * *

Es partidario de la enseñanza laica, y de la separación de la iglesia y del estado; respeta todo sentimiento religioso, pero condena toda política que se disfraza de religión, así como toda religión que se disfraza de política.

* * *

Trata de robustecer un sentimiento sano y amplio de argentinidad, para que de él surgan, por extensión, generosos impulsos, de solidaridad universal. Repudia a

aquellos que medran a la sombra de la bandera y no admite, de ningún modo, que, dentro del país, se establezcan odiosas diferencias de nacionalidad.

Considera funestos para la sociedad el clericalismo, el militarismo y la burguesía.

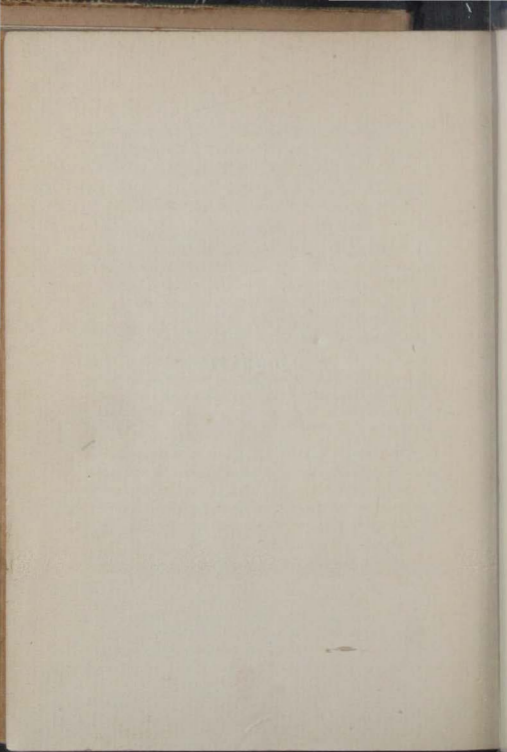
Está decididamente, de parte de las clases productoras en la lucha entre el capital y el trabajo que hoy divide el linaje humano.

Conceptúa que la democracia no consiste —al decir de un escritor nuestro — «en esas tómbolas del sufragio, ni en esas algazaras del parlamento», sino «en la realización de la libertad de cada uno por la justicia de todos.» Por eso estima necesaria y fecunda la libertad económica; por eso juzga conveniente la igualdad económica como punto de partida para la labor desemejante de todos los mortales. Sólo con aquella libertad y con esta igualdad puede darse base segura y firme a las forzosas desigualdades — perfectamente morales — que la vida impone en las esferas de la sensibilidad, de la inteligencia y de la actividad de cada hombre.

Así el «Ateneo Universitario», sin abandonar su primera condición de centro de cultura, y prestando siempre preferente atención a las altas especulaciones del espíritu, no permanese indiferente ante las fuerzas nuevas que quieren moldear una sociedad más justa y más perfecta.

Si usted está de acuerdo con nuestro modo de pensar, no se resigna al simple papel de espectador; hágase socio del «Ateneo» Esta corporación necesita, para intensificar su obra, más prestigio moral y mayor capacidad económica.

BIBLIOGRAFIA



BIBLIOGRAFIA

Pablo della Costa (Hijo): «Trovas del destierro».

El señor Pablo della Costa, culto poeta, ágil prosista y noble polemista, hoy nos ofrece un fragante ramillete de su cosecha lírica, en "Trovas del destierro". Un hondo sentimiento chispea en estos versos, no ajeno, por cierto, a la fina nota humorística, que fluye espontánea de la personalidad poética de su autor. Si hubiera de elegir las "trovas" más fragantes, de seguro que me quedara con la II y la VI: en la primera seduce plenamente el encanto de la voz lírica, quizá como alguna vez lo recogimos de Querol, en la segunda, "Soy una sombra triste...", hay un vago eco de la poesía nórdica. Estas reminiscencias no amenguan la originalidad del señor Pablo della Costa, ni el carácter personalísimo de su bella obra literaria, pero tratándose de versos románticos, si no de escuela al menos de sentimiento, que es la única forma en que hoy día podemos gustar del romanticismo, — los recuerdos líricos se asocian, penetrados de un mismo tinte y de un mismo rayo.

J. M. R.

Tomás D. Casares: La religión y el Estado 1 vol de 142 páginas., Buenos Aires, 1919. (*).

Esta tesis que representa, por su carácter filosófico, un fenómeno raro en la Facultad de Derecho, tiene, ante todo, un gran mérito: el de la sinceridad. Y es además valerosa; valerosa por la posición que adopta el autor, la del catolicismo ortodoxo y valerosa por la defensa que hace de una causa perdida, luchando con la visera alzada, con las ya melladas armas de la escolástica tomística.

El caso de Casares revela, una vez más, la terrible fuerza hipnotizadora que tiene esta Santa Iglesia Católica Apostólica Romana con su enorme concepción de un imperio universal-teocrático, expuesta con todas sus consecuencias lógicas en la famosa bula «Unam sanctam» del pontífice Bonifacio VIII. Su ideal de lo absolutamente ilimitado que pretende imponer tanto en religión, como en política y filosofía, sugestionada, con preferencia, los corazones de hombres nobles y ávidos de perfección y lleva, como primera exigencia, al «sacrificium intellectus» a un Tomás de Aquino como a nuestro autor.

Sobre premisas falaces se edifica un sistema inatacable — si no fueran falaces las premisas.

Para estos neo-escolásticos no reza la «Crítica de la Razón Pura» de Kant, como no reza la de la «Razón Práctica». «La causa primera existe y nuestro entendimiento puede conocerla», dice Casares (pág. 36), cuando Kant ha demostrado, incontestablemente, el carácter de «categoría» del principio de causalidad y la imposibilidad tanto de negar como de afirmar algo con respecto a la llamada «primera causa», por razones que no es el caso de repetir aquí.

(*) Este juicio fué publicado en el número 49 de la revista Verbum año del Centro Estudiantes de Filosofía y Letras, L. R.

La causa primera es también, dice Casares, causa final y el sujeto, que es su obra, «debe querer el último fin, que es el bien absoluto, Dios»; y más adelante (pág. 56) dice: «Por Religión se entiende una relación entre el hombre y algo que le es superior y dominante, algo que obra sobre él con una omnipotencia que llamaríamos causal»: Con toda la habilidad de los racionalistas no es posible [hacer concordar el principio del libre albedrío con semejantes premisas!

Varias veces emprende contra las teorías intuicionistas. Dice en la pág. 67 que «no puede concebirse movimientos afectivos hacia o por lo que no conocemos» y en la pág. 68 que «el origen de la Religión está en el conocimiento racional de la existencia y atributos de Dios». No comprendemos como eso se puede conciliar con el pensamiento de Pascal que cita ántes (pág. 45), de «que a las cosas humanas hay que conocerlas para amarlas, a las cosas divinas hay que amarlas para conocerlas».

Pretende deducir de la afirmación de la divinidad de Jesús como «postulado perentorio, la divinidad de la Iglesia, vale decir, lo absoluto de sus normas». (pág. 76) y dice que «la Iglesia frente al subjetivismo individualista que pretende en cada hombre la posibilidad de una ley moral dictada por su fuero íntimo, levanta el principio de su autoridad apoyada en lo objetivo de la moral». Pero se olvida Casares, al negar aquí la moral intuitiva, que Kant tiene como aliado invencible al mismo Jesús que ha dicho: «Pero yo os digo, el reino de Dios está dentro de vosotros».

Con estas bases: El conocimiento racional de Dios, la moral objetiva, el origen divino de la Iglesia y el consiguiente principio de autoridad, es inevitable que la tesis termine, al tratar del Estado, en el ideal de la hierocracia Romana, la «civitas Dei» terrenal, en la idea

grandiosa, pero extraviada del imperio universal que debe abarcar todos y cada uno de los hombres, tanto en sus creencias, como en sus actos y en sus propósitos.

El sacrificio de la personalidad, el sacrificio de la libertad son las consecuencias lógicas de esta universalidad absoluta, como lo admite Casares mismo, con cierta ingenuidad, cuando dice (pág. 114): «La facultad de realizar ciertos actos es infinitamente más perjudicial para la libertad humana que la obligación de realizar otros».

A veces, durante la lectura de este libro, nos asaltó la duda, si el autor se ha dado cuenta exacta, a donde le lleva su posición; pues sus protestas de libre albedrío que abundan, llevan el sello inconfundible de sinceridad. Entonces, quizás, aún sea tiempo, ¡Vade retro, Tomás Casares!

Juan Probst.

COSECHA POLITICA (Gervasio Toro)

Bajo el seudónimo de Gervasio Toro se disimula una de las figuras más interesantes y múltiples de nuestro ambiente universitario. Está dotado de una exquisita sensibilidad afirmada por una delicada y profunda comprensión del alma juvenil a la cual ha dedicado en el curso de su vida de luchador, la honrosa y desprendida consagración de sus actividades poniendo siempre la nota serena y elevada, en momentos en que esa alma juvenil agitábase desordenada al influjo de pasiones y ardores que las circunstancias excepcionales justificaban ampliamente.

Pero su actividad incansable no le ha impedido en momentos de reposo, traducir las impresiones que su espíritu observador recogía en el áspero roce de las cosas y

de los hombres dejando impresas en las múltiples facetas de su espíritu, la imagen de esas impresiones.

Y bien, Muñoz Montoro, tal es el nombre del autor de «Cosecha Política» no ha puesto en su obra ni los enconos ni las miserias a que las luchas obligan, su descontento se ha traducido en una sutil y mordiente ironía siendo p. e. el artículo «La Taberna» una prueba acabada de esa calidad de su espíritu, por la forma hábil de dar colorido al ambiente y la precisión y justeza con que están caracterizados los distintos tipos y situaciones revelando en su autor una habilidad superior para poner de manifiesto el aspecto ridículo de las cosas.

Es sin duda el trabajo que más resalta sobre la serie de que consta el pequeño volúmen, no entraremos a analizar los otros por que consideramos que no es materia de la presente nota bibliográfica como asimismo creemos que estos no deben tomarse independientemente ya que ellos no formulan en su pequeña extensión ninguna tesis ni sugieren ninguna idea siendo solo de índole jocosa o festiva.

Cosecha política es la recopilación de artículos publicados en distintas revistas de la Capital; desde ese punto de vista la obra se resiente de falta de unidad, dichos artículos estaban bien en las revistas donde fueron insertos, y de las cuales nunca debieron de salir, son filigramas primorosamente cinceladas pero al formar de todas ellas un conjunto da la impresión de abigarramiento y confusión, por más que el espíritu que anima a su autor y revelado en los distintos pasajes de su obra sea uniforme y quien se halle poseído del alma inquieta y profunda de éste, puede fácilmente comprender lo que se ha propuesto al escribir dichos artículos y que por otra parte indica en una suerte de prefacio al manifestar que dichas páginas tienen un gran fondo de amargura y de esperanza...

Por eso se ha dicho que la obra de Muñoz Montoro carece de volúmen y es cierto, a lo cual debemos agregar que carece de seriedad, pues si es lógico, que las páginas de las revistas sean un excelente aprendizaje para entrar de lleno a la producción intelectual, esto no justifica la obra de recopilación dada a la publicidad en forma de volúmen, ya que ello ha de servir a la crítica como fundamental elemento de juicio para caracterizar y estudiar la obra del intelectual.

Hubiéramos visto con profunda satisfacción que la primera obra de Muñoz Montero se hubiera referido a asuntos de otra importancia que aquellas que significan las miserias políticas, cuya misma satirización ha engendrado una suerte de mal gusto y creado una clase especial de lectores afectos a esa literatura y por otra parte muy fácil de satisfacer ya que su único alimento espiritual consiste en esa crónica diaria informada por una prensa determinada y que puede decirse que es su única razón de ser.

Desde ese punto de vista volvemos a repetir, la obra de Muñoz Montoro no es seria, ha satirizado el aspecto más triste y vulgar de nuestro ambiente nacional, y en cambio ha descuidado otros aspectos de nuestra vida, que reclaman una profunda atención y estudio, por eso sentimos que esos problemas trascendentales que agitan y conmueven nuestra alma juvenil no hayan merecido la dedicación del autor, en cuyos anhelos y aspiraciones este ha obrado con el tesón y eficacia de todos conocidos. A pesar de esto tenemos la creencia de que Muñoz Montoro ha de reaccionar y darnos en breve la grata emoción de una nueva obra suya en que la meditación y el estudio accionando en su espíritu produzcan lo que todos esperamos y exigimos de él.

Miguel Bomchi.

JOSE M. MONNER SANS

«El examen de ingreso a la Universidad» (Folleto). 1919.

El doctor José M. Monner Sans, joven universitario que hoy «profesa» en uno de nuestros colegios nacionales, estudia con conocimiento de la materia, el «problema harto complejo» del examen de ingreso a la Universidad. En un estilo pulcro y chispeante, característico del autor, se demuestra la conveniencia de dicho examen y se arguye, con tal efecto, sobre la proyectada «Ley orgánica de la instrucción pública», que el Poder Ejecutivo presentó al H. Congreso. El doctor Monner Sans se extiende sobre la autonomía universitaria y sobre la reforma de nuestra enseñanza secundaria, cuyo estudio es, como bien se le alcanza al autor de este trabajo, el fundamento del problema sobredicho.

J. M. R.

EL CONVENTILLO

(Novela por Luis Pascarella)

Con acierto y vigor, con la exactitud de un documento, este libro nos informa de la vida de un conventillo. Libro interesantísimo, estimable esfuerzo de arte descriptivo, que al enfrentarnos rudamente con la humilde realidad del subsuelo social, despierta en el lector un sentimiento de honda conmiseración hacia los desheredados habitantes del conventillo: extranjeros enloquecidos por la fiebre de las riquezas, que no ocultan su inmenso asombro ante el pedido de ciudadanizarse que les hace el caudillo politiquero de la circunscripción por intermedio

de un gringo que vé en este concepto de patria — como el caudillo — un nuevo y nada despreciable negocio. Ellos no pensaron nunca que existe una Nación Argentina, venían para hacer dinero y no para votar: para patria, les basta Italia, Francia, España. Pero el conventillo no está completamente estranjerizado, como se pudiera creer. De ninguna manera. Toda la indolencia criolla, toda la haraganería mestiza de tocadores de guitarra y de comadres, también tienen su sitio en el conventillo con la alta misión de criticar a los gringos viles y trabajadores.

El doctor Luis Pascarella no sostiene tesis alguna. Con la objetividad de una máquina fotográfica nos refiere los hechos. Su estilo es sobrio. Un innegable buen gusto artístico — aunque sea un buen gusto que consiste más en callar que en afirmar — le ha evitado caer en el naturalismo crudo a lo Zola y por otra parte le falta la nota psicológica que es el encanto del realismo de Bel Ami. En una palabra: entre Zola y Maupassant. Recomendamos sinceramente la lectura de este libro: acaso sea una magnífica sátira de nuestro mundo intelectual, que por tantos conceptos es también un conventillo.

Conozco revistas que en lugar de ser una comunidad intelectual, son un conventillo ideal.

Adolfo Korn Villafañe.



